BREVE HISTORIA de...

HITLER



Jesús Hernández

La vida del *Führer* del Tercer Reich, el dirigente más controvertido y complejo del siglo xx, que acabó dejando tras de sí un terrible rastro de muerte y destrucción. Descubra su personalidad y la irresistible habilidad política que le llevó al poder liderando la revolución nazi

nowtilus

Breve historia de Hitler

Breve historia de Hitler

Jesús Hernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Hitler
Autor: © Jesús Hernández

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

ISBN-13: 978-84-9967-312-7
Fecha de edición: Marzo 2012

A mi hijo Marcel

A veces es necesario y forzoso que un hombre muera por un pueblo, pero nunca un pueblo entero debe morir por un hombre.

Salvador Espriu (1913-1985)

Introducción

De entre los retos que se le pueden presentar a un historiador, pocos pueden haber tan espinosos y a la vez tan estimulantes como el de afrontar una biografía de Adolf Hitler. Entre los personajes históricos de relevancia, el dictador germano representa un caso excepcional; a pesar de la gran cantidad de documentación existente, de los ingentes testimonios orales y escritos de todos aquellos que lo conocieron, de las miles de fotografías, filmaciones y grabaciones con que contamos, su figura parece empeñada en permanecer envuelta en un enigma.

Hitler fue una incógnita incluso para sus más íntimos colaboradores. Joachim von Ribbentrop, su ministro de Asuntos Exteriores durante siete intensos años, escribió en su celda de la prisión de Núremberg en 1945: «Conocí a Hitler desde 1933. Pero, si hoy me preguntan si llegué a conocerle bien, tendré que confesar que muy poco sé de él, en realidad nada sé. La verdad es que, pese a que vivimos juntos muchos acontecimientos, durante todos los años que colaboré con él no llegué a acortar las distancias que mediaban entre los dos el día en que le conocí».

Como prueba de ese carácter hermético del personaje, que confirma todo aquel que lo conoció en persona, ningún historiador especializado en Hitler se atrevería a dar, por ejemplo, una respuesta categórica a las primeras cuestiones que le plantearía un grupo de escolares; el motivo por el que odiaba tanto a los judíos o si realmente estaba loco. A partir de ahí, las cuestiones que no han sido aún dilucidadas son inacabables. Cada afirmación que se lanza sobre su vida se enfrenta a una evidencia que la desmiente, abundando las pruebas contradictorias y los testimonios divergentes. La razón puede estribar en la radical polarización que se ha dado en torno a su figura. Por un lado, la historiografía oficial del Tercer Reich intentó ofrecer la imagen más favorable del *führer,* destruyendo los documentos que podía comprometerla y silenciando a testigos incómodos. Por el otro lado, no faltan testimonios de damnificados por el nazismo que trataron de menoscabar al personaje exagerando los aspectos negativos o incluso fabulando episodios para denostarlo o ridiculizarlo.

Pero a esta visión distorsionada de Hitler no es ajeno el hecho de que, tras conocerse después de la guerra los horrores a los que había conducido su política basada en el odio y el desprecio por la vida humana, tan sólo esté aceptado señalar los aspectos negativos de su personalidad y su actuación. Así, intentar reflejar una visión completa del personaje, mostrando sus errores y aciertos, sus defectos y virtudes, sus deficiencias y sus aptitudes, entraña una serie de riesgos que muy pocos están dispuestos a aceptar. La consecuencia de esta anomalía es que la mayoría de historiadores optan por repetir unos clichés que pueden servir para certificar la justa condena inculpatoria dictada por el juicio de la historia, pero que no son útiles para desvelar el enigma que rodea su figura.

La presente biografía, en su modestia, intenta ofrecer una imagen objetiva de Hitler, con el ánimo de superar esos obstáculos. Al enfrentar esa tarea sin apriorismos, ha resultado problemático apostar por una versión de un hecho determinado en detrimento de otra, cuando ambas pueden venir avaladas por sendas exhaustivas investigaciones, por lo que en estos casos se ha optado por exponer las diferentes hipótesis apuntadas o apostar por la que puede resultar más verosímil. Igualmente, en una obra como la presente, caracterizada por su forzosa brevedad, es inevitable tener que primar unos episodios por encima de otros; en este caso, al considerar que el lector ya conoce con cierto detalle

lo acaecido durante la Segunda Guerra Mundial y que un nuevo relato de ese período resultaría reiterativo, se ha optado por analizar con más detalle sus años de juventud, una etapa que suele recibir menos atención de sus biógrafos, a pesar de la importancia capital que tuvo para su formación personal y política.

Como se ha apuntado, al gran esfuerzo de concisión que supone condensar en pocas páginas la vida del gran agitador del siglo xx, se añade la dificultad que entraña relatar imparcialmente la vida de un hombre que resultaría funesto para Europa y el mundo y cuyas decisiones segaron la vida de millones de personas. El rastro de muerte que dejó tras de sí supone un trauma que la humanidad todavía no ha digerido, como lo demuestra el que aún hoy su figura sea considerada tabú. Por eso mismo, es necesario intentar una descripción objetiva y real del modo en que Hitler llegó a obtener ese poder y de cómo lo desempeñó, para que nunca más debamos enfrentarnos a una catástrofe como la que él fue capaz de provocar.

Un capricho del destino, 1889-1899

Braunau am Inn es una pequeña y agradable población austríaca de unos quince mil habitantes. Está situada a sesenta kilómetros al norte de Salzburgo, justo en la frontera austrogermana, separada de territorio alemán por el río Inn. Históricamente, Braunau fue siempre una localidad transitada, que contaba con la animación propia de toda localidad fronteriza. Sin embargo, en la actualidad, esa circunstancia ha pasado a ser irrelevante, por lo que el pueblo disfruta hoy de una lánguida placidez provinciana. Por tanto, Braunau apenas sería hoy un punto más en el mapa si no fuera porque allí nació el hombre que marcó decisivamente el devenir del siglo xx.

Buena parte de los escasos turistas que se dejan caer por allí llegan atraídos por el oscuro aura de un personaje del que, paradójicamente, no encontrarán ninguna postal ni ningún *souvenir,* ni tan siquiera ningún indicador que señale dónde se encuentra su casa natal. Ese hombre, cuyo nombre estará por siempre ligado al de Braunau, es Adolf Hitler.

Secretos de familia

Aunque Hitler nació en esa localidad fronteriza, su familia procedía, por ambos lados, del Waldviertel, un pequeño y remoto distrito rural situado al lado norte del Danubio, a unos ochenta kilómetros al norte de Viena y lindando con las fronteras de Bohemia y Moravia. En esta agreste región boscosa, poco poblada y mal comunicada, la mayoría de habitantes eran campesinos empobrecidos, con fama en el resto del país de adustos y antipáticos. En esa región prácticamente aislada, los matrimonios consanguíneos eran frecuentes, como en el caso de los antepasados de Hitler. El nombre de la familia, escrito en infinidad de formas, es probable que sea de origen checo, apareciendo por primera vez en la región a mediados del siglo xv.

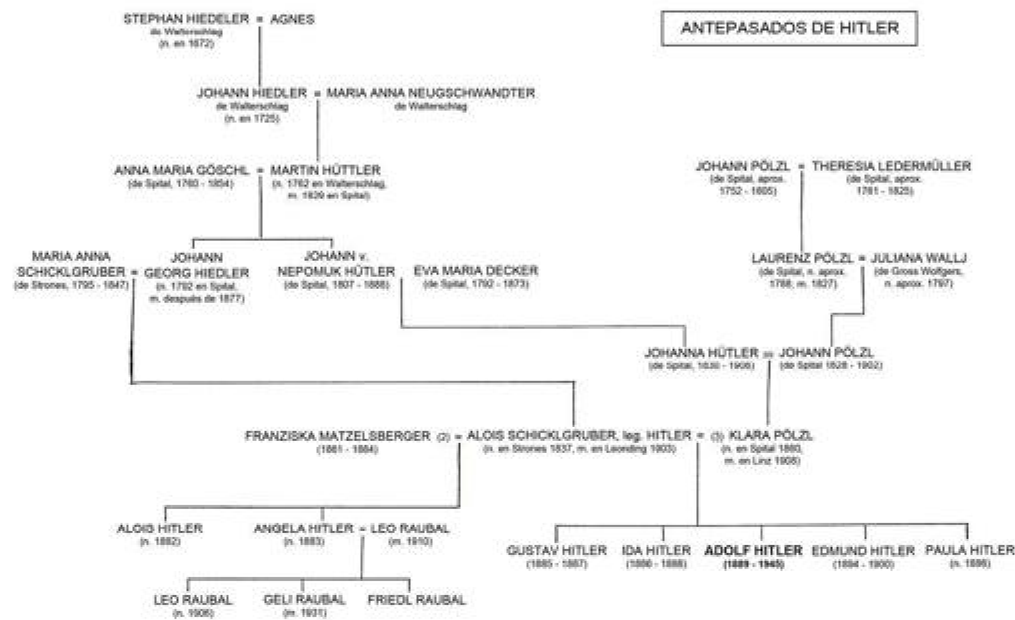
El árbol genealógico de Hitler ha sido objeto de muchas especulaciones, a consecuencia de una inquietante casilla en blanco, la de su abuelo paterno. Aunque sería el nombre de Johann Georg Hiedler el que acabase siendo anotado en ese lugar, existen dudas razonables de que él fuera realmente su abuelo.

En 1837, una campesina de 42 años, Maria Anna Schicklgruber, tuvo un hijo natural, un hecho que no era entonces infrecuente en la Austria rural; en algunas zonas, hasta cuatro de cada diez niños nacían fuera del matrimonio. Durante más de veinte años, Maria Anna se había ganado el pan sirviendo como criada en casas de diversas localidades de la comarca, hasta que un día regresó embarazada a su villa natal, Strones. Allí, en casa de un granjero llamado Johann Trummelschlager, dio a luz un niño, Alois, el futuro padre de Hitler.

Sorprende el hecho de que Maria Anna decidiese tener el niño en casa de aquel granjero, en lugar de en su casa paterna, situada en el mismo pueblo, lo que denota el repudio del padre al ver cómo su hija había perdido la honra. También es significativo que ella no quisiera revelar el nombre del padre, un secreto que se llevaría a la tumba. Poco después, Maria Anna y su hijo fueron a vivir a casa del padre de ella, lo que da a entender que finalmente el padre aceptó la situación.

Cinco años después, Maria Anna se casó en Döllersheim con Johann Georg Hiedler, un peón molinero itinerante que había ejercido el oficio en varios lugares de la Baja Austria pero que entonces se hallaba sin trabajo. Johann Georg, nacido en Strones, ya había estado casado. Cuando murió su primera mujer, regresó a su pueblo natal. Aunque en un caso como este era habitual que el padre hubiera legitimado al hijo natural de la esposa, por algún motivo desconocido Johann Georg no legitimó a Alois, que continuaría llevando el apellido de soltera de su madre, Schicklgruber, hasta casi cumplir los cuarenta años.

El pequeño Alois fue criado por un tío paterno, Johann Nepomuk Hüttler (la grafía de los apellidos no era fija en esa época), en Spital, la localidad del Waldviertel de donde procedía la familia. El motivo pudo ser el poco amor al trabajo de su hermano, lo que hacía que la familia pasase por estrecheces económicas. Alois encontró así un hogar consolidado, junto a las tres hijas de su tío. Maria Anna falleció en 1847 y el padrastro de Alois reinició su vida nómada, sin mostrar ningún interés por la educación de Alois, para regresar a Spital mucho más tarde, donde murió en 1857.



Arbol genealógico de Adolf Hitler. Aunque legalmente su abuelo era Johann Georg Hiedler, es improbable que fuera él en realidad. La auténtica identidad del antepasado de Hitler sigue siendo una incógnita.

En 1876, Johann Nepomuk se preocupó en legitimar a su sobrino, que contaba ya con 39 años. No se sabe si el impulso para el cambio de nombre surgió de él o del propio Alois. Parece ser que el tío, al no tener herederos varones, estipuló un legado en favor de Alois con la condición de que este adoptase su nombre, aunque, como veremos más adelante, Alois accedería a esa herencia de un modo irregular. También cabe la posibilidad de que la decisión formase parte de algún pacto acordado en vida de Maria Anna, ya que, poco después de su legitimación, Alois recibiría una suma respetable de Franz Schicklgruber, ejecutor testamentario de Maria Anna. También se ha especulado con que Nepomuk, al contemplar la carrera ascendente de su sobrino en el funcionariado, quisiera proteger su carrera con esa legitimación, para que el hecho de ser hijo natural no interfiriese en ella negativamente. Sea como fuere, todo apunta a que el objetivo de la legitimación fue que Alois obtuviese un beneficio económico.

Así, acompañado de tres de sus familiares, Johann Nepomuk acudió el 6 de junio de 1876 a un notario de Weitra, quien inscribió a Alois como hijo de Johann Georg Hitler, introduciéndose ya aquí el apellido de esa forma, no como Hiedler o Hüttler. Tal vez ese cambio en la ortografía fuese un descuido del notario, pero es más probable que se tratase de una artimaña campesina para oscurecer

el asunto. Al día siguiente, Johann Nepomuk, respaldado por los tres testigos y el protocolo firmado ante el notario, acudió al cura párroco de Döllersheim, del que dependía la comuna de Spital, y le solicitó que borrara la palabra «ilegítimo» del registro bautismal y que abriera uno nuevo en el cual constaría que su hermano Johann Georg había aceptado la paternidad de Alois, sustituyendo «nacido fuera del matrimonio» por «dentro del matrimonio».



El padre de Hitler, Alois. Estricto funcionario de aduanas, su rígido porte ya denota su carácter autoritario, que el pequeño Adolf tuvo que padecer en forma de frecuentes palizas.

Teniendo en cuenta el tiempo que había transcurrido desde la defunción del padre y de la madre, esa legitimación constituía una falsedad. Aunque un decreto de 1868 preconizaba tales legitimaciones en la medida de lo posible, la invocación de ese decreto en este caso era un fraude de ley. No obstante, el párroco accedió a anotar que, según los testigos, el padre de Alois había reconocido su paternidad y expresado el deseo de legitimar a su hijo, aunque, de ser cierto, cuesta imaginar por qué no lo hizo mientras estuvo con vida, ya que falleció cuando Alois tenía ya veinte años. Los tres testigos corroboraron la anotación, escrita con una caligrafía apretada, firmando al pie con una cruz. Si el párroco quedó convencido gracias a unos cuantos embustes, si accedió a certificar la farsa ante los ruegos de Johann Nepomuk o por otros motivos, no lo sabemos, pero la verdad es que desde ese momento Johann Georg se convirtió legalmente en el padre de Alois y el abuelo del futuro dictador.

Así, desde comienzos de 1877, doce años antes de que naciera Adolf, su padre cambió su apellido

por el de Hitler, abandonando así el de Schicklgruber. De este modo, el apellido anterior, de rancio regusto campesino, se transformó en otro de diferente grafía y mayor sonoridad, un cambio del que posteriormente Hitler se mostraría muy satisfecho. Su amigo de primera juventud, August Kubizek, se acordaba de oírle calificar el apellido original de su padre de rudo, campesino y de difícil pronunciación, mientras alababa la musicalidad y facilidad de retención de Hitler. De hecho, aunque Adolf se apellidó Hitler desde el primer momento, posteriormente algunos de sus adversarios políticos le designarían con el apellido de su abuela para ridiculizarlo.

El cambio de apellido que impulsó Johann Nepomuk tal vez modificó la historia mundial, ya que a su nieto le hubiera resultado más difícil abrirse paso en el mundo de la política si se hubiera mantenido el apellido de su abuela; cuesta imaginarse a los alemanes gritando «Heil Schicklgruber!» en vez de «Heil Hitler!».



La madre de Hitler, Klara Pölzl. Ambos se sentían muy unidos. Hitler conservaría su retrato hasta el día de su muerte en el búnker.

¿UN ABUELO JUDÍO?

Gracias a aquella legitimación irregular aceptada por el condescendiente párroco de

Döllersheim, el difunto molinero Johann Georg Hiedler se convertía oficialmente en el padre de Alois. Sin embargo, tal como se ha apuntado, se desconoce quién fue en realidad el abuelo de Adolf Hitler. Esa incógnita ha sido causa de interminables especulaciones, sin que se haya podido llegar a ninguna conclusión, aunque son cuatro las posibilidades que se barajan.

La primera es que el padre de Alois sea efectivamente la persona que acabó figurando en los registros: Johann Georg Hiedler. Aunque cabe la posibilidad de que así fuera, no se comprende que el reconocimiento de la paternidad no se produjese en vida. Igualmente, el hecho de que Alois fuera «adoptado» por su tío Nepomuk no más tarde de la fecha de la muerte de su madre, tal vez antes, indica que Johann Georg no sentía demasiado apego por Alois, lo cual sería indicio de que él no era su padre, a lo que hay que sumar su despreocupación posterior.

La segunda posibilidad es que el padre fuera Johann Nepomuk. Teniendo en cuenta que él fue quien crió y educó al niño y que, al parecer, impulsó su legitimación para que pudiera recibir su legado, es lógico pensar que en realidad fuera él el padre. Al estar entonces casado, era comprensible que Nepomuk no reconociese al niño como suyo. Como la legitimación se produjo tras la muerte de la mujer de Nepomuk, se puede entender que ella constituía un obstáculo para ese reconocimiento.

De todos modos, tanto si el padre fue Georg o Nepomuk, la controversia sobre la identidad del abuelo de Hitler quedaría circunscrita, como máximo, a un típico escándalo de familia. Pero la tercera posibilidad sí que hubiera podido tener históricamente cierta importancia: que el abuelo de Hitler, un fanático antisemita, fuera judío. Desde principios de la década de los veinte, coincidiendo con el ascenso político de Hitler, comenzaron a circular rumores que apuntaban en ese sentido. En los años treinta, la prensa extranjera sensacionalista recogió esos rumores, lanzando versiones que situaban el origen de Hitler en una familia judía de Bucarest o afirmando que su abuela quedó embarazada mientras servía en la casa del barón Rothschild en Viena.

La hipótesis del supuesto abuelo judío de Hitler no dejó de ser una especulación sin fundamento hasta que, tras la Segunda Guerra Mundial, se dieron a conocer las memorias del gobernador general de Polonia, Hans Frank, dictadas en su celda de Núremberg mientras esperaba su ejecución. Frank aseguraba que Hitler le había llamado a finales de 1930 y le había mostrado una carta de su sobrino William Patrick Hitler (hijo de su hermanastro Alois), por la que amenazaba con revelar que su antepasado común era judío. Siempre según Frank, Hitler le encargó investigar ese punto, descubriendo que Maria Anna Schicklgruber había tenido su hijo cuando trabajaba como cocinera en casa de una familia judía de Graz apellidada Frankerberger. Frank decía haber descubierto que quien había dejado embarazada a Maria Anna era el hijo de los Frankerberger, que entonces contaba con diecinueve años; el padre de familia se había encargado de enviar cantidades regulares a Maria para el mantenimiento de su nieto, hasta que Alois cumplió catorce años. Según Frank, Maria Anna y los Frankerberger se habían estado intercambiando cartas durante años. Por último, Frank aseguraba que Hitler conocía la historia pero que el joven Frankenberger no era su abuelo; sus padres, al ser muy pobres, habían convencido a su familia de que sí lo era para que pagaran por el mantenimiento del niño.

Aunque la historia relatada por Frank en sus memorias tuvo mucho eco, las investigaciones posteriores demostraron su inconsistencia. En la década de 1830 no había en Graz ninguna familia judía que se llamase Frankerberger; de hecho, no habría ningún judío en esa región, Estiria, hasta tres décadas más tarde, ya que hasta 1860 no se permitió a los judíos residir en esa parte de Austria. Sí que vivía allí una familia de carniceros apellidada Frankenreiter, pero no era judía y, en todo caso, el

hijo de esta familia sólo tenía diez años cuando Alois nació. En cuanto a Maria Anna, no hay prueba alguna de que estuviese alguna vez en Graz[1].

En definitiva, la posibilidad de que el abuelo de Hitler fuera el hijo de los Frankerberger, tal como apuntaba Hans Frank, es descartable. Si pudo ser un judío cuya identidad desconocemos es algo que seguramente nunca sabremos. En definitiva, la hipótesis de que el abuelo paterno de Hitler fuera judío existe, pero es poco probable. Así pues, el candidato mejor situado para detentar ese dudoso honor es Johann Nepomuk, aunque en este caso el origen de su familia sería aún más incestuoso que si fuera Johann Georg, ya que Nepomuk era también el abuelo de su madre.

Todavía existe una cuarta hipótesis, que a la postre tal vez sea la que más probabilidades tenga de ser cierta: la que descartaría todas las anteriores. En este caso, cualquiera pudo haber sido el padre de Alois, por lo que el abanico de posibles candidatos quedaría totalmente abierto.

DISPENSA ECLESIÁSTICA

Aunque es de suponer que Alois creció bien atendido en casa de su tío, a los trece años salió de casa y marchó a Viena para hacer de aprendiz de zapatero en Viena. Pero al joven Alois no le atraía ese oficio y a los dieciocho años ingresó en el Servicio Imperial de Aduanas. A los veinticuatro años fue ascendido al rango de supervisor, un honor excepcional para un muchacho que había llegado del Waldviertel. Alois fue ascendiendo normalmente como oficial al servicio del Estado; aunque nunca pasaría de ser un funcionario de categoría menor debido a su falta de titulación, había logrado escalar varios peldaños desde su humilde origen campesino gracias a su amor propio, inteligencia y afán de prosperar.

Alois poseía una personalidad dominante, que se afanaba con impaciencia y sin darse el menor respiro en conseguir sus objetivos. Tenía la capacidad de dominar de forma fría y calculadora a quienes le rodeaban, sabiendo impresionarles y convencerles, unos rasgos que heredaría su hijo Adolf. Así, Alois se mostraba excesivamente escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones. Un compañero de la oficina de aduanas de principios de la década de 1880 lo describió como «antipático para todos nosotros. Era muy estricto, detallista y hasta pedante en el trabajo y muy poco accesible como persona».


La casa natal de Hitler en Braunau. Abajo, a la derecha, se puede ver la piedra de Mauthausen que recuerda a sus víctimas.

En las fotos, Alois Hitler aparece con cabello corto estilo militar, cejas pobladas, un rígido bigote y unas grandes patillas que le enmarcan el rostro pulcramente afeitado. Vistiendo su uniforme de aduanero, debía mostrar un aire imponente y respetable. Sin embargo, su vida personal no gozaba de la estabilidad inherente a su empleo.

Al parecer, en la década de 1860 ya había tenido una hija ilegítima, aunque nada de cierto se sabe de ello. En 1873, Alois se casó con Anna Glass, que tenía entonces cincuenta años, catorce años más que él, estableciéndose en Braunau en 1875. Anna era la hija adoptiva del inspector del monopolio imperial de tabacos, lo que hace pensar que el matrimonio tuvo una motivación material. Anna enfermó al poco tiempo; además, no tuvieron hijos, algo que era de prever teniendo en cuenta su edad madura. Alois, por su parte, mantenía mientras tanto relaciones con Franziska (Fanni) Matzelberger, una jovencísima cocinera de la fonda donde entonces residían los Hitler. Además, Alois había conseguido que Klara Pölzl, nieta de su tío Johann Nepomuk, dejase Spital y se trasladase a Braunau para ayudar a Anna en las tareas del hogar. Klara, que contaba con dieciséis años, era esbelta, con una abundante cabellera castaña y facciones delicadas. La turbadora presencia en la casa de ambas jovencitas, unida al espíritu fogoso de Alois, debió acabar con la paciencia de Anna, que en 1880 solicitó la separación legal.

Fanni, con diecinueve años, pasó a instalarse en el hogar de Alois como esposa *de facto*. Es significativo que una de las primeras medidas de la nueva dueña del hogar fuera conseguir que Klara abandonase la casa, para evitar tentaciones al veleidoso Alois. En 1882, Fanni dio a luz un hijo, que recibiría el mismo nombre que su padre, Alois. La muerte de Anna en 1883 despejó el camino para que Alois y Fanni se casaran, lo que harían apenas seis semanas después de la defunción. Según un desagradable rumor que corrió por el pueblo, Alois había comprado un ataúd para su esposa mientras aún estaba viva. Para entonces, Fanni ya estaba en avanzado estado de gestación; a los dos meses de la boda nació una niña, Angela.

Parecía que la vida de Alois se estabilizaba tras constituir su nueva familia, pero al año siguiente Fanni cayó enferma de tuberculosis. Para respirar aire fresco, fue trasladada a una casa en el campo. Alois recurrió entonces de nuevo a Klara para que se hiciera cargo del cuidado de los dos pequeños.

La futura madre de Hitler poseía un gran corazón, como lo demuestra el que hiciese todo lo posible por ayudar a Fanni a recuperar la salud, visitándola con frecuencia, a pesar de que anteriormente había forzado su expulsión de la casa. La esposa de Alois aceptó de buen grado las atenciones de Klara, a pesar de que debía ser consciente de que su papel no se limitaba al de criada y niñera. Los temores de Fanni no iban desencaminados, ya que Klara quedó embarazada, pero poco podía hacer ella para defender su posición, ya que estaba muriéndose.

En cuanto Fanni falleció, en el verano de 1884, Alois comenzó a hacer los preparativos para su boda con Klara. Tal como se ha apuntado, la que iba a ser su tercera mujer, veintitrés años más joven que él (curiosamente la misma diferencia de edad que tendrían Hitler y Eva Braun), era hija de la prima de Alois y nieta de Johann Nepomuk Hiedler, en cuya casa se había criado Alois como si fuera su hijo. Fue necesario obtener una dispensa especial de la Iglesia católica, por tratarse prácticamente de tío y sobrina; de hecho, Klara llamaba «tío» a Alois. Al serles negada la autorización por el obispo de Linz a causa de su parentesco próximo, tuvieron que recurrir a las autoridades vaticanas para poder contraer matrimonio. Probablemente, el hecho de que Klara ya estuviera embarazada aceleró el proceso, llegando la conformidad del Vaticano en menos de un mes.

Finalmente, el 7 de enero de 1885, Alois Hitler lograba casarse con Klara en Braunau, en la posada regentada por la familia Dafner. La ceremonia se celebró a las seis de la mañana para que Alois pudiera acudir después a su trabajo en el puesto aduanero, pese a ser domingo. Estuvieron presentes los dos hijos del novio, Alois y Angela, y tres testigos: la hermana menor de Klara, Johanna, y dos aduaneros. De la sencilla ceremonia, lo que más recordaban los invitados fue que la estancia en la que se celebró estaba demasiado caldeada, lo que provocó un comentario jocoso de Alois hacia Klara, a quien hizo responsable. Después de un almuerzo sencillo, Alois regresó al puesto de aduana. Como recordaría Klara tiempo después, «al mediodía, mi marido ya estaba otra vez de servicio».

Partida de bautismo de Hitler, que fue inscrito como «Adolfus».

Klara era un ama de casa modelo. A Alois hijo y a Angela los trataba como si fueran sus propios vástagos. El 17 de mayo de 1885 nació en Braunau el primer hijo el matrimonio, Gustav. En septiembre de 1886 nació una niña, Ida, y un año después Otto, que murió a los pocos días de nacer. Pero esa desgracia no sería más que el preludio de una tragedia mucho mayor; en diciembre de 1887,

Gustav falleció a consecuencia de la difteria, una enfermedad que se llevaría la vida de la pequeña Ida tan sólo unas semanas después.

En apenas unos meses, Klara había pasado de tener tres hijos a no tener ninguno. Aunque en aquella época la mortalidad infantil era alta, el dolor que tuvo que sentir Klara por ese triple golpe tuvo que ser terrible. Tal vez el trauma debió afectar a su capacidad de concebir, ya que no sería hasta el verano siguiente cuando Klara volvió a quedar embarazada.

El 20 de abril de 1889, un Sábado de Pascua frío y nublado, Klara daba a luz en la posada Dafner de Braunau a su cuarto hijo, Adolf[2]. El Lunes de Pascua, el recién nacido fue bautizado en la iglesia de San Esteban de Braunau, quedando inscrito, tal como era costumbre entonces, con su nombre en latín: Adolfus[3].

El hecho de nacer en la frontera entre Austria y Alemania fue para Hitler un «capricho del destino», tal como dejaría escrito en su libro autobiográfico *Mein Kampf*. El que dedicase las primeras líneas de su obra a señalar esta circunstancia geográfica, sin ni siquiera indicar la fecha de su nacimiento, denota la gran importancia que tenía para él; la unión de ambos países en un gran Reich alemán se convertiría en una de las grandes empresas de su vida.



El pequeño Adolf, con un año de edad.

Un padre autoritario

Klara comentó años después que su hijo Adolf fue un bebé enfermizo. En cambio, la criada recordaba a Adolf como «un niño saludable, vigoroso, que crecía muy deprisa». Tal vez, la apreciación de la madre se veía condicionada por el miedo a perderlo, como había sucedido con sus tres hermanos anteriores. Se ha dicho que, en su empeño de sobreproteger al niño, lo seguiría amamantando durante más tiempo del habitual.

Aunque casi no hay documentos y los recuerdos de familiares y conocidos hay que contemplarlos con prevención, se puede hacer un bosquejo de lo que fue durante aquellos años la vida habitual en el hogar de los Hitler.

La casa debía estar siempre bastante animada; además de Adolf, el matrimonio tuvo en 1894 a Edmund (fallecido en 1900) y en 1896 a Paula. Como se ha indicado, los dos hijos que Alois tuvo con la difunta Fanni también vivían con ellos: Alois hijo, que abandonaría el hogar en 1896, y Angela, seis años mayor que Hitler. Además, una de las hermanas pequeñas de su madre, Johanna, compartía techo con la familia; aunque era de mal carácter, sentía una especial debilidad por Adolf. Por último, vivía con ellos una mujer que hacía de cocinera y doncella, Rosalia Schichtl.

La situación económica de los Hitler correspondía a la de una familia de clase media acomodada. El sueldo de Alois era decoroso, superior al un director de escuela. Además, en 1888 debió recibir de su tío Nepomuk una buena cantidad de dinero poco antes de que este muriese, que le permitió seis meses después de su defunción comprar una casa con un terreno adjunto en Spital; los presuntos herederos recibirían sorprendidos la noticia de que no había nada que heredar. Tres años después, Alois vendió esa casa para comprar otras dos parcelas.

A pesar de mantenerse a salvo de problemas económicos, la vida de familia no era apacible. A Alois no le gustaba hacer vida en casa; prefería mantenerse alejado de un hogar que por fuerza debía ser ruidoso por la presencia de niños pequeños. Después del trabajo acudía a la taberna o iba a la parcela en donde tenía sus abejas, pues era aficionado a la apicultura. Su familia prefería que fuese así, ya que Alois poseía un carácter irascible que podía estallar en cualquier momento. En su casa era un marido autoritario y dominante y se tomaba poco interés por la educación de sus hijos.

En *Mein Kampf,* Adolf describe al padre como un funcionario escrupuloso y un excelente cabeza de familia. Sin embargo, en sus conversaciones con personas de su círculo íntimo, lo señalaba como un borracho empedernido; en muchas ocasiones, él mismo era enviado por su madre a buscarlo por las tabernas para conseguir que regresase a casa. Aunque sus vecinos lo veían a menudo volver a su hogar con paso vacilante, lo tenían en gran estima. Por otro lado, sus aventuras amorosas, a las que había sido antes tan aficionado, parecían haber quedado definitivamente atrás.

Adolf sería el principal objeto de la cólera de su iracundo padre, sobre todo después de que su hermanastro Alois se marchase de casa. Según su hermana pequeña Paula, «era especialmente mi hermano Adolf quien empujaba con su obstinación a mi padre a la severidad extrema y recibía cada día una buena zurra». El propio Hitler explicaría años después que su padre tenía súbitos arrebatos de ira y que entonces le pegaba. Contaba también que su madre vivía constantemente preocupada por las palizas que él tenía que soportar. Años más tarde, explicó a su secretaria que un día, cuando vivían en Leonding, tomó la decisión de no llorar más cuando su padre lo azotaba: «Unos pocos días después tuve la oportunidad de poner a prueba mi voluntad. Mi madre, asustada, se escondió en

frente de la puerta. En cuanto a mí, conté silenciosamente los golpes del palo que azotaba mi trasero». Según Hitler, después de ese día su padre no volvió a azotarlo nunca más.

No se sabe con certeza si Alois se mostraba también violento con Klara, pero un pasaje de *Mein Kampf,* en el que Hitler describe las condiciones de una familia de trabajadores donde los hijos tienen que presenciar cómo su padre borracho da palizas a su madre, apuntaría en este sentido. El testimonio de su medio hermano Alois parece confirmar ese extremo, un hecho que, de ser cierto, debió dejar una impresión indeleble en Adolf.

Sin duda, esa violencia en el ámbito familiar, ya fuera latente o explícita, tuvo que marcar la personalidad futura de Hitler y no para bien. Su posterior incapacidad para construir relaciones de afectividad, así como la sed de dominio y su insensibilidad ante el sufrimiento ajeno, podría tener su origen en el modelo de conducta de su padre.

CAMBIOS DE RESIDENCIA

Aunque Braunau fue la localidad natal del futuro *führer,* nada podría recordar de ella, ya que, cuando él contaba con tres años, su padre fue ascendido al cargo de recaudador superior de aduanas y la familia se trasladó a Passau, río Inn abajo, en el lado alemán de la frontera. Este sería el primero de una serie de sucesivos cambios de residencia que habrían de marcar su infancia, pero su estancia en Passau le dejaría una huella duradera. Vivir en una ciudad alemana y jugar con niños alemanes le proporcionaría una primera experiencia como alemán que luego trataría de revivir estableciéndose en Múnich. Además, allí aprendería el dialecto característico de la Baja Baviera, que sería siempre su lengua.

En abril de 1894, Alois fue destinado a Linz, pero Klara se quedó con los niños en Passau, quizás a causa del recién nacido Edmund. Ese año fue muy feliz para Adolf; aliviado por la ausencia de su padre, pudo dedicar su tiempo a lo que más le gustaba, jugar con otros niños a indios y vaqueros. Además, también debió verse libre de la vigilancia constante de la madre al tener esta que estar pendiente del bebé. No obstante, en ese tiempo, Adolf comenzó a recurrir a rabietas si no conseguía salirse con la suya. La separación familiar duraría un año.

En febrero de 1895, Alois compró una pequeña granja en la aldea de Hafeld, una comunidad rural distante cuarenta kilómetros de Linz. Dos meses después se reunió allí toda la familia. Durante los dos años que vivieron en Hafeld, Adolf acudió junto a su medio hermana Angela a la escuela de Fischlam, situada a una hora de camino, un trayecto considerable para un niño de apenas seis años. El pequeño Adolf estaba bien considerado en la escuela. Su maestro le recordaría años después como un chico «de mente muy despierta, obediente pero vivaz» y que mantenía, al igual que su hermana, «el contenido de su cartera escolar en un orden ejemplar».

Según explicaría en *Mein Kampf,* «fue en esa época cuando los primeros ideales nacieron en mi pecho. Mis juegos al aire libre, las largas caminatas hasta la escuela y sobre todo mi trato con muchachos extremadamente robustos, que a veces angustiaba profundamente a mi madre, me convirtieron en algo totalmente opuesto a una persona casera o cobarde».

Adolf consiguió notas altas en la escuela de Fischlam, a pesar de que la tensión en el hogar era creciente, puesto que Alois se había jubilado y pasaba más tiempo que antes en casa. El nacimiento de su hermana Paula en 1896 agravó el deteriorado clima familiar; además del matrimonio, la

hermana de Klara y la criada, en la casa había cinco niños, entre ellos un adolescente y un bebé. Alois debió sentirse agobiado porque empezó a beber más de lo normal y a mostrarse aún más irritable.

Alois hijo no soportó más la situación y, con catorce años, se marchó de casa; años después se quejaría amargamente de que con frecuencia su padre los golpeaba «sin piedad con una fusta». En una ocasión, después de que su hijo faltase a clase, Alois le apretó contra un árbol cogiéndole por la nuca hasta que perdió el conocimiento. Nadie escapaba a su régimen de terror; según Alois hijo, su padre «a menudo vapuleaba al perro hasta que el animal se encogía temblando y se orinaba en el suelo». La marcha de Alois hijo dejaría a Adolf en primera línea ante los estallidos de ira de su padre. A partir de entonces, él sería el único receptor de sus palizas.

El retrato que haría Alois hijo de su medio hermano en una fecha tan tardía como 1948, en una entrevista, dejaba traslucir todavía resentimiento por el favoritismo de su madrastra por Adolf: «Ella siempre se ponía de su parte. A él se le ocurrían las ideas más descabelladas, pero siempre se salía con la suya. Si no conseguía lo que quería se ponía furioso». Según Alois hijo, Adolf «tenía un carácter imperioso e irritable, no escuchaba a nadie. No tenía amigos, no simpatizaba con nadie y podía ser muy despiadado. Sufría ataques de rabia por trivialidades». No obstante, este duro perfil descrito por Alois hijo hay que tomarlo con reservas; hay que tener presente que sus expectativas personales y las de su hijo William Patrick ante el ascenso al poder de su medio hermano no se vieron cumplidas, lo que hace pensar que esas palabras fueron pronunciadas desde un posible resentimiento. Los otros testimonios de la época apuntan ese carácter irritable del pequeño Adolf, pero aseguran que no tenía dificultad para hacer amigos, sino al contrario, y no describen ningún episodio del que se deduzca que fuera despiadado. En suma, todo apunta a que, en esa época, la evolución de Adolf correspondía a la de cualquier chiquillo de su edad.

En 1897, Alois vendió la casa de Hafeld y la familia se trasladó al pueblecito de Lambach, alojándose en una fonda, frente al monasterio benedictino que hay en esta localidad. Las notas de Adolf en la escuela de Lambach serían aún mejores que las cosechadas en Fischlam. En un trimestre llegaría a obtener doce sobresalientes. Adolf, que poseía buena voz, acudía también al monasterio a tomar lecciones de canto; fascinado ante el esplendor eclesiástico, llegaría a expresar su deseo de convertirse en sacerdote. Incluso gustaba de jugar a cantar misa, colocándose el delantal de la criada a modo de casulla y pronunciando largos y fervientes sermones. Tal vez esa embriaguez por el «esplendor solemne de las brillantes festividades de la iglesia» le llevaría en el futuro a intentar trasladar esa parafernalia religiosa a las celebraciones del Tercer Reich. Curiosamente, en el camino debía pasar junto a un arco de piedra en el que estaba esculpido el escudo de armas del monasterio, cuyo elemento más destacado era una esvástica, el que años después se convertiría en el símbolo de su movimiento.

Al año siguiente, la familia se trasladó a una casa contigua a un molino. Por entonces, Adolf seguía creciendo como cualquier otro niño. Sus vecinos lo recordarían como «un pilluelo» que solía protagonizar travesuras, apareciendo «allí donde algo sucedía» y regresando a casa con los pantalones desgarrados y magullado por sus aventuras infantiles.

Aunque es de suponer que su padre se esforzaba por inculcarle conceptos como seguridad, permanencia o estabilidad, inherentes al trabajo funcionarial al que pretendía atraerle, la verdad es que el pequeño Adolf no disfrutó de ninguno de ellos. Alois Hitler sometía a su familia a continuos cambios, no siempre forzados, por motivos de trabajo. Como vemos, las mudanzas eran algo

habitual, de una localidad a otra y, como en el caso de Lambach, dentro de la misma población. A consecuencia de todo ello, a lo largo de diez años Hitler asistió a cinco escuelas diferentes, lo que por fuerza tuvo que influir negativamente en la formación de su personalidad.

SUS MEJORES RECUERDOS

En noviembre de 1898, la familia emprendió una nueva mudanza, en este caso a Leonding, un pueblo de los alrededores de Linz que contaba entonces con unos tres mil habitantes. Allí, Alois había comprado una casa acogedora, a pesar de estar frente al muro del cementerio, con una pequeña parcela de tierra. Aunque la casa no era muy grande, tenía el aliciente de estar cerca de Linz, con sus teatros, la ópera y sus imponentes edificios.

A partir de entonces, la familia se asentó en esta zona. Hitler consideraría siempre a Linz como su auténtica ciudad natal. En ella tendría sus primeras experiencias vitales y allí transcurrirían los años más decisivos para la formación de su carácter, guardando los mejores recuerdos. Tras la anexión de Austria, volvería a menudo a Linz, al contrario de Braunau que, pese a convertirse en la «villa natal del *führer»,* tan sólo sería visitada por Hitler en una ocasión. Linz fue siempre el lugar favorito de Hitler y en sus delirios de grandeza concibió gigantescos planes de reconstrucción para después de que hubiese concluido la guerra. Con el fin de alimentar el enorme museo proyectado en la ciudad, reunió un gran número de cuadros, producto de sus saqueos por la Europa ocupada. Incluso a la hora de redactar su testamento se acordó de Linz.

Sus recuerdos de Leonding serían muy agradables, asegurando que era «una época feliz en que el trabajo escolar era ridículamente fácil y dejaba tanto tiempo libre que me veía más el sol que mi habitación». En esa época, Adolf comenzó a leer los libros de aventuras del escritor alemán Karl May; sus relatos ambientados en el Oeste norteamericano cautivarían la imaginación de muchos jóvenes[4].

Gracias a su interés por la lectura y sus experiencias por haber vivido en tantos sitios diferentes, Adolf sería visto por sus compañeros de la *Volksschule* de Leonding como un hombre de mundo. Hitler se convirtió en el cabecilla de su grupo de amigos, jugando a policías y ladrones o a indios y vaqueros por los bosques y campos que rodeaban Leonding. Organizaba recreaciones de batallas entre bóers e ingleses y, cuando el entusiasmo de sus compañeros decaía, reclutaba muchachos más pequeños o incluso a niñas.

Así, desde entonces Hitler comenzaba a destacar como líder. Sólo hace falta observar la célebre fotografía de su clase de la escuela de Leonding, en la que un Hitler de once años aparece en la fila superior, con los brazos cruzados, mostrándose altivo y desafiante. En esa época, además del carisma del que gozaba entre sus compañeros, que le aceptaban como líder natural, sus calificaciones eran excelentes, por lo que todo apuntaba a que le esperaba un futuro prometedor.



Imagen actual de la casa de Hitler en Leonding. Hoy acoge las oficinas del cementerio próximo.

Pero con su último año escolar en Leonding acabaría la infancia feliz de Adolf. Hasta ese momento, a pesar de la violencia que ejercía su padre sobre él y de los continuos cambios de residencia que le privaban de estabilidad, podemos decir que su infancia había transcurrido por las vías normales de cualquier niño de su edad. Aunque los rasgos anormales que denotaría en su vida adulta parecían estar latentes y asomar de vez en cuando, es probable que nunca se hubieran manifestado. En ese caso, Hitler tal vez se habría convertido en funcionario, se hubiera casado con alguna joven de Linz y su tiempo libre lo hubiera dedicado a pintar.



Hitler, en el centro de la fila superior, presenta una imagen altiva y desafiante que parece presagiar su posterior dominio de las masas.

Sin embargo, su paso de la *Volksschule* de Leonding a la *Realschule* de Linz supondría una ruptura total con esa infancia feliz que apuntaba a un futuro estable y tranquilo. En el Hitler adolescente, rebelde y atormentado que estaba a punto de eclosionar, sí que podremos encontrar la semilla de ese dictador despiadado; los felices días de Leonding habían tocado a su fin.

[1]Tampoco se sostiene el relato de Frank sobre la supuesta carta que el sobrino de Hitler le mandó, ya que los años siguientes William Patrick los pasó en Alemania y además pudo abandonar el país en 1938. Desengañado al no haber obtenido réditos de su parentesco con el *führer,* William Patrick realizó una serie de «revelaciones» en el extranjero pero nunca habló de la historia del judío de Graz, en un momento en el que ya no podía temer ninguna represalia. Las investigaciones que la Gestapo llevó a cabo en la década de los treinta y a principios de los cuarenta aparentemente no obtuvieron tampoco ninguna confirmación de esa hipótesis, aunque no habría que descartar la posibilidad de que, si hubieran encontrado las pruebas, estas fueran destruidas. También se especula con la posibilidad de que esas presuntas pruebas fueron halladas y conservadas celosamente por el jefe de las SS, Heinrich Himmler, para protegerse las espaldas. En todo caso, las motivaciones de Hans Frank, un veterano antisemita, en revelar que Hitler tenía sangre judía están abiertas a cualquier interpretación.

[2]Aunque cuando nació Hitler la posada era regentada por la familia Dafner, al quedar viuda la propietaria, esta la vendió en 1912 a un hombre llamado Josef Pommer, pasando a ser conocida desde entonces como *Gasthof zum Pommer.* El edificio se encuentra en el número 15 de la calle Salzburger Vorstadt, aunque por entonces la dirección era Vorstadt 219. En la actualidad, acoge un centro de rehabilitación para niños con problemas mentales y no está abierto al público. No existe ningún indicador que señale que allí nació Hitler, pero en 1989 se colocó delante de la casa, sobre la acera, una gran piedra procedente del campo de concentración de Mauthausen con la inscripción *Für Frieden, Freiheit und Demokratie. Nie wieder Faschismus. Millionen Tote mahnen* (Por la paz, la libertad y la democracia. Nunca más el fascismo. Millones de muertos nos lo recuerdan).

[3]En la iglesia de San Esteban (Kirchenplatz, 15), todavía se conserva la pila bautismal, de gran valor artístico.

[4]Pese a tratarse de literatura juvenil, Hitler seguiría leyendo esas historias durante toda su vida, influyendo en la visión que adquiriría, por ejemplo, de la Unión Soviética; para él, el inabarcable territorio ruso era como el Lejano Oeste, dispuesto para ser conquistado por el hombre blanco (el alemán), desalojando de él a los indios (los rusos). Las tretas indias que solían aparecer en esos relatos inspirarían a Hitler una táctica poco ortodoxa para apoderarse de los puentes holandeses, organizando un batallón ataviado con uniformes de la policía holandesa para neutralizar las cargas explosivas. Hitler lamentaba que sus generales fueran incapaces de tener ideas de ese tipo. En una reunión, Hitler se quejó: «Estos generales son demasiado limpios y remilgados. ¡Hubieran debido leer más a Karl May!».

Sueños de juventud, 1900-septiembre de 1907

El cambio de siglo llegó a la familia Hitler de la peor manera posible; el 2 de febrero de 1900 fallecía el pequeño Edmund de cinco años, a causa del sarampión. Esa cuarta muerte debió resultar casi insoportable para Klara. Pero, por otro lado, esa desgracia agravaría la relación de Adolf con su padre. Como Alois hijo se había marchado de casa y Edmund había fallecido, todas las esperanzas de Alois de que uno de sus hijos varones siguiese sus pasos se centraban ya únicamente en Adolf. Aunque por entonces él ya mostraba vocación artística, prefirió guardar para sí esos proyectos y aceptar por el momento los planes de su padre.

Así, Alois decidió inscribirlo en una escuela profesional en Linz, una *Realschule,* en vez de en un *Gymnasium,* que daba más importancia a los estudios tradicionales y se preparaba al estudiante para la universidad. Aunque esos no eran los estudios habituales para un futuro funcionario, por tratarse de una enseñanza más técnica y científica, esa seguía siendo la aspiración de Alois respecto a su hijo. Tal vez valoró que en la *Realschule* también se estudiaba dibujo, la asignatura en la que su hijo más destacaba. Adolf acabó el último curso de la *Volksschule* de Leonding con las habituales buenas notas y, tras disfrutar de las vacaciones de verano, se dispuso a ingresar en la *Realschule* de Linz.



En esta fotografía de su clase en la escuela de Linz, Hitler ya no destaca como en la anterior. Sus problemas de adaptación influyeron en su mediocre rendimiento.

Con el comienzo del nuevo curso, el rendimiento escolar de Hitler, que hasta entonces había sido excelente, comenzó a bajar. Al inconveniente de que la escuela se encontraba a una hora de camino de Leonding, se unía su falta de integración en el nuevo ambiente. La escuela se hallaba en una sombría construcción de cuatro plantas en una calle estrecha, un concepto alejado de las alegres escuelas rurales a las que hasta entonces había asistido. El trato de los profesores era distante e impersonal y sus compañeros no le prestaban la atención que sí le habían mostrado sus amigos de la escuela de Leonding. Además, los otros estudiantes, residentes en la ciudad, tendían a despreciar a los que procedían del campo, como él.

FALTA DE ADAPTACIÓN

Los intentos de Adolf de organizar juegos y diversiones debieron acabar en sendos fracasos. Hay que imaginar la frustración que eso tuvo que causarle; había pasado, sin solución de continuidad, de ser un respetado cabecilla popular a un cero a la izquierda. La fotografía de ese curso denota ese cambio. Aunque Hitler se halla también en la fila superior, ya no aparece con actitud rebelde y desafiante; situado en un extremo, ahora es un adolescente introvertido. Tal vez fue víctima de acoso escolar. Hitler no llegaría a hacer ninguna amistad allí. Sea por no haber sabido adaptarse a la dinámica de la nueva escuela o por su falta de dedicación, su rendimiento en matemáticas e historia natural fue calificado de «insuficiente», lo que le obligó a repetir curso.

Uno de sus maestros aseguraría en 1924: «Hitler era un alumno bien dotado, aunque en campos muy limitados, al que le resultaba difícil soportar las normas de la escuela». La descripción de su carácter no sería nada benévola; su maestro afirmaría que era «terco, malhumorado y respondón». Otro profesor recordaba a Adolf como un muchacho delgado y pálido que tenía que ir caminando desde Leonding a Linz para ir a la escuela y describía al joven estudiante como «obstinado, prepotente, dogmático y apasionado». También aseguraba que «no hacía pleno uso de su talento, carecía de aplicación y era incapaz de adaptarse a la disciplina escolar». De todos modos, esas descripciones surgieron en 1924, con ocasión del juicio a Hitler tras la tentativa golpista fallida de Múnich, por lo que podrían haber estado contaminadas por la influencia de la deriva posterior de la vida de Hitler. De hecho, otros profesores y alumnos aseguraban que Hitler no había destacado en la escuela por nada especial. Su supuesta crueldad manifestada en la mutilación de ranas e insectos pertenece al campo de la leyenda.

Como se ha apuntado, ese año 1900 podría considerarse el punto de inflexión en su evolución como estudiante y, por extensión, en su camino de crecimiento personal. Fue entonces cuando se reveló su tendencia a la holgazanería; en la *Volksschule* no le había hecho falta esforzarse para ir superando los cursos pero, en esa nueva etapa, en la que el nivel de exigencia era mayor, Hitler no aumentó su nivel de esfuerzo.

La explicación que da en *Mein Kampf* nos puede dar la clave de esa cuestión: «Creía que cuando mi padre viese lo poco que adelantaba en la *Realschule* me permitiría dedicarme a mi propio sueño, le gustara o no». Adolf, a la pregunta de qué quería ser de mayor, contestaba siempre que «artista», lo que enfurecía a su padre: «¡Artista, no, nunca mientras yo viva!». Hitler consideraba que sus avances en la *Realschule* equivaldrían a dar pasos firmes hacia el funcionariado, alejándole de su objetivo: convertirse en artista.

Es indudable que la presión de su padre para que se inclinase por la carrera de funcionario tuvo un efecto contraproducente. Hitler explicaría más tarde que, con trece años, su padre le llevó a la oficina del servicio de aduanas de Linz para despertar su interés por ese mundo, pero lo que vio lo llenó de «horror, aversión y una repugnancia perdurable hacia la vida de funcionario». Los intentos de Alois de despertar en su hijo la vocación de servidor público chocaron siempre con su firme oposición.

Así pues, por un lado, Alois, que se había abierto camino en la vida a base de esfuerzo y dedicación desde un origen humilde, contemplaba impotente cómo su hijo rechazaba alcanzar una posición similar de dignidad y respeto desde un punto de partida más favorable y contando con la

ventaja de los contactos que poseía su padre en el funcionariado. Por el otro, Adolf no estaba dispuesto a aceptar ese destino bajo ninguna circunstancia. En *Mein Kampf* sería muy claro al respecto: «No quise ser funcionario. Ni las homilías ni la más persuasiva de las argumentaciones sirvieron para vencer mi repugnancia. No quise ser funcionario y me negué a ello. Todo intento de citar el ejemplo de mi padre para despertar mi vocación hacia aquel oficio producía en mí efectos diametralmente opuestos».

A Hitler, «tener que permanecer sentado en una oficina, privado de mi libertad, de no poder ser el dueño de mi propio tiempo y de consumir mi existencia llenando formularios se me antojaba una idea odiosa e inconcebible». El hecho de que estas palabras figuren en los primeros párrafos de su libro ya da idea de cómo le marcó la disputa que mantuvo con su padre acerca de su futuro.

El joven Hitler quería ser artista y estaba decidido a hacerlo y a pasar por encima de la voluntad de su padre si era necesario. Sus excelentes calificaciones en la asignatura de dibujo demuestran que tenía talento para ello, pero es muy probable que su inclinación hacia la carrera artística tuviera más que ver con la atracción que despertaba en él la vida libre e independiente que se atribuye a los artistas. Hitler quería huir del trabajo sistemático, el esfuerzo y la regularidad, y pensó que la vida de artista se adaptaba plenamente a su carácter.

El pulso mantenido en torno a esas dos posiciones irreconciliables no ayudaría a mejorar su rendimiento escolar. Es imposible saber cómo hubiera evolucionado Hitler si su padre hubiera aceptado que su hijo no deseaba seguir sus pasos y lo hubiera apoyado en su deseo de seguir una carrera artística. Así, el niño feliz de los tiempos de la escuela primaria comenzaba a convertirse en un adolescente vago, rebelde y obstinado.

Dueño de su destino

Adolf se vio obligado a repetir curso, lo que tendría sobre él efectos positivos. El cambio brusco que había supuesto pasar de la escuela rural a la *Realschule* quedaba atrás y, al conocer ya el contenido de las asignaturas, el esfuerzo a realizar iba a ser menor. El tener un año más que sus compañeros le permitió volver a convertirse en cabecilla de juegos. Uno de sus condiscípulos afirmaría que «a todos nos caía bien, tanto en clase como en los ratos libres. Tenía agallas. No era un exaltado; de hecho, era más responsable que la mayoría. Su carácter presentaba dos extremos que no suelen darse simultáneamente: era un fanático tranquilo».

Según se desprende de las palabras de su compañero, Adolf hubiera sido entonces todavía recuperable. El hecho de que fuera «más responsable que la mayoría» permite pensar que aquel adolescente aún hubiera podido tener éxito en los estudios. Además, Hitler había debido recuperar su autoconfianza al volver a ser el centro de atención de sus compañeros durante la hora del recreo; les enseñaba a arrojar el lazo jugando a indios y vaqueros y a representar las escenas de batalla de la guerra de los bóers, tal como hacía en Leonding. Curiosamente, Hitler hablaba de alistarse en el ejército de los colonos holandeses, cuyos soldados gustaba de dibujar y mostrar a sus compañeros.

Fue ese año cuando se despertó en él la pasión por la ópera y especialmente por la de Richard Wagner. Asistió por primera vez a una obra wagneriana, *Lohengrin,* en el teatro de la ópera de Linz, quedando «inmediatamente cautivado». También fue ese año cuando su germanismo se hizo aún más

patente, quizás como acto de rebeldía ante su padre, que era un acérrimo defensor del régimen de los Habsburgo. La música de Wagner contribuiría a su fervor germánico.

La buena evolución de Adolf se reflejaría en sus calificaciones al final del curso. Aprobó todas las asignaturas. Además, obtuvo un «bien» en conducta y un «excelente» en aplicación, lo cual no deja de sorprender teniendo en cuenta el desinterés mostrado el año anterior. Si tenemos en cuenta que esa mejora en los estudios se produjo mientras su padre seguía ejerciendo en él su presión para que se convirtiese en funcionario, podemos calificar esa enmienda de su comportamiento de meritoria.

Después de las vacaciones de verano llegó el nuevo curso, que comenzaba con un Adolf rehabilitado y listo para seguir obteniendo buenos resultados escolares. Sin embargo, nada más comenzar las clases se hizo evidente que su exitoso año de repetidor había sido un espejismo. La asignatura que requería más esfuerzo, las matemáticas, enseguida se le atragantó. Su nota de aplicación descendió a «variable». Hitler se estaba quedando nuevamente atrás.

Alois Hitler murió de repente la mañana del 3 de enero de 1903, mientras se tomaba un vaso de vino en la Gasthof Wiesinger[5], a causa de una hemorragia pleural. Es de suponer que Adolf no sintió mucho la desaparición de su padre, a pesar de que los testigos aseguran que lloró mucho durante el entierro, oficiado en el cementerio que estaba en frente de la casa de la familia. Pasado ese primer dolor, Adolf debió sentirse enormemente aliviado; con la desaparición de su padre se libraba de la presión familiar para escoger su futuro. Su madre lo iba a apoyar tomase la decisión que tomase, por lo que Hitler comenzaba a ser dueño de su propio destino.



La muerte de su padre, quien quería que su hijo fuera funcionario como él, supuso un alivio para Hitler, que deseaba ser artista.

ABANDONO DE LOS ESTUDIOS

En el caso de que el único responsable de la evolución negativa de Hitler hubiera sido su padre, está claro que su desaparición habría llevado aparejada una mejora en los estudios de Adolf. Sin embargo, sus calificaciones continuaron siendo bajas, lo que demuestra que su rechazo al trabajo sistemático y a la disciplina eran en gran parte los causantes de su bajo desempeño académico.

En primavera, a Adolf se le permitió irse a vivir a Linz, para de este modo ahorrarse la caminata diaria desde Leonding. Se instaló en una casa compartida junto a otros cinco estudiantes. Su rendimiento escolar no mejoró, pero pudo tener más tiempo para dibujar y leer. Al final de curso, Adolf acabó suspendiendo otra vez las matemáticas. Si no las aprobaba en septiembre, debería volver a repetir curso.

Ese verano, la familia Hitler fue invitada a Spital, a donde se dirigieron en tren, cargados con dos baúles enormes. Allí, Adolf pasaría también la mayor parte del tiempo leyendo y dibujando, evitando el contacto con otros niños. Al regresar a Leonding se produjo una noticia en la familia; la boda de su hermana Angela con Leo Raubal, un inspector de Hacienda de Linz[6].

En septiembre de 1903, Adolf aprobó el examen de recuperación de matemáticas. Aunque fuera a trancas y barrancas, había logrado llegar al tercer curso. Inesperadamente, la asignatura que ahora se le iba a atragantar sería el francés. Su profesor de francés, el señor Hümer, observó que Hitler «tenía talento, pero en un campo limitado. Carecía de disciplina, tenía fama de cascarrabias, testarudo, arrogante e irascible. Además, era holgazán; de otra manera, con sus dotes, le habría ido mucho mejor. En dibujo a mano alzada su estilo era fluido y se le daban bien las asignaturas de ciencias. Pero su entusiasmo por el trabajo duro se evaporaba demasiado rápidamente».

Según su profesor de francés, Hitler «reaccionaba con hostilidad mal disimulada a los consejos y a las críticas y exigía a sus condiscípulos una sumisión incondicional. Se imaginaba a sí mismo en el papel de líder». El señor Hümer aseguró más tarde que hizo lo posible para reconducir a aquel «joven flaco de rostro pálido», pero que sus esfuerzos fueron inútiles. Adolf ya se había vuelto terco e inflexible. Si damos crédito a las palabras de su profesor de francés, en ese momento el adolescente Hitler era ya irrecuperable. Su mente había dado el paso de no retorno, saliendo para siempre de la normalidad y entrando en un mundo que entonces no podía vislumbrar, cargado de odio, fanatismo e intolerancia.

De ese curso, Hitler sólo guardaría un recuerdo especial para su profesor de historia, Leopold Pötsch, quien, sorprendentemente, consiguió romper el duro caparazón del que Adolf se había revestido. En *Mein Kampf,* Hitler recordaba «con afecto y emoción a ese hombre de barba gris que con el fuego de sus relatos a veces nos hacía olvidar el presente y nos transportaba como por ensalmo a los tiempos pasados, donde los recuerdos históricos se convertían en viva realidad. En esas ocasiones nos quedábamos sentados, inflamados de entusiasmo, y a menudo nos conmovíamos hasta las lágrimas».

Las notas de fin de curso llegaron con ese suspenso en francés, que requirió de un examen de recuperación en septiembre. Adolf no pasó satisfactoriamente la prueba, lo que le condenaba a repetir curso, pero la dirección de la escuela propuso a su madre dárselo como aprobado con la

condición de que no regresase a la *Realschule* de Linz para el último curso y buscase otro centro.

La *Realschule* más cercana se hallaba en Steyr, a unos cincuenta kilómetros de Linz, por lo que Adolf se iba a ver obligado a residir allí. Hasta Steyr fueron Hitler y su madre para buscar alojamiento, que encontraron en el hogar de una familia local. Hitler, que había mostrado desgana y aburrimiento en el último curso, se mostraría todavía más pasivo en Steyr. En vez de estudiar, se dedicaba a leer y pintar y, cuando se cansaba de eso, solía practicar tiro contra las ratas desde la ventana de su habitación. Su desinterés era tal, que intentaba poner excusas para no tener que acudir a clase, como en una ocasión en la que llegó con una gran bufanda al cuello fingiendo que se había quedado afónico. Así, los resultados del primer semestre de ese curso 1904-05 estuvieron acordes con esa actitud apática, suspendiendo en alemán y en matemáticas.

Aunque en *Mein Kampf* aseguraría que sólo «saboteaba» las asignaturas que le parecían estériles, la realidad es que en dos asignaturas que eran de su interés, como la geografía y la historia, obtuvo también resultados mediocres, apenas un «suficiente». Tan sólo se salvó la asignatura de dibujo, en la que obtuvo un «bien» y la de gimnasia, en la que logró un «excelente».

No obstante, a mitad del curso Adolf reaccionó, mostrando más interés. Gracias a su cambio de actitud, al final del curso había aprobado todas las asignaturas, excepto la de geometría. Al final, podría graduarse si en septiembre aprobaba el examen de recuperación de esta materia. Mientras, su madre había vendido la casa de Leonding y se había trasladado a un piso alquilado en la Humboldtstrasse, en el centro de Linz. El apartamento era agradable, pese a ser de dimensiones más bien reducidas. Ese verano, Klara, Adolf y Paula fueron otra vez a veranear a Spital, en donde Adolf contrajo, al parecer, una leve infección pulmonar.

De nuevo en Steyr, Hitler se presentó al examen de geometría y aprobó. Esa noche, él y varios compañeros lo celebraron con vino en una fiesta, de la que Adolf salió bastante perjudicado; era la primera vez que bebía. La experiencia fue traumática, ya que, caminando por el campo, tuvo una necesidad fisiológica imperiosa y se limpió con el papel que tenía más a mano, el certificado de la nota del examen. Por la mañana, una lechera lo despertó al amanecer, tumbado al lado del camino. Para desgracia suya, alguien encontró el papel manchado y lo llevó a la escuela. Hitler pasó una vergüenza horrorosa cuando se lo devolvieron.

Tras aprobar el examen de recuperación de geometría, Hitler podía presentarse al denominado *Abitur,* el examen final para obtener el título que le permitiría proseguir sus estudios en una *Oberrealschule* o en una escuela técnica. Pero a Hitler se le debía hacer muy cuesta arriba la idea de tener que seguir acudiendo a clase, por lo que ideó una estratagema para abandonar sus estudios.

Adolf exageró la ligera afección pulmonar que había contraído durante las vacaciones en Spital, que no le había impedido presentarse al examen ni participar en la celebración, para convencer a su madre de que ya no estaba en condiciones de seguir asistiendo a clase. La «grave enfermedad pulmonar» a la que alude en *Mein Kampf* para justificar su abandono de la escuela era una más de sus patrañas. No obstante, su hermana Paula aseguraría más tarde que, en efecto, su hermano padeció por entonces una afección de ese tipo. Un vecino afirmó también que «no estaba bien de salud» y confirmó que «tuvo que dejar los estudios debido a un problema pulmonar, de resultas del cual escupía sangre».

En todo caso, ese problema de salud, fuera grave o no, resultaría muy oportuno para sus intereses, en una constante que se repetiría a lo largo de su vida. Cuando Hitler se veía apurado ante una situación, siempre confiaba en que la Providencia acudiría indefectiblemente en su ayuda, lo que le

proporcionaba una autoconfianza inquebrantable.

La madre de Hitler, angustiada por los síntomas de su enfermedad, accedió a la dramática petición de su hijo de dejar de acudir a clase. Después de la pérdida de cuatro vástagos, la sola idea de perder también a Adolf debía aterrorizarle. Así, en ese otoño de 1905, Hitler, que contaba con dieciséis años, forzó esa interrupción de su escolaridad, un paréntesis que acabaría por ser definitivo.

VIDA DE RENTISTA

Una vez libre de sus ataduras escolares, Hitler dio comienzo a lo que él consideraba que era la vida que debía llevar un artista. Pasaba las horas leyendo vorazmente. También se dedicaba a visitar los museos de la ciudad, asistir a la ópera y, sobre todo, pintar acuarelas, dibujar modelos de arquitectura o diseñar esbozos para una fabulosa remodelación de Linz.

No obstante, él jugaba a ser artista con la ventaja de tener cubiertas todas sus necesidades económicas. Así, en realidad Hitler vivió ese tiempo con la mentalidad de un rentista, una actitud que ocultaba bajo su formación de autodidacta. Esa vida regalada era posible porque, tras la muerte de su padre, la desahogada situación de la familia no se había resentido. La madre de Hitler percibía una pensión de viudedad acorde con el alto grado que su marido había alcanzado en el escalafón, a lo que habría que añadir el producto de la venta que la casa de Leonding, por la que había obtenido la entonces respetable cantidad de diez mil coronas.

Aunque la mayoría de sus antiguos compañeros de la *Realschule* de Linz residían en la ciudad, Adolf rompió todo vínculo con ellos. Hitler deambulaba solo por las calles de Linz, sin sentir la necesidad de compartir con nadie sus sueños de futuro. No obstante, a finales de ese otoño de 1905, Hitler trabó amistad en las localidades baratas del teatro de Linz con un joven que también sentía pasión la ópera, el ya mencionado August Kubizek.


El único amigo de Hitler en Linz, August Kubizek, también aficionado a la música.

Kubizek era nueve meses mayor que Hitler, pero se sentía inferior a él. El nuevo amigo de Hitler tenía un espíritu muy apocado, lo que le convertiría en la víctima propiciatoria de sus exaltados monólogos. Pese a todo lo que les diferenciaba, tenían unos significativos puntos en común. Ambos se consideraban supervivientes de un linaje en extinción; Gustl, como le llamaba Hitler, era el único superviviente de cuatro hermanos, mientras que Adolf había perdido también a cuatro hermanos, aunque en su caso todavía le quedaba una hermana. Pese a que rara vez mencionarían entre ellos esa penosa circunstancia, sentían que les unía.

Igualmente, Kubizek sufría por el destino que su padre le tenía reservado, el de tapicero. El muchacho también tenía un sueño: llegar a ser un gran músico. Sin embargo, se veía condenado por el momento a ayudar a su padre a tapizar muebles viejos, deshaciendo y haciendo el relleno entre nubes de polvo, lo que él consideraba un trabajo repulsivo. Los problemas pulmonares entre los tapiceros eran habituales. El paralelismo con la repugnancia que sentía Hitler hacia el destino que le había tenido preparado en vida, el de funcionario, es evidente.

Así pues, el destino de ambos jóvenes se cruzó en Linz. Kubizek había descubierto su vocación musical cuando, en una ocasión, tuvo que acudir al teatro de Linz para tapizar unos asientos, en un momento en el que se estaba ensayando una ópera. Desde entonces, no se perdió una sola actuación de ópera, no importaba lo cansado que estuviera del trabajo. Sólo podía permitirse una entrada para la zona de pie; allí había dos columnas, que eran el lugar más codiciado, ya que eran los únicos lugares en los que uno podía apoyarse sin perder de vista el escenario. August, tras comprar su entrada, entraba a toda prisa en la zona de pie; no obstante, comprobaba cómo a menudo una de las dos columnas, la de la derecha, estaba ocupada por un aficionado a la ópera aún más entusiasta que

él.

Entre molesto y sorprendido, el joven aprendiz de tapicero miraba a su rival. Durante unas cuantas funciones, se fijaban el uno en el otro sin intercambiar palabra. Pero un tiempo después, durante el entreacto de una actuación, empezaron a hablar sobre la desafortunada asignación de uno de los papeles; lo comentaron y disfrutaron de su crítica desfavorable común. Ese fue el comienzo de la amistad entre ambos.

Retrato de juventud

Gracias al testimonio de Kubizek podemos obtener un retrato bastante completo de la personalidad de Hitler en aquella época[7]. Según Kubizek, Hitler era «un joven escuálido, sumamente pálido», aunque siempre vestía de forma impecable. Su atuendo consistía en sombrero negro de ala ancha, guantes oscuros de cabritilla, bastón negro con puño de marfil, y levita negra, ofreciendo la imagen de un perfecto petimetre. En invierno se cubría con un abrigo negro forrado de seda.

Aparte de periódicos y folletos, el joven Hitler devoraba toneladas de literatura. Kubizek recordaba años después: «No puedo imaginarme a Adolf sin un libro en las manos. Tan pronto como terminaba la lectura de un libro comenzaba a hablar sobre él y a mí no me quedaba más remedio que escucharle pacientemente, me interesara o no el tema». Apenas había un tema que no le interesara; historia, teatro, religión, filosofía, estrategia militar, arte, técnica, economía, biología o medicina. Gracias a su excelente memoria, realmente fuera de lo común, lograría acumular en su mente conocimientos que años después llegarían a sorprender a especialistas en esas materias. Sin embargo, su vicio de leer carecía de sistema y de método, de lo que resultaría una formación deficiente.

Adolf acostumbraba a acostarse muy tarde y a levantarse bien entrada la mañana. Leía y dibujaba hasta la hora de comer. Después, Adolf continuaba con esas actividades hasta que sobre las seis de la tarde dejaba la casa. Entonces, Hitler trataba de mantener a su amigo Gustl alejado del taller paterno. Daban largos paseos, ya fuera por la ciudad, por los prados o por algún sendero solitario del bosque. Ambos asistían juntos a todas las funciones de la ópera. Luego paseaban por la calle, conversando sobre la obra que habían visto; habitualmente, Hitler criticaba con vehemencia a los actores o músicos o se mostraba extasiado si la función había sido de su agrado.

En el curso de los largos paseos que daban juntos, Hitler acostumbraba a expansionarse a su antojo, soltando a su amigo vibrantes discursos acompañados de gestos expresivos, lo que le hacía a Kubizek sentirse «privilegiado». No obstante, Gustl reconocería que también tenía que escuchar «largos discursos sobre cosas que no me interesaban en absoluto, como por ejemplo sobre el impuesto interno que se cobraba en el puente del Danubio o sobre una colecta en las calles para una lotería benéfica». Pero Kubizek le escuchaba sin interrumpirle, con una mezcla de paciencia infinita y admiración no disimulada: «Aquellos discursos parecían un volcán en erupción. Era como si algo extraño, de otro mundo, brotara de él. Arrebatos como aquellos sólo los había presenciado hasta entonces en el teatro, cuando un actor tenía que expresar emociones violentas y, al principio, al encontrarme ante tales arranques, lo único que conseguía era quedarme boquiabierto y pasivo, sin acordarme de aplaudir».

Las observaciones de Kubizek nos pueden servir para comprender la reacción que, años después,

experimentaría el público que asistía a sus discursos: «Me maravillaba una y otra vez la fluidez con la que se expresaba, la claridad con la que lograba transmitir sus sentimientos, la facilidad con la que las palabras fluían de su boca cuando se dejaba llevar por sus propias emociones». Lo que impresionó a Kubizek al principio «no fue lo que decía, sino cómo lo decía. Era algo nuevo y magnífico para mí. Nunca me había imaginado que un hombre pudiera producir un efecto semejante con meras palabras».

Kubizek veía a su amigo como un héroe, motivado por su determinación en llegar a ser pintor, la misma que él abrigaba por llegar a ser músico. Sin duda, en esa admiración también debía influir el hecho de que Hitler se hubiera opuesto con decisión a los planes que tenía para él su padre, una actitud que deseaba emular a pesar de su falta de carácter. «Me estremeció la grandeza que vi allí», aseguró Kubizek. Fascinado por la oratoria de su amigo, Gustl le ofrecía lo que Adolf ansiaba: la aprobación de todos sus sueños y proyectos, por irreales y utópicos que aparentasen ser. Kubizek se consideraba a sí mismo «flexible y, por lo tanto, dispuesto a ceder», mientras que Hitler era «excesivamente violento y excitable».

Aunque Hitler desempeñaba un papel dominante, rayando el egoísmo, parece que sentía un aprecio sincero por su amigo: «Siempre sabía lo que yo necesitaba y deseaba. A veces tenía la sensación de que él estaba viviendo mi vida además de la suya». Pero Hitler exigía una exclusividad radical que el dócil Kubizek estaba dispuesto a conceder. August recordaba que, cuando su profesor de violín falleció, Adolf insistió en acompañarle al sepelio, lo cual le sorprendió bastante, ya que no le conocía en absoluto. Cuando Kubizek le expresó su sorpresa, la respuesta de Adolf fue: «No soporto que te codees con otros jóvenes y les hables». En otra ocasión, cuando compartían habitación en Viena, Gustl llevó al cuarto una joven, una más del grupo de alumnos de la clase de música; Hitler, creyendo que se trataba de una novia, reaccionó con irritación. Kubizek le aseguró rotundamente que no le había visitado «por amor», sino porque deseaba hacerle una pregunta relativa a las clases, pero Hitler siguió mostrándose muy enfadado, opinando que su habitación era demasiado pequeña para tales citas con una «hembra aprendiz de música».

Un mundo de fantasía

Hasta entonces, las relaciones de Hitler con las jóvenes de su edad eran insignificantes. Según explicaría más adelante a un compañero de trinchera, durante unas vacaciones en Spital se había producido un breve encuentro en un establo con una muchacha que ordeñaba una vaca, pero cuando ella se mostró dispuesta a llegar más lejos, Adolf huyó precipitadamente, volcando al pasar un cubo de leche fresca.



La Hauptplatz de Linz, donde el joven Hitler acostumbraba a pasear con su amigo Kubizek. Tras la anexión de Austria, pasó a llamarse Adolf Hitler Platz.

En Linz, Hitler experimentaría por primera vez la embriaguez del enamoramiento; paseando por la calle con Kubizek se cruzó con una muchacha alta y delgada de aspecto distinguido, con una espesa cabellera recogida en un moño. Hitler reconoció a su amigo que se había enamorado de ella. La joven se llamaba Stephanie Jansten y siempre iba acompañada de su madre. Adolf nunca llegaría a hablar con ella, pero estaba convencido de que «todo se arreglaría en cuanto intercambiasen la primera palabra». Kubizek lo animó a presentarse, pero él rechazó la idea con la excusa de que todavía no era pintor académico, por lo que no podía ofrecerle un futuro sólido. Hitler elaboró un mundo de fantasía en el que unas veces barajaba la posibilidad de raptarla mientras Gustl se encargaba de distraer a su madre y otras estaba dispuesto a lanzarse con ella al Danubio desde un puente, en un pacto suicida. Ajena por completo a estos sueños desquiciados, Stephanie ignoraba la presencia del tímido pretendiente; años después, se llevaría una sorpresa enorme al enterarse de que el *führer* había sido su admirador.

Pese a los padecimientos que le causaba su amor secreto por Stephanie, la existencia de Hitler no podía ser más cómoda. Años después la recordaría como «un bello sueño». En el pequeño apartamento de la Humboldtstrasse él era el hombre de la casa y todo se hacía a su gusto. Su madre y su hermana dormían en el salón, mientras que la única habitación del piso era para él. Además, por su cabeza no pasaba la idea de buscarse un trabajo. En una ocasión, Kubizek le preguntó inocentemente si tenía trabajo, a lo que Hitler respondió bruscamente: «Claro que no». Justificó su respuesta asegurando que no consideraba que necesitara un «trabajo sólo para ganarme el pan». Según su amigo, «cuando él pronunciaba esa expresión, sonaba tremendamente despreciativa». August se sorprendió por esa circunstancia: «Pensé que quizás era hijo de padres ricos o que quizás acababa de recibir una fortuna». No obstante, prefirió no hacerle ninguna pregunta más, porque «ya había descubierto que se mostraba muy susceptible ante las preguntas que no le gustaban».

Al llegar la primavera de 1906, Hitler obtuvo de su madre el dinero para poder ir por primera vez a Viena y cumplir así uno de sus sueños. Aunque no conocemos dónde se alojó, es posible que acudiese a casa de sus padrinos. Durante el mes que estuvo en la capital austriaca no paró de mandar

postales a su amigo Gustl, a veces dos en un solo día. En ellas mostraba su fascinación por todo lo que podía ver allí. Además de visitar los monumentos, los museos y los grandes edificios, Hitler asistió a varias óperas y obras de teatro.

Tras su visita a Viena, Hitler regresó a Linz más dispuesto si cabe a convertirse en artista. Para allanar ese camino, Hitler tuvo la idea de comprar a medias un billete de lotería, lo que daría lugar a una anécdota reveladora de su fantasiosa personalidad. Hitler estaba tan convencido de que el número iba a resultar premiado que, hasta el día del sorteo, no habló de otra cosa que de cómo iban a gastar las ganancias. Adolf tenía previsto alquilar el piso superior de una gran casa con vistas al Danubio; cada uno trabajaría en su habitación, él pintando y su amigo ensayando. Además, en los planes de Hitler, el piso se convertiría en el punto de reunión de aficionados a las artes; ellos serían una especie de mecenas. Hitler pensó también en que alguien debería ocuparse de las tareas de la casa, pero debía ser «una mujer de edad y temperamento sosegados, para no dar pie a esperanzas o intenciones de un tipo no deseado por nosotros». Nada podía distraer a los artistas de su trabajo. Pero ese sueño tan escasamente sustentado se daría de bruces con la realidad. El billete no salió premiado, lo que dejó a Hitler abatido y contrariado durante varios días.

En el verano de 1906, Adolf, su madre y su hermana Paula se trasladaron de nuevo a Spital. A su regreso, Hitler retomó su vida de artista libre de responsabilidades. A principios de octubre comenzó a tomar lecciones de piano con el mismo profesor de Gustl. Viendo el interés de su hijo, Klara accedió a comprarle un hermoso piano de cola Heitzmann. Pero, al poco tiempo, al comprobar que tocar el piano requería de muchas horas de práctica, el interés de Adolf decaería.

La revelación de su destino

La noche en que vieron por primera vez *Rienzi, el último tribuno,* de Wagner, sucedió un hecho también revelador de la personalidad del joven Hitler. La ópera trataba de la vida de Cola di Rienzi, un líder populista que vivía en la Italia medieval, que conseguía derrotar a las clases nobles de Roma, dándole el poder al pueblo; con el tiempo, la opinión popular cambiaba y se ponía en su contra. Al final de la ópera, el pueblo quemaba el Capitolio, en el que Rienzi y unos pocos seguidores se enfrentaban a su trágico destino.

Según Kubizek, al salir de la ópera, su amigo se mostró más pálido de lo normal, silencioso, con «una mirada extraña, casi hostil». Hitler guió a su amigo hasta la cima del Freinberg, una montaña de las afueras de Linz. Era una fría noche de noviembre, en la que Hitler llevaba el cuello de su abrigo levantado, lo que le daba un aire «casi siniestro». Allí arriba, de pronto, aferró con fuerza las manos de Gustl y con los ojos «febriles de entusiasmo», empezó a hablar con voz ronca y áspera. A Kubizek le pareció que Adolf se hallaba en «un estado de éxtasis y arrebato absolutos en el cual él trasladó el carácter de Rienzi, con fuerza visionaria, al plano de sus propias ambiciones».

En la cima de la colina, Adolf desvariaba acerca de «una misión especial que un día le sería encomendada» y hablaba de que el pueblo le llamaría «para que lo condujese a la libertad». Ambos regresaron a la ciudad hacia las tres de la madrugada pero, después de dejar a Gustl en su casa, Adolf se encaminó de nuevo hacia el mismo lugar, asegurando que quería estar solo.

Esa dramática escena en la cumbre de la colina pudo ser, no obstante, reelaborada por la imaginación de Kubizek. Al parecer, Hitler gustaba de relatar ese hecho, alardeando de sus

«cualidades proféticas» y concluyendo que «entonces empezó todo», y tal vez la memoria de Kubizek se amoldó a ese recuerdo de su amigo. Lo que sí es cierto es que, a partir de ese episodio, se advirtió un cambio en Hitler. Según su hermana Paula, Adolf «nos daba conferencias sobre temas históricos y políticos a mi madre y a mí, en un tono muy retórico». Aunque por aquel entonces la idea de Hitler era convertirse en artista, los testimonios de Kubizek y de su hermana indican que su vocación política comenzaba a manifestarse, aunque fuera de forma embrionaria.

Su madre, enferma

En enero de 1907, Klara fue diagnosticada de cáncer de pecho por el doctor Eduard Bloch, un médico judío que era conocido como «el médico de los pobres» y que era muy apreciado por la familia Hitler. Bloch quedó impresionado por la reacción del hijo al saber que su madre estaba gravemente enferma: «Su rostro largo y delgado se demudó y sus ojos se le llenaron de lágrimas». Adolf preguntó al doctor si su madre no tenía ninguna posibilidad. «Sólo en ese momento percibí la intensidad del afecto que existía entre madre e hijo», diría Bloch.

Klara fue operada por otro médico ese mismo mes, siéndole extirpado un pecho. La tía Johanna acudió desde Spital para hacerse cargo de la casa. Durante casi tres semanas, Klara permaneció convaleciente en una sala del hospital de las Hermanas de la Caridad. Pudiendo costearse una sala mejor, Klara prefirió una de tercera clase por tres coronas diarias, para no suponer una carga a la economía familiar. Como el pequeño apartamento de la Humboldtstrasse resultaba incómodo para Klara en esas circunstancias, ya que, además de que era reducido, había que subir tres pisos, la familia se mudó a otro más amplio en el barrio de Urfahr. El nuevo apartamento contaba con tres habitaciones y estaba en una primera planta. Desde ahí, a Adolf le bastaría un pequeño trayecto de tranvía para llegar al centro de la ciudad.

Grandes proyectos

El impulso creativo de Adolf se había trasladado de la pintura a la arquitectura. Todavía pintaba acuarelas, pero esas obras sencillas no conseguían extraer todas las ideas que bullían en su mente. Según comentó Kubizek, su amigo «nunca se tomó en serio la pintura, que para él era más bien una afición al margen de aspiraciones más serias».

En cambio, sus diseños arquitectónicos sí que daban salida a su hambre creativa. Su obsesión era cambiar la fisonomía de Linz, remodelando los edificios existentes y diseñando nuevos: «Se entregaba por entero a sus construcciones imaginarias, que lo absorbían completamente». Mientras recorría las calles con Gustl, señalaba los elementos que debían modificarse y después explicaba en detalle el nuevo proyecto que debía sustituirlos. Hitler daba ya entonces rienda suelta a su megalomanía; por ejemplo, consideraba que el nuevo museo debía duplicar su longitud para convertirse así en el museo más largo de Europa. Su obsesión por lo monumental, lo grandioso, lo espectacular, ya estaba presente; posteriormente idearía planes para remodelar Berlín en base a esos mismos criterios.

Hitler empleó su tiempo en diseñar una nueva estación de trenes para Linz en las afueras,

proyectando convertir en parque el solar de la vieja estación. Entre otros muchos elementos, ideó construir una torre de acero de cien metros de altura que dominaría un nuevo puente sobre el Danubio[8].

Otros planes utópicos incluían proyectos destinados a resolver el problema de la vivienda en Viena y nuevas casas para los obreros, la creación de una nueva bebida popular que sustituyera a las bebidas alcohólicas o una orquesta itinerante que llevase la cultura hasta el último rincón del país. Se entiende que Kubizek se mostrase fascinado ante los ambiciosos proyectos de su amigo. Aunque esas ideas provocaban en Hitler entusiasmos súbitos y temporales que habitualmente se esfumaban poco después de formularlos, no dejan de resultar sorprendentes en un muchacho de apenas diecisiete años.

El ejemplo más significativo de esas ambiciones disparatadas fue su intento de componer una ópera. Un comentario casual de Kubizek sobre un esbozo de Wagner para un drama musical de *Wieland el herrero* provocó el entusiasmo de Hitler, que decidió esa misma noche escribir una ópera basada en esa saga. Él compondría la música y August la trasladaría a la partitura. Durante unos días Hitler se aplicó a esa tarea, sin apenas comer ni dormir, y provocando las consiguientes molestias a August, quien debía ser consciente de que la ambiciosa empresa sobrepasaba las capacidades de su amigo. Pero, poco después, según Kubizek, «fue dejando de hablar de ello y, al final, dejó completamente de mencionarlo».

Tales proyectos surgían en la fecunda mente de Hitler, pero luego no hacía nada concreto para ser un día capaz de impulsarlos. Seguía levantándose tarde y era incapaz de afrontar ninguna tarea de un modo sistemático y regular. Siguiendo esta tónica, abandonó sus clases particulares de piano cuatro meses después de haberlas iniciado: «Esos tediosos y monótonos ejercicios de digitación no se adecuaban de ningún modo a la forma de ser de Adolf», explicaría Kubizek tratando de justificarlo.

En una ocasión, un vecino sugirió a Hitler que pidiera trabajo en el servicio postal, pero él desechó esa idea, asegurando que un día sería un gran pintor. Los familiares de Klara coincidían con la apreciación del vecino, al considerar que la situación de su hijo no podía prolongarse durante más tiempo; era preciso que abandonara su vida ociosa y eligiera un oficio. Por recomendación de la familia, un panadero se mostró dispuesto a tomar a Adolf como aprendiz. Hitler, ofendido, despreció esa propuesta que él consideró humillante.

Pero Hitler coincidía con ellos en que su vida de rentista en Linz debía tocar a su fin. Hitler decidió ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena, una decisión que no tuvo que ser fácil teniendo en cuenta el delicado estado de salud de su madre. De todos modos, si no partía ahora a Viena para realizar el examen de ingreso, no podría volver a intentarlo hasta un año después, lo que le obligaría a estirar esa situación que ya estaba resultando insostenible. Los familiares creían que no era más que un truco para trasplantar su vida ociosa a la capital, pero Klara le dio todo su apoyo, retirando del banco la parte que le correspondía de la herencia paterna, setecientas coronas, una cantidad que le permitiría costearse la matrícula en la Academia y la estancia en Viena.

En septiembre de 1907, con dieciocho años y sin haber trabajado todavía un solo día, Hitler partió hacia Viena cargado con un baúl repleto de dibujos, tan pesado que Gustl tuvo que ayudarle a bajarlo por la escalera y subirlo al tranvía. La despedida fue muy emotiva; Klara y su hermana Paula lloraban y hasta a él se le humedecieron los ojos. Pero en ese momento su único pensamiento era triunfar como pintor en la capital imperial y no le cabía ninguna duda de que lo iba a conseguir.

[5]Esa taberna, que desde 2009 es un restaurante italiano, está situada en el número 1 de la Michaelsbergstrasse. En el local se conserva el mismo sofá de cuero en el que falleció Alois Hitler.

[6]En 1906 nació el primer hijo del matrimonio Raubal, Leo. El 4 de enero de 1908 nació Angelika Maria, «Geli», quien años después jugaría un papel muy importante en la vida del entonces adolescente Adolf. En 1910 nació otra niña, Elfriede.

[7]En 1951, Kubizek, quien había rechazado varias ofertas durante la posguerra, acordó publicar *Adolf Hitler, mein Jugendfreund* (El joven Hitler que conocí, 2010), que vería la luz dos años después. Su escrito debe ser tomado con mucha cautela, ya que fue redactado cuarenta y cinco años después de los hechos. Su relato pudo verse contaminado por muchos factores. El primero fue su admiración inconfesada por Hitler, que se mantendría a lo largo de toda su vida; Kubizek siempre fue consciente de que, si había llegado a ser músico, tenía que agradecerlo a la insistencia de Hitler. Si él no hubiera llegado a su vida, su destino hubiera sido ser tapicero. Además, en 1938 comenzó a escribir sobre su amistad con el *führer* por encargo del partido nazi, unos textos que, supuestamente, fueron embellecidos e incluso retocados por algún escritor. Finalmente, es lógico que después de tanto tiempo se idealizasen los recuerdos positivos y se olvidasen los pasajes más oscuros. Por todo ello, existen dudas sobre el relato de aquellos hechos, especialmente en cuanto a las frases atribuidas a Hitler, pero no hay tantas sobre los sentimientos que le causó su amistad con él.

[8]De los grandilocuentes planes arquitectónicos que Hitler tenía reservados para Linz, tan sólo se construyó una empresa siderúrgica para fabricar armamento y el puente de los Nibelungos, que hoy cruza el Danubio a su paso por la ciudad. El puente fue edificado por presos checos y polacos del cercano campo de concentración de Mauthausen entre 1938 y 1940, utilizándose granito procedente de su cantera. El proyecto se iba a completar con dos estatuas ecuestres de seis metros de altura a cada extremo del puente que no llegarían a levantarse. En 1943 se colocaron dos modelos de esas estatuas a escala natural con ocasión de una visita de Hitler, permaneciendo después varios meses en la cabecera del puente.

Los años decisivos, septiembre de 1907-junio de 1914

A mediados de septiembre de 1907, Hitler fue convocado a efectuar la prueba de suficiencia necesaria para ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena. Pero Hitler sufrió la primera contrariedad en su proyectada carrera artística; la Academia rechazó su petición de ingreso. Al duro golpe familiar que suponía la grave enfermedad de su madre, se unió esa amarga caída desde el reino de los sueños y las fantasías a la cru-
da realidad. El director de la academia, después de calificar su examen de ingreso con un «insuficiente», aseguró al fracasado candidato que no poseía talento suficiente para ser pintor, aconsejándole que estudiase arquitectura. La puerta de la pintura se había cerrado, pero ante él se abría un nuevo destino: convertirse en un gran arquitecto.

Sin embargo, para estudiar arquitectura era necesario el título de bachillerato, del que carecía por no haberse presentado al examen correspondiente, el *Abitur,* aduciendo su enfermedad pulmonar. Aspirar a convertirse en arquitecto implicaba, además de la titulación necesaria, intensos estudios preliminares, compuestos de materias que no le interesaban, como las matemáticas. Estaba claro que la carrera de arquitectura no estaba hecha para un joven vago y soñador como él. La imposibilidad de acceder a esos estudios le llevó a exacerbar su inquina por «la Escuela», como él decía, ya que esta se negaba a reconocer su talento.

No tardó en encontrar una justificación para proseguir su existencia libre de obligaciones e instalada en la molicie; él mismo, «estudiando por su cuenta», se procuraría la instrucción necesaria para convertirse en arquitecto, tal como había hecho con sus estudios de arte. A partir de entonces, Hitler viviría instalado en el autoengaño. A pesar de su determinación en demostrar al mundo de un modo u otro su talento, esa conjunción de frustraciones tuvo que minar, sin duda, el ánimo del joven Hitler. El sueño de triunfar en Viena se esfumaba. Pero lo peor estaba por llegar.

La muerte de su madre

Durante los meses siguientes a la operación por la que se le había extirpado un pecho, su madre pareció resistir los embates de la enfermedad, pero en octubre se hizo evidente que su vida se estaba apagando. Olvidándose momentáneamente de sus sueños de ser pintor, Hitler regresó a casa. Allí, el doctor Bloch no le ocultó la gravedad de su enfermedad, pero le expuso que si existía una mínima posibilidad de salvarla era aplicando un remedio que iba a resultar muy doloroso, consistente en administrar yodoformo en la herida abierta, una sustancia que quema los tejidos. Bloch advirtió también de que el tratamiento iba a ser sumamente costoso y que, en todo caso, el resultado era incierto. Pese a todo, Hitler no dudó en recurrir a esa última esperanza de salvar la vida de su madre.

Ante los días fríos que se avecinaban, se decidió instalar la cama de Klara en la cocina, al ser la única habitación caldeada a todas horas. Allí, Hitler cuidaba de ella día y noche y era el encargado de cocinar. Durante ese período, Hitler abandonó su conducta habitual, convirtiéndose en el hombre de la casa y asumiendo todas las responsabilidades, un cambio que impresionó a su amigo Kubizek.



El doctor Eduard Bloch, quien hizo todo lo posible para salvar la vida a la madre de Hitler, en una foto de 1938. Hitler le estaría siempre agradecido.

El tratamiento diario con yodoformo supuso una auténtica tortura para Klara. Además de la quemazón en la propia herida, la paciente sentía la garganta abrasada, por lo que no podía tragar, sufriendo así una sed espantosa. Según aseguraría años después el doctor Bloch, «ella sobrellevaba bien su carga, con entereza y sin quejarse, pero sus sufrimientos parecían insoportables para su hijo». Según el médico, «una expresión de angustia asomaba a su rostro cuando veía que el dolor contraía las facciones de ella».

Tal como temía el doctor Bloch, el yodoformo no sirvió para derrotar a la enfermedad. En la noche del 20 de diciembre, ya fue evidente que la vida de Klara se acercaba a su inexorable final; la familia decidió no molestar al doctor Bloch ante la inminencia del fatal desenlace. En la madrugada del 21 de diciembre de 1907, Klara expiró. Según diría después Hitler, murió serenamente. Cuando el médico llegó por la mañana para certificar su muerte, encontró a un hijo inconsolable; Bloch aseguraría años después no haber encontrado en su larga carrera profesional un joven tan abrumado y destruido por el dolor.



La tumba de los padres de Hitler en Leonding. Adolf acusó mucho la muerte de su madre.

Tras el entierro de su madre, la familia acudió al doctor Bloch para pagar sus honorarios. Aunque ascendían a una cantidad respetable, 359 coronas, era inferior a lo que debían haber pagado si el médico no hubiera sido amigo de la familia. Consciente de que Bloch había hecho todo lo posible para salvar la vida de su madre, Hitler le tomó la mano y le dijo: «Le estaré agradecido eternamente»[9].

Regreso a Viena

Hitler permaneció en el hogar familiar hasta febrero de 1908, cuando partió de nuevo hacia Viena. A su regreso a la capital austriaca, Hitler gozó de una situación económica desahogada. Pese a los gastos que había ocasionado su costoso y, a la postre, inútil tratamiento, la madre había legado a sus dos hijos unas tres mil coronas en total, de las cuales Hitler se llevó la parte más sustanciosa. A esa cantidad había que añadir una pensión de orfandad para ambos hermanos de cincuenta coronas mensuales destinada a gastos de educación y aprendizaje de un oficio; Hitler fue cobrando la mitad de esa suma cada mes mientras su familia creyó que, tal como él les aseguraba, era alumno de la Academia de Arte de Viena. En todo caso, su tía materna le suministraba también fondos de vez en cuando, por lo que Hitler pudo disponer durante esa época de unas cien coronas al mes. Esa suma le permitía llevar una vida sin estrecheces, incluyendo algunos lujos, como acudir con frecuencia al teatro en una buena localidad.

Durante ese primer semestre de 1908, Hitler compartía el alojamiento con su amigo Kubizek; los padres del muchacho lo habían mandado a Viena, convencidos por Hitler de que su hijo tenía grandes dotes de músico. Pero Kubizek regresó al hogar en julio de ese mismo año. Durante las primeras semanas de separación, ambos se cruzaron varias cartas y tarjetas postales, pero al poco tiempo esa comunicación cesó por motivos que se desconocen. Cuando Kubizek regresó a Viena, cuatro meses después de su marcha, Hitler no ocupaba ya la misma habitación que habían compartido;

inexplicablemente, su amigo se había mudado sin dejar las señas de su nuevo domicilio. Kubizek, quien había soportado estoicamente los interminables monólogos de Hitler, constituyendo el único auditorio del futuro dictador, desapareció repentinamente de su vida.

En la decisión de Hitler de cortar todo vínculo con su amigo pudo ser determinante lo sucedido en septiembre, cuando intentó de nuevo ingresar en la Academia de Arte de Viena. A pesar de la preparación autodidacta llevada a cabo y de la presentación de numerosos trabajos, ni siquiera fue convocado a realizar el examen preliminar de aptitud. Hitler debió sentir ese rechazo como una terrible humillación, lo que quizás le llevó a evitar a su amigo para no rendir cuentas ante él de ese nuevo y definitivo fracaso, que le cerraba para siempre la posibilidad de ser artista académico. A partir de entonces, Hitler no hizo el menor esfuerzo por aprender sistemáticamente un oficio. Continuó su vida sin un objetivo definido, permaneciendo en Viena a pesar de los desengaños sufridos en su intento de abrirse camino en la vida.



La Academia de Bellas Artes de Viena, en una imagen de la época en que Hitler fue rechazado por esta institución.

TOCANDO FONDO

La vida de rentista de la que Hitler disfrutaba en Viena, muy por encima de sus posibilidades, no tardaría mucho en llegar a su lógico y previsible fin. En la primavera de 1909, los fondos procedentes del legado paterno y materno se agotaron; a partir de entonces debió conformarse con la fraudulenta pensión y el dinero que de vez en cuando le enviaba su tía. El joven Hitler comenzó por primera vez a atravesar dificultades económicas, dándose de bruces con una realidad de la que hasta ese momento había escapado, flotando en sueños y fantasías.

Hitler se vio obligado a mudarse en repetidas ocasiones, descendiendo el nivel de su alojamiento para adaptarse a sus cada vez más precarios ingresos. Según explicaría en *Mein Kampf,* durante dos semanas trabajó en una obra como peón hasta ser despedido por orden del sindicato local, aunque ese relato no parece veraz; es más probable que una mezcla de pereza y orgullo herido le impidiese ponerse a buscar trabajo.

Esos meses centrales del año 1909 serían uno de los dos períodos más oscuros de su vida. Al parecer, hubo días en los que Hitler no pudo disponer de ningún alojamiento, por lo que en alguna

ocasión se vio obligado a pasar la noche en un portal o en un banco del parque. Su aspecto físico debía por fuerza denotar su vida de *clochard;* los tiempos en los que paseaba pulcramente vestido por las calles de Linz aparecían ahora muy lejanos. En su libro, Hitler se describe en tercera persona: «Camina sin rumbo y pasa hambre. A menudo empeña o vende sus últimas prendas que le quedan. Su ropa empieza a convertirse en andrajos y con la creciente pobreza de su atuendo desciende a un nivel social más bajo».

En otoño de 1909, con la llegada de los primeros fríos, Hitler se vio obligado a buscar refugio en un albergue nocturno del suburbio vienés de Meidling. Si en sus noches a la intemperie había tenido la sensación de que su vida había tocado fondo, pernoctar en ese establecimiento no le ayudaría a superar ese convencimiento. Un vagabundo que conoció por entonces a Hitler y llegó a ser amigo de él, Reinhold Hanisch, describió años después su primer encuentro con él en el dormitorio público: «El primer día se sentó junto a la cama que me había sido asignada un hombre que sólo llevaba encima unos pantalones viejos: Hitler. Estaban despiojando su ropa, pues había vagado días enteros sin encontrar un techo que le acogiera, encontrándose en pésimas condiciones».

Es imaginable el panorama humano que Hitler encontraría en aquel dormitorio común y el clima de violencia latente y desesperación en el que se desarrollaría la convivencia. Además, el albergue cerraba en las horas diurnas, por lo que se veía a obligado a callejear durante todo el día.

La mayoría de sus compañeros de albergue ejercían la mendicidad, pero Hitler y Hanisch decidieron unir esfuerzos para buscar trabajo. Así, obtenían algunas monedas sacudiendo alfombras, cargando maletas en la estación del Oeste o retirando con una pala la nieve de las aceras. Entonces se le ocurrió una idea mejor a Hanisch: preguntó a Hitler qué oficio había aprendido y este contestó que «pintor». «Creyendo que era un pintor de brocha gorda —explicaba Hanisch—, le dije que seguramente era fácil ganar dinero con su oficio. Le ofendió mi insinuación aclarando que no era un pintor de ese tipo sino, por el contrario, un artista académico».

Según Hanisch, Hitler y él resolvieron «idear mejores métodos para hacernos con dinero. Hitler propuso que falsificásemos cuadros. Me contó que ya en Linz había pintado algunos paisajes al óleo, los había metido en un horno para que adquiriesen pátina y había logrado, en varios ocasiones, venderlos como valiosas obras de arte antiguas». Esta supuesta proposición de Hitler resulta, cuando menos, sorprendente, pero siguiendo con la versión de Hanisch, «sugerí a Hitler que nos atuviésemos mejor a un esfuerzo honrado y pintásemos, por ejemplo, tarjetas postales».



Kubizek compartió habitación con Hitler en Viena, a donde se trasladó para estudiar música. Por motivos desconocidos, Hitler decidió en 1908 cortar toda relación con él. Ambos se reencontrarían treinta años después.

Al final, Hitler y Hanisch acordaron asociarse; el primero se dedicaría a realizar dibujos y acuarelas con el material que pudo comprar gracias al dinero de la pensión de orfandad que cobraba sin tener derecho a ello, mientras que el segundo se encargaría de venderlos por los cafés o de puerta en puerta, accediendo a repartirse las ganancias. De este modo, Hitler comenzó a desempeñar por primera vez un «trabajo» estable. Hanisch, de taberna en taberna y gracias a su verborrea, lograba vender los dibujos y acuarelas de su compañero, que solían representar las vistas más conocidas de Viena. Las obras tenían demanda entre los pequeños comerciantes que buscaban algo con que llenar los marcos para cuadros que tenían a la venta, con el fin de hacerlos más atractivos. Algunos de esos trabajos se han conservado; a pesar de su sencillez, denotan un cierto talento. La sociedad que formaban ambos marchaba razonablemente bien, lo que les llevó en el verano de 1910 a poder abandonar el albergue de Meidling para trasladarse a una residencia para varones.

El nuevo alojamiento, situado en la Melde-mannstrasse, era muy diferente del albergue del que procedían; aunque dormían en literas, se trataba más bien de un hotel económico, en el que los huéspedes tenían a su disposición varias salas y una cantina y en donde podían permanecer libremente durante el día. Hitler debió encontrarse cómodo allí, ya que la clientela no constaba de vagabundos sino de empleados y obreros y, sobre todo, porque podía trabajar tranquilamente en una

de esas salas. Además, la producción en serie de esos trabajos no debió ofrecerle muchas dificultades, ya que solía copiar fotografías corrientes. Si, un año antes, Hitler había tocado fondo al verse obligado a dormir en la calle como un vagabundo, ahora se abría ante él la posibilidad de retomar el rumbo de su vida.

AMBICIOSO E INDOLENTE

Hitler había podido escapar del infierno del dormitorio público. Ahora disponía de una sala en la que podía trabajar tranquilamente, pintando las escenas que luego Hanisch se encargaba de vender. El lugar en el que se sentaba a pintar en la sala común era respetado por todos; si llegaba un nuevo huésped y se sentaba allí, los demás le advertían de inmediato de que ese era el sitio de «*Herr* Hitler».

Sin embargo, a las pocas semanas de alojarse en la residencia, Hitler y su socio tuvieron diferencias sobre la gestión de la sociedad. Hitler se convenció de que Hanisch vendía sus trabajos por una cantidad superior a la que él declaraba, por lo que se sintió estafado. Al parecer, el detonante fue un dibujo del edificio del Parlamento de Viena que Hanisch había vendido por diez coronas y que Hitler consideraba que valía mucho más. La disputa acabó dirimiéndose en la comisaría de policía. Ya fuera porque la policía creyese la versión de Hitler, porque comprobase que Hanisch se había registrado en la residencia con nombre falso o porque este tuviera alguna cuenta pendiente con la justicia, Hanisch pasó una semana en la cárcel y ya no volvió a la residencia, desapareciendo también de la vida de Hitler.

Años después, Hanisch podía describir a su antiguo amigo con toda claridad. Contó que Hitler «usaba un abrigo negro, muy viejo, que le llegaba más abajo de las rodillas. Por debajo de un sombrero negro y grasiento le colgaba el pelo, que le tapaba el cuello del abrigo. Cubría su cara, huesuda y hambrienta, una barba negra sobre la que destacaban los ojos, grandes y saltones». «En suma —concluía Hanisch—, una aparición que se ve muy de vez en cuando entre cristianos».

Hanisch afirmó que Hitler era perezoso y taciturno. Le seguía disgustando el trabajo constante. Si ganaba unas cuantas coronas dejaba de dibujar días enteros y se pasaba las horas en los cafés comiendo pasteles de crema y leyendo los periódicos. No tenía ninguno de los vicios comunes, ni fumaba ni bebía y, según Hanisch, era demasiado huraño y torpe para relacionarse con las mujeres. Sus pasiones eran leer periódicos y hablar de política. «Frecuentemente —recuerda Hanisch— había días en que, sin más, rehuía todo trabajo. Vagaba por los dormitorios públicos comiendo el pan y la sopa que en semejantes lugares se repartían, discutiendo temas políticos y enfrascándose a menudo en disputas acaloradas». Cuando en la réplica se excitaba, Hitler gritaba y manoteaba de tal modo que o bien los otros huéspedes le maldecían por las molestias que les causaba o el conserje se veía obligado a callarlo. Las personas que constituían su auditorio o se reían de él o se mostraban extrañamente impresionadas por su impetuosidad.

Según relataría Hanisch, «una tarde Hitler fue a un cine donde se proyectaba la película *El túnel*[10]. En ella aparecía un agitador que, mediante sus discursos, lograba levantar en rebelión a las masas obreras. El espectáculo casi enloqueció a Hitler. Le hizo tal impresión que durante días enteros no habló de otra cosa que no fuera del poder y de la palabra».

A todos los que conocieron a Hitler les chocaba la rara mezcla que había en su carácter de

ambición, energía e indolencia. No sólo se desesperaba por querer causar una impresión favorable en las personas que le rodeaban, sino que hacía gala de su acopio de ideas ingeniosas para lograr fortuna o fama, por estrambóticas que estas fueran, desde componer una ópera a diseñar un aeroplano. Cuando se encontraba animado, hablaba por los codos y, dejándose llevar por su imaginación, explicaba cómo pensaba gastarse la fortuna que estaba aún por lograr. Pero, cuando se enfriaba su entusiasmo, le embargaba la tristeza y se apartaba por días enteros del trato de sus amigos, hasta que cualquier nueva ocurrencia o alguna supuesta panacea para alcanzar el éxito volvía a inflamar su ánimo.

En sus intereses intelectuales seguía el mismo patrón; la antigua Roma, las religiones orientales, el yoga, el ocultismo, el hipnotismo o la astrología fueron temas que excitaron su interés momentáneamente. Era capaz de comenzar una veintena de labores diferentes sin llegar a terminar ninguna y volviendo siempre a su habitual método de vida, que consistía en ganar unas monedas producto de brotes esporádicos de actividad, sin dedicarse a un solo empeño con perseverancia.

Con el tiempo se acentuarían estas manías, se volvió más excéntrico y más introvertido. La gente lo encontraba raro y un tanto desequilibrado. Las pocas personas con quienes había tratado amistad se cansaron de él, de su extraña conducta y de su hablar disparatado. El administrador de la residencia, un tal Kanya, lo tenía por uno de los clientes más estrafalarios que había tenido nunca.

Tras la abrupta liquidación de su sociedad con el ahora encarcelado Hanisch, Hitler prosiguió con su producción artística. Es posible que durante un tiempo él intentase vender sus obras y comprobase la dificultad que eso entrañaba, ya que acabó recurriendo a otro huésped de la residencia, un judío húngaro apellidado Neumann. No obstante, su relación con Neumann también se vio envuelta en desavenencias por el reparto de las ganancias. El hecho de que su socio fuera judío y que él se sintiese estafado también por él seguramente alimentó sus prejuicios antisemitas.


Hitler durante su primera época en Viena. Existen dudas sobre si se trata de un autorretrato o del dibujo de un amigo.

En esa época, Hitler no se limitó a dibujar las típicas vistas vienesas que tenían salida en la venta callejera, sino que también trabajó en diversos esbozos publicitarios, como anuncios de jabones, cremas para el calzado y otros artículos similares. Por ejemplo, diseñó el cartel de un Santa Claus vendiendo velitas de colores o la torre de San Esteban emergiendo de una montaña de jabones, todos ellos con la firma «A. Hitler» en uno de sus ángulos. Esos ingresos, unidos a la pensión de orfandad, le permitían seguir malviviendo, hasta que a principios de 1911 su situación económica cambió.

Hitler tuvo unas desavenencias con su tutor y el resto de la familia a cuenta de dicha pensión, pero finalmente renunció a ella. En esa decisión probablemente tuvo que ver el hecho de que su tía falleciese, sabiéndose que retiró sus ahorros del banco unos días antes. Se cree que buena parte de esa cantidad, casi cuatro mil coronas, pudo ir a manos de su sobrino. Pese a esa buena inyección económica, que le hubiera permitido abandonar la residencia, Hitler siguió viviendo en ese establecimiento; es posible que para él ese ambiente de camaradería fuera el sustituto del hogar.

En 1909, cuando cumplió los veinte, su reemplazo fue llamado a filas, pero Hitler, al no recibir ninguna notificación oficial, no acudió al llamamiento. Aunque Hitler se cuidó siempre de evitar cualquier roce con los agentes de la autoridad, decidió afrontar el riesgo de no presentarse, debido a su rechazo a formar parte del Ejército de los Habsburgo. Inexplicablemente, la eficiente máquina burocrática austriaca no le consiguió localizar. Teniendo en cuenta que al cumplir los veinticuatro años caducaba el deber de incorporarse a filas, optó por especular con el paso del tiempo, esperando que todo se saldase después con una simple multa. La actitud de Hitler en este caso sería una constante en su vida, prolongándose hasta sus últimos días; cuando se enfrentaba a una situación

delicada, tenía el convencimiento de que se solucionaría en el último momento, de forma casi milagrosa. Así, él confiaba en que, de un modo u otro, se vería finalmente liberado de cumplir el servicio militar.

Aun así, sobre su cabeza pendía la amenaza continua de ser detenido, multado y encarcelado, para tener que incorporarse después a filas. Quizás, por esta razón, la pista de Hitler se pierde durante un tiempo. De esta nueva época oscura en su vida no se sabe nada, lo que ha dado pie a algunas curiosas conjeturas, como la que le sitúa en Liverpool, en casa de su hermanastro Alois. Aunque esta posibilidad hay que situarla entre los mitos y leyendas que rodean la figura de Hitler, el solo hecho de que se plantee esa posibilidad da idea de la carencia de información relativa a su persona durante esa época. La única fuente de su supuesta estancia en Liverpool es el dudoso testimonio de la esposa de Alois, la irlandesa Bridget Dowling, una actriz de la que se separó en 1914. Según Bridget, Hitler acudió a su casa, sin equipaje y sin dinero, a finales de 1912 y vivió allí hasta abril de 1913. La actriz afirmaría que Hitler llevó también una vida ociosa, dedicándose a pasear por la ciudad y mostrando únicamente interés en la flota mercante inglesa, que gustaba de contemplar desde los muelles del río Mersey.

Tras ese paréntesis, en la primavera de 1913 se vuelve a recuperar su pista, en la residencia de Mannerheim. Pero aun así faltan testimonios de lo que sucedió en los meses posteriores, hasta que decidió marchar a Múnich.

FORMANDO SU PENSAMIENTO

Los cinco años que Hitler pasó en Viena, entre 1908 y 1913, es decir, entre los 20 y los 25 años de su vida, marcaron a fuego su pensamiento, fijando el rígido esquema en el que este se desarrollaría después. Sus convicciones, inalterables al paso del tiempo, tuvieron su origen en la capital austriaca.

Hitler dejaría escrito en *Mein Kampf* que esa ciudad le enseñó todo lo que tenía que saber en la vida. Aunque Hitler se sintió atraído por el ambiente artístico de la capital, frecuentando los teatros y la ópera y despertándose en él la fascinación por Wagner, lo que más llamó su atención fueron las corrientes sociales y políticas, especialmente el antisemitismo y la ideología nacionalista. No obstante, su pangermanismo había surgido ya con fuerza en Linz, en donde Hitler se dedicaba a leer con asiduidad los diarios que defendían la integración de Austria en una Gran Alemania y que hablaban de los «compatriotas alemanes».

Uno de los productos más confusos de la literatura panfletaria racista era el folleto *Ostara,* editado por un antiguo monje cisterciense que, en 1899, abandonó su monasterio y cambió su nombre, Adolf Josef Lanz por el de Jörg Lanz von Liebenfels. Instalado en un castillo, desplegó una bandera con la cruz gamada y se dedicó a predicar una nueva ideología basada en la pureza racial. Su mefítico vocabulario incluía descripciones de lo que él entendía como esterilización, deportación y exterminio de los individuos de «razas inferiores». Esa publicación quincenal, que mostraba atrayentes portadas, cayó en manos de Hitler, quien absorbería su contenido con la avidez de una esponja.

Por entonces, los judíos eran quienes, a ojos de Hitler, representaban ese papel de «raza inferior». La capital austriaca contaba con una amplia colonia judía, tanto en las capas altas de la sociedad

como en las más humildes. Estos últimos, carentes de medios, habían llegado desde la región de Galitzia y eran visibles en las calles de Viena al ir vestidos con el típico caftán y mostrar largas barbas y tirabuzones en las sienes. Por su parte, los judíos mejor situados jugaban un papel preponderante en el ámbito de la prensa, la ciencia, la economía y la cultura.

En la mente de Hitler, esa combinación situaría a los judíos en el epicentro de sus miedos y sus frustraciones, convenciéndose a sí mismo de que, detrás de la inquietud social que él intuía, existía una conspiración mundial de los judíos para destruir y subyugar a los pueblos arios, como un acto de venganza ante la propia inferioridad. Para él, el judío era responsable de todo, desde el modernismo que tanto le disgustaba en la música y en las artes plásticas, hasta la pornografía y la prostitución. Según Hitler, el judío era el responsable tanto de la explotación de las masas por el capitalismo como de su opuesto, la explotación de las masas mediante el socialismo.

El lenguaje procaz que emplearía más tarde en *Mein Kampf* para referirse a los judíos es apenas reproducible: «¿Existe algún negocio sucio, alguna inmundicia, en la que no participe cuando menos un judío? Al explorar esta clase de abcesos con el bisturí se descubre enseguida, cual ávido gusano en un cuerpo putrefacto, a un pequeño judío que a menudo se siente cegado por la luz repentina».

Hitler sentiría una obsesión especial por la imagen de la inocente muchacha alemana que es seducida por el pérfido judío: «El judío joven, de negra cabellera, permanece en acecho hora tras hora, contemplando con mirada satánica y espiando de continuo a la confiada muchacha a quien piensa seducir, adulterarle la sangre y arrancarla del seno de su familia». Hitler alude también a la «visión de pesadilla que constituyó la seducción de cientos y de miles de jovencitas a manos de judíos bastardos, repulsivos y contrahechos». Esa imagen tan ponzoñosa sería ampliamente explotada durante el Tercer Reich por la prensa antisemita.

No hay que olvidar que el antisemitismo estaba muy extendido en la Europa liberal de antes de la guerra y Viena no era una excepción. En el parlamento austriaco se escuchó en cierta ocasión: «Los judíos son una chusma maldita de Dios que debe ser exterminada». Del mismo modo, el alcalde de Viena también manifestó una vez que «sólo queda por decidir si a los judíos se les cuelga o se les decapita».

La literatura antisemita y nacionalista que devoró en su juventud mantuvo así su influencia en la vida de Hitler hasta el final. Cuando se trasladó a Munich, en 1913, se veía a sí mismo como un «antisemita absoluto, enemigo mortal de toda la ideología marxista y panalemán de sentimientos».

Por último, otro de los rasgos que definen su pensamiento, el darwinismo social, también se forjó durante su estancia en Viena. Para Hitler, «el concepto de la lucha es tan antiguo como la vida misma, porque la vida se conserva sólo porque otros seres vivos perecen en la lucha. En esta pugna, el más fuerte, el más hábil resulta victorioso, mientras que el menos hábil, el débil, pierde». Esa era la filosofía natural reinante en el dormitorio público; en ese ambiente son válidos cualquier truco y cualquier artimaña, por faltos de escrúpulos que parezcan, y se permite el uso de todas las armas y todas las oportunidades, un ambiente en el que Hitler había aprendido a moverse para sobrevivir. Durante toda su carrera política, Hitler contaría con esa ventaja sobre sus competidores y oponentes, acostumbrados a seguir las reglas del juego.

Para Hitler, el fin justificaba los medios: «Sea cual sea la meta que el hombre ha logrado, lo debe a su originalidad unida a su brutalidad». Para él, las cualidades que permitían al hombre conseguir sus objetivos eran la astucia, la habilidad para falsear la realidad y la eliminación de todo sentimentalismo y, por encima de todo, la fuerza de voluntad. Hitler aprendió a mentir tranquilamente

y a mantenerse leal mientras eso le procurase un beneficio. Su falta de escrúpulos llegó a sorprender incluso a aquellos de sus seguidores que ya andaban escasos de ellos. Hitler desconfiaba de los hombres, a la vez que sentía menosprecio por ellos; según él, les movía el miedo, la ambición, el afán de poder, la envidia y otros motivos ruines. Él sería un maestro en el arte de saber utilizar todas esas debilidades para alcanzar sus propios fines.

Llegada a Múnich

En esa época, la ciudad de Múnich poseía una intensa vida cultural. La capital bávara se había convertido en un polo de atracción de artistas de toda Europa; hasta allí habían acudido pintores tan renombrados como Paul Klee o Vassily Kandinsky. En Múnich había escrito Wagner sus óperas más conocidas. Además, en la capital bávara residían escritores de la talla de Rainer Maria Rilke, Stefan George o Thomas Mann. El espíritu bohemio que se respiraba en Múnich ejercía una atracción irresistible hacia el pintor fracasado que por entonces vegetaba en la vetusta capital austriaca.

Así, en la primavera de 1913, Hitler decidió abandonar Viena y trasladarse a Múnich, acompañado de un amigo que tenía en la residencia, Rudolf Häusler, quien tenía una historia personal parecida a la de Adolf. Häusler procedía de una familia burguesa de Viena, pero su padre autoritario y dominante lo había expulsado de casa tras haber protagonizado un incidente en la escuela. Su madre, al igual que la de Adolf, era amorosa y protectora, pero nada había podido hacer para impedir la expulsión de su hijo. Ambos amigos, que se llamaban entre sí Adi y Rudi, compartían su pasión por la ópera. Ahora los dos planeaban abrirse camino en la capital bávara.

Pero Hitler tenía un interés especial al marchar a Alemania: escapar definitivamente del servicio militar. Al haber cumplido veinticuatro años, creía que ya no tendría que ingresar en el Ejército. De todos modos, si era reclamado por las autoridades austriacas, Hitler confiaba en que sabría cómo salir del aprieto.

Posteriormente, para justificar el cambio de residencia, alegó el creciente odio que sentía hacia la capital de los Habsburgo y, especialmente, hacia el crisol humano en que se había convertido la ciudad, destacando la presencia semita. En *Mein Kampf,* Hitler menciona que había decidido su marcha a Múnich un año antes, pues presentía que en la capital bávara le esperaba una «grandiosa labor».

En cuanto Hitler y su amigo Häussler llegaron a Múnich, el domingo 25 de mayo de 1913, Adolf quedó prendado por la capital bávara. Según afirmaría en su libro, «la ciudad misma me parecía tan familiar como si hubiera vivido años dentro de sus muros». Hitler se sintió embriagado por una ciudad en la que acababa de poner el pie: «Sentí un amor profundo hacia esta ciudad, más que hacia cualquiera de los otros lugares que conocía, casi desde la primera hora de mi estancia allí. ¡Una ciudad alemana!».

Los dos amigos comenzaron a deambular por sus calles, buscando un lugar donde alojarse. En el número 34 de la Schleissheimerstrasse, en la ventana que había encima de una sastrería, vieron un letrero: «Se alquilan habitaciones amuebladas a hombres respetables». La sastrería y las habitaciones pertenecían al matrimonio Popp. La señora fue la encargada de mostrarles una modesta buhardilla en el tercer piso, que sería del gusto de ambos jóvenes[11].

Por entonces, Hitler disponía mensualmente de unos cien marcos, gracias a la venta de sus

pinturas, una cantidad que le permitía vivir sin demasiadas estrecheces. Afortunadamente, encontró algunos comercios que estuvieron dispuestos a poner a la venta sus trabajos, lo que le ahorraba la penosa tarea de ir vendiéndolos por calles y cafés. En Múnich, la competencia entre los pintores que pretendían vivir de su trabajo artístico era feroz, lo que hace pensar que sus obras eran apreciadas.

Cada tarde, Hitler gustaba frecuentar los cafés de la ciudad. Allí se dedicaba a comer pasteles, a leer periódicos y a entablar, cuando surgía la posibilidad, encendidos debates sobre política. Aunque en ese momento no era consciente de ello, esas discusiones que solían acabar a voz en grito le servirían de adiestramiento para el posterior despegue de su carrera política.

A Hitler también se le podía ver a menudo en las bibliotecas. Solía regresar de ellas con varios libros, así como pan y embutido para cenar. A veces se encerraba en la habitación durante varios días, leyendo y pintando sin parar. Ni su amigo ni la señora Popp conseguían que Hitler saliera de su reclusión voluntaria. Pese a su carácter adusto, Hitler era para su casera «un austriaco encantador, un joven agradable y servicial, aunque un poco misterioso, nunca se podía adivinar lo que estaba pensando».

Orden de alistamiento

Hitler se sentía muy feliz en Múnich. Según reconocería después, «aquel período fue el más dichoso y, sin duda, el más placentero de mi vida». Pero el 18 de enero del recién estrenado 1914 despertó bruscamente de ese sueño. Un agente de la policía criminal de Múnich se presentó en su habitación para entregarle una notificación por la que debía presentarse dos días después en Linz para prestar su servicio militar.

A pesar de las precauciones que Hitler había tomado, las autoridades austriacas habían descubierto su domicilio en la capital bávara. El hecho de que en el documento apareciese su apellido escrito como «Hiedler» explicaba tal vez el retraso en ser localizado, pero ahora ya no había escapatoria. La entrega de la notificación implicaba también su arresto y posterior presentación ante el Consulado General de Austria.

Hitler había errado en sus previsiones; pese a tener ya veinticuatro años, el Ejército austriaco le reclamaba igualmente para incorporarse a filas. Sus tácticas dilatorias parecían no haber servido de nada. A Hitler le resultaba insoportable la idea de tener que renunciar a su vida bohemia de artista, más ahora que se encontraba tan cómodo en Múnich, para someterse a la rígida disciplina de un cuartel.

Hitler compareció al día siguiente ante el cónsul. Aunque sus tiempos de graves penurias habían quedado atrás, su aspecto debía seguir siendo deplorable, ya que logró despertar la conmiseración del diplomático, pese a estar este acostumbrado a tratar habitualmente con prófugos. El cónsul le permitió enviar un telegrama a las autoridades de Linz, solicitando una prórroga. La respuesta llegó al día siguiente, 20 de enero, en la que sorprendentemente se mantenía la primera fecha de la incorporación al servicio militar, el 20 de enero, por lo que era ya imposible cumplir con el plazo.

El cónsul, conmovido por la acuciante situación de Hitler, se puso de su parte; le dejó escribir una lacrimógena carta a las autoridades militares de Linz, en la que suplicaba que se le dispensase del servicio militar aduciendo su insuficiencia física y psíquica, estando dispuesto a pagar una multa en caso necesario. En la misiva se podían leer frases como estas, referidas a su etapa en Viena:

«Durante dos años, mis únicas amigas fueron la aflicción y la necesidad y no tuve otro compañero que el hambre constante e insatisfecha. Nunca conocí la belleza de la palabra "juventud". Hoy, después de cinco años, mis recuerdos todavía conservan la forma de dedos, manos y pies congelados...».

El diplomático acompañó la carta de una generosa nota en la que afirmaba que tanto él como la policía de Múnich estaban convencidos de su sinceridad. Por último, aseguraba que «el joven merece un trato considerado» y pedía que pudiera presentarse en Salzburgo en lugar de Linz.

La intervención del cónsul fue decisiva para la suerte de Hitler. Las autoridades militares le permitieron presentarse en Salzburgo, a donde acudió el 5 de febrero después de que el consulado se hiciera incluso cargo del precio del billete. Allí fue sometido a la revisión médica pertinente. Gracias a la recomendación del cónsul, el examen no pasó de ser un mero formalismo para que la comisión reclutadora lo dispensase de incorporarse a filas. Hitler fue declarado «no apto para el combate ni para servicios auxiliares; demasiado débil. Incapaz de portar armas».

Hitler había arriesgado mucho, pero había ganado. La resolución más lógica de su caso hubiera sido, como prófugo que era, enfrentarse a un duro castigo y el cumplimiento de sus obligaciones militares. Sin embargo, los astros parecían haberse alineado de tal manera que su objetivo, librarse del servicio militar, se había cumplido; Hitler se había limitado prácticamente a esperar que todo se resolviese por sí solo, como así fue. Es seguro que, más adelante, el recuerdo de este inesperado éxito personal le diese confianza para esperar nuevas soluciones «milagrosas», en lo que él creía que era una manifestación de la Providencia; una vez en el poder, su convencimiento de ser un jugador en racha, con el azar siempre de su parte, le proporcionaría sorprendentes éxitos políticos. Hitler seguiría confiando en ese oportuno *Deus ex machina* hasta el final de sus días.

Libre ya de la espada de Damocles del reclutamiento, que pendía sobre él desde hacía cuatro años, Hitler pudo regresar a Múnich. Allí continuaría pintando y vendiendo cuadros para ganarse el pan. Coincidiendo con el episodio de su orden de alistamiento, su amigo Häusler decidió abandonar la habitación que compartía con Hitler. El motivo se desconoce, aunque es posible que Häusler tuviera menos paciencia que August Kubizek y acabase por hacérsele insoportable el carácter de su excéntrico amigo[12].

La relación de Hitler con el matrimonio Popp fue haciéndose cada vez más estrecha, hasta casi formar parte de la familia. Su casera le zurcía los calcetines y le entregaba la ropa que su marido ya no necesitaba. A cambio de un pequeño incremento del alquiler de la habitación, la cena quedó incluida en este. No obstante, los Popp solían comprarle alguna de sus pinturas, descontando su precio del pago mensual, y, en todo caso, si Hitler atravesaba momentáneamente por una situación precaria, se mostraban siempre comprensivos.

Con la llegada de la primavera, comenzaba la mejor época para los pintores. La gente pasaba más tiempo en la calle y era más fácil para estos que pudieran vender su mercancía. Hitler debió aprovechar esas oportunidades que llegaban con el buen tiempo y que aumentaban en verano. Todo invitaba al optimismo; en Alemania se disfrutaba de una época de gozo y bienestar, una prosperidad que se respiraba en toda Europa. Aquel verano de 1914 parecía que iba a ser un agradable y adormecedor estío, pero nada más lejos de la realidad. En Sarajevo estaba a punto de suceder un hecho que no sólo iba a cambiar la vida de Hitler, sino la historia de Europa y el mundo.

[9]Algunos historiadores creen que uno de los factores que encendió o alimentó el antisemitismo de Hitler pudo ser el que hiciese responsable al doctor Bloch de los atroces sufrimientos de su madre. Aunque quizás esa circunstancia pudo jugar algún papel en su subconsciente, los hechos demuestran que Hitler no sólo no le guardó ningún rencor, sino que siempre le estuvo agradecido. Durante su estancia en Viena le mandó varias postales e incluso le regaló pinturas y dibujos. Tras la anexión de Austria en 1938, los judíos austriacos fueron perseguidos y Bloch se vio obligado a cerrar su consulta en octubre de ese año. El doctor escribió entonces a Hitler pidiendo ayuda y este le colocó bajo la protección de la Gestapo; él sería el único judío de Linz con ese estatus. Gracias a esa protección, pudo vender su casa por una importante suma y tramitar su emigración a Estados Unidos. Sin embargo, a Bloch y su esposa sólo se les permitió salir del país con 16 reichmark; la suma que los judíos podían llevar consigo era de apenas 10 reichmark. Este hecho, del que no sabemos si Hitler tuvo conocimiento, es el único que podría arrojar dudas sobre el grado de agradecimiento que pudo conservar hacia él. Boch se instaló en Nueva York, aunque no pudo practicar la medicina porque su título no fue reconocido. Falleció en 1945, a los 73 años.

[10]La cinta basada en la novela *Der Tunnel,* de Bernhard Kellermann (1879-1951), dirigida por William Wauer, se estrenó en septiembre de 1915, lo que hace imposible que Hitler pudiera verla entonces. Igualmente, la novela no se publicaría hasta 1913, lo que arroja dudas sobre la totalidad del testimonio de Hanisch. *El túnel* fue una de las novelas más exitosas de principios de siglo, vendiéndose un millón de ejemplares. El argumento gira en torno a la construcción de un túnel que ha de unir Europa y América, pero varios desastres ocurren durante su construcción, incluyendo huelgas y levantamientos de los obreros, haciendo que cuando el túnel consigue terminarse, tras 26 años de trabajo, queda obsoleto ante el inicio de los vuelos transoceánicos.

[11]En esa misma calle, pero en el número 106, se había alojado doce años antes otro de los nombres que marcarían el devenir del siglo XX: Vladimir Ilyich Ulyanov, Lenin. Allí, el revolucionario ruso desarrolló en sus escritos el pensamiento marxista; paradójicamente, el nuevo vecino de esa calle sería uno de los que más se distinguirían en combatirlo.

[12]Al contrario que en el caso de Kubizek, Häusler ha sido prácticamente ignorado por los historiadores, a pesar de compartir estrechamente un año de la vida de Hitler; los pocos datos que se conocen sobre él proceden del testimonio de su hija. Se sabe que Häusler se buscó después otro domicilio en Múnich y que, tras el estallido de la guerra, regresó a Viena. Luchó en Italia y Rumanía. Se casó en 1917 y tuvo una hija. Al acabar la guerra trabajó en Viena como comerciante. Se afilió al partido nazi en 1929. Entre 1933 y 1938 vivió en Checoslovaquia. En 1933 estuvo seis semanas en Berlín tratando de tener un encuentro con Hitler, pero este no quiso recibirle. Por entonces, sus caseros, el matrimonio Popp, recibieron órdenes muy estrictas de no mencionar al antiguo acompañante de Hitler. En 1938, Häusler se trasladó a Viena, donde accedió a un puesto oficial en el Frente Alemán del Trabajo, con lo que quizás Hitler quiso premiar y asegurar su discreción. Fue expulsado del partido nazi en 1944, sin que se conozcan los motivos. Häusler murió en Viena en 1973.

Luchando por Alemania, julio 1914-noviembre 1918

Al mediodía de un soleado domingo de verano de 1914, Hitler se encontraba en su buhardilla pintando postales, cuando fue interrumpido por su casera, la señora Popp. Al ser Hitler austriaco, ella pensó que querría saber que su futuro emperador, el archiduque Francisco Fernando, acababa de ser asesinado esa misma mañana en Sarajevo.

Hitler salió inmediatamente a la calle en busca de noticias. Allí, la gente se arremolinaba alrededor de una proclama, en la que pudo leer que el asesino del archiduque era un estudiante nacionalista serbio. El que el magnicida fuera un serbio le sorprendió, teniendo en cuenta la inclinación del archiduque hacia los eslavos, una actitud que a Hitler le parecía odiosa. En ese momento, a pesar del gran alcance de la noticia, nadie era consciente de la trascendental importancia de lo que acababa de ocurrir en Sarajevo. Aquel 28 de junio de 1914 se convertiría en una fecha crucial en la historia del siglo xx.

La cadena de acontecimientos que se desataron tras el asesinato del heredero del Imperio austrohúngaro podrían llenar una antología de despropósitos. Lo que comenzó con un ultimátum de Austria a Serbia desembocaría, en virtud de los pactos firmados entre las potencias europeas, en una conflagración mundial. La movilización general de Rusia, decretada en respuesta a la declaración de guerra de Austria a Serbia del 28 de julio, alarmó a Alemania, que exigió a los rusos que la desconvocara. Como Rusia la mantuvo, Alemania le declaró la guerra el 1 de agosto.

Al día siguiente, en la Odeonsplatz de Múnich, una multitud vitoreaba al anciano rey Luis III de Baviera ante el Feldhernhalle, celebrando la declaración de guerra de la víspera. Un fotógrafo entonces anónimo, Heinrich Hoffmann, tomaba instantáneas de la enfebrecida multitud que se agolpaba en la plaza. Años después, Hoffmann, promovido al cargo de reportero gráfico exclusivo de Hitler, localizó, entre los incontables rostros que llenaban las fotografías de aquella histórica jornada, el de aquel pintor fracasado que luego llegaría a ser dueño de Alemania.

Su aspecto en la instantánea tomada por Hoffmann ya no es el que tuvo que ofrecer cuando era un indigente en las calles de Viena. Está pulcramente vestido, bien peinado, no parece que le falte de comer y luce bigote. La expresión de su cara, con la boca abierta por la emoción, y su mirada ilusionada demuestra que es verdad lo que luego afirmaría, que cuando supo de la declaración de guerra agradeció al cielo, de todo corazón, el haberle concedido el privilegio de vivir un día como ese.

En la imagen, Hitler aparece casi transfigurado, feliz; para él, el estallido de la guerra no sólo tuvo que significar una exaltación de su patriotismo germánico, sino sobre todo una oportunidad de romper con un pasado de fracasos y decepciones. La convulsión provocada por la guerra iba a suponer un nuevo reparto de cartas en la partida de la vida; hasta entonces, sus sueños e ilusiones se habían visto siempre fatalmente truncados, viéndose obligado a malvivir vendiendo postales, pero ahora se le abría la posibilidad de empezar de nuevo. El campo de batalla le daría la oportunidad de regresar convertido en un héroe y obtener el reconocimiento que hasta ese momento se le había negado.



Hitler, en medio de la multitud, celebrando la declaración de guerra a Rusia en la Odeonsplatz de Múnich. Había comenzado la Primera Guerra Mundial.

AL FRENTE OCCIDENTAL

El 3 de agosto, Hitler envió una petición personal a Luis III para que le permitiese alistarse en su ejército. Al día siguiente le llegó la respuesta, por la que se aceptaba su incorporación como voluntario: «Abrí el documento con manos temblorosas. Las palabras son inadecuadas para describir la satisfacción que sentí. A los pocos días usaba el uniforme que no me había de quitar en casi seis años».

Hitler intentó alistarse en el Regimiento del Rey de Baviera pero, al estar ya completo, se unió al Primer Regimiento de Infantería de Baviera. Unos días después fue trasladado al Segundo Regimiento y comenzó la instrucción militar básica. En esta ocasión, Hitler sí superó el examen médico; la supuesta debilidad que le había librado de servir en el ejército austriaco no sería ningún obstáculo para poder servir ahora a la causa germana.

El estallido de la guerra, que él consideró una «tempestad depuradora», y el hecho de poder incorporarse al Ejército alemán en lugar de al odiado ejército de los Habsburgo, Hitler lo tomó como una nueva manifestación de la Providencia. Feliz de poder vestir el uniforme germano, el breve pero intenso período de instrucción al que fue sometido no le tuvo que suponer un gran sacrificio. Finalmente, Hitler quedó adscrito al 16º Regimiento de Infantería de Reserva de Baviera, comúnmente conocido como el regimiento de List, por apellidarse así su primer comandante. Otro de los voluntarios en el mismo regimiento fue el que sería años después su lugarteniente, Rudolf Hess, mientras que el escribiente de la unidad era un sargento llamado Max Amann, quien se convertiría con el tiempo en el gerente del periódico oficial del partido nazi, así como de la editorial del partido.

El 7 de octubre, Hitler se despidió del matrimonio Popp, para quienes era casi de la familia. Su unidad debía partir de Múnich dos días después. Les dijo que si moría en el frente escribiesen a su

hermana y le entregasen a ella sus escasas posesiones; lo que ella no recogiese, ellos podrían quedárselo. La señora Popp, que sentía un gran aprecio por él, acabó llorando.

Al día siguiente, en una ceremonia solemne, el regimiento juró lealtad al rey de Baviera y al káiser Guillermo. En su caso y en el de los demás austriacos, tuvo que jurar también fidelidad al emperador Francisco José. A pesar de la relevancia del acto, este no debió impresionar mucho a Hitler, ya que años después sus recuerdos se centraban en la comida especial de ese día, consistente en carne de cerdo asada y ensalada de patata.

De todos modos, no es extraño que Hitler recordase esa comida, ya que a partir del día siguiente se acabarían para él y sus compañeros las comodidades de que habían disfrutado en el cuartel de Múnich. Al día siguiente iniciaron una marcha a pie, bajo la lluvia, hacia un campamento situado a unos cien kilómetros de la capital bávara. Las dos noches siguientes pernoctaron en establos, ateridos de frío y sin poder pegar ojo. En el campamento, la instrucción y los ejercicios, incluyendo caminatas nocturnas, resultarían agotadores. Pero todo ello no sería más que un pequeño aperitivo de lo que les esperaba más adelante.

El 20 de octubre de 1914, su regimiento, que había sido fusionado con otro para formar la 12ª Brigada, fue por fin enviado al frente. Los hombres subieron al tren ilusionados y cargados de entusiasmo, ya que hasta ese momento lo que más temían era no llegar a tiempo de desfilar victoriosos por las calles de París. Hitler no era una excepción; el día antes de partir, escribió una carta a los Popp en la que les aseguraba que se sentía «terriblemente feliz».

Una semana después, Hitler ya estaba por fin en el frente. Su compañía entró en combate cerca de la localidad belga de Ypres el 29 de octubre. En una carta que envió a los Popp en 1915, Hitler relataba su bautismo de fuego:

«Pronto llegaron las primeras andanadas, que explotaron en el bosque y arrancaron árboles como si fueran arbustos. Nosotros mirábamos muy interesados, sin una idea real de peligro. Nadie estaba asustado. Todo esperábamos con impaciencia la orden de avanzar. La situación era cada vez más tensa. Oíamos decir que alguno de los nuestros había caído herido. Apenas podíamos ver nada entre el humo infernal que teníamos enfrente. Por fin llegó la esperada orden: "¡Adelante!".

Saltamos en tropel de nuestras posiciones y corrimos por el campo hasta una pequeña granja. Las granadas estallaban a derecha e izquierda, pero nosotros no les hacíamos ningún caso. Permanecimos tendidos allí durante diez minutos y entonces nos ordenaron de nuevo que avanzásemos. Yo iba al frente, delante de mi pelotón. El jefe del pelotón, Stoever, cayó herido. ¡Dios mío, la lucha empezaba en serio!».

A partir de ese día, los combates en Ypres serían continuos; la orden era atacar una y otra vez. El regimiento de Hitler sufrió muchas bajas. En dos semanas, apenas quedaba un recluta de cada cinco. A Hitler se le encomendó la labor de mensajero, distinguiéndose desde el primer momento por su desprecio del peligro.

Finalmente, la ofensiva sobre Ypres se detuvo y se pasó a una estática guerra de trincheras. Hitler, destinado al cuartel general del regimiento en Messines, pudo disfrutar de un período de tranquilidad, que aprovechó para pintar acuarelas gracias al material que había traído consigo. Sus dotes artísticas llegaron a oídos de sus superiores. Uno de ellos le hizo un encargo, pero algo diferente a lo que Hitler estaba acostumbrado; darle una mano de pintura al comedor de oficiales del cuartel. Hitler aceptó con gusto la tarea, incluso sugirió el color teniendo en cuenta el tipo de luz que entraba en la estancia.

El extraordinario valor demostrado como mensajero en primera línea de fuego le llevó a ser propuesto por sus superiores para la Cruz de Hierro de primera clase. Sin embargo, parece ser que el hecho de que apuntasen su nombre al final de la lista de condecoraciones le hizo quedar fuera de las distinciones entregadas, por lo que Hitler acabó recibiendo el diciembre la Cruz de Hierro de segunda clase. Además de ese reconocimiento, un mes antes había sido ascendido a cabo. Estos honores hicieron que se ganase el respeto de oficiales y compañeros. En una carta al matrimonio Popp, les pidió que le guardasen los periódicos que describían las acciones en las que había participado, para conservarlos como recuerdo.



Hitler, a la izquierda, durante un descanso, en una imagen del principio de la guerra. Su mirada perdida denota que el entusiasmo del primer día ya había pasado.

Un personaje excéntrico

Hitler, al que llamaban Adi, era considerado por sus compañeros de armas como una especie de lobo solitario. No gustaba de participar en las conversaciones del grupo, prefiriendo leer o pintar. No fumaba ni bebía, ni se le conocían aventuras amorosas. Cuando sus compañeros vertían comentarios obscenos acerca de las muchachas francesas o belgas, Hitler les reprochaba agriamente su actitud. Hitler callaba cuando los demás protestaban por el tiempo prolongado que pasaban en las trincheras o por las penalidades que sufrían. Se tomaba la guerra muy en serio, sintiéndose en lo personal responsable de lo que estaba pasando e identificándose tanto con los fracasos como con los éxitos de las armas alemanas.

Uno de sus compañeros comentó: «Es un tipo un poco raro y vive en un mundo aparte, pero por lo demás es buena persona». En cambio, otro aseguraría que «renegábamos de él y no lo aguantábamos, no unía su voz a la nuestra para maldecir la guerra». No obstante, a pesar de esa irritante actitud ordenancista, era mayoritariamente apreciado por sus compañeros. Por un lado, el hecho de ser artista y gozar de reputación de intelectual por sus constantes lecturas, en contraste con la mentalidad más simple de sus camaradas, le hacía objeto de una cierta admiración. Por otro, todos sabían que se podía contar con él en los momentos difíciles; Adi no dudaba en ofrecerse voluntario para cualquier cometido, por muchos riesgos que entrañase, jamás abandonaba a un camarada herido ni se fingía enfermo para evitar participar en una misión peligrosa.

Aunque su sentido del deber era ejemplar, despertaba reticencias entre sus compañeros, que

consideraban desmedido ese compromiso personal. Para él, transmitir un mensaje estaba por encima de cualquier circunstancia personal; en ocasiones, se ofrecía a entregar los mensajes de otros mensajeros sin que estos se lo pidieran. Igualmente, tenía una fe inquebrantable en la victoria final y no permitía que nadie dudara de ello. Si uno de sus compañeros quería encolerizarlo, sólo debía comentar en broma que nunca ganarían la guerra. Hitler tampoco perdía ocasión para exponer sus ideas políticas, despotricando contra el marxismo y los judíos.



Sentado, a la derecha, Hitler parece ausente. Aunque era considerado un personaje excéntrico, contaba con el afecto de sus camaradas.

Otro de sus camaradas en el regimiento se refería a Hitler en sus cartas diciendo que era «un individuo peculiar que se sentaba en un rincón del barracón con la cabeza entre las manos, sumido en profunda meditación. De pronto se levantaba de un salto y, corriendo de un lado para otro, declaraba que la victoria no sería nuestra a pesar de nuestros cañones de largo alcance, porque los enemigos invisibles del pueblo alemán constituían un peligro mayor aun que el más grande de los cañones que el enemigo pudiera utilizar». En otras ocasiones, recordaba este compañero, «se sentaba en un rincón con el casco en la cabeza, sumido en sus pensamientos, sin que pudiéramos sacarle de ese estado».

Las pocas fotografías suyas que existen de esa época muestran una cara solemne y pálida, prematuramente envejecida, con una mirada penetrante. Pese a su carácter retraído y adusto, en ocasiones mostraba un inesperado sentido del humor. En una ocasión, un soldado mató un conejo y lo metió en conserva para llevárselo a casa cuando estuviese de permiso, pero sus compañeros le dieron el cambiazo y partió con un ladrillo en el paquete. Para regocijo de sus compañeros, Hitler le enviaría una postal con dos dibujos; uno mostraba un soldado desenvolviendo un ladrillo en casa y otro a sus amigos del frente dando buena cuenta del conejo.

Hitler no recibía paquete alguno, ni apenas correspondencia. La única debilidad que Hitler se permitía era su pasión por la mermelada, lo que le llevaba a gastar parte de su soldada en comprar las raciones de sus compañeros. No aceptaba los alimentos que sus camaradas recibían y que insistían en que tomase, ya que, al no recibir nunca paquetes, consideraba que no podría devolver el favor. Ese orgullo le llevó también a rechazar diez marcos que su teniente quiso regalarle como

aguinaldo navideño. Ese comportamiento digno pero excéntrico, unido al aspecto desaliñado y un tanto cómico que ofrecía, lleva a entender que Hitler fuera calificado por uno de sus compañeros de «cuervo blanco».

Aun así, a Hitler le tuvo que suponer todo un descubrimiento la camaradería del frente. Al contrario que la vida comunitaria en el albergue o en la residencia, en donde las relaciones que se establecían eran tan superficiales como volubles, cuando no hostiles, en las trincheras brotaba un sentimiento de solidaridad que por fuerza tuvo que atrapar a un hombre de carácter retraído como él y que además, en ese momento, apenas tenía familia. Su gran amigo durante esa época sería Ernst Schmidt, ocho meses más joven que él. Ambos serían inseparables desde el verano de 1914 al de 1919; ningún otro amigo estaría tanto tiempo unido a él. Sin embargo, se sabe muy poco de Schmidt; había aprendido el oficio de pintor y se cree que se conocieron en la casa del matrimonio Popp, en donde Schmidt debía ocupar otra habitación. Se alistaron el mismo día, siendo destinados a la misma unidad. Siempre se les veía en pareja, tanto en las misiones de correo en el campo de batalla como fuera del servicio, en la retaguardia. Schmidt era sensible al arte y la literatura y le gustaba la ópera; Hitler debía considerar terapéutico mantener con él conversaciones sobre esos temas en medio del embrutecimiento de la vida en el frente.

Hitler y Schmidt estaban muy unidos también a otro correo, Anton Bachmann, con el que formaban un trío de amigos al que ocasionalmente se sumaban otros mensajeros, formando una especie de hermandad. Hitler se sentía muy unido a todos ellos. Él sentía que su sitio estaba allí en el frente con sus compañeros, como lo demuestra el hecho de que forzase su reincorporación al servicio activo cuando se hallaba convaleciente o recibiese una gran alegría cuando fue enviado de nuevo a primera línea.

Lo que para muchos era una pesadilla, enfrentarse a la muerte cada día, para Hitler era una bendición. Mientras que la contienda supuso una terrible experiencia para la inmensa mayoría de los que participaron en ella, Hitler se referiría, muchos años después, a la «estupenda impresión que me causó la guerra, mi más grande experiencia, porque pudo subordinarse el interés particular, esto es, el interés del propio ego, al interés común, como lo demostró en forma contundente nuestro pueblo en esa lucha grande y heroica». Significativamente, los nazis reclutarían sus partidarios entre aquellos excombatientes que continuaban sintiéndose más a gusto llevando uniforme y viviendo en cuarteles, hombres que, como Hitler, nunca encajaron en la rutina monótona de la vida civil.

Tocado por la fortuna

El que Hitler sobreviviera a la Primera Guerra Mundial sólo se puede calificar de milagro. Nada más entrar en combate, su regimiento pasó de 3.500 integrantes a sólo 600; el resto perdieron la vida o sufrieron heridas. Conforme fue avanzando la guerra, Hitler figuraría siempre en la lista de supervivientes de su unidad.

Fueron innumerables las ocasiones en las que estuvo en serio peligro de muerte. Los mensajeros o enlaces, también llamados «corredores», gozaban de unas comodidades de las que no disponía el grueso de la tropa; pasaban mucho tiempo en la retaguardia, dormían en lugares secos y abrigados y tenían la suerte de poder comer caliente cada día. Accedían a un estatus superior; se les tenía por más inteligentes que el resto de la tropa, se veían libres de la disciplina común y participaban en

cierta medida del secreto del Mando. Pero, a cambio, corrían más riesgos cuando entraban en acción; operaban por parejas para que al menos uno de ellos llegase a destino con el mensaje, aunque no era raro que ambos cayesen bajo el fuego enemigo. De hecho, tampoco era infrecuente que una unidad se quedase sin ningún mensajero y los oficiales tuvieran que pedir voluntarios para suplirlos.

Pero no todos podían hacer de enlaces. Era necesario poseer una gran rapidez y agilidad. Los «corredores», una vez fuera de la trinchera y normalmente escuchando silbar las balas a su alrededor, hacían honor a su nombre corriendo doblados por la cintura, con el tronco paralelo al suelo y con las rodillas también dobladas. Corrían unos cuantos metros y se dejaban caer; al cabo de un rato, volvían a despegarse del suelo y reemprendían su singular carrera. Mientras, sus compañeros, agazapados en la trinchera, les observaban con el corazón en un puño hasta que desaparecían fundiéndose con el humo del campo de batalla o, en el peor de los casos, caían al suelo para no levantarse más.

En los primeros tres años de guerra, de un total de catorce enlaces con que contaba el batallón de Hitler, tan sólo sobrevivían él y otro compañero. Increíblemente, pese a participar en centenares de misiones, Hitler resultaría herido una sola vez. Se comprende que Hitler adquiriese un aura de invulnerabilidad entre sus compañeros; parecía que contaba con alguna protección superior. Dos días después de recibir la Cruz de Hierro de segunda clase, había escrito al señor Popp: «Fue el día más feliz de mi vida. Desgraciadamente, mis camaradas, que también se ganaron la condecoración, están todos muertos». Unos años, después, Hitler explicaba a un corresponsal inglés uno de estos episodios en los que parecía que la Providencia estaba de su parte:

«Estaba cenando en una trinchera con varios camaradas. De repente me pareció que una voz me decía: "Levántate y márchate de aquí". Era tan clara e insistente que la obedecí mecánicamente, como si de una orden militar se tratara. Me puse enseguida de pie y caminé unos veinte metros por la trinchera, llevando conmigo mi cena en una lata. Entonces me senté para seguir comiendo, con la mente de nuevo tranquila. Unos instantes después, llegaron hasta mí un destello y un estallido ensordecedor procedentes de la parte de la trinchera que yo acababa de dejar. Un obús perdido había estallado encima del grupo con el que yo había estado sentado y todos sus miembros murieron».

Guerra de trincheras

A principios de enero de 1915, un pequeño terrier inglés blanco, aparentemente la mascota de algún soldado inglés, bajó de un salto a la trinchera de Hitler y se lanzó en persecución de una rata. Hitler se apoderó del perrito, que al principio trató de escapar: «Con suma paciencia, ya que el animal no entendía una palabra de alemán, conseguí que poco a poco se acostumbrara a mí». Lo bautizó como *Fuchsl* (Zorrito) y le enseñó unos cuantos trucos de circo, como subir y bajar una escalera de mano. Durante el día, *Fuchsl* no se apartaba de su nuevo amo y, de noche, dormía junto a él.

En el verano de 1915, Hitler se había vuelto indispensable para su regimiento. Cuando la artillería enemiga cortaba las líneas telefónicas, él era el mensajero en que los oficiales confiaban más para restablecer la comunicación entre los puestos de mando.

A pesar de su disposición a soportar de buen ánimo la vida en el frente, esta comenzó a hacer mella en Hitler. Su rostro ya no era el de aquella foto de un año antes, en la Odeonsplatz de Múnich; ahora estaba pálido y demacrado. Además, su carácter se había vuelto más irascible, acusando la

tensión constante a la que tanto él como sus compañeros se encontraban sometidos noche y día.

Durante el otoño, los ingleses aumentaron su presión sobre la posición que ocupaba el regimiento. En Navidad, Hitler se mostró especialmente apático; al agotamiento físico y mental se unió el hecho de que fue el único que no recibió paquetes y cartas de su familia. Tal como se ha apuntado, aunque sus compañeros le ofrecían parte del contenido de sus paquetes, él lo rechazaba con brusquedad. Es posible que el ambiente navideño le recordase el episodio del fallecimiento de su madre, ocurrido en esas fechas. Una vez que pasaron esas segundas navidades en el frente, Hitler pareció recuperar el ánimo.

A principios del verano de 1916, el regimiento fue trasladado hacia el sur, para frenar la ofensiva del Somme, lanzada por los Aliados para aliviar la presión germana sobre Verdún. Durante la batalla de Fromelles, el fuego artillero cortó todas las líneas telefónicas del regimiento; Hitler y un compañero fueron enviados, según un testigo, «a una muerte casi segura, en un camino sobre el que llovían los disparos y obuses». Hitler no sólo sobrevivió, sino que además ayudó a su camarada, que se había desplomado exhausto, a llevarle de regreso a su trinchera.

Los tres meses siguientes siguieron bajo la tónica de la embrutecedora guerra de trincheras. Las líneas alemanas habían resistido el empuje aliado, pero estos persistían en sus ataques, desarrollándose una carnicería inútil en la que los avances y retrocesos se medían en metros. Mientras, el cabo Hitler salía a cumplir su misión cuando las líneas quedaban cortadas por el fuego de artillería.

Como se ha apuntado, a pesar de que se dedicaba a atravesar campos de batalla en los que las balas silbaban en todas direcciones y los obuses batían el terreno con sus continuas explosiones, Hitler parecía un ser invulnerable. Sin embargo, su buena suerte se acabaría el 7 de octubre de 1916, cuando nada hacía temer que eso pudiera suceder. Mientras se encontraba durmiendo con otros mensajeros en el interior de un estrecho túnel, un obús estalló cerca de la entrada. Hitler sufrió una herida en el muslo; no era grave, pero requirió su traslado a un hospital de campaña. De todos modos, ese era el tipo de herida que muchos hombres anhelaban, al suponer el billete para la retaguardia. Aunque Hitler suplicó al teniente Wiedemann que le permitiera quedarse con el regimiento, alegando que la herida no tenía importancia, fue enviado de regreso a Alemania en un tren hospital.

Hitler fue ingresado en un hospital militar cercano a Berlín. En cuanto pudo caminar, consiguió permiso para pasar el fin de semana en la capital. Allí sufriría un auténtico *shock.* Según explicaría en *Mein Kampf,* «por todas partes reinaba la más cruel de las miserias. La capital estaba transformada en una ciudad con millones de habitantes famélicos. El descontento era grande». Pero lo que le irritó fue encontrar «bribones» que hacían campaña en favor de la paz, «haciendo ostentación de la propia cobardía».

Dos meses después, fue enviado a un batallón de reserva en Múnich. En la capital bávara advirtió con estupor que la situación «era mucho, pero muchísimo peor que en Berlín». Tuvo la sensación de que le costaba reconocer la ciudad: «Donde quiera que iba presenciaba irritación y descontento y no oía sino maldiciones».

En Múnich halló el chivo expiatorio del hundimiento de la moral alemana: los judíos. En su libro aseguraría: «Casi todos los oficinistas eran judíos y casi todos los judíos eran oficinistas. Me sorprendió topar con aquella muchedumbre de combatientes del pueblo elegido y no pude por menos que compararla con sus escasos representantes en los campos de batalla».

El ambiente de Múnich se tornó muy desagradable para Hitler. Debía compartir cuartel con los nuevos reclutas que, según él, no respetaban a los soldados venidos del frente. Echaba de menos a sus camaradas, por lo que en enero de 1917 escribió al teniente Wiedemann pidiéndole volver al frente. El 1 de marzo, Hitler pudo regresar por fin junto a sus compañeros, quienes le brindaron una cálida acogida, especialmente el pequeño *Fuschsl,* quien no se había olvidado de su amo. El cocinero de la compañía preparó una cena especial en su honor.

Un hecho que, sin duda, influyó decisivamente en sus principios políticos sería el gran contraste que advirtió entre la vida en el frente y en la retaguardia. Durante el tiempo que estuvo en Alemania y conforme fue avanzando la guerra, fue palpando la progresiva disolución de la hasta entonces rígida sociedad germana, cansada de las penalidades impuestas por la contienda, y que culminaría tras la derrota con estallidos revolucionarios que pretendían acabar con el orden social burgués. En cambio, en el frente, la autoridad no era discutida y la vida discurría por unos cauces bien delimitados. Mientras en la retaguardia la desunión y las desavenencias estaban a la orden del día, en el frente se respiraba camaradería y la solidaridad. Hitler intentaría años después trasladar esa unión a su proyecto de sociedad, reprimiendo cualquier tipo de disidencia.

Unos días después de su llegada al frente, el regimiento fue enviado en tren a Arras, para preparar la ofensiva de la primavera. Allí dispusieron de bastante tiempo libre, que Hitler aprovechó para pintar acuarelas de escenas de batallas en las que había participado. Con ocasión de la Pascua, Hitler pintó de blanco unos objetos con forma de huevo y los colocó en el jardín del jefe del regimiento formando la frase «Feliz Pascua de 1917». Unos meses después, el mayor Anton von Tubeuf tomó el mando del regimiento, aplicándose en la tarea de devolverle la disciplina que, según él, había perdido.

ELUDIENDO EL ASCENSO

Aunque demostró sobradamente su valor a lo largo de la contienda, así como su acerado sentido de la disciplina, Hitler se mantuvo durante toda la guerra como un simple cabo. Hay que señalar que el grado de cabo, que no suele inspirar mucho respeto, se considera sólo provisional, únicamente una fase previa para el de suboficial; miles pueden ser soldados de infantería sin ser nombrados nunca cabos, pero el caso de un cabo que en cuatro años de servicio en el frente no es ascendido a suboficial es del todo inusual, lo que en el caso de Hitler ha dado pie a numerosas interpretaciones.



Hitler, marcado por una cruz, posa junto a sus compañeros en enero de 1918.

Un motivo, según el teniente Wiedemann, era que Hitler carecía de «capacidad de liderazgo», aunque el paso del tiempo se encargaría de desmentir esa apreciación. En todo caso, Hitler, pese a ser valiente y disciplinado, no mostraba las aptitudes que se le suponían a un oficial. Él mismo se alejaba de esa imagen; no le gustaba lustrarse las botas, no saludaba a los oficiales dando un taconazo y su porte no era muy marcial.

Pero Hitler tampoco mostró ningún deseo de ascender; más bien parece que hizo todo lo posible para mantenerse en ese discreto rango. Un motivo podía ser que, si quería seguir siendo mensajero, no podía ascender a una categoría superior. Tal vez Hitler era feliz en esa situación, siendo mensajero y acompañado de sus camaradas, y temía que un ascenso le obligase a aceptar otro destino. El apego que sentía por sus compañeros era tal que, cuando se barajaba la posibilidad de un cambio de destino, no dudaba en suplicar a sus superiores para que le permitiesen continuar en la misma unidad. En una carta de 1917, se dirigía a uno de sus amigos calificando al grupo de mensajeros de su «familia elegida». Así pues, un hipotético ascenso debía contemplarlo con espanto. En todo caso, el auténtico motivo de no haber pasado del rango de cabo a lo largo de toda la guerra es uno más a sumar a los enigmas que jalonan la biografía de Hitler.

EL PRIMER PERMISO

En el verano de 1917, el regimiento regresó a Ypres, en donde Hitler había tenido su bautismo de fuego. Allí les esperaba una nueva batalla. Los padecimientos de la tropa serían todavía peores que en octubre de 1914, ya que a las balas y los proyectiles de la artillería se sumó el gas. Los soldados debían dejarse puestas durante días las sofocantes máscaras de gas, a veces mientras soportaban bombardeos día y noche. En julio, las lluvias convirtieron el campo de batalla en un barrizal.

El regimiento de Hitler, tras sufrir muchas bajas, fue relevado, siendo enviado a Alsacia a descansar. Allí, Hitler perdería sus dos posesiones más valiosas: su mascota y su estuche con el material de pintura. Hitler acusó especialmente el robo de su perrito: «Me sentía desesperado. El cerdo que me robó a mi perro no sabe lo que me hizo».

Sería en octubre de 1917 cuando Hitler pidió su primer permiso durante la guerra. Su amigo Schmidt le convenció para que le acompañase a Alemania. Después de visitar brevemente Bruselas, Colonia y Leipzig, llegaron a Dresde, donde vivía la hermana de Schmidt. Tras pasar unos días en la «Florencia del Elba», dejándole una gran impresión, Hitler marchó solo a Berlín, alojándose en la casa de un camarada.

A su regreso al frente, Hitler encontró la situación mucho más tranquila, por lo que durante ese invierno dispondría de mucho tiempo para leer. No obstante, la falta de aprovisionamientos debido al bloqueo británico hacía que las raciones de comida fueran insuficientes. Los hombres se veían obligados a comer gatos y perros para completar la exigua dieta; Hitler sólo comía de los primeros. A veces Hitler lograba hacerse con mermelada, con la que untaba generosamente su pan.

Las penurias en el frente tenían también su reflejo en la retaguardia. El hambre se extendía y los trabajadores, cansados de la guerra, se declararon en huelga en enero de 1918. Aunque acabaron regresando al trabajo, el espíritu de la rebelión no quedaría apagado. En el frente, muchos soldados, pese a estar tan cansados de la guerra como los civiles, encajaron las noticias de la huelga general como una traición al esfuerzo que ellos estaban haciendo; Hitler era uno de ellos. Estaba naciendo el mito de la «puñalada por la espalda».

La segunda Cruz de Hierro

La capitulación de los rusos en marzo de 1918 y el consiguiente traslado de las fuerzas destinadas en el frente oriental al occidental abrieron la puerta de la esperanza a una victoria para Alemania. El general Erich Ludendorff, que formaba un temible tándem con el mariscal Paul von Hindenburg, vio llegado el momento de lanzar por fin la ofensiva en el oeste capaz de romper una línea del frente que apenas se había movido en más de tres años. El regimiento de Hitler participó en la nueva ofensiva, que conseguiría llegar a ciento treinta kilómetros de París.

En junio, durante una incursión en territorio enemigo, Hitler logró supuestamente capturar un grupo soldados franceses, apuntándoles con su pistola y ordenándoles que se rindieran, en una acción cuya verosimilitud se pone en duda. El número de soldados capturados en ese episodio, entre cuatro y doce, varía según la fuente. Otra versión asegura que se trataba de soldados británicos. El que en los anales oficiales del regimiento de List no se mencione ningún incidente de esta naturaleza arroja más dudas sobre el episodio. En todo caso, parece ser que la acción en la que participó Hitler le valió la felicitación del mayor Von Tubeuf.

El 4 de agosto de 1918 a Hitler se le otorgó la Cruz de Hierro de primera clase, aunque no fue por ese acto heroico concreto, si es que tuvo lugar. El motivo de la concesión sería: «Por su valentía personal y sus méritos generales». Curiosamente, quien lo había propuesto para la distinción había sido el teniente Hugo Guttmann, un judío. Tal vez por este motivo, todo lo referente a la que sería la condecoración más relevante de las conseguidas por Hitler durante la guerra quedó envuelto en una neblina que, tras su ascenso al poder, se haría aún más densa. La historiografía oficial del Tercer Reich hablaba de que ese día le fue concedida la medalla, pero en realidad, de ese episodio no se sabe prácticamente nada; no se ha hallado ningún comprobante, aparte de una anotación garabateada en su cartilla militar, ni la propuesta de concesión, ni el certificado ni la anotación. Se cree que la medalla le fue prometida por Guttmann si cumplía una arriesgada misión de correo pero que, después

de ejecutarla con éxito, surgieron dificultades para cumplir la promesa. Al parecer, los superiores de Guttmann debieron considerar impensable que una condecoración tan elevada no llevase aparejado un ascenso; así, el referido rechazo de Hitler a ser ascendido hizo seguramente que se aplazase la concesión definitiva hasta después de la guerra.

El reconocimiento de su valor tendría para Hitler un sabor agridulce, ya que para entonces el último esfuerzo germano por alcanzar París había fracasado definitivamente. La perspectiva de la derrota llevó a la rebelión y al desorden en las filas alemanas. Ante el riesgo de un desmoronamiento del frente, Berlín inició los primeros contactos para alcanzar un armisticio. Mientras, Hitler se enfrentaba, a puñetazos si era necesario, a todo aquel que reclamase poner fin a la guerra. Ese odio por los que él consideraba traidores sentaría las bases de su política futura.

Nuevo descenso al infierno

En septiembre, Hitler regresó a Berlín de permiso, para visitar después a su familia en Spital. Aunque no habla de ello en *Mein Kampf,* es de suponer que en la capital germana Hitler asistiese a escenas aún más desmoralizantes que las que había contemplado con anterioridad. Tras su regreso al frente, su regimiento fue enviado de nuevo a Ypres.

En la madrugada del 14 de octubre, mientras se encontraba en el puesto de mando del regimiento, al sur de Ypres, Hitler sufrió un prolongado ataque británico con granadas de cloro gaseoso. Por la mañana, Hitler sintió «una angustia que aumentaba con cada cuarto de hora que transcurría». «A eso de las siete —continúa relatando— me retiré vacilante y con los ojos abrasados. Horas más tarde, mis ojos se hallaban convertidos en dos carbones encendidos, viéndolo todo negro en torno mío». Hitler fue trasladado en tren a un hospital de Pasewalk, en Pomerania.

Las semanas siguientes serían decisivas en la vida de Hitler. Desde la cama de aquel hospital asistió incrédulo al hundimiento de todo aquello por lo que había luchado durante cuatro largos años. A Pasewalk llegaban noticias atenuadas del estado de disolución general que se respiraba en toda Alemania. Pero Hitler se resistía a creerlo, como los episodios de rebelión que se estaban produciendo en la armada y que a él se le antojaban «rumores hijos de la imaginación excitada de algunos jóvenes».

En Pasewalk, todos hablaban de que el fin de la guerra se hallaba próximo, pero nadie creía que el desplome fuera a ser tan rápido. En noviembre, conforme los rumores se volvían más precisos, Hitler fue testigo «de los sucesos más infaustos que haya podido presenciar en mi vida». Para él resultaba increíble que se desease la capitulación.

El 10 de noviembre llegó al hospital un pastor para dirigir a los internos una alocución. Hitler se quedó de piedra al escuchar de sus labios que la Casa de Hohenzollern había abdicado de la corona imperial de Alemania y que el país por el que él había luchado iba a ser en lo sucesivo una república. Según afirmaría amargamente en *Mein Kampf,* sintió que todo su esfuerzo había sido inútil. Su mundo se desplomaba sobre él:

«Todo había sido, pues, en vano. ¡En vano los sacrificios y trabajos; en vano el hambre y la sed sufridos por espacio de interminables meses; en vano las horas consagradas al deber, sobrecogidos por el temor a la muerte; ¡en vano el sacrificio de la vida de dos millones de seres!».

Como se ha apuntado, lo que vivió en aquel hospital marcaría su vida para siempre. Sus propias

palabras no dejan lugar a dudas:

«Cuanto más procuraba yo en aquella hora formarme un concepto claro de tan terrible acontecimiento, tanto más fogosa y violenta era la cólera y la vergüenza que enrojecía mi semblante. ¿Qué significaba el escozor de mis ojos al lado de esta miseria?

Horribles fueron los días —prosigue Hitler— y peores aún las noches que sobrevinieron. Yo sabía que todo estaba perdido. Durante aquellas noches nació el odio inextinguible que profeso a los culpables de nuestra desgracia».

Según dejó escrito en *Mein Kampf,* fue entonces cuando decidió convertirse en político, pero es poco probable que sea cierto. En esos momentos, cegado en la cama de un hospital y sin idea de por dónde iba a discurrir su futuro más inmediato, es difícil que pensase en iniciar una carrera política. Sin embargo, esa afirmación nos da idea de lo trascendental del momento en la conformación de su pensamiento; a partir de entonces, su vida sería un ajuste de cuentas, nunca saldado del todo, contra los que él creía responsables de ese desastre que tanto le había afectado.

En esos momentos Hitler no era consciente de ello, pero con ese amargo final de su experiencia bélica se completaba un largo y doloroso período de aprendizaje que le sería más tarde de enorme utilidad para abrirse paso en la política. Los años pasados en Viena y Múnich, así como los que estuvo luchando en el frente, le enseñaron a valerse por sí mismo, le confirmaron su confianza en sus dotes y fortalecieron su voluntad hasta límites insospechados.

De esos diez años de lecturas desordenadas y dramáticas experiencias personales, Hitler surgió pertrechado de un paquete de ideas fijas y de prejuicios que apenas cambiarían durante el resto de su vida, como eran su odio a los judíos, su desprecio por los valores democráticos, su preferencia por las formas autoritarias de gobierno, su nacionalismo intolerante, su creencia en la desigualdad de las razas e individuos y en las virtudes heroicas de la guerra.

Pero el tesoro más importante obtenido durante esos años fue una concepción precisa de cómo obtener y utilizar el poder, lo que le permitiría asfaltar el camino de su meteórica carrera política. Mucho de lo que Hitler había aprendido no había tomado todavía una forma definitiva en su mente, pero esos elementos le permitirían en el futuro ir superando todos los obstáculos hasta colmar sus sueños de dominación.

«¡Yo sabía hablar!», noviembre 1918-febrero 1920

La guerra había concluido con la derrota de Alemania. La noticia del armisticio del 11 de noviembre de 1918 había supuesto una auténtica conmoción, tanto para Hitler como para muchos otros alemanes. Ningún ejército enemigo había penetrado en territorio germano y tan sólo cinco meses antes las fuerzas alemanas habían conseguido llegar a las puertas de París. De todos modos, para la mayoría de alemanes, el armisticio fue interpretado como el primer paso hacia una paz de compromiso, como lo demuestra el que las columnas germanas fueran recibidas con grandes honores a su regreso a la patria. Cuando al poco tiempo quedó claro que esa paz honorable era en realidad una rendición en toda regla, al tener que aceptar las duras condiciones impuestas por los Aliados, un hondo sentimiento de frustración se instalaría en el ánimo del pueblo alemán, convencido de que estaba siendo objeto de una grave injusticia.



Mapa que muestra las pérdidas de territorio germanas tras la Primera Guerra Mundial. Su recuperación sería unos de los grandes objetivos políticos de Hitler.

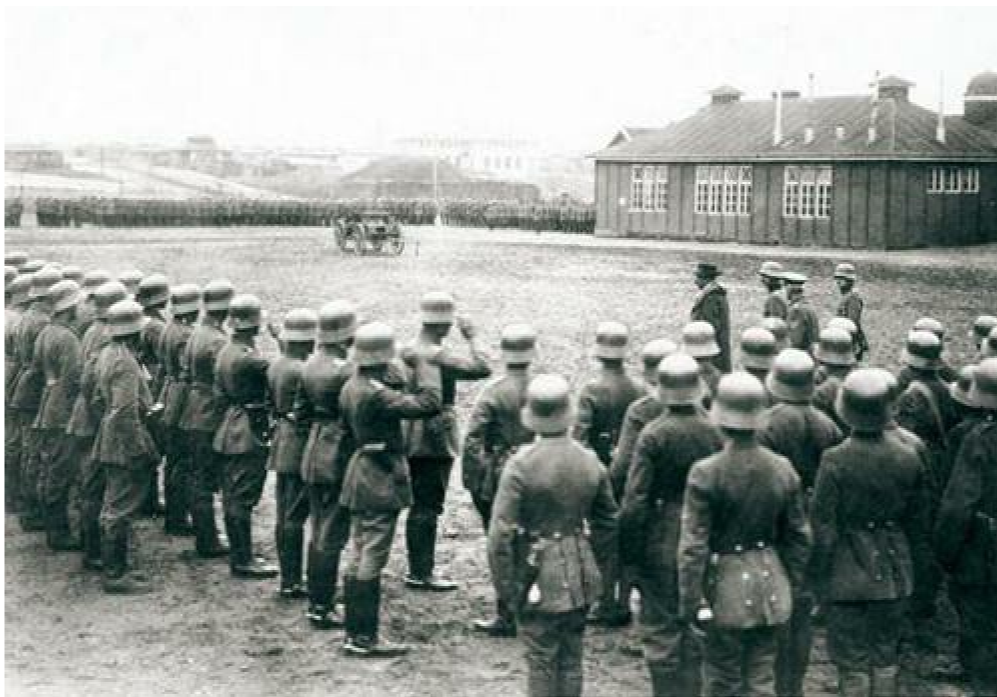
En el caso de Hitler, en ese momento hospitalizado a causa de sus heridas en la vista, a esa frustración se añadiría un odio exacerbado contra aquellos a los que él culpaba de la derrota: los comunistas y los judíos. Hitler consideraba que, con su labor disolvente en la retaguardia, habían apuñalado por la espalda el esfuerzo de guerra alemán. A finales de ese mes de noviembre, Hitler fue dado de alta, a pesar de que todavía no había recuperado por completo la visión, y abandonó el

hospital de Pasewalk. Considerado «apto para el servicio en el frente» aunque la guerra había terminado, Hitler fue enviado a Múnich para que se incorporase al batallón de reserva de su regimiento, en donde se reencontraría con su buen amigo Ernst Schmidt.

El clima que encontró en la capital bávara era de abierta rebelión. El cuartel estaba bajo el control de un Consejo de Soldados; no había disciplina y el respeto por los veteranos de guerra era nulo. Incluso tres jóvenes soldados intentaron arrestar a Hitler, que se había significado contra el Consejo de Soldados, pero su reacción, apuntándoles con el fusil, hizo que se marcharan. Hitler, consternado ante tamaño desorden, resolvió marcharse lo antes posible. Cuando pidieron centinelas para un campo de prisioneros cercano a Traunstein, a unos noventa kilómetros al noroeste de Salzburgo, Hitler se ofreció voluntario junto a su amigo Schmidt y ambos fueron enviados a ese nuevo destino.

Mientras tanto, la estructura militar y policial de Alemania se estaba derrumbando por momentos. En Berlín reinaba la anarquía. Ante esta situación surgió una nueva fuerza, los Freikorps (Cuerpos Libres), integrados por miembros de las fuerzas armadas dispuestos a defender Alemania de los revolucionarios. Eran casi todos camaradas del frente que sentían vergüenza por la rendición y consideraban que el bolchevismo no era el camino que debía tomar Alemania.

El 4 de enero de 1919, los comunistas lograrían prácticamente apoderarse de Berlín. Miles de trabajadores, enarbolando banderas rojas, desfilaban por las calles mientras el gobierno se veía impotente para hacerse con el control de la situación. Finalmente, serían los Freikorps los que se impondrían a los comunistas, aplastando en una semana los focos de resistencia.



Los Freikorps eran unidades paramilitares utilizadas para frenar a los comunistas. En la imagen, Freikorps berlineses presentan armas al ministro de Defensa, Gustav Noske, en enero de 1919.

Ese mismo mes se celebraron las primeras elecciones de la nueva República de Weimar, llamada así porque fue esa ciudad la elegida como sede de la Asamblea Nacional. Los resultados supusieron un revés para los partidos de izquierda. Los Freikorps, pese a ser ilegales, actuarían en consonancia con el nuevo gobierno, pero la situación en Berlín empeoraría aún más, con una huelga general que acabaría en enconadas batallas en las calles de la capital.

Al pisar de nuevo Múnich en marzo de 1919, tras la clausura del campo de Traunstein, Hitler se encontró con una ciudad al borde de la revolución. Esta se produciría en abril; los comunistas se apoderaron de Múnich, constituyendo la República Soviética de Baviera. Tras una lucha de varios

días, los Freikorps ahogaron la rebelión. Aunque en un primer momento la ciudadanía respiró aliviada, pronto quedó horrorizada ante los excesos cometidos por ese ejército ilegal.

APTITUD PARA LA ORATORIA

En junio se firmó el Tratado de Versalles, por el que se limitaba el ejército alemán a una fuerza de 100.000 hombres, el Reichswehr. Para mantenerlo a salvo de las influencias comunistas, se creó una oficina encargada de investigar a las propias tropas para detectar elementos subversivos, así como adoctrinarlas para que se mantuvieran alejadas de cualquier tentación revolucionaria. Esta unidad del ejército se denominaría pomposamente Comando de Inteligencia (Aufklärungskommando), aunque sus integrantes desempeñarían un papel asimilable al de un delator. Hitler fue uno de los seleccionados para formar parte de esta unidad, tras haber realizado labores de informador dos meses antes a las órdenes del capitán Ernst Röhm, quien tendría más tarde un papel destacado en el partido nazi.

Ese encargo tuvo que significar un alivio para Hitler, ya que en esos momentos debía sentirse muy desorientado; una vez acabada la guerra, había quedado repentinamente fuera de juego. Acostumbrado a la rígida vida castrense, nada le apetecía menos que enfrentarse de nuevo a los retos y vaivenes de la vida civil, de ahí que hubiera seguido en el ejército. El oficial al mando de esa unidad, el capitán Karl Mayr, afirmaría: «Cuando lo vi por primera vez, parecía un perro extraviado y cansado en busca de un amo».

Hitler asistió a un curso especial de adoctrinamiento, impartido por el profesor Karl Alexander von Müller. Sería este profesor el primero que repararía en las aptitudes de Hitler para la oratoria. Tras una de sus conferencias se abrió un turno de debate, en el que uno de los asistentes comenzó a defender a los judíos empleando una larga argumentación. Hitler pidió la palabra y arremetió contra él, de tal modo que los presentes, por abrumadora mayoría, se pusieron de su parte. La intervención de Hitler, cuya arenga exaltó a todo el auditorio, llamó poderosamente la atención del conferenciante. Von Müller habló con el capitán Mayr para señalarle el gran orador que tenía entre sus hombres. Así, Hitler fue enviado como conferenciante a un regimiento de Múnich, en donde todos, incluido Mayr, quedaron impresionados por su brillante desempeño.

El éxito de Hitler como aleccionador de las tropas le llevó a una misión especial fuera de Múnich, a un campo de tránsito en el que los prisioneros alemanes que regresaban presentaban sólidas tendencias comunistas que era necesario extirpar. Hitler captó la esencia del descontento de los soldados y logró redirigirlo hacia aquellos que habían dado la «puñalada por la espalda» a la nación, a los que él denominaba «criminales de noviembre». De regreso a Múnich, continuó con sus discursos en el cuartel.

Hitler, que hasta ese momento se había sentido amargamente infravalorado, vio cómo por fin podía desarrollar una tarea en la que destacaba especialmente y por la que obtenía el reconocimiento que hasta ese momento se le había negado.

Mientras, su amigo Schmidt había decidido desvincularse definitivamente del Ejército y buscar trabajo en Múnich. Aun así, Hitler y él seguirían viéndose a diario, comiendo juntos y pasando las tardes en mutua compañía. En alguna ocasión, acudían juntos a ver alguna ópera.

El Partido Obrero Alemán

Otro de los objetivos de la unidad en la que estaba encuadrado Hitler era investigar las organizaciones radicales que, al socaire del clima revolucionario, habían proliferado como hongos en la capital bávara. La crisis de valores reinante había provocado la aparición de grupos del más amplio espectro, desde comunistas a ultraderechistas pasando por anarquistas, socialistas o nacionalistas.

A finales del verano de 1919, a Hitler se le encargó acudir a una reunión de uno de estos grupos de reciente formación, el Partido Obrero Alemán *(Deutsche Arbeiterpartie,* DAP), constituido el 5 de enero de 1919. Karl Harrer, un periodista deportivo, había sido elegido presidente, con el trabajador ferroviario Anton Drexler como segundo. A esa primera reunión a la que asistió Hitler sólo acudieron 23 personas. Hitler tomó la palabra durante el turno de debate, dejando una buena impresión según un testigo, pero su participación acabó ahí. La reunión debió impresionarle bien poco porque ni tan siquiera sería posteriormente mencionada en su libro.

A Hitler se le ordenó asistir a otra reunión del Partido Obrero Alemán, a celebrar el 12 de septiembre, en la que tendría lugar una conferencia titulada «¿Cómo y por qué medios debe eliminarse el capitalismo?», pronunciada por el economista Gottfried Feder. La disertación no despertó su interés, ya que la había escuchado con anterioridad en su curso de adoctrinamiento. En cuanto acabó, Hitler se dispuso a marchar, pero algo le movió a quedarse. En el turno de debate un profesor se mostró partidario de que Baviera se separase de Prusia; Hitler intervino entonces con inusitada vehemencia, de un modo tan mordaz que el profesor, apabullado, se vio obligado a «abandonar el salón como un caniche mojado».

Drexler quedó impresionado por la actuación de Hitler. Al terminar la reunión, acudió a él, regalándole un ejemplar de su autobiografía *Mi despertar político,* un librito de apenas cuarenta páginas, y rogándole que lo leyera. Además, le invitó a volver a las reuniones del partido cuando quisiera.

Las palabras de Drexler no habían causado ningún efecto en Hitler, como lo demuestra el hecho de que este no prestase ninguna atención al libro cuando regresó al cuartel. Aunque pasó esa noche en blanco debido al insomnio, no se acordó de ojear el opúsculo hasta poco antes del amanecer. Para su sorpresa, Hitler quedó atrapado desde la primera página. Su identificación con lo escrito por Drexler era tal que aseguró: «Vi mi propia experiencia revivir ante mis ojos». Las ideas expuestas en el escrito quedaron fijadas en su mente, en especial la expresión «nacionalsocialismo».

No obstante, como solía ocurrir con Hitler, su entusiasmo por los planteamientos de Drexler decayó tan rápido como había brotado. Así, le sorprendió recibir unos días más tarde una tarjeta postal en la que se le notificaba su admisión como miembro del Partido Obrero Alemán y se le invitaba a una próxima reunión del comité. La primera reacción de Hitler fue de perplejidad, ya que él no había solicitado afiliarse a ese partido y, en todo caso, tenía pensado en el futuro crear el suyo propio. Cuando se disponía a enviar una respuesta rechazando la afiliación, «pudo más la curiosidad» y decidió acudir a la cita.

Las expectativas de Hitler eran altas, ya que en la misiva se anunciaba que acudiría a la reunión el presidente nacional. Pero el escenario que esperaba a Hitler no podía ser más deprimente. La reunión iba a tener lugar en una cervecería venida a menos, la Altes Rosenbad. Cuando llegó al local, Hitler

fue dirigido a un comedor oscuro y desierto; en una mesa situada



Anton Drexler, un trabajador ferroviario, fundó el Partido Obrero Alemán en enero de 1919, al que se uniría posteriormente Hitler.

al fondo de la sala, alumbrada por la mortecina luz de lámpara de gas, estaban sentadas cuatro personas, entre ellas Drexler, el autor del librito. Hitler se sentó junto a ellos, seguramente sin poder disimular su decepción. Cuando llegó el presidente Harrer, este procedió a leer el acta de la reunión anterior, así como varias cartas, lo que llevó mucho tiempo, ya que se tuvo que leer y aprobar la contestación a cada una de ellas. El tesorero tomó la palabra para decir que en la caja sólo había siete marcos. Hitler se quedó perplejo al comprobar cómo el partido no disponía de un programa, ni folletos, ni tan siquiera de un sello de goma.

La impresión que Hitler sacó de todo aquello no podía ser peor: «¡Terrible, terrible! Era como un club de la peor clase y del peor estilo. ¿Y yo iba a afiliarme a esa organización?». Todo lo empujaba a olvidarse de ese deprimente grupúsculo, pero ese sexto sentido que acompañaría a Hitler a lo largo de toda su vida le empujaba a seguir colaborando con él. Durante dos días se mantuvo indeciso sobre aceptar o no: «Fue la disyuntiva más difícil de mi vida».

Al final decidió seguir adelante, al advertir las ventajas que ofrecía ese grupo: «No se había fosilizado convirtiéndose en una organización, sino que ofrecía al individuo la posibilidad de desarrollar actividades de carácter más personal». Con ese eufemismo, Hitler apuntaba a que, al

tratarse de un grupo reducido, formado por personas de escaso empuje, iba a ser más fácil moldearlo para poderlo utilizar en provecho propio.

Hitler informó de todo al capitán Mayr, quien vio con buenos ojos que se afiliase, aunque existía un obstáculo: la ley no permitía a los miembros del nuevo ejército afiliarse a un partido político. Pero el ejército, aunque debía mantenerse alejado de la política, había llegado a la conclusión de que para reconstruir Alemania era necesario contar con el apoyo de los obreros. Por tanto, el que Hitler se uniera al Partido Obrero Alemán para influir en su deriva iba en esta línea. Así, con el beneplácito del capitán Mayr e ignorando la prohibición para los militares de entrar en política, Hitler se afilió al Partido Obrero Alemán, obteniendo una tarjeta provisional de adherente que llevaba el número siete.

Abriéndose camino

Durante esa primera época del partido, Hitler y sus correligionarios tropezaron con muchos inconvenientes, debido a que eran totalmente desconocidos para el público. De hecho, en Múnich nadie conocía al partido ni de nombre. Era indispensable, por tanto, extender el pequeño círculo y ganar nuevos partidarios para lograr que el partido comenzara a adquirir una identidad diferenciada entre el magma de formaciones que se estaban creando en la capital bávara.

Con esos propósitos, procuraron celebrar, primero mensualmente y después cada quince días, una reunión. Las invitaciones se escribían en parte a máquina y en parte a mano. El propio Hitler se encargaba de distribuir esas tarjetas. Por la noche esperaban a la multitud que supuestamente había de acudir, pero después de aplazar el comienzo de la asamblea durante una hora, el presidente se veía obligado a señalar la iniciación de la misma con la presencia de los siete miembros originales y algún que otro curioso. Pero Hitler no se desmoralizó ante esos primeros reveses. Las siguientes invitaciones se ciclostilaron y acudieron once personas, trece en la siguiente y, al final, treinta y cuatro.

Aunque la respuesta era esperanzadora, era necesario realizar un esfuerzo de convocatoria superior. Así, decidieron invertir todos los fondos recaudados en las reuniones anteriores en el alquiler de una sala de la Hofbräuhaus y un anuncio en el periódico *Münchener Beobachter,* un diario nacionalista alemán y antisemita. El mitin tendría lugar el 16 de octubre. El partido se jugaba esa noche su ser o no ser; si la asistencia era similar a la de las reuniones anteriores, los gastos del alquiler y la promoción del acto lo llevarían a la bancarrota.

Pero esa noche el público respondería a la llamada del partido; un total de 111 personas acudieron a la sala, lo cual fue considerado un éxito. Un profesor de Múnich debía pronunciar el discurso principal y Hitler hablaría en segundo lugar. El primer orador obtuvo una acogida tibia, pero la reacción del auditorio con Hitler iba a ser muy diferente. Estaba previsto que su discurso durase veinte minutos, pero habló media hora, lanzando continuas acusaciones y amenazas, dejándose dominar por la emoción. El auditorio de la reducida sala se sintió electrizado y el entusiasmo fue tal que, a instancias de Hitler, los asistentes contribuyeron en la colecta con trescientos marcos para sufragar los gastos. Fue entonces cuando Hitler tuvo una especie de revelación. En *Mein Kampf* explicaría: «Comprobé entonces una cosa que había sentido en lo más profundo de mi corazón, pero que jamás había podido conocer con certeza: ¡Yo sabía hablar!».

Ese momento fue crucial para el Partido Obrero Alemán. Si la convocatoria hubiera fracasado como en las anteriores ocasiones, probablemente el partido se hubiera disuelto y tal vez la historia hubiera cambiado. Pero la energía de Hitler había logrado que el partido iniciara por fin su despegue, abriéndose camino en el duro y competido ambiente político de Múnich.

La siguiente cita sería el 13 de noviembre, en la Ederlbräu. En esa ocasión, se cobró una entrada, pero aun así acudieron unas 130 personas, atraídas por el nombre de Hitler debido al éxito del mitin anterior. En mitad del discurso de Hitler se produciría un hecho que sería una constante en los siguientes actos del partido; algunos provocadores comenzaron a interrumpirlo a gritos, pero al cabo de unos minutos acudieron sus amigos militares y los agitadores «salieron volando escaleras abajo con la cabeza abierta». El incidente, lejos de asustar al público asistente, hizo que la figura de Hitler y del pequeño partido se agrandasen.

Dos semanas después se celebró un mitin al que acudieron 170 personas y el 10 de diciembre otro en un salón más grande. Sin embargo, la asistencia a esta última reunión fue menor de la esperada, lo que hizo pensar al comité del partido que las reuniones estaban siendo demasiado frecuentes. Hitler se negó a disminuir la frecuencia y consiguió que se celebrase una nueva, en el mismo salón, que en esta ocasión sí respondió a las expectativas gracias a la asistencia masiva de miembros del ejército.

La influencia creciente de Hitler preocupaba a algunos miembros del partido, que no compartían su estilo incendiario. Pero Anton Drexler estaba convencido de que él era el hombre que el partido necesitaba para crecer, por lo que se mostró partidario de que fuera nombrado jefe de propaganda. Hitler, aupado a ese cargo, comenzó a tomar decisiones que excedían de esa responsabilidad, encaminadas a mejorar la gestión del partido, hasta entonces deficiente. Así, encontró un local en la Steneckerbräu, por un alquiler de cincuenta marcos mensuales, una cantidad moderada. Gracias a sus contactos en el ejército consiguió que le prestasen sillas, mesas y armarios. Hitler reparó también en la necesidad de contratar un administrador, para lo que recurrió a un sargento que trajo con él su máquina de escribir.

Los veinticinco puntos

Los esfuerzos de Hitler chocaban con un error de base; el partido funcionaba más como una sociedad de debate que como un auténtico partido político. Era necesario fijar algo tan elemental como un programa político, del que la organización carecía hasta ese momento. Para ello, Hitler acudió a casa de Drexler a finales de 1919 y estuvieron toda una noche redactando ese programa, que constaría de veinticinco puntos.

Hitler quiso presentar el programa del partido en un mitin multitudinario, mientras que el comité del partido prefería que fuese discutido a puerta cerrada. Al final, con el apoyo de Drexler, se impuso el criterio de Hitler, fijando la reunión para el 24 de febrero de 1920. El escenario sería el más grande que hasta entonces habían utilizado: la enorme sala del piso superior de la Hofbräuhaus.

La tarde de la reunión, Hitler acudió allí expectante por la respuesta que había tenido su llamada; haciendo un gran esfuerzo, se habían fijado carteles por toda la ciudad y se habían repartido miles de panfletos. La respuesta no pudo ser mejor; cuando todavía quedaba un cuarto de hora para el comienzo del acto, fijado para las siete y media, la sala estaba llena a rebosar, con más de dos mil personas. A Hitler, el corazón «le estallaba de alegría». Pero el ambiente en la sala no era tan

favorable como en un primer momento parecía. Una quinta parte de los asistentes tenían aspecto de ser comunistas o socialistas y todo apuntaba a que venían dispuestos a provocar algún altercado.

El primer discurso, a cargo de un tal Dingfelder, no despertó los ánimos del auditorio. Cuando Hitler subió al atril hubo aplausos de sus seguidores, pero los comunistas prefirieron esperar antes de reventar el mitin. Su discurso comenzó como solía, con calma, analizando los acontecimientos históricos que habían llevado a Alemania a esa situación convulsa. Pero, poco a poco, fue calentando los ánimos del público, lanzando las habituales amenazas, mientras gesticulaba y elevaba cada vez más el tono de su voz. Comenzaron a escucharse los primeros gritos de reprobación desde varios puntos del local; cuando estos fueron creciendo, hicieron su aparición los hombres del ejército amigos de Hitler, pertrechados de cachiporras de goma y fustas, y la emprendieron con los alborotadores, que fueron golpeados y expulsados de la sala sin contemplaciones.

Aunque cada poco tiempo surgían gritos e insultos, que eran apagados por la acción expeditiva de los matones, Hitler no se dejaba intimidar y continuaba su discurso como si nada sucediera. Ese dominio de la situación le proporcionó un mayor apoyo del público, que ahogaba con aplausos las frecuentes interrupciones.



Imagen actual de la Hofbräuhaus de Múnich. En el salón del piso superior de esta cervecería, Hitler anunció los veinticinco puntos del programa del partido nazi.

Finalmente, Hitler comenzó a exponer los veinticinco puntos del programa del partido, pidiendo a los asistentes que diesen su aprobación. El programa giraba en torno a varios de los temas que Hitler repetía en sus discursos: la unión de todos los alemanes en un Gran Reich, la anulación del Tratado de Versalles, la negación de derechos a los judíos y una serie de medidas sociales. La mayoría aplaudía cada uno de los puntos, pero todavía quedaban en la sala alborotadores que, subidos a mesas y sillas, protestaban airadamente, hasta que eran reducidos a golpe de porra. El discurso acabaría dos horas y media después, con todos los comunistas en la calle, y los asistentes aplaudiendo frenéticamente a Hitler.

Aunque el acto apenas tuvo repercusión en la prensa de Múnich, supuso un paso determinante en el camino emprendido por el partido para darse a conocer en la capital bávara. Un centenar de personas acudieron a la oficina del partido a afiliarse. Hitler tuvo entonces una idea; para aparentar poseer una militancia numerosa, asignó a la primera tarjeta el número 501. Los miembros fueron enumerados por orden alfabético, correspondiéndole a Hitler el número 555.

El papel preponderante de Hitler llevó a que el presidente Harrer renunciase a su cargo, despejando así su camino para hacerse con las riendas del partido. Una vez se aseguró una influencia decisiva en el partido, su fiel amigo Schmidt ingresó en él[13].

El pequeño partido cuyos miembros se reunían en una oscura sala se había convertido, sólo seis meses después, gracias exclusivamente al empuje de Hitler, en el embrión de un movimiento que estaba cosechando centenares de partidarios y sus primeros enemigos. Las puertas del futuro se abrían por primera vez para Hitler; en Múnich se hablaba de él y pronto comenzó a ser objeto de atenciones de todo tipo. Sus tiempos de indigente en las calles de Viena o de pintor fracasado habían quedado superados para siempre.

[13]Ernst Schmidt seguiría viéndose regularmente con Hitler hasta el verano de 1922, cuando se trasladó al pueblo de Garching, a cien kilómetros de Múnich. No obstante, el contacto personal con Hitler no se interrumpió. Se convirtió en jefe del grupo local del partido y viajó repetidas ocasiones a Múnich para encontrarse con Hitler. Cuando su amigo alcanzó el poder, Schmidt disfrutó de una protección especial, que le permitió triunfar en sus negocios particulares. Siempre tuvo acceso a Hitler y este le tuvo en alta consideración pública, ya fuera por sincero afecto o por frío cálculo para contar así con su discreción. En 1941 fue nombrado alcalde de Garching. Tras la guerra fue detenido por los norteamericanos y mantenido en prisión durante tres años. Hasta su muerte en 1985, Schmidt siguió siendo leal a Hitler y nunca reveló ningún detalle que hubiera podido dañar su imagen. Como en el caso de Rudolf Häusler, los historiadores pasan a menudo por encima de su figura sin reparar en su importancia, pese a haber mantenido su amistad con Hitler a lo largo de tres décadas.

El *Putsch* de la cervecería, marzo 1920-noviembre 1923

Unas semanas después del mitin de la Höfbräuhaus en el que se aprobaron los veinticinco puntos del programa del NSDAP, se produjo un golpe de estado en Berlín. El 13 de marzo de 1920, un grupo de soldados de los Freikorps avanzaron sobre la capital, se apoderaron de ella, derrocaron al gobierno socialista y colocaron en el poder a su propio canciller, un funcionario subalterno de sesenta y un años llamado Wolfgang Kapp.

Berlín se había rendido sin disparar un solo tiro, pero el sentimiento antimilitarista de los berlineses hurtó al nuevo canciller de los apoyos necesarios para hacerse con las riendas de la situación. El gobierno depuesto llamó a la huelga general, obteniendo una respuesta masiva; la ciudad se quedó sin electricidad, agua ni transporte.

La noticia del llamado *Putsch* de Kapp fue bien recibida en el Partido Obrero Alemán; Hitler y Dietrich Eckart decidieron acudir a Berlín para tomar buena nota de lo que estaba ocurriendo y, llegado el caso, aplicarlo también en Múnich. Así, ambos se desplazaron a la capital germana en una avioneta deportiva, en lo que sería el primer viaje aéreo de Hitler, que se pasó el trayecto indispuesto.



Los Freikorps tomaron las calles de Berlín durante el fracasado golpe de Kapp, en marzo de 1920.

Tras su llegada a la convulsa Berlín, Hitler y Eckart advirtieron que la ciudad estaba lejos de aparentar normalidad. Se dirigieron a la cancillería del Reich para entrevistarse con Kapp, pero se llevaron una sorpresa cuando se les dijo que el flamante canciller había huido. En efecto, el *Putsch* había fracasado y el poder volvía a estar en manos del gobierno depuesto pero, en un giro surrealista de los acontecimientos, el gobierno socialista iba a recurrir a los Freikorps para apagar la nueva oleada de revueltas comunistas.

Hitler debió darse cuenta entonces de que, para hacerse con el poder mediante un golpe de mano, era necesario no dejarse llevar por la improvisación y asegurarse todos los apoyos posibles. Sin embargo, cuando él protagonizase su propia intentona golpista, no tendría en cuenta esas

conclusiones a las que debió llegar tras asistir como testigo a los aleccionadores acontecimientos que se habían producido en Berlín.

Un salto adelante

El 31 de marzo, Hitler regresó a Múnich. Ese mismo día, ya fuera por decisión propia o porque así se lo ordenaron, volvió a la condición de civil. Recibió una paga de desmovilización y alquiló una pequeña habitación en la Thierschstrasse. Aunque en teoría estaba totalmente desvinculado del ejército, se cree que pudo seguir recibiendo bajo mano una paga regular.

Hitler podía dedicar ahora todo su tiempo al partido. Casi sin ayuda y entregado a una actividad febril, fue mejorando diversos aspectos de su organización; por ejemplo, consiguió que se le cambiase el nombre original por el de *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP), el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, una denominación que Hitler consideraba inspiradora e incitante.

Hitler insistió también en que el partido contase con una bandera capaz de competir con el rojo del estandarte comunista. Un dentista de Starnberg propuso una bandera que habían usado en el mitin fundacional de la sección local del partido: una esvástica negra sobre fondo blanco y rojo. Aunque la esvástica o cruz gamada había representado durante siglos la rueda del sol y el ciclo de la vida, el símbolo comenzaba a asociarse a las ideas nacionalistas y racistas, al haber sido utilizado por el ideólogo Lanz von Liebenfels. Hitler debía recordar haberla visto con sus diversas variantes en los panfletos racistas que habían caído en sus manos durante su estancia en Viena. Además, la esvástica ya había sido utilizada por algunas unidades de los Freikorps pintada en los cascos. Hitler acabó de perfilar el impactante y llamativo diseño de la bandera del partido, que unos años después iba a convertirse en la bandera de Alemania.

En los meses siguientes, Hitler se aplicó metódicamente al mejoramiento de los mítines. Fue ideando la combinación de elementos que hiciera de esas reuniones masivas unos actos animados y enardecedores. En contraste con los mítines de los rivales, en los suyos habría una atmósfera distendida y alegre, favorecida por el reparto de cerveza y salchichas a cuenta del partido y la presencia de una orquesta de música típica bávara. Hitler determinó cuál era el mejor momento para hacer su aparición en la sala, el tono con el que debía dirigirse al auditorio y el modo de cerrar el acto para que el entusiasmo alcanzase su punto álgido en ese momento.

Aunque el partido iba creciendo en número de afiliados y las salas en las que tenían lugar sus mítines se llenaban, Hitler creía que había que dar un nuevo paso para que el partido se convirtiese en una fuerza respetada. Así, su siguiente objetivo fue conseguir un periódico propio. Un diario, el *Völkischer Beobachter,* estaba al borde de la quiebra. Su línea editorial, antimarxista y antisemita, le convertía en un medio que podía acercarle a su público potencial, por lo que Hitler vio en su grave crisis financiera una oportunidad para hacerse con él. Así, el 17 de diciembre de 1920, Hitler y sus colaboradores lograron reunir el dinero necesario para comprarlo. Disponiendo a partir de ese momento de tan potente altavoz, el partido estaba preparado para dar el siguiente salto adelante.

El 22 de enero de 1921 tuvo lugar en Múnich el primer congreso nacional del NSDAP. Aunque se celebró aparentemente en un clima de unidad, estuvo latente el conflicto entre los incondicionales de Hitler y los militantes que desconfiaban de su creciente poder. Hitler no se vio aún lo bastante fuerte

para hacerse con el control total del partido, por lo que el inevitable conflicto entre ambas corrientes quedó pospuesto.

El siguiente desafío para el NSDAP tendría como escenario el circo Krone. Hitler decidió afrontar el reto de celebrar allí un mitin; al tener capacidad para más de seis mil personas se arriesgaba a cosechar un fracaso, algo que no se podía permitir. Por tanto, el partido echó el resto en el envite, que iba a tener lugar el 2 de febrero; alquiló dos camiones de propaganda desde los que se arrojarían panfletos, lo que constituía entonces una novedad, y las paredes de la ciudad quedaron inundadas de carteles. La tarde en la que se iba a celebrar el mitin, un nervioso Hitler era informado cada pocos minutos de la asistencia que presentaba el enorme local. Aunque al principio las noticias eran desalentadoras, con el paso de los minutos el circo se llenó por completo, incluyendo la pista circular.

Hitler estaría ese día en el Krone especialmente inspirado, logrando captar la atención del público desde el primer instante; según un testigo, «apenas se oía algo más que la respiración de esa gigantesca multitud». Cuando Hitler pronunció la última palabra, «rugieron los aplausos, para finalizar con la canción *Deutschland,* entonada con el mayor fervor».

Hitler se la había jugado con el mitin del circo Krone y había ganado. La prensa de Múnich dedicó tanto burlas como elogios a su actuación, pero lo importante era que todos hablaban de él y de su partido. Ese acto le proporcionaría el reconocimiento oficial del gobierno bávaro; su presidente le recibió, juntamente con otros dirigentes del partido. Gracias a su audacia y determinación, Hitler había logrado que el partido hubiera dejado de ser un mero grupo de discusión para convertirse en una fuerza política a tener en cuenta.

RECURSO A LA VIOLENCIA

Pese a esos innegables éxitos, seguía habiendo un sector del partido que consideraba que Hitler se había apartado de los propósitos originales de la formación y que, además, la estaba convirtiendo en una simple plataforma de sus aspiraciones personales. Aprovechando un viaje de Hitler a Berlín, sus adversarios intentaron cerrar una alianza con un grupo de socialistas de otra ciudad; con ese gesto, querían demostrar a Hitler que el partido estaba plenamente capacitado para tomar decisiones sin su concurso. Pero Hitler se sintió ahora lo suficientemente fuerte para aceptar el desafío. Regresó rápidamente a Múnich y el 11 de julio, para sorpresa de todos, anunció que abandonaba el partido; no volvería a menos que antes de ocho días lo nombraran primer presidente y le confirieran poderes dictatoriales.

El farol de Hitler parecía haber sido un error, ya que los días fueron pasando sin recibir una respuesta a su exigencia, entablándose una tensa guerra de nervios. Pero, cuando el plazo de ocho días estaba a punto de expirar, el comité ejecutivo celebró una sesión secreta de última hora en la que aceptó los términos del ultimátum. Hitler obtuvo los poderes que exigía, lo que quedó certificado en un congreso extraordinario celebrado el 29 de julio. La votación favorable a Hitler se saldó con 543 votos a favor y tan sólo uno en contra.


Retrato de Hitler en esa época, en la que ya lucía su bigote característico.

Con las riendas del partido en su mano, Hitler aceleró su transformación. A primeros de agosto convirtió el grupo de acción encargado de mantener el orden en los mítines en una unidad paramilitar uniformada, cuyo líder sería Ernst Röhm, a cuyas órdenes había servido como informador en el ejército. Esa unidad de nuevo cuño fue designada al principio con el inocente nombre de División de Gimnasia y Deportes, pero dos meses después se la conocería como *Sturmabteilung* (SA), Grupos de Asalto. Para Hitler, las SA eran sólo un arma política, pero el capitán Röhm las consideraba un ejército privado. Esa diferencia de criterio acabaría resolviéndose años después de una manera trágica.

La nueva etapa del NSDAP se distinguiría por el uso de la violencia política, tal como venían haciendo los Camisas Negras italianos. El 14 de septiembre de 1921, las SA irrumpieron en un mitin de la Liga Bávara, en el que ya había miembros de las SA de paisano, arrojando al orador desde la tribuna hacia el público y provocando una riña multitudinaria. Los incidentes supusieron una advertencia a Hitler de que sería juzgado por alterar el orden, pero la amenaza no surtió efecto y los altercados continuaron.

La creciente tensión acabaría estallando el 4 de noviembre, con ocasión de un mitin de Hitler en la Hofbräuhaus. La mitad del público estaba compuesto por socialistas, que habían acudido decididos a

reventar el acto. Hitler comprendió que allí se iba a dilucidar una dura batalla que iba a marcar el futuro de su partido. Así, arengó a su medio centenar de matones de las SA para tomar la ofensiva ante el primer amago de violencia. A nadie se le escapaba el carácter de la lucha que iba a tener lugar allí: «Ni uno de los nuestros debe abandonar el salón, salvo con los pies por delante», les dijo.

Hitler avanzó hacia la tribuna, entre algunos abucheos procedentes de las mesas ocupadas por los socialistas. Cuando comenzó su discurso, estos cesaron en sus protestas y, aparentemente, le escucharon con atención durante una hora. En realidad, sus oponentes ganaban tiempo mientras acumulaban bajo las meses las jarras de cerveza vacías para usarlas después como proyectiles.

De repente, en medio del discurso, uno de los asistentes se subió a su silla y gritó: «¡Libertad!». Era la señal convenida para el comienzo del ataque. Una jarra voló hacia la cabeza de Hitler, seguida de media docena más. Inmediatamente, la sala se convirtió en el escenario de una batalla campal. Las mesas de roble eran volcadas y las sillas de madera se hacían astillas. Los testimonios aseguran que Hitler seguía de pie, desafiante, mientras la lluvia de pesadas jarras pasaba volando junto a su cabeza. Los miembros de las SA se emplearon a fondo; al cabo de una media hora, los alborotadores habían sido expulsados escaleras abajo. Como si no hubiera pasado nada, a pesar de que el salón se hallaba totalmente destrozado, Hitler reanudó su discurso, que finalizó en medio de una tormenta de aplausos.

Hitler había vuelto a jugársela aceptando el desafío violento planteado por sus adversarios y había ganado de nuevo. La victoria de esa noche le supuso una publicidad enorme para él y su partido y las solicitudes de afiliación crecieron como la espuma. Pero el aura de violencia que rodeaba a su partido le puso en el punto de mira de las autoridades.

PRIMERA ESTANCIA EN PRISIÓN

Mientras Múnich era escenario de esas batallas, el ambiente social y político en Alemania se iba degradando a ojos vista. Los alimentos y el carbón escaseaban. El gobierno germano, controlado por el Partido del Centro, cedía a las exigencias aliadas, cada vez mayores; la indignación de los nacionalistas desembocó en el asesinato de su líder, Matthias Erzberger. La progresiva desvalorización del marco extendió la penuria entre los alemanes, agravando aún más el descontento popular.

El 4 de junio de 1922, el ministro de Exteriores, Walther Rathenau, sería también asesinado, tras firmar un tratado con la Unión Soviética. Los autores fueron dos ex miembros de los Freikorps. Hitler tenía pendiente el cumplimiento de un mes de cárcel desde que en enero de ese año hubiera sido condenado por alteración del orden por reventar el mitin de la Liga Bávara. Aunque Hitler no había tenido nada que ver con el asesinato de Rathenau, ese sería el momento escogido para proceder con el arresto, junto a otros activistas de extrema derecha, como maniobra preventiva en un ambiente tan caldeado.

Para acabar con esa ola de violencia, el gobierno de Weimar aprobó a toda prisa una Ley de Protección de la República, que se encontró con la oposición enérgica de todos los nacionalistas. Tras cinco semanas de encierro, Hitler salió en libertad. Probablemente, Hitler debió culpar a los judíos de su encarcelamiento, ya que a partir de ese momento su odio antisemita creció aún más.

La nueva ley se convirtió en la diana principal de sus encendidos discursos, una ley que serviría

para aumentar aún más la temperatura de la caldera política en Baviera. En septiembre de 1922 estuvo a punto se producirse un golpe de Estado de las fuerzas nacionalistas para derrocar al gobierno bávaro. Aunque la conspiración se desinfló antes de entrar en acción, el frustrado plan había señalado a Hitler el camino para hacerse con el poder. Mientras, los éxitos de Mussolini y sus Camisas Negras en Italia le confirmaban que el uso de la fuerza era la vía más eficaz para adquirir fuerza política.

La «batalla de Coburgo»

Mientras llegaba ese momento, Hitler seguía aumentando su poder en la calle. Al mes siguiente llegó una gran oportunidad; el 14 y 15 de octubre se celebraba en Coburgo, a doscientos cincuenta kilómetros al norte de Múnich, una «jornada alemana» organizada por un grupo de sociedades nacionalistas. Hitler fue invitado a acudir. Llevado por su intuición, vio en ello una gran oportunidad que no podía desperdiciar. Como fue autorizado por el comité organizador a llevar escolta, decidió interpretarlo en un sentido muy amplio; así, reuniendo todos los fondos de que disponía el partido, alquiló un tren especial y marchó a Coburgo con más de 600 hombres de las SA, sin que faltasen las bandas de música y los llamativos estandartes rojos del partido.

Evidentemente, esa nutrida guardia pretoriana, que se reforzaría con doscientos seguidores más por el camino, no tenía como único fin proteger a Hitler, sino protagonizar una demostración de fuerza en una ciudad en la que predominaban los socialistas y comunistas. A nadie se le escapaba, a Hitler el primero, que esa exhibición de músculo en casa del enemigo supondría una provocación en toda regla. No había duda de que Coburgo iba a convertirse ese fin de semana en un campo de batalla. Los hombres de Hitler, pertrechados de cuchillos, cachiporras de goma y bastones de alpinismo con puntas de hierro, estaban dispuestos a retar a sus oponentes en su propio bastión.

El tren llegó a la estación de Coburgo el sábado por la tarde, siendo recibidos Hitler y sus seguidores de manera hostil por varios centenares de sindicalistas y obreros socialistas. Aunque la policía les había prohibido expresamente que desfilasen por las calles, Hitler ignoró esa orden y dio instrucciones a sus hombres para que marchasen en formación hacia el centro de la ciudad, enarbolando desafiantes sus estandartes rojos. Durante la marcha fueron insultados y escupidos por sus adversarios hasta que, cuando empezaron a volar adoquines, Hitler hizo una señal con su fusta; inmediatamente, los nazis rompieron la formación y respondieron a los ataques de forma contundente. La batalla con los socialistas fue feroz, pero en unos diez minutos los nazis se hicieron los dueños de la calle, provocando la huida de sus oponentes.

A la mañana siguiente, domingo, los izquierdistas convocaron una manifestación en la plaza principal para expulsar a los nazis de Coburgo; se esperaba que unos diez mil obreros acudieran a ella. Las filas de Hitler se habían engrosado hasta contar con casi 1.500 hombres, pero esa diferencia en el número de efectivos hacía pensar que esta vez iban a ser ellos los que se llevasen la peor parte. Aun así, Hitler ordenó a las SA avanzar hacia el centro de la ciudad, resuelto «a poner fin de una vez al terror rojo». Parecía que iba a librarse allí la batalla decisiva, pero en la plaza apenas les esperaban unos centenares de obreros. La convocatoria de la manifestación contra las huestes de Hitler había fracasado. Los izquierdistas que habían acudido a la llamada se retiraron al verse incapaces de frenar a los nazis.

De manera significativa, los habitantes de Coburgo, que el día anterior habían asistido desde las aceras al desfile de las SA con una mezcla de indiferencia y desaprobación, salieron entonces a la calle para aclamar a los nacionalsocialistas y a colgar banderas imperiales de las ventanas, subiéndose así al carro del vencedor. Años después, los nazis alcanzarían el poder del mismo modo, gracias a la incomparecencia de los que eran conscientes del peligro que entrañaba su ascenso y al apoyo irresponsable de los que quedaban fascinados por su demostración de poder. Hitler comentó aquel día a uno de los que marchaban a su lado: «Esto es típico de este mundo burgués; son cobardes en los momentos de peligro y fanfarrones cuando todo ha pasado».

El «haber estado en Coburgo» constituiría una distinción muy preciada dentro del partido nazi, tanto que, más tarde, se diseñó una medalla especial para otorgarla a los que participaron en ese acontecimiento. Con la «batalla de Coburgo» Hitler se había anotado una gran victoria propagandística. Ese triunfo supuso una nueva inyección de moral al partido y les confirmó en su estrategia de la provocación y el uso de la fuerza. Dos semanas después, Mussolini y sus Camisas Negras, utilizando la misma táctica, tomaron el poder en Italia gracia a la Marcha sobre Roma. El que Hitler intentase emular a Mussolini era ya cuestión de tiempo.

Golpe en la cervecería

El año 1923 comenzó con la ocupación el 11 de enero de la región alemana del Ruhr por los ejércitos francés y belga, con la excusa de que Alemania había dejado de pagar las reparaciones de guerra. La acción tuvo dos consecuencias; la inflamación del espíritu nacionalista en toda Alemania y la caída del marco a un tipo de cambio de 50.000 marcos por dólar. Eso, unido al fuerte desempleo, hizo aumentar el número de partidarios de Hitler, quien aprovechó esas circunstancias favorables para convocar nuevos mítines.

Por esa época ya se estaba conformando el núcleo duro del partido, con personajes que tendrían una gran relevancia una vez en el poder, como Hermann Göring, Rudolf Hess o Julius Streicher. Pero en esos primeros tiempos un nombre a destacar sería el de Ernst Hanfstaengl, un norteamericano de origen alemán de dos metros de altura, que era apodado irónicamente *Putzi* (Pequeño).

Hanfstaengl supo ganarse de inmediato la confianza de Hitler, quien visitaba con frecuencia su casa. En una ocasión comenzó a tocar al piano marchas de fútbol americano de Harvard, asegurando que las animadoras y las bandas de música lograban llevar al público al borde la histeria. Eso despertó el interés de Hitler y Hanfstaengl demostró que los himnos alemanes podían adaptarse a ese animado ritmo. Así, Hanfstaengl compuso varias marchas para la banda de las SA, aunque su aportación más destacable, sorprendente a la vez, sería la conversión de un grito acompasado de las animadoras de Harvard en una consigna que atronaría años después en las grandes concentraciones nazis: «Sieg Heil! Sieg Heil!».

Con el paso de los meses, la situación de Alemania iba empeorando cada vez más. A primeros de octubre de 1923, el marco estaba tan devaluado que apenas valía lo que el papel en el que estaba impreso. Tomarse una jarra de cerveza costaba mil millones de marcos. Ahorros de toda una vida se habían esfumado. Se contaba la historia, apócrifa pero significativa, de una mujer que se dejó un cesto de dinero en la calle y que, al volver un momento después, vio que le habían robado el canasto y que habían dejado el dinero.

Mientras, el partido nazi seguía aprovechándose del descontento popular; ya contaba con más de 35.000 afiliados. Hitler creía que había llegado su momento y así lo hacía ver en sus mítines, en los que aseguraba que había que pasar a la acción. El 30 de octubre pronunció estas palabras en el circo Krone, ante un público enfervorizado: «¡Para mí, el problema alemán sólo estará resuelto cuando los estandartes negros, rojos y blancos con la esvástica flameen en el palacio de Berlín!».



Un circunspecto Hitler, junto a sus camaradas de partido, en una instantánea tomada en 1923. A su lado, su fiel chófer Emil Maurice.

La oportunidad iba a llegar el 8 de noviembre de 1923. Esa noche estaba previsto que se celebrase en la Bürgerbräukeller de Múnich un acto al que asistiría el ministro presidente de Baviera, Gustav von Kahr, el hombre que estaba al mando del Reichwehr en Baviera, el general Otto von Lossow, y el jefe de la policía bávara, el coronel Hans Ritter von Seisser. La idea de Hitler era irrumpir en el salón y convencerlos de que se adhiriesen a la sublevación que tendría lugar en ese momento, en la que se conseguiría el control de las estaciones de tren, oficinas de telégrafos y teléfonos, emisoras de radio y cuarteles de policía.

A la misma hora, en otra cervecería, la Löwenbräukeller, se reunirían todos los hombres del partido para tomar parte también en el golpe. El plan pecaba de improvisación, lo que despertó reticencias entre sus compañeros de conspiración, pero Hitler no vaciló ni un momento. Al final, Hitler logró convencerles en la misma madrugada del 8 de noviembre; el *Putsch* tendría lugar esa noche.

La jornada que Hitler esperaba que fuera el día más importante de su vida no comenzó con los mejores augurios, al despertarse con jaqueca y un fuerte dolor de muelas. Aun así, comenzó los preparativos para el golpe; muchos de los más próximos a Hitler ni siquiera sabían todavía que iba a tener lugar esa misma noche. A lo largo del día se fueron sucediendo las consignas. Los líderes de las SA recibieron la orden de que sus hombres estuvieran preparados para la acción, pero nadie sabía con exactitud lo que había que hacer. Hitler confiaba ciegamente en la suerte y el destino.


La engalanada sala de la Bürgerbräukeller aparece a rebosar y expectante antes de dar comienzo un mitin de Hitler en 1923.

A las ocho de la tarde, Hitler y sus acompañantes, en dos automóviles, acudieron a la Bürgerbräukeller, situada a un kilómetro y medio del centro de Múnich. El salón estaba lleno, por lo que tuvieron que quedarse en la antesala. Allí, tomando una cerveza, esperaron la llegada de los miembros de las SA que iban a participar en el golpe. Estos llegaron a las ocho y media en varios camiones; los hombres bajaron de ellos y rodearon el edificio. Göring y un grupo de escolta irrumpió en la cervecería, sin que los policías municipales pudieran hacer nada por impedirlo. En ese momento, Hitler desenfundó su pistola Browning y, cuando las tropas de asalto gritaron «Heil Hitler!», entró en el salón.

Hitler, acompañado de Hanfstaengl, Hess y cinco hombres más, empezó a abrirse paso a través del atestado recinto hacia la tribuna, interrumpiendo a Von Kahr, que estaba en ese momento pronunciando un discurso. Un grupo de SA había bloqueado las salidas, mientras que otro instalaba una ametralladora que apuntaba al público, pero eso no atemorizó a la gente, que volcó varias mesas en medio de una gran confusión. Emergiendo del tumulto, Hitler se subió a una silla y gritó: «¡Silencio!». Como el desorden continuaba, disparó al techo. De repente, la sala quedó en silencio y Hitler exclamó, con el rostro empapado en sudor: «¡La revolución nacional ha estallado!, ¡el local está rodeado!».

El público quedó desconcertado ante el aspecto cómico de Hitler, por lo que muchos creyeron que se trataba de un loco o un borracho. Pero Hitler hablaba en serio; ordenó a Von Kahr, Von Lossow y Von Seisser que le siguieran a un pequeño salón contiguo y les garantizó que allí estarían a salvo. Los tres hombres dudaron, pero temiendo que hiciese uso de su pistola, accedieron a acompañarle a la sala privada. «Sigamos la comedia», parece que dijo en voz baja a sus compañeros Von Lossow. Allí Hitler les pidió su colaboración, ofreciéndoles cargos de responsabilidad en el nuevo gobierno del Reich.

Como los tres hombres dudaban, Hitler regresó a la sala, en donde los ánimos estaban muy exaltados, lo que había obligado a Göring a disparar otra vez al techo. Hitler tomó la palabra para exponer sus propuestas para los nuevos gobiernos de Berlín y Múnich. Aseguró que pronto llegaría el mariscal Ludendorff para asumir el mando del ejército, insistiendo en que el golpe no estaba

dirigido contra los militares ni la policía, sino «sólo contra el gobierno judío de Berlín y los criminales de noviembre de 1918». Hitler mintió asegurando que el triunvirato ya le había mostrado su disposición a sumarse al golpe, lo que fue recibido con entusiastas gritos de aprobación. Hitler, con su intenso sentido de lo teatral, proclamó: «Puedo deciros esto: ¡o la revolución alemana comienza esta noche o estaremos todos muertos al amanecer!». Ese corto discurso le sirvió para ganarse el favor de todos los asistentes. Hitler regresó entonces al salón privado para seguir presionando al triunvirato.

Unos minutos después, el general Ludendorff llegó a la Bürgerbräukeller vestido con uniforme completo del ejército imperial. El veterano militar no pudo ocultar su desagradable sorpresa al ver cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Aun así, se presentó en la habitación para hablar con los tres políticos que permanecían retenidos por Hitler y tratar de que se unieran al golpe de mano. Aparentemente, todos quedaron convencidos por las palabras del general y regresaron a la tribuna, asegurando sin mucho entusiasmo que aceptaban formar parte del nuevo gobierno. El público interrumpió ese anuncio con un aplauso frenético. La revolución alemana estaba en marcha.

Mientras tanto, en la Löwenbräukeller, dos mil miembros del partido nazi habían estado participando de un acto del NSDAP sin saber lo que estaba ocurriendo en la otra cervecería. Cuando faltaban veinte minutos para las nueve, había llegado un lacónico mensaje de la Bürgerbräukeller: «¡Entregado felizmente!». El líder de las SA, Röhm, se dirigió entonces a la tribuna e informó que el gobierno bávaro había sido depuesto y que Hitler había proclamado la revolución nacional. La multitud, enfervorizada, recibió con entusiasmo la consigna de acudir en tropel a la otra cervecería, pero una vez iniciada la marcha llegó una contraorden de Hitler, por la que debían proceder a ocupar varios puntos clave de la ciudad.

Al mando de una columna, en la que se encontraba un joven Heinrich Himmler, Röhm avanzó hacia el cuartel de la Schönfeldstrasse, la sede del ministerio de Defensa bávaro. Aunque los centinelas amenazaron con abrir fuego, Röhm se mostró firme en su propósito de entrar en el cuartel y al final el oficial de servicio cedió. Los nazis pudieron entrar así en el cuartel pero, de forma incomprensible, no se apoderaron de la centralita de teléfonos del ministerio, dejándola a cargo del oficial de guardia, que no simpatizaba con los nazis, por lo que no tardó en pedir ayuda.

Cadena de errores

Aunque centenares de patrullas de las SA recorrían las calles de Múnich, los nazis tampoco se adueñaron de la central de teléfonos de la ciudad ni de las emisoras de radio, ni tomaron el control de los cruces de carreteras o los ferrocarriles. Ni tan siquiera se habían transmitido consignas a las secciones del partido en otras ciudades para que extendiesen la sublevación.

Pero el error más importante fue el que se produjo en la Bürgerbräukeller. Al recibir noticias de que los golpistas se estaban encontrando problemas para tomar el control de un cuartel de ingenieros, Hitler decidió ir hasta allí para tratar de resolver la situación, dejando a Ludendorff al cargo del triunvirato. Sin embargo, el veterano militar, confiando en la palabra que acababan de dar de ser fieles a la revolución o tal vez para cubrirse las espaldas en caso de que el golpe fracasase, permitió que Von Kahr, Von Lossow y Von Seisser pudieran abandonar libremente la cervecería con el pretexto de que debían dirigirse a sus despachos para coordinar las acciones del nuevo gobierno. A partir de

ese momento pudieron actuar libremente, en lo que fue un error mayúsculo de los inexpertos golpistas.

El triunvirato, ya en libertad, comprobó sorprendido que la situación estaba lejos de ser controlada por los nazis. Los tres se reunieron en otro cuartel y desde allí pidieron refuerzos a las guarniciones de las ciudades vecinas. A las tres de la madrugada emitieron una proclama por Radio Múnich en la que condenaban el golpe, mientras ordenaban la impresión del comunicado en millares de carteles para ser fijados por toda la ciudad. Al mismo tiempo, la policía cortaba los accesos a Múnich, impidiendo la llegada de refuerzos para los nazis.

Cuando Hitler regresó de madrugada a la Bürgerbräukeller y se encontró con que Ludendorff había dejado marchar a los tres miembros del triunvirato, tuvo inmediatamente la impresión de que la causa estaba perdida, tal como diría más tarde. A las cinco de la mañana Hitler aún seguía dando garantías de que estaba decidido a luchar y morir por la revolución, aunque confesó a uno de sus guardaespaldas, Ulrich Graf, que «las cosas se están poniendo muy serias para nosotros».

Al amanecer, era evidente que el golpe había fracasado debido a esa cadena de errores. En el local de la cervecería los ánimos estaban por los suelos. Centenares de individuos dormitaban apoyados en las mesas o en sillas que habían juntado, vencidos por el cansancio, al haber estado esperando órdenes que no llegaban y sin tener noticias de lo que estaba pasando. Hitler barajaba la posibilidad de retirarse junto a sus partidarios a una localidad cercana a Múnich para organizar la resistencia armada, pero Ludendorff desechó la idea. Sin decidir todavía qué rumbo tomar, hacia las ocho de la mañana Hitler optó por emprender una acción práctica, enviando a unos cuantos hombres de las SA a apoderarse de fajos de billetes directamente de la imprenta, por valor de unos cincuenta billones de marcos, para repartirlos entre sus hombres.

Choque con la policía

Ya entrada la mañana, Ludendorff propuso a Hitler marchar hacia el cuartel que seguía en poder de Röhm, atravesando el centro de la ciudad. La idea fue aceptada, a pesar de que el objetivo era confuso. Se esperaba que la manifestación avivase el entusiasmo popular por la revolución y que el ejército cambiase de bando al contemplar a Ludendorff en las filas golpistas. Así, a las once de la mañana del 9 de noviembre la comitiva se puso en marcha, con Hitler, Ludendorff y los demás dirigentes del partido en primera línea, bien pertrechados de fusiles y pistolas.

La columna golpista avanzaba enarbolando los estandartes nazis y entonando canciones de marcha. Aunque en el puente sobre el río Isar les esperaba un primer cordón policial, los policías bajaron sus armas cuando vieron al mariscal Ludendorff. Animados por ese primer triunfo y empujados por los seguidores que comenzaban a aclamarles desde las aceras, Hitler y sus hombres avanzaron decididos en dirección a la céntrica Odeonsplatz, sabiendo que estaba protegida por un segundo cordón policial, bastante mayor. No obstante, la expresión de los integrantes de la columna era grave, al ser conscientes de que la causa estaba perdida; uno de ellos comentó que era como una procesión fúnebre.

El choque con las fuerzas policiales que cerraban el paso a la Odeonsplatz era inevitable. Los nazis marchaban por la estrecha Residenzstrasse en dirección al Feldherrnhalle, una monumental galería que preside la Odeonplatz, mientras la policía les esperaba al final de la calle con las

carabinas en posición de fuego. Desde las primeras filas de la comitiva gritaban: «¡No disparéis, el mariscal Ludendorff está aquí!».

La policía comenzó a avanzar por la angosta callejuela, pero los golpistas no retrocedieron y esperaron al enemigo con las bayonetas caladas y apuntándoles con las pistolas. Cuando policías y golpistas entraron en contacto, junto al Feldherrnhalle, de repente sonó un disparo, sin que se haya podido establecer qué bando lo efectuó. En ese momento, las fuerzas del orden comenzaron a disparar. Aunque los golpistas devolvieron el fuego, el pánico cundió entre las filas nazis.

En ese instante pudo haber cambiado la historia de Alemania y del mundo. El citado guardaespaldas de Hitler, Ulrich Graf, se adelantó cubriéndole con su cuerpo, recibiendo media docena de disparos que iban dirigidos a él. El otro hombre que iba cogido del brazo de Hitler, Erwin von Scheubner-Richter, se desplomó al resultar herido, tirando violentamente de él hacia abajo y dislocándole el brazo izquierdo pero, probablemente, salvándole la vida. Hitler, manchado por la sangre de sus hombres, pensó que estaba herido. Pero, en aquella confusión, en la que murieron catorce de sus seguidores[14], Hitler logró levantarse y huir, alejándose despacio del lugar de la refriega, acompañado de un médico de las SA.

En la Max Joseph Platz, subieron a Hitler a su automóvil. Hitler ordenó que lo llevaran a la Bürgerbräukeller, donde había quedado el puesto de mando, para tratar de reunir allí a sus hombres, pero comprobaron que todos los accesos estaban ya tomados por la policía. De todos modos, el retén que había permanecido allí ya había sido detenido. Hitler se dirigió entonces a la residencia de los Hanfstaengl, en Uffing, al sur de Múnich.



Las SA se encargaban de mantener el orden en los mítines del partido. Su líder era Ernst Röhm, aquí en una imagen posterior de 1933. Al igual que los otros dirigentes nazis, fue detenido tras participar en el fallido *Putsch* de la cervecería.

DOLOROSO FRACASO

Hitler permaneció dos días refugiado en casa de los Hanfstaengl sufriendo fuertes dolores en su hombro. Pero, sin duda, lo que más dolor debía causarle era el fracaso de la revolución de opereta que acababa de protagonizar y que en ese momento parecía haber puesto fin a su carrera política. Desesperado, Hitler hablaba de pegarse un tiro. Al final le convencieron de que lo mejor era huir a Austria, pero en la noche del 11 de noviembre, cuando esperaba el automóvil que debía llevarle a la frontera, se presentó la policía para detenerle; con el brazo en cabestrillo, se entregó sin oponer resistencia. El juego había terminado.

Hitler fue conducido por la policía a Landsberg, un pueblo pintoresco, situado a unos setenta kilómetros al oeste de Múnich. Sobre una colina se levantaba una fortaleza de la Edad Media, consistente en un complejo de edificios de color blanco grisáceo rodeado por altas murallas de piedra, que era utilizado como prisión. Hitler ocuparía la celda número siete.

La «revolución alemana» se había desmoronado como un castillo de naipes. Hitler estaba

detenido; Röhm y otros dirigentes nazis habían sido igualmente encarcelados; Göring había resultado herido, poniéndose a salvo cruzando la frontera austriaca; tan sólo Ludendorff había sido puesto en libertad, bajo su palabra de oficial. Las oficinas del NSDAP serían clausuradas y su periódico, el *Völkischer Beobachter,* secuestrado y prohibido.

Para todos, Hitler era ya historia. Su fugaz carrera política y la de su heterogéneo grupo de partidarios parecía que apenas iba a merecer una breve referencia en los libros de historia de Baviera. Los periódicos alemanes ridiculizaron el intento de golpe calificándolo de «minirrevolución de cervecería» e incluso de «travesura de escolares que jugaban a los pieles rojas». Por su parte, el corresponsal en Berlín del *New York Times* se refirió a esos hechos asegurando que «el *Putsch* de Múnich elimina definitivamente a Hitler y sus seguidores nacionalsocialistas».

En la misma línea, el escritor Stefan Zweig comentaría: «En este año de 1923 desaparecieron las cruces gamadas y los guardias de asalto y el nombre de Adolf Hitler casi se hundió en el olvido. Nadie pensaba en él ya como un candidato posible en términos de poder». Así debía de haber ocurrido, pero Zweig, al igual que otros muchos alemanes, no podía estar más equivocado.

[14]Los catorce militantes nazis muertos por la policía en la Odeonsplatz y los dos miembros de la liga paramilitar nacionalista *Reichskriegerflagge* muertos frente al Ministerio de Defensa bávaro serían considerados mártires y héroes. Desde entonces, la Feldherrnhalle se convirtió en el santuario emocional del movimiento nazi. Una vez en el poder, en el lado oeste de la galería, Hitler ordenó erigir un monumento con la inscripción: «Y habéis triunfado», seguida de los nombres de los golpistas muertos, entre los que había, entre otros, un sombrerero, un cerrajero, varios empleados bancarios, un empleado de hotel y dos ingenieros. Debajo había otra placa más pequeña con los nombres de los cuatro policías muertos en la refriega. Una guardia de honor de las SS cuidaba el monumento día y noche. Los restos mortales de los «16 testigos de sangre del movimiento» fueron exhumados y velados el 8 de noviembre de 1935 en la Feldherrnhalle y, al día siguiente, trasladados en ceremonia solemne a los «Templos de Honor» de la Königsplatz, donde debían reposar para toda la eternidad. El 3 de mayo de 1945, el Ejército norteamericano retiró el monumento nazi de la Feldherrnhalle y ordenó fundirlo. En la actualidad, una placa recuerda los nombres de los cuatro policías muertos en el enfrentamiento con los golpistas.

El largo camino al poder, diciembre 1923-enero 1933

Unos meses después del estrepitoso fracaso del *Putsch* del 8 de noviembre de 1923, Hitler y su partido parecían totalmente acabados. El movimiento nacionalsocialista había quedado desintegrado y, además, las circunstancias que habían favorecido su crecimiento habían cambiado radicalmente. El punto álgido de la crisis había pasado; el marco se había estabilizado, al igual que la situación política, que había recuperado una relativa calma. A las organizaciones paramilitares se les confiscó el armamento. Un nuevo presidente de Baviera, Heinrich Held, devolvió la tranquilidad a Múnich.

Todo apuntaba a que el momento de Hitler y el NSDAP había pasado. Así lo había entendido el propio Hitler, quien, según el psicólogo de la prisión de Landsberg, dijo: «Ya está bien. Estoy acabado. Si tuviese un revólver lo usaría». El espantoso aspecto que Hitler ofrecía a los visitantes, pálido, demacrado e indiferente, denotaba sus escasos deseos de seguir viviendo. De hecho, estuvo dos semanas sin probar bocado y el médico advirtió que el preso moriría si el ayuno se prolongaba. Los insistentes ruegos de sus partidarios lograron que volviera a ingerir alimentos, aunque más tarde aseguraría a Hanfstaengl que abandonó la huelga de hambre para desbaratar un supuesto plan de las autoridades cuyo fin era declararle demente y trasladarle a un manicomio.

Vuelta a la lucha

A principios de diciembre de 1923, un cambio espectacular se operó en la mente de Hitler. Quizás extrajo fuerzas del recuerdo de sus malos momentos en Viena y de cómo los había superado o tal vez se conmovió finalmente ante las incesantes muestras de apoyo de sus partidarios, pero la realidad es que comenzó a dar muestras de volver a la lucha. Su hermana Paula fue a visitarle temiendo encontrarle abatido, pero se sorprendió agradablemente al ver que «había recuperado el ánimo y el espíritu».

Si poco tiempo antes se hallaba sumido en una profunda depresión, ahora se había abierto paso en él su acorazada fuerza de voluntad. Hitler llegó a convencerse de que el Destino había acudido en su ayuda bajo el disfraz de esa aplastante derrota. «Para nosotros, los nacionalsocialistas —escribiría en *Mein Kampf—,* fue una gran fortuna que este *Putsch* fracasara». Haciendo un esfuerzo de racionalización, Hitler consideró que, de haber triunfado, hubieran surgido problemas del hecho de que el partido no disfrutase aún de un apoyo suficiente en todo el país y que, en todo caso, el «sangriento sacrificio» de sus correligionarios muertos resultaría al final «la propaganda más eficaz para el nacionalismo». Tuviera o no razón en esas apreciaciones, el convencimiento de que ese fracaso había sido en realidad un paso adelante en su conquista del poder le serviría para retomar su carrera política con bríos renovados.



Imagen actual de la prisión de Landsberg, en donde Hitler estuvo encarcelado 264 días bajo un régimen permisivo.

Hitler aprovechó el tiempo que pasó encarcelado a la espera del juicio para leer con la misma voracidad de su juventud. «En Landsberg adquirí mi educación superior a expensas del estado», diría más tarde. Además, ideó ambiciosos planes para cuando fuera el líder de Alemania, como la construcción de autopistas y la fabricación masiva de un pequeño automóvil económico.

Con el comienzo del juicio que tuvo lugar en Múnich el 27 de febrero de 1924, Hitler se presentó dispuesto a demostrar que el «golpe de opereta» no había hecho mella en él. Contando con la aquiescencia del tribunal, Hitler lograría convertir la sala del juicio en un altavoz inmejorable para su propaganda, apabullando a los jueces y al tribunal con su oratoria y sus tácticas astutas. Aceptó la plena responsabilidad de lo que había sucedido, pero no sólo no pidió perdón, sino que glorificó su papel en el intento de derrocar la República de Weimar. A Hitler se le permitió comparecer vestido con su traje, no con ropa de preso, luciendo la Cruz de Hierro de segunda clase obtenida durante la guerra, ya que la otra aún no se le había concedido oficialmente. En una de las jornadas se le consintió hablar durante cuatro horas, sin que el tribunal le interrumpiese.

El juicio quedó visto para sentencia el 27 de marzo. Cuatro días después se leyó el veredicto, por el que Hitler era condenado a cinco años de cárcel por alta traición y a una multa de 200 marcos, lo que fue considerado una condena favorable. Al parecer, los jurados sólo se habían mostrado dispuestos a aceptar un veredicto de «culpable» con la condición de que se le aplicase la pena más leve, con la posibilidad de una pronta puesta en libertad. La mayoría de los alemanes consideraron que la sentencia era ridículamente benévola para un delito de traición y alzamiento armado. Incluso el *Times* de Londres publicó que «conspirar contra la Constitución del Reich no se considera un delito grave en Baviera».

PRESO PRIVILEGIADO

Hitler, muy satisfecho por cómo se había desarrollado el juicio, regresó a la prisión de Landsberg, en donde le esperaban unas condiciones más parecidas a las de un hotel que a las de una

cárcel y en donde se vería arropado por otros cuarenta nacionalsocialistas también condenados como él. Pasó a ocupar la celda número uno, en la primera planta, una habitación grande y confortablemente amueblada, cuyas ventanas le ofrecían una amplia panorámica de un atractivo paisaje campestre.



Foto propagandística de Hitler en su celda; nótese que los barrotes han sido retocados para hacerlos parecer más gruesos.

Su rutina diaria comenzaba a las seis de la mañana, cuando los carceleros abrían la puerta de las celdas. A esa hora Hitler aparecía siempre ya lavado y vestido. Una hora después se servía el desayuno en el comedor común, consistente en café y pan o gachas. A las ocho se abrían las puertas del patio y del jardín y los reclusos salían a hacer ejercicio. Para ello contaban con unas barras paralelas y un potro, aunque también practicaban lucha y boxeo. La lesión en el hombro sería la excusa de Hitler para no tener que hacer ejercicio, limitándose a caminar por el sendero de grava que transcurría junto al muro de la prisión, de seis metros de altura, lo que hacía en compañía de Emil Maurice, su chófer.

A las diez de la mañana, los hombres regresaban al interior del edificio y se procedía a repartir el correo. A Hitler le llegaban continuamente flores, cartas de apoyo, regalos y paquetes de alimentos. Le gustaban especialmente los pasteles y, cuando recibía tocino, salchichas o jamón, lo repartía entre sus compañeros.

Hitler presidía la comida del mediodía, recibiendo el merecido respeto como líder del partido. Sus seguidores esperaban detrás de sus sillas hasta que Hitler entraba; entonces, él aguardaba en pie hasta que todos le presentaban sus saludos. Después de la comida, los presos fumaban y charlaban durante un cuarto de hora. Luego, Hitler se retiraba a su celda para leer o contestar su copiosa correspondencia. Sobre las cuatro de la tarde, se reunían todos en el comedor para tomar té o café. A las cinco menos cuarto se volvía a abrir el jardín y Hitler paseaba solo o en compañía de Maurice hasta que a las seis regresaban a sus celdas, en donde se les servía la cena. Después podían salir de nuevo al patio hasta las ocho, para acabar reuniéndose en el comedor a las diez de la noche.

La vida en la prisión era relativamente agradable para Hitler. Sus carceleros, algunos de los cuales le saludaban con un «Heil Hitler!», le trataban con el mayor respeto y le concedían inusuales privilegios. Su vestimenta, al igual que las de sus compañeros, no era la que se esperaba de un presidiario, puesto que usaba pantalones cortos de cuero y chaqueta tirolesa. Hitler solía mostrarse bastante animado y tenía buen apetito. De hecho, *Putzi* Hanfstaengl le hizo notar que estaba aumentando de peso, de modo que le aconsejó que participara en los deportes de la prisión y que comiera menos dulces. Hitler le contestó que «un líder no puede arriesgarse a que lo derroten en los juegos» y que «siempre podré rebajar los kilos de más hablando».

Aunque su estancia en Landsberg era plácida, las noticias que le llegaban del partido por fuerza debían dejarle preocupado. Hitler había delegado en Alfred Rosenberg, un hombre de perfil bajo, la dirección del movimiento clandestino del partido. Rosenberg no era un hombre de acción y nunca había formado parte del pequeño círculo de poder de la formación; tampoco tenía dotes de liderazgo y no era capaz de imponer su autoridad. Sin embargo, fueron precisamente esas deficiencias las que atrajeron a Hitler, ya que sabía que Rosenberg no representaba peligro alguno para su autoridad; su misión sería únicamente mantener al partido en hibernación hasta que él saliese de prisión para tomar las riendas de nuevo.

No obstante, la consigna de dejar pasar el tiempo sin hacer nada hasta que Hitler saliera de prisión no fue bien recibida por sus partidarios, que querían participar en las elecciones de primavera de 1923 como parte de un bloque nacionalista, lo cual acabaron haciendo con el apoyo a regañadientes del inconsistente Rosenberg. Los resultados en las elecciones bávaras fueron prometedores y en las nacionales fueron espectaculares, consiguiendo dos millones de votos. Ese éxito provocó, por un lado, inquietud en Hitler, al demostrarse que el movimiento podía prosperar sin su liderazgo, y, por otro, el envalentonamiento de los críticos con Hitler, que le consideraban culpable del fracaso del *Putsch* y la posterior ilegalización del NSDAP.

La división en el seno del movimiento por hacerse con su control en ausencia de Hitler era ya manifiesta y el pusilánime Rosenberg se veía incapaz de mantenerlo unido. Los diferentes grupos luchaban entre sí protagonizando riñas en público poco edificantes. Varios dirigentes eran ya partidarios de fundar un único partido nacionalista, del que el NSDAP no sería más que una parte.

Hitler, viéndose impotente para tomar el mando del partido desde la prisión y considerando arriesgado apostar por alguno de los bandos en disputa, optó por una inteligente táctica; en una nota enviada a la prensa anunció: «He dejado la dirección del movimiento nacionalsocialista y me abstendré de toda actividad política mientras esté privado de libertad». De este modo, Hitler iba a dejar que sus partidarios se despedazasen entre ellos y, una vez debilitados por esas luchas internas, emergería como salvador del movimiento, al haber sabido mantenerse al margen de esas rencillas internas.

El Mein Kampf

Hasta que llegase el momento de su reaparición, Hitler iba a dedicarse a escribir un libro que iba a llevar el pomposo título de *Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la estupidez y la cobardía* y en el que pensaba dejar constancia de sus teorías políticas. Al principio contó para ello con la ayuda de su chófer, Emil Maurice, que escribía a mano lo que Hitler le dictaba y luego lo mecanografiaba laboriosamente con dos dedos en la máquina de escribir Remington que les había prestado el alcaide. Sin embargo, la redacción del libro avanzaba penosamente; las aptitudes literarias de Hitler eran escasas y Maurice, camorrista profesional además de chófer, no era el hombre idóneo para las labores de amanuense.

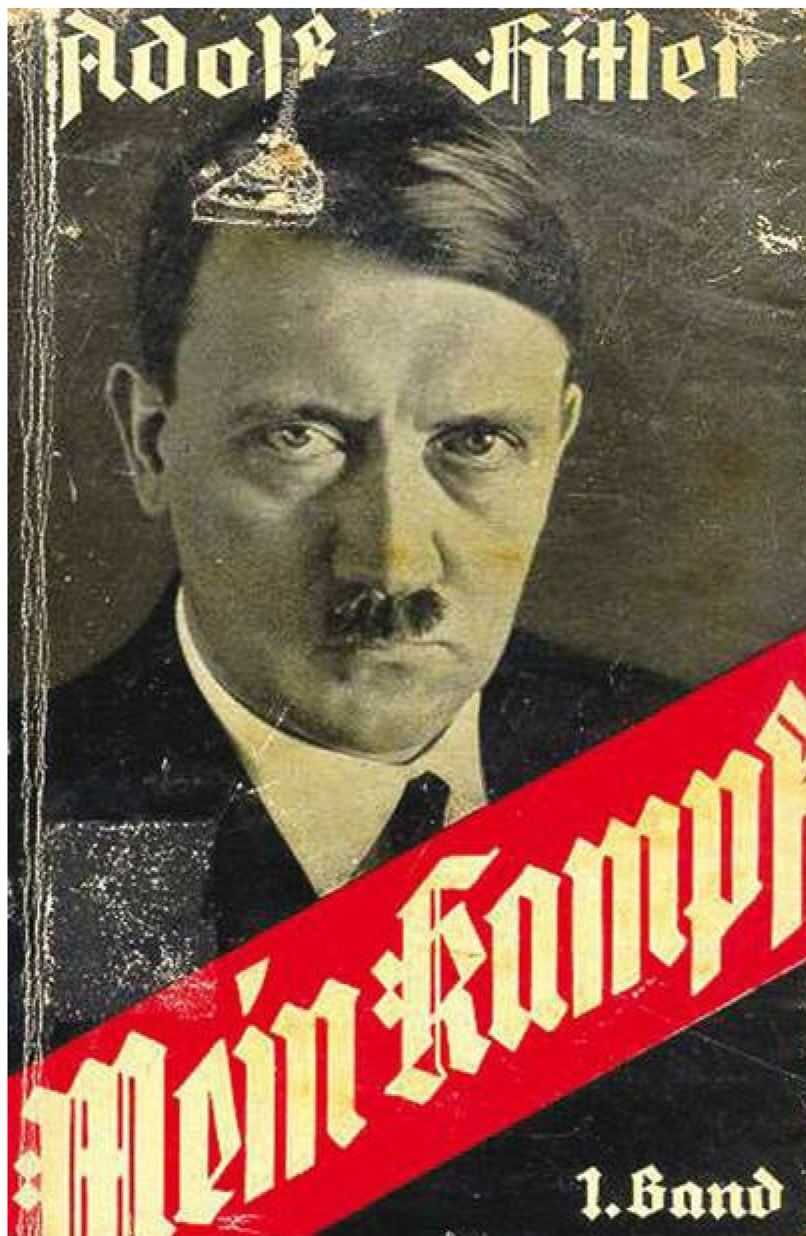


Retrato autografiado de Rudolf Hess, quien se convirtió en secretario de Hitler durante su estancia en la prisión de Landsberg, ayudándole a escribir *Mein Kampf*.

Para fortuna de Hitler, a Landsberg llegó un nuevo preso condenado por su participación en el *Putsch,* Rudolf Hess, quien se había entregado a la justicia bávara tras regresar de Austria, a donde había huido. Hess, universitario, había leído mucho y redactaba con cierta soltura, por lo que Hitler vio en él a su secretario ideal, quien no dudó en ponerse a sus órdenes.

Max Amman, el coordinador de las publicaciones nazis, sugirió que el libro consistiese en una autobiografía que dedicase especial atención al relato de los sucesos de noviembre de 1923, el episodio que podía despertar más interés entre el público. Aunque Hitler planteó la obra como una autobiografía, el relato de su vida le daba la oportunidad para ir introduciendo sus teorías políticas, gestadas en esas experiencias personales. En su escrito exponía de manera cruda y efectista sus ideas antisemitas y antimarxistas, insistía en el mito de la puñalada por la espalda, manifestaba su creencia en la superioridad de la raza alemana o en la necesidad de que un hombre carismático obtuviese todo el poder para salvar Alemania.

El resultado desilusionó a Max Amman, ya que el libro contenía escasos datos biográficos y pasaba de puntillas sobre la rebelión de noviembre. En vez de tratar esos temas, se encontró con una serie de ampulosas disquisiciones acerca de sus ideas. Al menos, Amman le convenció de reducir el farragoso título inicial a *Mein Kampf* (Mi lucha), lo que se revelaría como un gran acierto.



Portada de un ejemplar de *Mein Kampf,* el libro autobiográfico de Hitler en el que expuso su pensamiento político.

A la vista de lo escrito por Hitler, es difícil comprender el éxito del libro, que le llevaría a vender más de diez millones de ejemplares en Alemania y a traducirse a dieciséis idiomas. Su fórmula pretenciosa y reiterativa, así como su contenido desestructurado y sus continuas digresiones, hicieron que no poca gente abandonase su lectura, incluso entre los propios correligionarios de Hitler. Con

esa obra, el autor pretendía demostrar que, aunque no tenía formación académica, debía ser tomado en serio como pensador de ideas originales; para poder pasar por ello, Hitler adoptó un estilo pedante con el que pretendía conferir más peso a sus opiniones. Además, la mayor parte del material autobiográfico fue distorsionado o directamente fabulado por el autor.

Pero Hitler era un maestro insuperable en mezclar verdades, medias verdades y mentiras, logrando que su público, en este caso el lector, acabase convencido de sus argumentos, lo que hace de este libro un texto peligroso. En él se puede encontrar su programa para la toma del poder a toda costa, su absoluta falta de escrúpulos o su justificación de la brutalidad, incluso se puede advertir entre líneas sus futuros planes para la invasión de la Unión Soviética o el exterminio de los judíos, aunque todo ello quede hábilmente enmascarado tras una aparente historia de superación personal.

Libre de nuevo

Mientras Hitler redactaba la que sería la primera parte de su libro, su comportamiento en Landsberg era ejemplar. El director de la prisión envió en septiembre de 1924 una nota al Ministerio de Justicia en la que afirmaba que «está mostrándose como un preso agradable y disciplinado, contribuyendo además a mantener la disciplina de los demás encarcelados», recomendando que se le concediese la libertad provisional. El retrato que hizo de Hitler el director del presidio resulta revelador: «Es un hombre muy inteligente, especialmente bien dotado para la política, posee una formidable fuerza de voluntad y una inquebrantable obstinación en sus ideas».

Sin embargo, los informes desfavorables de la policía estatal bávara desaconsejaban su excarcelación; en ellos se pronosticaba que Hitler provocaría disturbios «debido a su energía». La actitud positiva de Hitler durante su cautiverio acabó derribando los obstáculos que se oponían a que fuera liberado. Así, el 19 de diciembre de 1924 el Tribunal Supremo de Baviera ordenó su puesta en libertad.

Al día siguiente, tras despedirse de sus camaradas, Hitler salía libre por la puerta de la fortaleza de Landsberg. Le había ido a buscar su impresor, Adolf Muller, y su fotógrafo, Heinrich Hoffmann, en un automóvil Mercedes; antes de subirse a él, Hitler se detuvo un momento sombrero en mano, con una gabardina puesta sobre el pantalón corto tirolés, dejándose fotografiar para inmortalizar el momento de su liberación. Hoffmann preguntó a Hitler sobre sus intenciones futuras, a lo que este respondió lacónicamente: «Empezaré de cero».

Hitler fue recibido en su apartamento muniqués por sus amigos como un héroe. Habían llenado la mesa de alimentos y bebidas y hasta le colocarían en la cabeza una corona de laurel. Siguiendo el lema de Nietzsche «lo que no me mata, me hace más fuerte», Hitler resurgió de su cautiverio endurecido por la adversidad y reafirmado, más si cabe, en sus inamovibles convicciones. Hitler aseguró más tarde: «Fue durante mi encarcelamiento cuando adquirí esa fe inquebrantable, ese optimismo, esa confianza en nuestro destino que a partir de entonces nada pudo hacer vacilar».



Hitler, retratado en esta pose desafiante a su salida de la prisión de Landsberg. Estaba dispuesto a emprender de nuevo la lucha, pero esta vez a través de los cauces legales.

Pese a la alegría que se extendió entre sus seguidores por su liberación, el futuro de su movimiento no parecía muy halagüeño. El NSDAP, además de escindido, tenía prohibida cualquier actividad, la sede había sido cerrada y en la caja no había ni un solo marco; su periódico, el *Völkischer Beobachter,* había sido clausurado y a Hitler se le había prohibido hablar en público. Además, la gente no se acordaba ya de sus brillantes intervenciones en el juicio y del fallido *Putsch* que había protagonizado parecía que habían pasado varios años en vez de catorce meses, debido a los grandes cambios que había experimentado Alemania en ese tiempo. La hiperinflación y los combates callejeros eran un recuerdo que se trataba de olvidar y el país había recuperado una cierta estabilidad. Parte de los antiguos seguidores de Hitler habían ingresado en otros partidos y algunos de ellos, como Röhm, incluso eran diputados.

A pesar de esa situación claramente desfavorable, Hitler seguía decidido a alcanzar el poder, pero no por la fuerza, como había intentado en noviembre de 1923, sino por la vía legal. Cuando estaba aún preso en Landsberg, explicó a uno de sus correligionarios, Kurt Lüdecke, el nuevo camino que iba a emprender su movimiento: «Cuando vuelva a la vida activa, será preciso adoptar una política nueva. En lugar de lograr la conquista del poder mediante un golpe de fuerza, tendremos que reprimir nuestros ímpetus y entrar en el Reichstag compitiendo con los diputados católicos y marxistas. Si vencerlos en las urnas ha de llevarnos más tiempo que vencerlos con las armas, el resultado, al menos, estará garantizado por su propia Constitución». Hitler era consciente de que el camino que se presentaba por delante era largo y duro, pero no tenía ninguna duda acerca del resultado: «Todo proceso legal es lento, pero más pronto o más tarde tendremos mayoría y, con ella, seremos los dueños de Alemania».

Fruto de esa nueva estrategia, Hitler adoptó la táctica del lobo con piel de cordero. Así, el 4 de enero de 1925 logró entrevistarse con el nuevo jefe del gobierno bávaro, Heinrich Held. Aunque fue recibido por este con frialdad, Hitler se mostró contemporizador, muy lejos de la imagen desafiante mostrada en el juicio, reconociendo que el *Putsch* había sido un error y comprometiéndose a respetar la autoridad del Estado. Held se tragó el anzuelo y días después levantó la prohibición que pesaba

sobre el NSDAP, su periódico y sobre él mismo para hablar en público. A partir de ese momento, Hitler se aplicó en cuerpo y alma a su tarea de reflotar el movimiento.

UN NUEVO PRINCIPIO

El *Völkischer Beobachter* reapareció el 26 de febrero de 1925, publicando un largo editorial de Hitler titulado: «Un nuevo principio». Ese escrito representaba el toque de corneta con el que Hitler anunciaba que estaba de vuelta. Al día siguiente se celebró un mitin en la Bürgerbräukeller para calibrar el estado en el que se encontraba el partido. Cuatro mil seguidores asistieron a la llamada de Hitler, correspondiendo a su discurso con encendido entusiasmo, lo que hacía pensar que el tiempo que había estado fuera de la circulación apenas había supuesto un paréntesis. Sin embargo, la ausencia en la sala de nombres relevantes, como Röhm o Rosenberg, o la negativa de Drexler a presidir el acto denotaba que el período de divisiones internas no había concluido. Para despejar dudas, Hitler dejó claro quién debía regir los destinos del partido: «Yo soy el único responsable de la dirección del movimiento y nadie tiene derecho a imponerme condiciones».

Aunque el mitin del 27 de febrero de 1925 sirvió a Hitler para reafirmar su poder al frente del partido, cometió un error, sabiendo que estaba en libertad condicional. Las autoridades bávaras prestaron atención a su discurso para saber si su compromiso a aceptar de la legalidad era sincero; frases como «o el enemigo pasa sobre nosotros o nosotros pasaremos sobre nuestros enemigos» o «¡luchad contra el marxismo y el judaísmo, no con los valores de la clase media, sino con cadáveres!» les llevó a pensar que Hitler no tardaría en volver a las andadas. Sus explicaciones a los funcionarios policiales no hicieron más que empeorar la cosas, ya que acabó diciéndoles que «los que nos ataquen recibirán puñaladas» y que dirigiría al pueblo alemán «si no de manera pacífica, por la fuerza». Así, las autoridades le prohibieron hablar en público en el estado de Baviera. La prohibición se extendió enseguida a otros estados alemanes, en los que se prolongaría hasta mayo de 1927, mientras que en Baviera no se levantaría hasta septiembre de 1928. De este modo, a Hitler se le privaba de su herramienta más valiosa, la palabra, con lo que creían haberlo neutralizado.

Otro hecho vendría a jugar contra los intereses de Hitler. Tras la muerte en febrero del presidente Friedrich Ebert, socialdemócrata, se celebraron en abril de 1925 elecciones a la presidencia de la República. Los nazis y todos aquellos que querían destruir el régimen republicano apoyaron al mariscal Hindenburg, quien acabó ganando los comicios, pero su victoria, paradójicamente, fortalecería a la República con su escrupuloso respeto de la Constitución, minando el terreno de los que la atacaban. Los días de calma y prosperidad en los que se desarrollaría la presidencia de Hindenburg restaban credibilidad a los argumentos tremendistas de los nazis, unos mensajes que calaban mejor en tiempos de crisis.

Por último, sobre Hitler pendía la amenaza de la deportación a Austria, lo que, de ocurrir, supondría el abrupto final de su carrera política en Alemania. El gobierno de Baviera estaba tratando esta posibilidad con las autoridades austriacas, lo que provocaba una enorme ansiedad en Hitler. Las probabilidades de que fuera deportado a su país eran escasas, ya que el gobierno de Viena prefería que se mantuviera al otro lado de la frontera, pero aun así no podía respirar tranquilo, como lo demuestra la abundante correspondencia que mantuvo su abogado con las autoridades bávaras y austriacas por este asunto.

Así pues, tras su paso por la prisión, parecía que el mundo le había girado la espalda, una sensación que ya había conocido con anterioridad, pero su situación personal distaba mucho de aquella que tuvo que padecer en Viena, cuando era un pintor fracasado. Los industriales y las damas de la alta sociedad que habían financiado su ascenso político no se habían olvidado de él; Hitler recibiría de todos ellos importantes donaciones. Los derechos de autor de la primera parte de M*ein Kampf,* que saldría a la venta en verano de 1925, le garantizarían unos suculentos ingresos. También recibía importantes honorarios por los artículos publicados en la prensa de la órbita nacionalista.

Esos ingresos le permitirían llevar un lujoso tren de vida. Así, además de cenar en los mejores restaurantes y asistir con frecuencia a la ópera, pudo comprarse un modelo deportivo de Mercedes Benz que despertaba admiración allí donde acudía. Cuando se le pidió cuentas sobre este gasto, respondió que lo había adquirido con un préstamo bancario.

Finalmente, Hitler pudo librarse de la amenaza de deportación. Enfrentándose al problema directamente, solicitó a los funcionarios de Linz que se le retirase la nacionalidad austriaca, expresando su intención de convertirse en ciudadano alemán. Tres días después, las autoridades austriacas aceptaban su renuncia. Curiosamente, a partir de ese momento Hitler pasaba a ser un apátrida, ya que todavía no había adquirido la nacionalidad alemana, pero lo importante era que el peligro de ser deportado había quedado definitivamente conjurado.

Por entonces, Hitler descubrió la belleza y la tranquilidad de los Alpes bávaros. En un principio se hospedó en una pensión de Berchtesgaden, una localidad muy cercana a la frontera con Austria, desde la que daba largos paseos por las montañas circundantes. Allí le dictaría a su fiel secretario Hess los quince capítulos de la segunda parte de *Mein Kampf,* que se publicaría a finales de 1926. Hitler quedó enamorado de aquellos bucólicos paisajes; en 1928 alquiló allí una casa de campo situada en la ladera de una montaña, que más tarde pudo comprar, reconstruyéndola a escala mayor. Hitler acudiría frecuentemente a aquella casa, que sería conocida como el Berghof; al cuidado de ella queda-
ría su medio hermana Angela.

Hitler pudo haber aprovechado esa época en la que tenía prohibido hablar en público para mejorar su formación y adquirir una mayor amplitud de miras. Hanfstaengl le sugirió que emprendiese una vuelta al mundo que le llevase a visitar Estados Unidos, Japón y la India, además de Francia y Gran Bretaña, asegurando que el periplo apenas le llevaría tres o cuatro meses, pero Hitler rechazó la idea por temor a que en su ausencia se resintiese la estructura del partido, aunque tal vez sufría un miedo inconsciente a que sus ideas basadas en prejuicios se tambaleasen al contacto con el mundo exterior. Los intentos de Hanfstaengl de que, al menos, aprendiese inglés, también fracasaron: «¿Para qué debo tratar de aprender el idioma de otros? ¡Soy demasiado viejo y no tengo tiempo ni ganas!», le espetó.

Igualmente, la sugerencia de la mujer de Hanfstaengl de que aprendiese a bailar también cayó en saco roto, asegurando Hitler que el baile era «una actividad indigna de un estadista y una pérdida de tiempo estúpida». En realidad, Hitler tenía un acusado sentido del ridículo, que le impedía practicar deporte, nadar o ir en bicicleta. A Hitler le costaba horrores desenvolverse en sociedad. Únicamente se sentía cómodo detrás de un atril, pronunciando un discurso ante una masa anónima, o cuando se hallaba rodeado de sus amigos o camaradas más próximos. Una vez en el poder, cuando debía enfrentarse a recepciones o actos sociales, se le veía tenso; miraba de un lado para otro, se estiraba la ropa con frecuencia y procuraba marcharse lo antes posible. Pero, en 1925, ante la necesidad de

recabar apoyos para reflotar el partido, Hitler participaría asiduamente en las reuniones sociales que se celebraban en los salones de Múnich, tratando siempre de mostrar su cara más seductora.

REORGANIZANDO EL PARTIDO

Con sus necesidades básicas más que cubiertas, Hitler ignoró las condiciones adversas en las que a partir de entonces se tendría que desarrollar su carrera política y se dedicó con determinación a la difícil tarea de reorganizar el partido. Una de las primeras medidas fue dividir las áreas de acción del NSDAP en 25 *gausen* o regiones, correspondientes a las 25 circunscripciones electorales en que estaba dividida Alemania; el responsable de cada una de esas regiones fue denominado *gauleiter*. Ese cargo, remunerado y con dedicación exclusiva, sería fundamental para mantener el control de la formación, constituyendo la correa de transmisión para que las consignas de Hitler llegasen hasta la última sección local del NSDAP.

Con ese mismo objetivo, el control total del partido, Hitler decidió cortar las alas a Ernst Röhm, quien actuaba como si las SA fuesen su guardia pretoriana en vez de un instrumento político de Hitler. El pulso que mantuvieron los dos antiguos camaradas se saldó con la dimisión de Röhm, quien anunció que renunciaba a sus cargos y se retiraba de la política.

Para sentar las bases de esa nueva época para el partido nazi, se fundaron las *Schutzstaffel* (Grupo de Protección), que serían conocidas como SS, que con el tiempo se convertirían en sinónimo de crimen y terror. Heinrich Himmler ingresó en esta unidad, de la que acabaría siendo el máximo responsable.

Pero el nuevo NSDAP era irreconocible para algunos de sus propios dirigentes. Hitler había apostado por una mayor burocratización, un acercamiento a industriales y burgueses y un comportamiento dócil para lograr que se le levantase la prohibición de hablar en público y posibilitar su entrada en el sistema, con el fin último e inconfesado de dinamitarlo desde dentro. Esa estrategia chocaba con el ala más revolucionaria del partido, que aspiraba a arrebatar seguidores al partido comunista y cuyo nombre más relevante era el de Gregor Strasser, el líder del partido en la Baja Baviera, quien contaba también con la colaboración de su hermano Otto.

Strasser, al igual que Hitler, era un orador elocuente y contaba con una fuerte personalidad. De carácter independiente, no ocultaba su actitud crítica respecto a Hitler, pero este era consciente de su valor; para aprovechar sus aptitudes y, de paso, alejarlo de Baviera, lo envió al norte de Alemania, a buscar nuevos caladeros de votos para el partido nazi en unas zonas que, al estar controladas por los comunistas, se preveían muy hostiles. Strasser contaría para esta tarea con un nuevo fichaje, el de un individuo enclenque, de baja estatura, cabeza grande y que además cojeaba: Joseph Goebbels. No obstante, era culto, audaz y muy elocuente; Strasser supo advertir de inmediato sus cualidades y lo contrató como secretario personal.

El tándem Strasser-Goebbels se demostró muy eficaz abriéndose paso en esas áreas difíciles, pero también se reveló como un contrapoder al dominio que Hitler ejercía sobre el partido. La defensa que Hitler hacía de industriales y terratenientes, de los que obtenía financiación, chocaba con la corriente revolucionaria abanderada por Strasser y Goebbels. Durante una reunión del partido celebrada en Hannover en noviembre de 1925, Goebbels llegó a exigir públicamente que «el pequeño burgués Adolf Hitler sea expulsado del partido nacionalsocialista». La reunión acabó

aceptando que los veinticinco puntos del programa oficial del partido fueran sustituidos por el programa confeccionado por los hermanos Strasser, que proponía la nacionalización de la industria pesada y las grandes fincas.

Hitler advirtió claramente la gravedad del desafío lanzado por el ala radical del partido, que amenazaba seriamente su liderazgo. Así, Hitler procedió a sofocar la rebelión. Convocó una conferencia en Bamberg, en el sur de Alemania, en un día laborable para que los representantes del norte de Alemania no pudieran presentarse. Además, los *gauleiter* que acudieron, al recibir el sueldo del partido tal como se ha apuntado, iban a estar dispuestos a aceptar las consignas de Hitler. Por último, Hitler consiguió captar a Goebbels tras una agradable reunión en Berchstesgaden, privando a Gregor Strasser de ese importante apoyo. Como era de esperar, la conferencia rechazó el programa defendido por el ala más revolucionaria del partido y abrazó con entusiasmo las tesis de Hitler.

Strasser había perdido la batalla interna, pero Hitler creía que el derrotado le sería más útil dentro que fuera de la formación. Aunque un tiempo después la herida volvería a abrirse de forma dramática, Hitler y Strasser sellaron la paz con un abrazo, salvándose así la unidad del partido.



Gregor Strasser encabezaba el sector más revolucionario del partido nazi, lo que chocaba con la visión más conservadora de Hitler. Sin embargo, Hitler necesitaba de él para ganarse a las masas obreras.

En la primavera de 1926, Hitler se había hecho con el control absoluto del NSDAP. La sede de Múnich era el centro de todo el movimiento. Allí, el 22 de mayo, se confirió a Hitler, como *führer*

supremo, el poder de nombrar y destituir a cualquier dirigente del partido, anulándose todo procedimiento democrático interno. Las SA, ahora bajo el mando del barón Franz Pfeffer von Salomon, debían adaptarse a la nueva política de ceñirse a la legalidad, por lo que debían abandonar su carácter secreto; su uniforme oficial sería una camisa parda con corbata del mismo color. La elección de ese color que acabaría siendo emblemático fue del todo casual, ya que se aprovechó una partida de camisas pardas destinadas originalmente a las tropas alemanas de África Oriental que habían sido puestas a la venta a un precio ventajoso.



Grupo de SA en Essen en 1926. La labor de las SA era fundamental para la expansión del partido.

Goebbels, con la furia del converso, se convirtió en uno de los hombres de confianza de Hitler. En noviembre de 1926 fue nombrado *gauleiter* de Berlín, la plaza más difícil para los nazis. En la capital, su objetivo era seguir ganando apoyos en los distritos obreros a costa de los comunistas y, de paso, minar los apoyos con los que todavía contaba allí Strasser. Para esto último, Goebbels no dudó en recurrir a las SA, cuyos contundentes argumentos fueron utilizados contra sus propios compañeros de partido, pero las protestas dirigidas a Hitler por parte de Strasser y sus seguidores no causarían ningún efecto.

En ese momento la formación apenas contaba con 50.000 miembros y su implantación en el norte del país, especialmente en Berlín, era todavía muy débil, pero Hitler estaba muy satisfecho de haber logrado construir un partido a su medida, convertido en un poderoso instrumento al servicio de sus ambiciones. En esos momentos nadie apostaba por el partido nazi como una opción de futuro; sus argumentos no encontraban eco en una sociedad que había dejado atrás las circunstancias críticas que lo habían visto nacer. El discurso de Hitler podía tener aceptación entre los sectores que habían quedado fuera del progreso general que se observaba en toda Alemania, pero nadie podía pensar seriamente en que su formación pudiera contar alguna vez con un apoyo significativo entre la población germana. Sin embargo, Hitler demostraría poseer una extraordinaria habilidad política, al mantener la unidad del partido, no perder la calma y esperar pacientemente que llegase su oportunidad.

La «batalla de Berlín»

La táctica de Hitler de mostrarse con piel de cordero tuvo su fruto en marzo de 1927, cuando se le retiró la prohibición de hablar en público en Baviera. El 9 de marzo se organizó un gran mitin en el circo Krone, en el que el partido exhibió toda su parafernalia de uniformes, tambores, banderas y estandartes brillantes que imitaban las insignias de las legiones romanas. El discurso de Hitler, que duró dos horas y media, llevó al éxtasis a un público entregado. Hitler había regresado en plena forma.



Hitler, en un retrato de estudio. Él era muy consciente del valor de la imagen, por lo que sólo confiaba en su fotógrafo personal, Heinrich Hoffmann.

Mientras tanto, Goebbels estaba librando en la capital lo que él denominaría la «batalla de Berlín». Una vez reorganizada la sede local del partido, se decidió a provocar enfrentamientos con los comunistas; los altercados que se producían en sus mítines atraían la atención de los periódicos importantes, lo que incrementaba la popularidad del partido nazi. Sin embargo, en una ocasión las SA apalearon a un anciano sacerdote que había interpelado a Goebbels varias veces durante un mitin. El incidente despertó la indignación pública, de modo que las autoridades declararon ilegal el partido en Berlín, una prohibición que no sería revocada hasta la primavera de 1928.

Goebbels recogió los frutos sembrados en Berlín en las elecciones del 20 de mayo de 1928, al salir elegido para el Reichstag, unos comicios a los que Hitler no había podido presentarse al no ser

todavía ciudadano alemán. Pero los resultados del partido nazi en toda Alemania fueron decepcionantes, al conseguir apenas doce diputados de un total de 493, cuando se esperaba un resultado espectacular. No obstante, Hitler no pareció contrariado por ello, sino que extrajo conclusiones positivas de unos comicios en los que los partidos moderados de centro y de derecha habían sido derrotados por socialdemócratas y comunistas. Al contrario que sus seguidores, Hitler supo advertir las ventajas futuras para su movimiento que tendría esa polarización del espectro político.

Ese verano, Hitler se trasladó a su casa de montaña en Berchstesgaden. Allí se dedicó a reflexionar sobre los siguientes pasos que debía dar en su objetivo de alcanzar el poder y a dictar un nuevo libro, en el que avanzaba un paso más en sus principios expuestos en *Mein Kampf,* especialmente en sus obsesiones antisemitas. Esa obra, que llegó a conocerse como *El libro secreto de Hitler,* no sería finalmente editada por motivos que se desconocen y no saldría a la luz hasta treinta y dos años después.



El genio de la propaganda Joseph Goebbels consiguió que el partido nazi se abriera paso en un Berlín hostil, dominado por socialistas y comunistas.

Tras el paréntesis veraniego, el partido retomó su actividad, centrando su atención en los progresos que se estaban produciendo en Berlín. Allí acudió Hitler el 16 de noviembre, para celebrar un mitin ante 10.000 personas en el Sportpalast. Como el sistema de altavoces no

funcionaba, Hitler tuvo que recurrir únicamente a su voz para dirigirse la numerosa audiencia, en la que no faltaban comunistas que habían acudido para reventar el acto. Hitler logró acallar a los saboteadores y dominar por completo al público, en una exhibición que asombró a los que lo escuchaban por primera vez. Un mes después, Hitler habló ante los estudiantes de la Universidad de Berlín, obteniendo un éxito similar. Entre los asistentes se encontraba un profesor, Albert Speer, que también se vio arrastrado por la ola de entusiasmo que logró crear entre el público: «Disipó todo escepticismo, todas mis reservas», afirmaría más tarde, cuando se convirtió en el arquitecto favorito de Hitler.

El partido nazi seguía ganando apoyos en Berlín, mientras que Hitler maniobraba hábilmente para que sus escasos doce diputados obtuviesen una mayor atención, lo que logró gracias a un pacto circunstancial con el Partido Nacional del Pueblo. A pesar de ese crecimiento sostenido del partido nazi, Hitler continuaba siendo un líder político marginal al que nadie le concedía la mínima posibilidad de triunfar.

A principios de octubre de 1929, Hitler conoció a Eva Braun, una joven de 17 años que trabajaba de asistente en el estudio de Heinrich Hoffmann, su fotógrafo oficial. Eva se había quedado en el estudio para poner al día el archivo y se había subido a una escalera para alcanzar una caja de fichas situada encima de un armario. Según contó después a su hermana, «en ese momento entró el jefe en compañía de un hombre con un bigotito gracioso, un abrigo de color claro de estilo inglés y un gran sombrero de fieltro en la mano». Ella intuyó que le miraba las piernas. Cuando bajó de la escalera, Hoffmann le presentó al desconocido como *«Herr* Wolf». Minutos después, todos estaban sentados a una mesa en la que no faltaban salchichas y cerveza. Aunque Hitler se ofreció después a llevarla a casa en su Mercedes, Eva prefirió marchar sola. En los días siguientes, Hitler se presentaría a menudo en el estudio de Hoffmann con flores y bombones para ella y llegaron a salir en alguna ocasión juntos a tomar un café o al cine.



Hitler conoció a Eva Braun en octubre de 1929, cuando esta tenía diecisiete años y trabajaba en la tienda de su fotógrafo personal. Al principio, la relación fue apenas un pasatiempo para Hitler.

Eva Braun era hija de una modista y de un maestro. No había mostrado interés en los estudios y los profesores la definieron como «traviesa, tozuda y un tanto perezosa». Le gustaba practicar deporte, leer revistas y novelas de amor y el cine romántico. Aunque parece ser que, por entonces, la relación

era un simple pasatiempo para Hitler, Eva comenzó a jactarse ante sus compañeros de trabajo de que era su amante y futura esposa, lo que llevó a Hoffmann a recriminárselo, amenazándola incluso con despedirla. La situación debió incomodar a Hitler, ya que dejó de frecuentar el estudio de Hoffmann.

LA GRAN DEPRESIÓN

El 24 de octubre de 1929, la bolsa de Nueva York sufrió una fuerte caída en el precio de sus acciones. En los días siguientes, sobre todo el 29 de octubre, que sería conocido como el *martes negro,* el desplome del mercado de valores fue devastador. Ese hecho dramático provocaría unos efectos catastróficos en la economía norteamericana y mundial. Alemania se vería especialmente afectada, como consecuencia del modo en que se había producido su recuperación.

El *crack* de octubre de 1929 evidenció que buena parte de ese auge económico germano había sido un espejismo, al haberse basado en la enorme cantidad de dinero extranjero prestado a Alemania. De manera irresponsable, los préstamos eran amortizados con nuevos préstamos. Con ese dinero a crédito, además de pagar las reparaciones de guerra, se había financiado la recuperación de la industria y el comercio, así como los servicios sociales en general, elevando artificialmente el nivel de vida de la población. Pero el desplome de 1929 interrumpió la concesión de nuevos préstamos y llevó a la reclamación de la deuda a corto plazo, ahora sin posibilidades de ser financiada con más deuda.

Las fatales consecuencias de la crisis se revelaron con toda su crudeza en 1930: caída de precios y salarios, cierre de fábricas y de negocios, venta forzosa de propiedades y, sobre todo, un aumento espectacular del paro. Si en septiembre de 1929 había un millón trescientos mil parados, esta cifra habría ascendido al doble un año después, a más de cuatro millones en 1931 y a más de cinco millones en 1932.

La crisis económica por fuerza debía causar una crisis política y ahí estaba Hitler para aprovecharse de la desesperación de millones de alemanes. En las elecciones regionales de Sajonia, celebradas en junio de 1930, el partido nazi pasó de cinco a catorce representantes, convirtiéndose en la segunda fuerza política. Ese sería el aperitivo de que lo que estaría por llegar en septiembre.



Hitler, en el centro, rodeado de sus correligionarios en una reunión del NSDAP a finales de 1930.

En la campaña electoral para las elecciones generales del 14 de septiembre de 1930, los nazis abocaron todo su repertorio de ardides propagandísticos para atraer la atención y obtener votos. Hitler era consciente de que, tras una larga espera, había llegado por fin su oportunidad, por lo que el partido no escatimó recursos; se pintaron consignas en los muros, se pegaron miles de carteles y se convocaron innumerables mítines, manifestaciones y concentraciones anunciados por camiones provistos de altavoces. Por su parte, las SA no rehuían el enfrentamiento con los comunistas, contribuyendo así a dar una impresión de energía y resolución.

El día de los comicios, treinta millones de alemanes acudieron a las urnas, cuatro más que en 1928. Los resultados sorprendieron incluso a Hitler: los nazis habían pasado de ochocientos mil votos a casi seis millones y medio y su número de representantes en el Reichstag había crecido de 12 a 107 diputados. De ser la novena fuerza política habían pasado a ser la segunda. Aunque el canciller sería Heinrich Brüning, Hitler se había convertido en un líder nacional con el que a partir de entonces habría que contar para la gobernabilidad del país.

Duro golpe personal

El NSDAP se hallaba preparado para iniciar la última fase de la escalada, ahora que la cima del poder se encontraba a la vista. A finales de ese año, el partido contaba con una masa de más de cuatrocientos mil afiliados y los diputados nazis, vistiendo sus uniformes pardos, habían demostrado su fuerza en el Reichstag, provocando desórdenes tales que con frecuencia habían tenido que suspenderse las sesiones. Brüning se vio obligado a gobernar a golpe de decreto firmado por el presidente Hindenburg.

El año 1931 comenzó con los mejores augurios; se inauguró en Múnich la nueva sede del partido, la llamada Casa Parda, en donde Hitler dispondría de un amplio y lujoso despacho, aunque apenas trabajaría en él. Además, las ventas de *Mein Kampf* habían experimentado una subida espectacular, proporcionando a Hitler unos respetables ingresos personales. Pero no todo eran buenas noticias; en

febrero estalló una fuerte crisis en las SA. Además de estar descontentos con sus pagas, sus miembros se negaban a ser un mero servicio de orden en los mítines. Tras restaurar su autoridad, Hitler destituyó a Von Salomon y después de nombrarse él mismo Jefe Supremo de las SA repescó a Ernst Röhm, que se encontraba entonces prestando servicios como oficial en el ejército boliviano, para que se hiciera cargo de la organización de las SA, como jefe de Estado Mayor.

Hitler pasó el verano de 1931 dedicado a consolidar el partido, que se hallaba sometido a tensiones debido al enorme crecimiento de su masa de afiliados, pero a mediados de septiembre le esperaba un acontecimiento trágico que marcaría su vida. Hitler mantenía por entonces una ambigua relación con Geli Raubal, la hija de su medio hermana Angela. La joven no poseía una belleza espectacular pero era, según todos los testimonios, una muchacha vivaz y simpática, a quien le gustaba coquetear con todo el mundo. Geli había despertado en Berchtesgaden el interés de Hitler, quien en septiembre de 1928 se la había llevado a su nuevo piso de nueve habitaciones de Múnich, situado en la Prinzregentenplatz, supuestamente para que pudiera estudiar en la capital bávara. Ambos solían acudir juntos al teatro o a restaurantes. Hitler le daba todo lo que quería, pero restringía mucho su vida social; cuando no iba con él, siempre debía acompañarla alguien de su confianza, incluso cuando iba a tomar sus lecciones de canto. Para alguien tan alegre y vital como ella, esa situación le hacía sentirse desdichada.

La naturaleza de esa relación tío-sobrina ha dado lugar a muchas especulaciones. Los enemigos políticos de Hitler llegarían a extender rumores sensacionalistas acerca de sus supuestas relaciones sexuales perversas. El que ella explicase en alguna ocasión que «mi tío es un monstruo, nadie puede imaginar lo que exige de mí» parece apuntar a este extremo. La existencia de unos dibujos de Hitler en los que Geli le sirvió de modelo, en los que ella aparece desnuda, llevan a pensar que la relación no fue la que se espera que mantengan un tío con su sobrina, aunque tampoco prueban nada. No obstante, al estar basadas las diferentes versiones en la conjetura y el rumor, es imposible conocer hasta dónde llegó esa relación. Lo que está claro es que la conducta de Hitler con su sobrina tenía todos los rasgos de una dependencia sexual fuerte, ya fuera física o latente, lo que se manifestaría con muestras extremas de celos y una posesividad dominante. Cuando Hitler descubrió un escarceo amoroso de Geli con Emil Maurice, su leal chófer y guardaespaldas, sacó su arma y apuntó a la cabeza de Maurice, totalmente fuera de sí.

El 17 de septiembre de 1931, Hitler, tras una acalorada discusión con Geli, emprendió un viaje por carretera a Núremberg. A la mañana siguiente, mientras Hitler y su séquito salían de Núremberg rumbo a Hamburgo, su coche fue alcanzado por un mensajero, requiriéndole que regresase de inmediato al hotel, ya que Hess estaba al teléfono para darle una terrible noticia. Allí, Hitler se enteró de que su sobrina se había suicidado, disparándose una bala en el corazón. Hitler se sintió muy deprimido y esa noche se temió incluso que se pudiera quitar la vida. El motivo del suicidio también ha sido objeto de varias especulaciones, desde que Geli encontró en una chaqueta de Hitler una nota escrita por Eva Braun, con quien unos meses antes había retomado su relación, a que estaba enamorada de un violinista de Linz a quien no se le permitía ver. Incluso se habló de que estaba esperando un hijo de un artista judío de Viena. Lo que es seguro es que Geli no había podido soportar la intensa presión psicológica a la que le había sometido su posesivo tío.



La sobrina de Hitler, Geli Raubal, con quien mantenía una ambigua relación cuya naturaleza no se ha logrado determinar. Acabaría suicidándose ante la presión a la que le sometía su tío.

El entierro se celebró en Viena; Hitler, visiblemente afectado, acudió allí de incógnito. Pero, una vez más, tras un duro golpe personal, Hitler resurgiría con ánimos renovados: «Ahora, que empiece la lucha. La lucha que debe verse y se verá coronada por el éxito», aseguró durante el viaje de regreso.

Aunque el trauma por la muerte de su sobrina Geli le acompañaría el resto de su vida, como lo demuestra el que ordenase que su habitación permaneciese intacta como si de un santuario se tratase, Hitler se recuperó rápidamente para batirse en las nuevas batallas políticas que se avecinaban. Tras una larga travesía desde el fracaso del *Putsch* de 1923, el partido nazi se hallaba dispuesto para iniciar el asalto definitivo al poder.

Duelo electoral

Con los extraordinarios resultados obtenidos en septiembre de 1930, Hitler había dado un gran paso en su objetivo final e irrenunciable: ser nombrado canciller. Sin embargo, esa meta todavía quedaba lejos. El 14 de octubre de 1931 se concertó una reunión entre Hitler y el presidente

Hindenburg. En esta primera toma de contacto, Hitler se sintió visiblemente intranquilo y sus largos comentarios llegarían a irritar al veterano mariscal, quien no podía dejar de ver en él a un simple cabo. Tras la reunión, Hindenburg aseguró que lo máximo a lo que Hitler podía aspirar era a ministro de Correos.

En 1932 expiraba el mandato del presidente Hindenburg. En enero, el canciller Brüning pidió a Hitler su apoyo para introducir el cambio en la Constitución que permitiese postergar las elecciones a la presidencia de la República hasta la muerte natural de Hindenburg. Pero Hitler, cuyo apoyo era imprescindible para alcanzar la mayoría parlamentaria cualificada, no accedió a ello, dispuesto a aprovechar en su beneficio la inestabilidad inherente a la apertura de un proceso electoral. Así, Hindenburg se vio forzado a presentarse a la reelección, lo que anunció en febrero. Por su parte, Hitler era remiso a presentarse para el cargo de presidente, ya que su objetivo era ser canciller y además era previsible una victoria de Hindenburg, pero ante la falta de un candidato carismático entre sus filas accedió finalmente a competir en las urnas con el mítico mariscal. Para poder presentarse, antes tuvo que obtener la ciudadanía alemana, un trámite para el que se utilizó un subterfugio legal: su nombramiento como consejero de Braunschweig por las autoridades nazis locales.

Aunque Hitler se vio arropado por una innovadora y potente campaña electoral dirigida por Goebbels, Hindenburg ganó con holgura las elecciones del 13 de marzo de 1932. El mariscal le aventajó en más de siete millones de votos, pero apenas 170.000 votos le separaron de la mayoría necesaria para ser proclamado presidente, por lo que fue necesario acudir a una segunda vuelta, a celebrar el 10 de abril. Para estos comicios, Hitler contó con un avión alquilado adornado con la consigna de «El *führer* sobre Alemania». Hitler, volando de ciudad en ciudad, consiguió pronunciar veinte discursos importantes en apenas diez días de campaña, reuniendo en total cerca de un millón de personas; hasta ese momento, no se había visto en Alemania nada igual. Esta vez, Hindenburg sí obtuvo la mayoría, pero Hitler cosechó dos millones de votos más que en la primera vuelta. Pese a haber sido derrotado en ese duelo electoral, las elecciones presidenciales habían supuesto una nueva demostración de fuerza del partido nazi y un nuevo paso hacia el poder.



Cartel de propaganda de Hindenburg para las elecciones presidenciales de 1932. El veterano mariscal acabaría ganando su duelo con Hitler, quien estaba más interesado en el cargo de canciller.

El tercer compromiso electoral del año llegaría el 24 de abril de 1932, con una serie de elecciones regionales que incluían a Prusia o Baviera, lo que las convertía prácticamente en unos comicios nacionales. Hitler llevó a cabo el segundo «Vuelo sobre Alemania» *(Deutschlandflug)* entre el 16 y el 24 de abril, en el que pronunció veinticinco discursos. A donde Hitler tenía previsto llegar, se creaba una increíble expectación; miles de personas soportaron largas esperas, a veces bajo la lluvia, para poder escuchar a Hitler. Los resultados fueron similares a los obtenidos en la segunda vuelta de las presidenciales, registrando alrededor de un tercio de los votos en las distintas regiones, lo que se consideró una «victoria fantástica», en palabras de Goebbels. En Prusia, el ascenso del NSDAP fue espectacular, pasando de 6 a 162 escaños, convirtiéndose en el primer partido.

OBJETIVO: LA CANCILLERÍA

Aunque el partido nazi obtenía un apoyo creciente de los electores, la cancillería aún parecía estar muy lejos para Hitler. Era difícil pensar que el NSDAP pudiera obtener algún día la mayoría de

escaños en el Reichstag; a pesar del enorme esfuerzo que se había hecho para movilizar a las masas, los resultados no habían mejorado respecto a los últimos comicios e incluso en algunas zonas habían descendido ligeramente, lo que llevaba a pensar que el partido nazi había alcanzado su techo. También era improbable que algún día Hindenburg encargase a Hitler formar gobierno. La única posibilidad factible era que Hitler y los nazis entrasen en un gobierno de coalición, pero sin obtener la cancillería, lo que era visto con buenos ojos en algunos sectores del partido, con Strasser al frente. Sin embargo, Hitler no estaba dispuesto de ningún modo a que el partido nazi entrase a formar parte de un gobierno en el que él no fuera canciller.

La inoperancia del gobierno presidido por el canciller Brüning llevó a su sustitución por un refinado y acaudalado caballero, Franz von Papen, quien no parecía ser la persona más indicada para fijar el rumbo de la nave alemana en medio de la tormenta. El propio Von Papen diría: «Dudo mucho que yo sea el hombre adecuado» antes de aceptar la propuesta de Hindenburg. Inicialmente, Hitler aseguró que le daría su apoyo, pero de inmediato exigió la disolución de la cámara y la convocatoria de elecciones para el 31 de julio de 1932.

Al considerar que un ambiente tenso le era favorable para sus aspiraciones políticas, Hitler alentó las batallas callejeras contra los comunistas y una nueva ola de violencia se abatió sobre Alemania, provocando decenas de muertos. La campaña electoral, la cuarta del año, resultó agotadora para el partido nazi, al intentar mantener el mismo grado de intensidad alcanzado en las anteriores. Hubo toques originales, como el reparto de 50.000 discos de gramófono con un discurso de Hitler. En su tercer «Vuelo sobre Alemania», Hitler habló en 53 pueblos y ciudades, obligando a un enorme esfuerzo organizativo. En esos comicios, los nazis obtendrían 230 actas de diputado de 608 escaños totales, lo que constituyó un gran éxito en comparación con las últimas elecciones legislativas, celebradas en 1930, en las que habían conseguido 107 representantes. El NSDAP se convirtió así en la primera fuerza del Reichstag, pero una lectura más atenta de los resultados demostraba que la preocupante impresión de que el partido nazi había tocado techo era cierta; el porcentaje de votos, un 37 por 100, era similar al obtenido en los dos últimos procesos electorales.

La vía legal de ascenso al poder mostraba síntomas de agotamiento. Goebbels se impacientaba, tal como dejó reflejado en su diario: «Tiene que pasar algo, se acabó el tiempo de la oposición. ¡Hacen falta ya hechos! Tienen que tomarse decisiones. No conseguiremos una mayoría absoluta de este modo». Hitler, con serias dudas sobre la manera de rentabilizar su fuerza en el Reichstag, decidió tomarse un respiro los primeros días de agosto para fijar la estrategia a seguir.

A pesar de su estancamiento y de las pesimistas apreciaciones de Goebbels, los nazis tendrían muy pronto abiertas las puertas del poder; el canciller Papen les ofreció entrar en un gobierno presidido por él, reservando para Hitler el cargo de vicecanciller. Sin embargo, Hitler exigió la cancillería y los ministerios más importantes para su partido. Por su parte, Hindenburg rechazaba por completo la idea de dar el poder a Hitler, pero este permanecía inflexible, jugando al todo o nada. Por si fuera poco, además de exigir el cargo de canciller y los mejores puestos en el gabinete, pretendía que se aprobase una ley que le confiriese poderes para gobernar el país por decreto, lo que equivalía a instaurar una dictadura.

La posición de Hitler no era compartida por todos sus partidarios, muchos de los cuales deseaban ya asumir tareas de gobierno, aunque fuera en un gobierno de coalición en el que Hitler no fuera canciller. La corriente de Strasser en el partido nazi se mostraba claramente en contra de esa postura tan intransigente como poco realista, ya que tal vez se estaba dejando pasar la última posibilidad de

gobernar. Las tensiones en el partido iban en aumento, amenazando su unidad; las SA hablaban incluso de tomar el poder por la fuerza mediante un nuevo *Putsch*. Hindenburg hizo todo lo posible para que Hitler se incorporase a un gobierno de coalición, pero fue inútil. Hitler le expresó entonces su voluntad de pasar a la oposición.

Descenso electoral

El inicio de la nueva legislatura comenzó con un partido nazi aparentemente apaciguado. Sus diputados se comportaban con inusual respeto por sus adversarios, lo que llevó a que Goering fuera elegido presidente de la cámara. Pero apenas una semana después se demostró que esa nueva actitud había sido fruto de un frío cálculo. Desde la presidencia, Goering logró subvertir descaradamente el reglamento para derribar el gobierno de Papen antes de que este pudiera disolver el parlamento. Aunque el resultado práctico fue el mismo, la triquiñuela de los nazis demostró que, en adelante, el ordenamiento jurídico no supondría ningún obstáculo para alcanzar sus objetivos.

Así pues, se convocaron nuevas elecciones para el 6 de noviembre, las quintas en 1932. Alemania estaba emocionalmente agotada por esa serie de elecciones que parecía interminable. El partido nazi no llegaba a estos comicios en su mejor momento; las campañas anteriores habían agotado todos los fondos disponibles. El cansancio de la población germana también afectaba al electorado del partido nazi, que no respondería masivamente a las convocatorias. Además, el apoyo a regañadientes de los nazis a una huelga salvaje de transporte en Berlín impulsada por los comunistas, para no perder el respaldo del votante obrero, provocó una disminución de los donativos burgueses a la campaña y un alejamiento del electorado de clase media. Aun así, Hitler abocó toda su energía en la campaña; su cuarto «Vuelo sobre Alemania» le llevaría a pronunciar discursos dos o tres veces al día por toda la geografía germana.

Hitler se vio obligado a interrumpir brevemente la campaña la noche del 1 de noviembre cuando se enteró de que Eva Braun parecía haber intentado suicidarse disparándose un tiro con la pistola de su padre. Aunque ella dijo haberse apuntado al corazón, en el último instante debió levantar el arma, ya que sólo se provocó una herida superficial. Fue trasladada a un hospital, a donde Hitler acudió a visitarla con un gran ramo de flores. Hitler no debió quedar muy impresionado con ese supuesto intento de suicidio, ya que se reincorporó a la campaña electoral al día siguiente con un gran mitin en Berlín.

Tras el recuento electoral, el partido nazi seguía siendo la primera fuerza política, pero su porcentaje de votos había bajado del 37 al 33 por 100, sufriendo un descenso de dos millones de votos y treinta y cuatro escaños. La marea nazi parecía haber iniciado ya el reflujo, alejándose la posibilidad de que Hitler pudiera alcanzar el poder. Los hechos parecían dar la razón al sector del partido que había abogado por entrar en el gobierno del canciller Papen. De hecho, los seguidores más radicales, decepcionados y fatigados por un esfuerzo que no parecía dar frutos tangibles, habían comenzado a abandonar las filas nazis para ingresar en el partido comunista. Un informe interno citaba a miembros de la formación que decían estar hartos ya de «un partido cuyo jefe no tiene ningún programa y no sabe lo que quiere».

Ante el comienzo de la nueva legislatura, el panorama no parecía haber cambiado en nada. El canciller Papen intentó formar un gobierno que contase con una mayoría estable en el Reichstag; para

ello requirió nuevamente el apoyo de Hitler, quien seguía anclado en sus pretensiones maximalistas. El 17 de noviembre, un Papen desfondado presentó la dimisión ante Hindenburg, quien inició una ronda de conversaciones con los líderes de los partidos.

La aritmética parlamentaria evidenció que Hitler se había convertido en la clave de la gobernabilidad del país. Hindenburg llegó prácticamente a implorarle que formase un gobierno de coalición con los otros partidos de la derecha, pero su exigencia de la cancillería era innegociable, algo que el veterano mariscal no estaba dispuesto a conceder. Mientras tanto, las presiones sobre Hindenburg para que nombrase canciller a Hitler venían de todos lados, incluso desde los grandes magnates de las finanzas y la industria.

Pero Hindenburg no dio su brazo a torcer y el 2 de diciembre sustituyó a Papen por el intrigante general Kurt von Schleicher, a la sazón ministro de Defensa. El flamante y astuto canciller tenía un plan para provocar la ruptura del partido nazi. Para ello propuso la vicecancillería a Strasser, con quien se había reunido antes en secreto, por lo que sabía que estaba dispuesto a aceptar. Aun así, Strasser se mantenía todavía leal a Hitler y le pidió su apoyo a esa propuesta; Hitler rechazó tajantemente cualquier tipo de acuerdo. La tensión dentro del partido era máxima. Hitler incluso llegó a amenazar con suicidarse: «Si el partido llega a romperse en pedazos, le pondré fin a todo en tres minutos con un disparo».

Strasser tenía el control de una parte importante de la estructura del NSDAP, por lo que habría podido forzar una renuncia de Hitler, en ese momento muy criticado, pero cometió un error crucial. En lugar de llamar a una rebelión abierta que hubiera tenido visos de triunfar, renunció a todos sus cargos y decidió tomarse un respiro marchándose a Italia, lo que fue aprovechado por Hitler para extender por el partido la idea de que Strasser había sido un traidor. Al advertir que había caído en desgracia, la masa general de afiliados también le dio la espalda. Con la marcha de Strasser, Hitler volvía a aferrar con firmeza las riendas del partido, pero buena parte de los militantes seguían intranquilos y desmoralizados.

HITLER LLEGA AL PODER

Tras el aviso protagonizado por Strasser, fue evidente para Hitler que había que acelerar el curso de los acontecimientos. El partido daba muestras crecientes de agotamiento y sus enemigos ya celebraban por adelantado su aniquilamiento político, por lo que había que obtener la cancillería lo antes posible. Para ello, el 4 de enero Hitler se reunió con Papen, acordando ambos trabajar juntos para que Hitler obtuviese la confianza de Hindenburg. El 22 de enero, Hitler se reunió en secreto con el hijo de Hindenburg, quien gozaba de gran influencia política, ganándoselo para su causa. Igualmente, Hitler mantuvo reuniones con los grandes industriales, prometiéndoles un futuro esplendoroso para sus negocios en el caso de que él llegase al poder.

A la vez, los nazis estaban lanzando una feroz campaña contra el canciller Von Schleicher, aventando el rumor falso de que tramaba dar un golpe de Estado. Finalmente, el 28 de enero, el canciller Schleicher se vio forzado a presentar la dimisión. Había que nombrar un nuevo canciller; Hindenburg buscó consejo en Papen, quien le aseguró poder formar un gobierno con Hitler, en donde este sería el canciller, pero en el que los nazis estarían en minoría y fuera de las carteras principales. Con esa jugada, Papen creía haber encontrado la manera de contentar a Hitler, atar en corto a los

nazis, y alcanzar la ansiada estabilidad política. Sin otra alternativa, Hindenburg accedió finalmente a entregar la cancillería a Hitler.

El 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller de Alemania por el presidente Hindenburg, en una fría ceremonia en la que el veterano mariscal no hizo nada por disimular su incomodidad. Aunque no estaba previsto, Hitler dirigió unas palabras a los presentes; aprovechando una pequeña pausa, Hindenburg le interrumpió para dar por finalizada la ceremonia con la frase: «Bueno, caballeros, ahora adelante con la ayuda de Dios».

En ese momento, fueron muy pocos lo que advirtieron las terribles consecuencias que iba a tener la decisión del anciano presidente, a la que tanto se había resistido. Uno de ellos fue el general Ludendorff, quien conocía muy bien a Hitler tras haber participado con él en el *Putsch* de Múnich. El clarividente militar enviaría a Hindenburg una carta en la que figuraban estas premonitorias palabras: «Yo profetizo solemnemente que este hombre maldito arrojará a nuestro Reich al abismo y llevará a nuestra nación a una miseria inconcebible. Las generaciones futuras os maldecirán en vuestra tumba por lo que habéis hecho».



Hitler es vitoreado por sus seguidores la noche del 30 de enero de 1933, tras ser nombrado canciller. Desde ese momento lanzaría una audaz ofensiva para alcanzar el poder absoluto.

Hitler había alcanzado su sueño. Ya era canciller de Alemania. Culminaba así una asombrosa carrera política que le había llevado de una sala oscura y desangelada de una cervecería de Múnich a la Cancillería de Berlín. Aquel deprimente cenáculo que se reunía a leer y contestar cartas y que no contaba ni con un sello de goma se había convertido en un movimiento de masas engrosado por millones de votos. Aquel Partido Obrero Alemán, que a duras penas lograba acarrear unas docenas de seguidores a sus mítines, era ahora la primera fuerza política en el parlamento germano.

Durante esos turbulentos años, Hitler había demostrado poseer un talento político fuera de lo normal. Desde el fracasado golpe de Estado de 1923, prácticamente no había cometido errores, avanzando con determinación en sus calculados propósitos. Con una extraordinaria capacidad para advertir las debilidades ajenas, había aprovechado los resquicios que le ofrecía el sistema para ir penetrando en él, con el objetivo último de destruirlo. Consciente de las fuerzas con las que contaba en cada momento, sólo se lanzaba a la batalla cuando sabía que la iba a ganar. No dudó en afrontar

riesgos en los que sólo él creía que iba a salir airoso y su recurrente táctica del «todo o nada» se reveló como singularmente efectiva. Su falta de escrúpulos le llevó a abandonar sus principios cuando así le convenía y a prescindir de todo aquel que ya había servido para sus fines. Su inquebrantable fuerza de voluntad, puesta al servicio de su desmedida ambición de poder, le había llevado finalmente a la Cancillería. Pero todavía no había alcanzado su meta: convertirse en el amo y señor de Alemania.

Dueño de Alemania,
febrero 1933-agosto 1939

Hitler había llegado al poder gracias a una combinación de fuerza de voluntad, astucia, habilidad y suerte. Algunos consideran que su nombramiento como canciller fue inevitable, cuando la realidad es que se produjo, en buena parte, por la torpeza de sus rivales y adversarios políticos. Por un lado, los comunistas, siguiendo una política aprobada por Moscú, habían dado prioridad a la eliminación de los socialdemócratas, con quienes competían por ganarse a la clase trabajadora; de hecho, anunciaron abiertamente que preferían ver a los nazis en el poder antes que los que ellos consideraban el principal obstáculo para establecer en el futuro la dictadura del proletariado. Por su parte, los socialdemócratas sí que advirtieron el peligro que representaba Hitler, pero no lograron articular una oposición eficaz al nazismo. En cuanto a los partidos de la derecha, preocupados en proteger sus intereses de clase ante la amenaza que representaban socialistas y comunistas, creyeron ser capaces de domesticar a Hitler aceptándole como socio, en una decisión que se revelaría como un error letal.

Nada más llegar al poder, Hitler puso en marcha su plan para crear un Estado totalitario. Sería difícil encontrar en la historia otro ejemplo de un país avanzado que en tan poco tiempo haya experimentado cambios tan profundos como los que sufrió Alemania en los primeros meses de 1933. Hitler sabía que, pese a haber sido nombrado canciller, su poder era todavía circunstancial y que podía perder en cualquier momento la confianza de sus compañeros de coalición o del presidente Hindenburg. Pero él no estaba dispuesto a jugar con las reglas recogidas en la Constitución, por lo que lanzó una serie de medidas destinadas a destruir el sistema democrático vigente y asegurarse su permanencia en el poder.

Los nazis contaban únicamente con tres de los once puestos del Gabinete y, además, carteras de segundo orden, pero para Hitler fue más que suficiente para iniciar su ofensiva. La clave estaba fuera del Gabinete; Göring había sido nombrado, además de ministro sin cartera, ministro del Interior de Prusia, un puesto desde el que controlaba a la burocracia y a la policía de la región más grande de Alemania y que incluía la capital. Göring procedió a despedir a cientos de funcionarios y a sustituirlos por nazis, colocando a miembros de la SA y las SS al frente de la policía. El 22 de febrero, Göring ordenó establecer una policía auxiliar, formada por cincuenta mil hombres procedentes de las SA y las SS. Tan sólo debían colocarse un brazalete blanco sobre sus camisas pardas o negras para pasar a representar a la autoridad del Estado. De este modo, la autoridad policial pasó a ser desempeñada por bandas de matones.



Retrato de Hermann Göring en 1932. Como presidente del Reichstag, utilizaría el cargo de forma partidista para destruir a la oposición.

A partir de ese momento, los abusos cometidos contra los adversarios de los nazis serían continuos. Los nuevos policías se dedicarían a imponer su ley en las calles y a asaltar impunemente sedes de partidos, sindicatos y periódicos.

A la par que los derechos fundamentales comenzaban a verse conculcados impunemente, Hitler aceleraba las reformas legales destinadas a acrecentar su poder. Actuando con rapidez, decisión y mucha audacia, los decretos que el nuevo canciller colocaba en la mesa del presidente Hindenburg para su aprobación iban eliminando todos los contrapesos que la Constitución había establecido para evitar la irrupción de un poder dictatorial. Con los nazis al frente del aparato policial y con los medios de comunicación amedrentados, Hitler disolvió el Reichstag y convocó elecciones para el 5 de marzo de 1933. La intensidad de la campaña electoral nazi en esos comicios sería avasalladora, mientras sus adversarios apenas podían transmitir su mensaje de alarma a la sociedad sobre lo que estaba ocurriendo.

Régimen de partido único

La noche del 27 de febrero, un impactante acontecimiento vendría a reforzar aún más la ventaja del partido nazi. El edificio del Reichstag fue presa de un misterioso incendio. Esa misma noche fue detenido un joven comunista holandés, Marinus van der Lubbe, con pruebas que lo incriminaban, pero el origen de la acción nunca quedaría esclarecido. Existen indicios para pensar que fueron los propios nazis los que provocaron el incendio, pero de lo que no hay duda es que estos supieron sacar provecho del incidente de forma magistral.

De inmediato, los nazis extendieron el bulo de que Van der Lubbe formaba parte de un complot comunista que pretendía desencadenar una campaña de terrorismo, cuya señal era el incendio del emblemático edificio. Para actuar sobre esa inexistente conspiración comunista, Hitler promulgó un «Decreto para la Protección del Pueblo y del Estado», por el que se suspendían las libertades políticas y se fortalecía el poder central. El decreto suponía el fin del derecho a la libertad de expresión, la libertad de prensa y la libertad de manifestación y, lo que era aún más grave, permitía la detención sin mandato judicial. A partir de ese momento, las detenciones por motivos políticos se sucedieron en cascada.

Pese a que la contienda electoral del 5 de marzo de 1933 se jugó con unas reglas amañadas, el resultado supuso una inesperada decepción para Hitler y los nazis. El NSDAP obtuvo sólo 288 escaños de un parlamento de 647 representantes, quedándose lejos de la mayoría absoluta. Por otro lado, los 201 diputados obtenidos por las izquierdas en ese ambiente tan poco propicio, además de constituir un fuerte contrapeso parlamentario, eran la prueba de que una parte importante de la población germana se revelaba ante la hegemonía nazi. Pero Hitler no había llegado hasta ahí para seguir dependiendo de las reglas del juego democrático; así, procedió a anular los sindicatos y detener a sus dirigentes y mandó encarcelar a parte de los diputados socialistas y comunistas, mientras que otros optaron por el exilio.



El Reichstag es pasto de las llamas la noche del 27 de febrero de 1933. Nunca se aclaró el origen del incendio, pero los nazis supieron aprovecharlo para eliminar a sus oponentes políticos.

Para certificar la aniquilación del sistema democrático y obtener plenos poderes, el 23 de marzo, en su primera sesión, el Parlamento, reunido en el Teatro de la Ópera Kroll tras el incendio del Reichstag, votó la llamada «Ley de Habilitación». Para cumplir formalmente con la legislación, Hitler necesitaba contar con la aprobación de los dos tercios de la cámara. Para conseguirlo, a los diputados comunistas que todavía no habían sido detenidos se les impidió el acceso al hemiciclo. Con engaños y falsas promesas, Hitler logró convencer al Partido del Centro para que le diese sus votos y de este modo consiguió la ansiada mayoría de dos tercios. La Ley de Habilitación fue aprobada por 444 votos a favor y 94 en contra. La democrática República de Weimar quedaba así definitivamente enterrada.

A partir de ahí, la construcción del Estado totalitario nazi ya no se detendría. Anticipándose a la aprobación de esa ley de plenos poderes, el 21 de marzo ya se había creado el primer campo de concentración, el de Dachau, para alojar a los miles de opositores políticos que habían sido arrestados. El 26 de abril de 1933 se creó por decreto la *Geheime Staatspolizei* (Policía Secreta del Estado), más conocida por Gestapo, partiendo de la organización de la policía secreta prusiana y respondiendo directamente ante Hitler. La Gestapo se convertiría en la institución más temida del nazismo y sería el pilar del nuevo Estado policial.



Hitler rinde sus respetos a Hindenburg el 21 de marzo de 1933. Dos días después, el Reichstag concedería a Hitler una ley de plenos poderes, confiriéndole así un poder dictatorial.

El 14 de julio de 1933 se promulgó una ley que prohibía la formación de nuevos partidos, proclamando al NSDAP como el único legal. Al mismo tiempo, se llevó a cabo la llamada *Gleichschaltung* (Coordinación o igualación), lo que suponía la nazificación de todos los estamentos, desde la judicatura a los sindicatos, pasando por el ejército, la educación, la cultura o el deporte.

Para eliminar todo vestigio del fenecido régimen democrático, el 12 de noviembre de 1933 se celebraron nuevas elecciones al Parlamento alemán; los 661 escaños fueron a parar íntegramente a la única formación que podía presentarse, el partido nazi. De los 45.100.000 electores que ejercieron el voto, 39.600.000 apoyaron a Hitler. La única opción que permitía expresar la oposición a los nazis, el voto nulo, consiguió sumar 3.398.404 votos, apenas uno de cada diez sufragios. Teniendo en cuenta la ausencia de libertades, la manipulación informativa, la presión del poder y el miedo de los opositores a significarse, no podía esperarse otro resultado.

Desde ese momento, quedaba borrado cualquier rastro de vida parlamentaria. El único cometido de los diputados nacionalsocialistas que copaban el hemiciclo sería aprobar por unanimidad las resoluciones presentadas por el *führer*. Libre de cualquier atadura que pudiera limitar su poder, Hitler se lanzó a la construcción de su soñado Reich de los Mil Años.

Dos meses antes, Hitler ya había escenificado la puesta en marcha de su plan más ambicioso; dotar a Alemania de una red de autopistas, una voluntad que expresó tras su cautiverio en la prisión de Landsberg y que ahora tenía la oportunidad de hacer realidad. El 23 de septiembre, en Frankfurt, Hitler dio comienzo en un acto propagandístico, a golpe de azadón, a las obras de construcción de la primera de una red de autopistas que debía cubrir toda la extensión del Reich. Paradójicamente, Hitler se aprovechó de los trabajos preliminares que se habían emprendido durante la República de Weimar, en forma de mapas, proyectos y expropiaciones. No obstante, el impulso personal de Hitler fue decisivo para acometer un proyecto tan colosal, una obra revolucionaria que despertaría la admiración tanto de los alemanes como de los extranjeros, logrando de paso desviar la atención sobre la brutalidad de su régimen.

Método de trabajo

Su estilo de trabajo desde el cargo de canciller seguiría siendo el mismo que había desarrollado desde los primeros tiempos del NSDAP. Hitler era incapaz de llevar a cabo un trabajo sistemático y no se interesaba por ello lo más mínimo. Aun después de llegar al poder, seguía siendo tan caótico y diletante como siempre. Hitler había encontrado el papel en el que podía entregarse plenamente al estilo de vida desordenado, indisciplinado e indolente al que se había atenido en realidad desde su infancia de niño mimado en Linz y sus años en Viena.

A pesar de su alta responsabilidad, Hitler no tenía un horario de trabajo regular. Sus colaboradores jamás podían encontrar un momento concreto para ver a Hitler, ni siquiera cuando tenían que tratar con él asuntos de extrema importancia. Si conseguían que atendiese un asunto, este quedaba despachado normalmente con escasa atención al detalle. Hitler tenía la costumbre de convertir el asunto que había que tratar en una cuestión sobre la cual pontificaba en un largo monólogo durante una hora paseando por el despacho. Era frecuente que hiciese caso omiso de lo que se le pedía que resolviera y se saliese por la tangente para pasar a entregarse a algún capricho del momento. Si Hitler captaba una clave que le llevaba a algo en lo que estaba interesado, entonces se hacía cargo de la conversación y el asunto que se analizaba quedaba archivado. En cuestiones que él no entendía o en que la decisión era embarazosa, se limitaba a eludir la discusión.

Hitler escuchaba atentamente cualquier cosa que tuviera interés para él, pero si el asunto no era de su gusto, se ponía a hojear distraídamente una revista o mostraba tan poca atención como le era posible. Cuando caía en sus manos un informe que le resultaba interesante, se concentraba en su lectura, pero normalmente evitaba leerlos. Algunos funcionarios aguardaban durante días en antesalas, pero si un conocido de los viejos tiempos se presentaba era probable que lo invitara inmediatamente a un almuerzo, durante el cual la visita exponía problemas que a menudo se solucionaban allí mismo.

Él nunca se tomaba en serio las protestas de su personal. Hitler solía decir sobre eso: «Los problemas no se solucionan poniéndose nervioso. Cuando llegue el momento, el problema se resolverá de una manera u otra». Él era de la opinión de que muchos asuntos se arreglan solos si uno no los remueve, y actuaba en consecuencia; así, cuando le llegaba algún asunto de difícil resolución, lo dejaba aparcado dos meses, anotando el encargo de que le avisasen cuando ese plazo hubiera transcurrido. Cuando pasaba ese tiempo, una buena parte de esos problemas ya se habían solucionado, normalmente al haberse impuesto una de las dos partes en litigio, lo que hacía ya innecesario actuar.

Hitler era autoritario y dominador, pero inseguro y vacilante; era reacio a decidir, pero dispuesto luego a tomar decisiones más audaces de las que ningún otro se atrevía considerar. Hitler nunca se volvía atrás de una decisión una vez tomada. Estos rasgos de carácter son parte del enigma de la extraña personalidad de Hitler.

La inaccesibilidad, las intervenciones esporádicas e impulsivas, la impredicibilidad, la ausencia de una pauta regular de trabajo, el desinterés por las cuestiones administrativas y el recurso inmediato a los monólogos prolongados en vez de atender al detalle serían los elementos característicos del estilo de Hitler como dictador con poder supremo sobre Alemania. El que un aparato del estado tan complejo pudiera funcionar teniendo al mando a un líder de estas

características constituye otro hecho sorprendente.

La «Noche de los cuchillos largos»

Aunque Hitler podía gobernar ahora sin ningún tipo de oposición, todavía quedaba quien discutía su poder. El jefe de las SA, Ernst Röhm, y otras figuras destacadas del nazismo, como el marginado Gregor Strasser, defendían la idea de que, una vez conquistado el poder, había que organizar una «segunda revolución» que permitiese desarrollar los puntos más socialistas del programa del NSDAP. Ese segundo proceso revolucionario incluía la nacionalización de las grandes industrias o el reparto de las tierras de los grandes terratenientes prusianos, lo que implicaba la ruptura con la derecha más conservadora.

La fuerza del ala radical del partido residía en las SA, integrada por una masa de dos millones de hombres. Sus miembros le habían sido muy útiles a Hitler para alcanzar el poder, luchando a brazo partido con los comunistas en las batallas callejeras, pero ahora se habían convertido en una presencia molesta para el nuevo régimen. Muchos de ellos estaban desocupados y contemplaban cómo los empleos y prebendas que generaba el nuevo régimen iban a parar a oportunistas que se acababan de subir al carro del vencedor, lo que provocaba un amargo descontento. Röhm reivindicaba su viejo sueño de convertir a los miembros de las SA en soldados y reestructurar el Ejército en base a ellos.

Hitler intentó resolver este problema por la vía de la conciliación y el compromiso, nombrando el 1 de diciembre de 1933 a Röhm miembro del Gabinete del Reich y dirigiéndole una carta en términos extraordinariamente amistosos. En esa misma línea, en febrero de 1934, se aprobó una ley por la que se otorgaba derecho a pensión a los miembros de las SA que habían padecido enfermedades o sufrido accidentes durante la lucha política, en la misma forma que los heridos de la Primera Guerra Mundial, pero estas migajas no sirvieron para aplacar las exigencias de las SA de participar en el reparto del botín que se estaba produciendo ante sus ojos sin que ellos pudieran tomar parte.

Röhm se hacía eco de las demandas de sus hombres y seguía reclamando el pago por los servicios prestados: convertir a las SA en las fuerzas armadas del nuevo Estado nacionalsocialista. Por lo pronto, Röhm exigió ser nombrado ministro de Defensa. Pero acceder a esa pretensión implicaba procurarse la enemistad del ejército, cuyo apoyo era clave para la consolidación del régimen. Del mismo modo, Hitler sabía que era imprescindible mantener el apoyo que recibía de los grandes magnates de la industria y las finanzas, un respaldo que se veía amenazado por esa «segunda revolución» defendida por Röhm y sus partidarios.

Es probable que Hitler hubiera deseado aplicar los puntos más radicales de su programa pero él era consciente de que, si se enajenaba el favor del ejército y del gran capital, sus días en la Cancillería estarían contados. Sin duda, el factor más peligroso para la supervivencia del régimen era el descontento del Ejército, quien temía ser sustituido por las SA o, como mínimo, verse obligado a admitir la incorporación de sus integrantes. Hitler sabía que con el tiempo encontraría la manera de meter en cintura al Ejército y someterlo a su voluntad, pero en esos momentos necesitaba su apoyo y no estaba dispuesto a permitir que Röhm y sus levantiscas SA le arruinasen sus planes.


Hitler no admitía cortapisas a su poder. La muerte de Hindenburg le permitiría unificar los cargos de canciller y el de presidente en el de *führer* del Reich.

Hitler fue informado confidencialmente de que al presidente Hindenburg no le quedaba mucho tiempo de vida, lo que dejaba abierto el espinoso asunto de la sucesión; Hitler pretendía reunir en su persona los cargos de canciller y presidente, correspondiendo a este último el de comandante de las fuerzas armadas. Obviamente, para conseguirlo debía contar con el visto bueno del Ejército, quien se mostraba más favorable a la reinstauración de la monarquía. Así pues, en el conflicto latente entre las SA y el Ejército, estaba claro de parte de quién debía ponerse para asegurar su permanencia en el poder. Por otra parte, el propio Hindenburg, con quien no deseaba enemistarse, contemplaba con preocupación los desórdenes públicos que provocaban los hombres de Röhm. Además, para los diplomáticos franceses y británicos, la existencia de esa fuerza paramilitar de dos millones de hombres suponía un obstáculo en la aceptación internacional del nuevo régimen. Las SA habían quedado sentenciadas.

La tensión entre el poder político y el militar fue creciendo hasta que, en el verano de 1934, los rumores de una intervención inminente del Ejército llevaron a Hitler a tomar una decisión drástica. La excusa sería una supuesta conspiración de las SA para lanzar un *Putsch* en Berlín. Así, aprovechando que buena parte de los jefes de las SA se reunirían para un congreso de mandos en el balneario de Bad Wiessee, cerca de Múnich, Hitler se presentó allí a primera hora del sábado 30 de

junio, al frente de un grupo de hombres de las SS y la Gestapo, que habían recibido armas y vehículos del Ejército.

Los jefes de las SA, que todavía estaban durmiendo, fueron detenidos y algunos de ellos ejecutados allí mismo. Había comenzado la purga que sería conocida como la «Noche de los cuchillos largos». Röhm fue también detenido y trasladado a la cárcel de Stadelheim; Hitler ordenó que se le dejara un revólver en la celda, pero Röhm se negó a suicidarse, alegando que «si he de ser asesinado, que lo haga Adolf mismo». Dos oficiales de las SS acabaron irrumpiendo en la celda y vaciando el cargador de sus pistolas sobre Röhm a corta distancia.

Hitler aprovechó el descabezamiento de las SA para desencadenar una represión política que fue mucho más allá de las filas de su propio partido. En Berlín fue Göring quien la dirigió, asesinando a varios jefes de las SA. Incluso el despacho del vicecanciller Papen fue asaltado; su secretario fue acribillado a balazos, pero él se libró de morir al disfrutar de la protección especial del presidente, aunque permaneció detenido en su casa durante cuatro días. Fueron asesinados muchos adversarios políticos del *führer,* como el incómodo Gregor Strasser y el excanciller Von Schleicher, que había estado tratando de convencer a Hindenburg para que destituyese a Hitler. También fueron ejecutados todos aquellos que podían representar alguna amenaza, aunque fuera lejana, para Hitler; por ejemplo, el religioso Berhardt Stempfle, que en su día le había ayudado a corregir *Mein Kampf* y quien al parecer poseía material comprometedor sobre su relación con Geli Raubal. Hitler aprovechó igualmente para ajustar cuentas con Gustav von Kahr, cuya intervención fue decisiva para el fracaso del *Putsch* de 1923.

Las ejecuciones siguieron durante todo el domingo, mientras Hitler ofrecía un té en el jardín de la Cancillería. Nunca se ha sabido cuántas fueron en total las víctimas de la «Noche de los cuchillos largos». Göring ordenó que se quemasen todos los documentos relativos a la purga. La lista oficial de ejecutados y «suicidados» ascendería a 83 nombres, aunque poco después pudieron identificarse 116. Investigaciones realizadas en los años cincuenta elevarían esa cifra a 177, pero es posible que esta cifra sea aún mayor.



Hitler y Röhm, conversando en agosto de 1933. Menos de un año después, el líder de las SA sería asesinado por orden de Hitler en la «Noche de los cuchillos largos».

Aunque la población sabía que algo terrible había sucedido, apenas trascendieron detalles, ya que Goebbels decretó un apagón informativo. Los periódicos se limitaron a hacerse eco de la versión oficial, que apuntaba a que el régimen había actuado contra un complot, en el cual estaban comprometidos Röhm y otros jefes de las SA por una parte y el general Von Schleicher con elementos reaccionarios por otra.

En una sesión extraordinaria del Reichstag, celebrada en 13 de julio, Hitler justificó esa purga brutal afirmando que los ejecutados estaban implicados en la organización de ese golpe de Estado fantasma, que incluso contaba con la implicación de una «potencia extranjera», supuestamente Francia, pese a que no pudo presentar ninguna evidencia de ello. Sin embargo, visto cómo se habían desarrollado los acontecimientos, nadie se atrevió a contradecir la versión oficial. A partir de entonces, nadie osaría discutir el poder del *führer,* ni fuera ni dentro de su partido, dándose un paso más hacia su afirmación como líder indiscutible de la nación.

Con la eliminación de la amenaza interna que representaban las SA, Hitler había logrado cerrar una jugada genial; de un golpe se había sacudido la presión que le llegaba desde la izquierda de su partido, se había ganado a los sectores más conservadores de la sociedad, especialmente al Ejército, y se había asegurado la futura reunión en su persona de los cargos de canciller y presidente, algo a lo

que los militares eran hasta entonces remisos. Tan sólo una hora después del fallecimiento de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, se anunció que la oficina del presidente quedaría fundida en lo sucesivo con la de la Cancillería y que Hitler se convertiría en jefe del Estado y en jefe supremo de las fuerzas armadas del Reich.

Ese mismo día, los oficiales y la tropa del ejército alemán prestaron juramento de fidelidad a su nuevo comandante en jefe. La forma del juramento fue muy significativa y tendría graves consecuencias en el futuro, sobre todo durante la guerra; sus miembros tuvieron que jurar fidelidad, no a la Constitución ni a Alemania, sino personalmente a Hitler: «Juro ante Dios que obedeceré incondicionalmente al *führer* del Reich y del pueblo alemán, Adolf Hitler, supremo comandante de las fuerzas armadas, y que estaré dispuesto, como valeroso soldado, a dar mi vida en cualquier momento para sellar esta promesa». De este modo, el Ejército unía su suerte a la de Hitler.

El 19 de agosto se celebró un plebiscito en el que se sometía a votación el autonombramiento de Hitler como *führer* y canciller del Reich, título oficial con el que iba a ser conocido desde entonces. Los resultados del plebiscito no fueron ninguna sorpresa: la propuesta se aprobó con el 89,93 por 100 de los votos emitidos, aunque hay que destacar que más de cuatro millones de alemanes tuvieron el valor de votar «No». La revolución nazi, llevada a cabo desde el poder, estaba completa: Hitler se había convertido en el dueño de Alemania.

Abandono de la Sociedad de Naciones

El partido nazi había sido el instrumento del que se había valido Hitler para adquirir el poder en Alemania. Con las riendas del Estado ahora firmemente en sus manos, Alemania iba a ser el instrumento para alcanzar el poder sobre Europa. Desde el inicio de su carrera política, Hitler, ferviente nacionalista alemán, había identificado sus propias ambiciones con el restablecimiento y ampliación del poderío germano.

La derrota de 1918 y la humillación que representaba el Tratado de Versalles debían ser reparadas, lo que suponía la reincorporación a Alemania de la región del Sarre, de Alsacia-Lorena, Danzig y las tierras cedidas a Polonia. Pero no sólo eso; ya en *Mein Kampf* dejó escrito que las fronteras de 1914 no respondían a la lógica, «al no comprender a todos los miembros de la nación alemana» y que se trataba de «fronteras temporales establecidas en virtud de luchas históricas que todavía no han terminado». Esa afirmación situaba en el futuro a los austriacos y a los alemanes sudetes de Checoslovaquia en la órbita de esa Gran Alemania que Hitler pretendía instaurar.

Tras su llegada al poder, Hitler era consciente de que había que recorrer un largo camino, no exento de graves riesgos, hasta estar en condiciones de apoderarse de esos territorios. Alemania estaba políticamente aislada, sumida en una grave crisis económica y su ejército, limitado a los cien mil hombres que permitía el Tratado de Versalles, podía ser rápidamente aplastado por el de Francia, que había tejido una red de alianzas que hacía imposible cualquier movimiento.

En ese momento, pensar en lanzar una política exterior agresiva era una utopía. Pero Hitler contaba con una ventaja sobre sus homólogos extranjeros, adquirida durante la dura lucha por la supervivencia en las calles y albergues de Viena, en la vida en el frente durante la guerra o en los años de la descarnada lucha por el poder que culminó con su llegada a la Cancillería. Hitler llegó a conocer a la perfección los bajos registros del ser humano, adquiriendo esa extraordinaria habilidad,

ya referida, para conocer las debilidades de sus adversarios, conseguir atraerlos para sí recurriendo a la lisonja y la adulación, para aplastarlos por sorpresa cuando se veía lo suficientemente fuerte para asestarles ese golpe letal. Su conocimiento exhaustivo de la condición humana, conseguido gracias a esas intensas experiencias vitales, le iba a permitir emplear esas mismas tácticas con los dirigentes europeos de la época, con unos espectaculares resultados.

El primer paso lo dio el 17 de mayo de 1933, pronunciando ante el Reichstag el que se denominó cínicamente «Discurso de la Paz», con la vista puesta en la reunión de la Conferencia de Desarme que se celebraba en Ginebra. Hitler presentó a Alemania como la única nación que se veía obligada a estar desarmada, mostrándose dispuesto a disolver su organización militar con la condición de que todas las potencias hicieran lo mismo. Como él mismo preveía, su farol no fue aceptado, lo que le dio la excusa perfecta para retirarse, aparentemente ofendido y humillado, no sólo de la Conferencia de Desarme, sino de la Sociedad de Naciones, el 14 de octubre de 1933.

Esa decisión, la primera aventura de Hitler en política exterior, tuvo éxito, al no desencadenar ninguna reacción en sus adversarios, que no lograron consensuar una respuesta firme. Con el fin de redondear el golpe, Hitler convocó un plebiscito para someter su resolución a la aprobación de todos los alemanes; la votación tuvo lugar el 12 de noviembre, coincidiendo con las elecciones al Reichstag a las que sólo el partido nazi podía presentarse, obteniendo un 95 por 100 de votos a favor de la retirada de la Sociedad de Naciones. Hitler anunció que Alemania comenzaba su rearme; franceses y británicos, desconcertados, aceptaron *de facto* la nueva situación, confiando en limitar la capacidad militar germana mediante negociaciones, aprovechando la aparente buena disposición de Hitler. Transigir ante el desafío alemán sería el primer error de las potencias occidentales.

La segunda jugada genial se produjo el 28 de enero de 1934, cuando Hitler anunció un sorprendente pacto de no agresión por diez años con Polonia, que no fue entendido por los sectores más nacionalistas de su país.



Espectacular imagen del congreso del partido nazi en Núremberg en septiembre de 1934, que se desarrolló bajo la tensión provocada por la reciente «Noche de los cuchillos largos».

Una de las espinas clavadas en el costado de Alemania a consecuencia del Tratado de Versalles era la ciudad de Danzig, que había sido declarada ciudad libre bajo protectorado polaco; el que se firmase un pacto de no agresión con el gobierno de Varsovia era una demostración práctica de las intenciones pacíficas de Alemania. Hitler era consciente de que en ese momento, con un ejército muy débil, no podía lanzarse contra su vecino polaco; así pues, aprovechó esa inferioridad en su beneficio, renunciando ostensiblemente a una política agresiva que de todos modos no estaba en condiciones de lanzar. Además, el pacto con Polonia, que era aliada de Francia, rompía la sólida estructura de seguridad que los franceses habían tejido en torno a Alemania.

La recuperación del Sarre

Tiempo habría para verse las caras con los polacos; lo que centraba ahora la mirada de Hitler en política exterior era Austria. La incorporación de Austria a la Gran Alemania ocupaba un lugar destacado tanto en el programa del partido de 1920 como en *Mein Kampf*. Para conseguirlo, Hitler contaba con los nazis austriacos, que conformaban una sección del partido alemán, y su papel

desestabilizador en el país vecino. Por entonces, Austria se hallaba bajo un régimen autoritario con el canciller Engelbert Dollfuss al frente, que contaba con el apoyo de Italia.

El 25 de julio de 1934, los nazis austriacos, apoyados con dinero y agentes alemanes y alentados a la acción desde Berlín, pusieron en marcha un plan en Viena para tomar el Ministerio del Interior, la emisora de radio y la Cancillería. Pero el plan fue descubierto y la mayoría de conspiradores fueron detenidos; aun así, un grupo de golpistas pudo asaltar la Cancillería, en donde mataron a tiros a Dollfuss. No obstante, el golpe fue rápidamente sofocado y los nazis que no fueron capturados tuvieron que escapar a Alemania.

Esta acción se había revelado como un grave error, ya que además del fracaso cosechado, Italia se había sentido agredida. El *Duce* puso en estado de alerta a las tropas del norte de Italia y reafirmó el apoyo de su país a una Austria independiente. Hitler, consciente de la equivocación que acababa de cometer, repudió toda relación con el complot. Además de entregar a los conspiradores refugiados en Alemania, Hitler nombró embajador alemán en Viena al entonces vicecanciller Von Papen, católico y conservador, en una decisión tomada para contentar a los austriacos. La crisis quedaba así superada, pero las apetencias de Hitler sobre su país natal apenas habían quedado aplazadas.

Hitler continuaría manifestando teatralmente la inocencia de sus intenciones, con un intenso trabajo diplomático. En respuesta, los gobiernos de Londres y París renovaron sus esfuerzos para lograr un entendimiento con el líder germano, permitiendo la reincorporación del Sarre a Alemania. El Tratado de Versalles había determinado que esa extensa comarca carbonífera, situada junto a la frontera francesa, quedase administrada por la Sociedad de Naciones y que toda su producción fuera confiscada por Francia en concepto de reparación de guerra. Así, en enero de 1935, se pudo celebrar un referéndum donde la práctica totalidad de los votantes se inclinaron a favor de la reincorporación al Reich alemán. La recuperación del control del Sarre sería el primer éxito de la política territorial de Hitler en su camino hacia la formación de la Gran Alemania, un éxito que la propaganda nazi se encargaría de explotar con carteles, actos de celebración y emisión de monedas conmemorativas.



Hitler, pasando revista a las SA en las calles de Núremberg, durante el congreso del partido nazi de 1935.

La siguiente jugada de Hitler en el ajedrez diplomático se produjo el 10 de marzo, cuando anunció que la Luftwaffe se había convertido en una rama oficial de las fuerzas armadas. La débil réplica de británicos y franceses animó a Hitler a elevar la apuesta; el 15 de marzo anunció la reimplantación del servicio militar obligatorio, elevando los efectivos del ejército en tiempo de paz a 300.000 hombres, lo que suponía una violación flagrante del Tratado de Versalles. Con gran astucia, Hitler había escogido un sábado para hacer público el anuncio, con el fin de dificultar la respuesta diplomática de las otras potencias, una táctica a la que se abonaría a partir de entonces.

Británicos y franceses quedaron desconcertados por la presentación de ese hecho consumado, sin contactos o discusiones previas. En los días siguientes, Francia apenas respondió con un inofensivo llamamiento a la Sociedad de Naciones, mientras que Gran Bretaña se esforzó por seguir manteniendo las relaciones con Alemania en un clima de cordialidad. Hitler había logrado una nueva victoria, pero ya se aprestaba a alcanzar un nuevo objetivo: acordar con el gobierno de Londres que Alemania pudiera disponer de una flota de guerra limitada al 35 por 100 de la británica. Por entonces, la opinión pública británica consideraba razonables las reivindicaciones germanas, lo que permitió la firma de ese acuerdo el 6 de junio de 1935. No obstante, los franceses quedaron atónitos ante el pacto, que les resultaba perjudicial al poseer una flota inferior a la británica. Al mismo tiempo, Alemania alcanzaba un acuerdo con los soviéticos que le iba a permitir ganar tiempo para poder rearmarse. Hitler, convertido en hábil tahúr, había jugado nuevamente sus cartas de manera

magistral.

POLÍTICA ANTISEMITA

Mientras la atención internacional se centraba en la política exterior de Alemania, en el interior del país Hitler daba pasos firmes contra los que consideraba que eran los grandes enemigos de Alemania: los judíos. El porqué del virulento antisemitismo de Hitler no se ha podido establecer de manera concluyente. Los historiadores no se ponen de acuerdo; unos lo atribuyen a factores psicológicos asociados, por ejemplo, al ya referido de que el médico que le prescribió aquel tratamiento tan doloroso a su madre fuera judío, o a alguna mala experiencia personal que pudo tener con ellos durante su etapa en Viena, sin descartar que todo obedeciese a un frío cálculo por el que atribuyó al judío el papel de enemigo que toda concepción totalitaria precisa. Los investigadores tampoco coinciden en señalar el momento a partir del cual Hitler se hizo antisemita; aunque en *Mein Kampf* él asegura que fue en Viena, existen testimonios contradictorios que lo avanzan a su época de Linz o incluso lo postergan a después de la Primera Guerra Mundial. Curiosamente, abundan los testimonios que afirman que, hasta el inicio de su carrera política, Hitler se relacionaba personalmente con los judíos con naturalidad, sin dejar traslucir ningún tipo de antipatía.



Hitler, posando en su despacho de la Cancillería. Al fondo, se puede distinguir el retrato de Federico el Grande, a quien tomaba como modelo.

No obstante, su entrada en política exacerbó su odio a los judíos, fuera latente o explícito. Como muestra de esa obsesión, basta referir una conversación que Hitler mantuvo en 1922 con un conocido, Josef Hell. Cuando este le preguntó qué haría si alguna vez tenía completa libertad contra los judíos, Hitler perdió de pronto el control. «Dejó de mirarme —recordaba Hell—, fijó la vista en el vacío y empezó a elevar gradualmente la voz. Cayó en una especie de paroxismo y terminó gritándome, como si yo fuera una vasta multitud: “Si alguna vez llego a ejercer una autoridad real, la destrucción de los judíos será mi primera tarea y la más importante. Tan pronto como esté en el poder ordenaré que se levanten horcas, por ejemplo en la Marienplatz de Múnich, tantas como permita el tráfico. Mandaré

ahorcar a los judíos uno tras otro y seguirán colgados hasta que empiecen a oler mal. Permanecerán colgados durante todo el tiempo que sea higiénicamente posible. En cuanto los descuelguen un nuevo grupo ocupará su lugar y eso continuará hasta que el último judío de Múnich haya sido exterminado. ¡Se seguirá exactamente el mismo procedimiento en otras ciudades, hasta que Alemania quede limpia del último judío!"».

Cuando Hitler alcanzó el poder no procedió a instalar horcas en lugares públicos, pero sentó las bases para que un día pudiera poner en práctica su implacable plan de exterminio de la población judía. Así, el 1 de abril de 1933 lanzó una campaña violenta contra los hebreos, promoviendo un boicot contra sus comercios y negocios, el denominado *Judenboykott.* Sin embargo, la respuesta de la población germana no fue la esperada y el boicot fracasó. Hitler abandonó el camino de la agitación callejera y optó por el acoso legal; una semana después se aprobó una ley que limitaba los derechos de los judíos, decretando que los funcionarios fueran excluidos de la Administración y que las empresas despidiesen a sus empleados judíos.



Miembros de las SA colocando un cartel en un comercio judío durante el boicot de abril de 1933. La campaña fracasó, lo que llevó a Hitler a variar su táctica de persecución a los judíos, apostando por el acoso legal.

Esta persecución legal daría un salto cualitativo el 15 de septiembre de 1935, con la promulgación de la «Ley de ciudadanía alemana» y la «Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes», conocidas como las Leyes de Núremberg. Este nuevo cuerpo legal excluía a los judíos alemanes de la ciudadanía del Reich y les prohibía casarse o tener relaciones sexuales con personas «alemanas o de sangre alemana». Otras normas complementarias los despojaban de la mayoría de sus derechos políticos, como el derecho a voto. También se vetaba el acceso a la universidad y a los cargos públicos, a las profesiones relacionadas con la enseñanza, el derecho o la medicina, y hasta se les prohibía invertir en bolsa.

En un ejercicio de cinismo, Hitler aseguró ante el Reichstag que esas leyes suponían en realidad una ventaja para los judíos, ya que iba a permitir crear «una base firme sobre la que el pueblo alemán encontrará tal vez una relación tolerable con el pueblo judío». Paradójicamente, muchos judíos alemanes recibieron con cierto alivio la promulgación de estas disposiciones, pues creían que iban a suponer el punto final de ese acoso legal iniciado en 1933 e iban a acabar con las arbitrariedades de que eran objeto, estipulando claramente a lo que tendrían que atenerse, pero en

realidad las Leyes de Núremberg serían un paso más en ese hostigamiento sistemático que desembocaría finalmente en su exterminio físico.

La remilitarización de Renania

Tras los éxitos obtenidos en la escena internacional y la constatación de que nadie movería un dedo en defensa de los judíos alemanes, Hitler se tomó un respiro para pergeñar su siguiente golpe: ocupar la zona desmilitarizada de Renania. El Tratado de Versalles había establecido que las tropas aliadas ocupasen esa rica región minera e industrial, que comprendía todo el territorio alemán al oeste del Rin y una franja de cincuenta kilómetros al este de dicho río. Esa ocupación se mantuvo hasta 1925, tras la firma de los Tratados de Locarno, por los que se acordó la salida de dichas fuerzas, prohibiendo sin embargo al ejército alemán penetrar en la zona.

A mediados de enero de 1936, Hitler se sintió preparado para emprender la remilitarización de Renania, en una acción denominada inocentemente «Operación Ejercicio de Invierno». Los preparativos culminaron el 7 de marzo de 1936, otro sábado, cuando tres batallones del ejército alemán entraron en Renania.



Imagen propagandística de Hitler en Núremberg, la ciudad preferida por los nazis para organizar sus exhibiciones de poder.

La operación entrañaba un enorme riesgo, ya que por entonces la superioridad militar francesa era aplastante. Hitler, que no había podido pegar ojo la noche anterior, había dado órdenes de iniciar una retirada escalonada si las tropas francesas les atacaban.

Pero no sería necesario ordenar ninguna retirada; los soldados fueron aclamados a su paso por una enfervorecida población, sin que los ejércitos aliados hicieran gesto alguno para oponerse a la llegada de las tropas germanas. Ese mismo día, el ministro de Asuntos Exteriores germano, Konstantin von Neurath, comunicó a los embajadores de Italia, Gran Bretaña y Francia que los Tratados de Locarno quedaban anulados. Como en los casos anteriores, ante esa política de hechos consumados apenas se registró alguna tímida protesta diplomática. Para capitalizar la ocupación de Renania y certificar su legitimidad moral, Hitler sometió su política a un plebiscito, que tendría lugar el 29 de marzo de 1936, en el que obtendría el 98,8 por 100 de los votos. Este nuevo éxito de Hitler le animó a continuar adelante con sus planes de recuperación de los territorios que el Tratado de Versalles había arrebatado a Alemania en 1919.

Los juegos de Berlín

A Hitler se le presentaría una oportunidad extraordinaria para apuntarse un nuevo tanto, con la organización de los Juegos Olímpicos de Berlín, a celebrar en agosto de 1936. Cuando Hitler llegó al poder, se encontró con el compromiso de celebrarlos, ya que la capital germana había sido nominada para albergarlos en 1931. En un primer momento Hitler, quien aborrecía el espíritu olímpico, estuvo a punto de presentar la renuncia, pero Goebbels le hizo cambiar de opinión mostrándole las posibilidades de convertir el evento en un inmejorable escaparate internacional para el régimen.



Hitler de uniforme, en una postal de 1936, un año en el que la imagen de la Alemania nazi ganaría muchos enteros en el plano internacional.

Los Juegos de Invierno, celebrados en febrero de 1936 en la localidad bávara de Garmisch-Partenkirchen, supusieron un ensayo general, aprobado con buena nota, del acontecimiento que iba a tener lugar seis meses después en la capital del Reich. Como medida cosmética, en Baviera se retiraron todos los indicios de la persecución que se estaba llevando a cabo contra los judíos, como los carteles antisemitas que se solían colocar a la entrada de las poblaciones.

El 1 de agosto de 1936, el monumental Estadio Olímpico de Berlín, abarrotado por ciento diez mil espectadores, acogió la espectacular ceremonia de inauguración de los Juegos. A las cuatro de la tarde, Hitler hizo su entrada en el espectacular recinto. Tras el desfile de los atletas, Hitler inauguró oficialmente los Juegos. Sus palabras fueron remarcadas por el sonido de sesenta trompetas, seguidas de once cañonazos. La reacción favorable de la prensa mundial ante la ceremonia de inauguración fue casi unánime, una reacción que se extendería a los Juegos en su conjunto[15].

Con la organización de ese evento, la imagen internacional de la Alemania nazi se vio acrecentada. Ante la llegada de miles de visitantes, durante las dos semanas que duró el acontecimiento el régimen ofreció su mejor cara, ocultando bajo una seductora máscara su carácter brutal y despiadado. Tal como se había ensayado durante los Juegos invernales, las campañas antisemitas fueron suprimidas,

la violencia contra la comunidad hebrea desapareció casi por completo, los avisos prohibiendo o disuadiendo la presencia de judíos fueron retirados e incluso el obsceno semanario antijudío *Der Stürmer* desapareció de los kioscos alemanes. La opinión pública internacional fue lo suficientemente ingenua como para caer en esa trampa tendida por los nazis.

PLANES DE EXPANSIÓN

Después del golpe de efecto en Renania y el éxito de imagen proporcionado por los Juegos, Hitler se centró nuevamente en su agresiva política exterior. El estallido de la guerra civil en España le dio la oportunidad de poner a prueba su fuerza aérea, con el envío de la Legión Cóndor en apoyo del general Franco. El 18 de noviembre de 1936, de acuerdo con Mussolini, Berlín reconoció al régimen de Franco como gobierno legítimo de España. Sin embargo, la ayuda militar sería limitada; Hitler no deseaba una rápida victoria de las fuerzas franquistas, al pensar que una guerra prolongada en España distraería la atención mundial de sus apetencias territoriales y el ambicioso programa de rearme germano. Antes de que acabara 1936, para redondear así un año de éxitos, Alemania firmaría un pacto con Japón. Según confesó Hitler a la esposa de Göring, esa era la primera Navidad feliz que tenía «en muchos años».



Hitler, durante la inauguración de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. El éxito del evento proyectaría una imagen seductora de la Alemania nazi. El resto del mundo cayó en esa trampa propagandística.

El año 1937 supondría un breve interludio en la audaz política exterior de Hitler. Con la reincorporación del Sarre, la remilitarización de Renania y el inicio del rearme habían logrado acabar con las consecuencias más hirientes del Tratado de Versalles. Ahora había que pasar a la segunda fase, ya expuesta en *Mein Kampf:* llevar el Reich hasta el último rincón en el que hubiera alemanes. Eso conllevaba la anexión de Austria, la región checa de los Sudetes o la ciudad de Memel, en poder de Lituania. Pero Hitler era consciente de que ese nuevo paso implicaba violar fronteras ya establecidas, con el consiguiente riesgo de una conflagración general para la que su país no estaba todavía preparado. Había que dar tiempo a poner en marcha una economía de guerra, una responsabilidad que recayó en manos de Göring, y a que el Ejército pudiera contar con la fuerza suficiente para enfrentarse a cualquier eventualidad.



Caravana promocional de vehículos Volkswagen. Hitler puso en marcha un plan para motorizar a la población germana con la construcción de autopistas y la fabricación de un coche resistente y asequible. Él mismo intervendría en el diseño del «Auto del Pueblo».

Durante ese año se aceleró el programa de construcción de autopistas. Abundando en ese ambicioso plan de motorización de la sociedad germana, Hitler dispuso en 1937 que toda la industria se volcase en el proyecto de fabricación de un vehículo sencillo pero robusto cuyo precio fuera inferior a mil marcos, el Volkswagen, o coche popular. Hitler llegó a intervenir en su diseño, que puso en manos del ingeniero Ferdinand Porsche. Para hacerlo asequible se aprobó un innovador sistema de venta mediante el cual se podía comprar el auto cumplimentando una cartilla con cupones. Sin embargo, el estallido de la guerra no permitiría entregar ninguno, siendo destinadas al Ejército las unidades fabricadas. Tanto las autopistas como el Volkswagen fueron ampliamente utilizados por Hitler con fines propagandísticos.

La propaganda nazi también sacó jugo del programa *Kraft durch Freude* (Fuerza a través de la Alegría), por el que se ofrecían conciertos, funciones de teatro, exposiciones, películas o cursos a los obreros. Pero el proyecto que tenía más aceptación era el que subvencionaba estancias en lugares turísticos e incluso cruceros en transatlánticos de clase única construidos especialmente para esta función. Mientras los sindicatos estaban prohibidos y sus líderes se encontraban en campos de concentración, estos proyectos servían al régimen para ganarse el apoyo de los obreros, que veían la posibilidad cercana de mejorar su nivel de vida. La progresiva reducción del paro hasta alcanzar el pleno empleo en 1938 ayudó a que este objetivo se consiguiese.

A finales de 1937, Hitler creyó llegado el momento de dar comienzo a la segunda fase de expansión del Reich. Para ponerla en marcha, el 5 de noviembre se reunió en la Cancillería con sus jefes militares y el ministro de Asuntos Exteriores. Hitler les expuso sus planes para 1938, que incluían la incorporación de Austria y los Sudetes, para expandirse después hacia el este a costa de Polonia. La respuesta fue gélida, ya que a nadie se le escapaba los enormes riesgos que el plan implicaba.



Hitler, en una imagen de 1937. Ese año se tomó un respiro en su agresiva política exterior, pero al año siguiente se lanzaría a por Austria y Checoslovaquia.

Los que mostraron más reparos a los planes del *führer,* el ministro de Defensa, Werner von Blomberg, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Werner von Fritsch y el ministro de Asuntos Exteriores, Konstantin von Neurath, quedarían sentenciados. El primero se vería obligado a dimitir después de que se descubriese el oscuro pasado de la joven mujer con la que se casaría, siendo sustituido por el propio Hitler al frente del ministerio de Defensa. Von Fritsch se vería envuelto en acusaciones de homosexualidad; aunque se acabaría demostrando que todo era un montaje, fue destituido a consecuencia de ese turbio asunto. En su lugar fue nombrado el dócil general Wilhelm Keitel. Por último, Von Neurath fue relevado de su puesto, siendo sustituido al frente del ministerio por Joachim von Ribbentrop, otro títere en manos del *führer.* Así, en febrero de 1938, Hitler disfrutaba de un poder absoluto para poner en práctica sin cortapisas su agresiva política exterior. Había llegado el momento de poner en marcha las operaciones.

La anexión de Austria

Sin más dilación, Hitler se lanzó contra Austria. Los nazis austriacos aumentaron su presión

sobre el canciller Kurt Schuschnigg, sucesor de Dollfuss, quien carecía de apoyos internacionales. Hitler citó a Schuschnigg en Berchtesgaden, en donde fue objeto de una encerrona y obligado a firmar una serie de concesiones bajo un torrente de amenazas. La exigida incorporación de tres ministros nazis al gabinete en las carteras de Economía, Defensa e Interior significaba poner al país a las órdenes de Berlín.

El canciller Schuschnigg, una vez en Viena, creyó poder escapar de las amenazas de invasión convocando un plebiscito para que los austríacos decidiesen si querían la independencia o preferían la unión con Alemania. Aunque el sentimiento proalemán era muy potente en Austria, se creía que el resultado de la votación, prevista para el 13 de marzo, iba a ser favorable a mantener la independencia. Hitler no estaba dispuesto a consentir que Schuschnigg se saliera con la suya, por lo que aumentó la presión sobre el gobierno austríaco hasta un nivel insoportable. Con todos los nazis en la calle, las tropas alemanas en la frontera y las potencias occidentales dando la espalda a las desesperadas llamadas de auxilio del gobierno de Viena, el mismo día señalado para el referéndum el Ejército alemán penetró en Austria sin encontrar resistencia. La única nota preocupante en el lado germano fue la constatación de que las columnas blindadas no estaban preparadas para llevar a cabo una acción armada; un buen número de tanques y vehículos sufrieron accidentes y averías, quedando en los márgenes de los caminos.

Hitler entró en su país natal como un héroe. La gente se arremolinaba a su paso, proporcionándole un recibimiento que llegó a emocionarle. Hitler volvió a contemplar los escenarios de su niñez y juventud: Braunau, Linz, Leonding, en donde colocó flores en la tumba de sus padres, y Viena. En la capital austríaca se reencontró con su amigo de juventud, August Kubizek, quien se presentó en el hotel en el que estaba alojado. Hitler se llevó una gran alegría al verlo y estuvo departiendo con él más de una hora. Kubizek había tenido que abandonar sus estudios musicales y ejercía de secretario en un ayuntamiento. Antes de despedirse, Hitler asumió la responsabilidad de la formación de sus tres hijos, que parecían también dotados para la música, dando las órdenes oportunas a un ayudante para que pudieran acudir a un conservatorio.



Hitler proclama el 15 de marzo de 1938 en la Heldenplatz de Viena la anexión de Austria al Reich alemán.

Mientras tanto, ya estaban teniendo lugar los primeros ataques contra los judíos en territorio austriaco. Las tropas de asalto locales los sacaban a rastras de sus hogares y oficinas y los humillaban públicamente, obligándoles por ejemplo a fregar las aceras con sus manos desnudas o sus propios cepillos de dientes. Previendo el carácter que iba a tomar la situación, muchos judíos, entre ellos Sigmund Freud, escaparon del país en esas primeras horas. Por su parte, Himmler se apresuró a tomar el control de la policía y a dar inicio a la eliminación de la oposición política.

Al parecer, Hitler tenía previsto realizar una unión con Austria similar a la del Imperio austrohúngaro, respetando su personalidad propia, pero el recibimiento apoteósico de que fue objeto le llevó a improvisar la decisión de convertirla en una provincia más del Reich. Un plebiscito celebrado en toda Alemania certificaría la anexión, el *Anschluss,* con un aplastante 99,02 por 100 de los votos, siendo esa mayoría todavía superior en Austria, alcanzando un 99,73 por 100, aunque las condiciones en las que se desarrolló la consulta no permitían esperar otro resultado.

El pacto de Múnich

Con Austria ya en el saco sin haber disparado un solo tiro, Hitler fijó su atención en su siguiente objetivo: la región checa de los Sudetes, en la que vivían cerca de tres millones de personas de origen alemán. Su propósito final, no obstante, era apoderarse tarde o temprano de toda Checoslovaquia, que había quedado prácticamente rodeada por territorio alemán tras la anexión de Austria. Si Hitler quería expandir el Reich hacia el este, era imprescindible apoderarse antes de Checoslovaquia, cuya silueta semejaba «un dedo apuntando al corazón del Reich»; Hitler no quería ni pensar en un acuerdo entre Praga y Moscú, que colocaría a Alemania en una posición extremadamente vulnerable.

Debido a su posición estratégica, Checoslovaquia estaba irremisiblemente condenada. Hitler pondría allí en marcha la misma táctica que había llevado a cabo Austria, apoyando a grupos de activistas nazis encargados de provocar incidentes. La campaña de desestabilización incluía propaganda anticheca convenientemente esparcida por los medios alemanes, siempre obedientes a las consignas de Goebbels, en los que se acusaba a los checos de todo tipo de ataques y vejaciones contra la minoría germana. Esas noticias serían reproducidas por la prensa internacional, logrando calar como una fina lluvia y creando así un estado de opinión favorable a una intervención para proteger a la minoría germana.



El premier británico Neville Chamberlain visita a Hitler en el Berghof el 16 de septiembre de 1938, con el fin de aplacarle y evitar la guerra que entonces parecía inminente por la crisis de los Sudetes.

El gobierno de Praga, decidido a mantener la integridad de su territorio, acudió a Francia y Gran Bretaña a pedir auxilio ante las amenazas alemanas. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, viajó a Berchtesgaden el 16 de septiembre de 1938 a entrevistarse con Hitler para interceder por los checos y alejar el fantasma de una nueva guerra en Europa. El *führer* le expuso sus exigencias y Chamberlain pidió regresar a Londres para discutir las condiciones. Los británicos no se oponían a una ocupación de los Sudetes, mientras que el primer ministro francés, Edouard Daladier, no quería en ningún caso ir a la guerra por Checoslovaquia. Los checos, decepcionados, se mostraron finalmente dispuestos a entregar los Sudetes en un plan escalonado de evacuación. Cuando Chamberlain regresó a Alemania, en este caso a Bad Godesberg, el 22 de septiembre, Hitler le espetó que los checos debían abandonar la región en dos días. Tras duras negociaciones, Hitler accedió a conceder un plazo que expiraría el 1 de octubre.

Chamberlain y Daladier acabaron convenciendo al presidente checo, Edvard Benes, para que aceptase esa oferta. A fin de discutir los pormenores del acuerdo y con Mussolini en el papel de mediador, las partes implicadas se reunieron en Múnich. En la noche del 29 al 30 de septiembre se consumó la claudicación de las potencias democráticas ante la desmedida ambición de Hitler. Mientras a Benes se le impedía estar presente en la sala de negociaciones, Chamberlain y Daladier accedían a desmembrar Checoslovaquia para aplacar al dictador germano, quedando supuestamente garantizada la independencia del resto del país. El 1 de octubre, las tropas alemanas irrumpirían en territorio checo, en cumplimiento de los acuerdos del Pacto de Munich, apoderándose así de la región de los Sudetes.

La «Noche de los cristales rotos»

Una vez encauzada la incorporación de Checoslovaquia al Reich, Hitler dirigió su mirada a otro asunto que precisaba de un nuevo golpe de tuerca: la persecución de los judíos. Hasta entonces, los

actos contra los judíos habían mantenido una apariencia de legalidad, pero todo cambiaría la noche del 9 al 10 de noviembre de 1938. Herschel Grynszpan, un judío alemán que había emigrado a Francia, había disparado el 7 de noviembre al secretario de la embajada alemana en París, Ernst von Rath, en protesta por el hostigamiento al que estaban siendo sometidos los judíos en Alemania. El diplomático germano murió en la tarde del 9 de noviembre a consecuencia de las heridas recibidas.



Hitler es recibido por una multitud exultante en la ciudad checa de Cheb, de población germana, tras la anexión de la región de los Sudetes en octubre de 1938.



Escaparates de comercios regentados por judíos en Magdeburgo aparecen destrozados tras la «Noche de los cristales rotos».

El asesinato de Von Rath serviría como pretexto para el estallido de un pogromo contra los judíos en toda Alemania. El origen de esos graves altercados no está claro; al parecer, se produjeron un par incidentes aislados y Goebbels vio la posibilidad de alentar una respuesta similar en todo el país. Para ello, extendió la consigna a las autoridades nazis locales de no intervenir en caso de ataques a los judíos, lo que sería interpretado por buena parte de ellos como una orden para actuar. Otros líderes nazis contemplaron los acontecimientos con disgusto, por las graves consecuencias económicas que la destrucción de propiedades podía comportar y la pésima imagen internacional que iba a proporcionar a Alemania.

La ola de violencia desatada contra los judíos se saldó con mil quinientas sinagogas asaltadas, más de siete mil tiendas regentadas por judíos destrozadas y decenas de cementerios hebreos profanados. Las calles de las ciudades germanas quedaron cubiertas de cristales, por lo que esa noche pasaría a la historia como la *Kristallnacht,* la «Noche de los cristales rotos». La cifra de muertos varía entre los treinta y seis que señalaron las fuentes oficiales y un centenar. Entre veinte y treinta mil judíos fueron detenidos e internados en campos de concentración. Además, los judíos alemanes fueron forzados a pagar una multa colectiva de mil millones de marcos.

La *Kristallnacht* supuso un grave salto cualitativo; a partir de ese momento los judíos podían ser detenidos y enviados a campos de concentración por el simple hecho de serlo, avanzando el exterminio sistemático que tendría lugar durante la Segunda Guerra Mundial.

PRELUDIO A LA GUERRA

Con el enemigo judío bien aherrojado, Hitler giró de nuevo su atención sobre lo que quedaba de Checoslovaquia. Como él había previsto, el resto del país centroeuropeo iba a caer como una fruta madura. Desde Berlín se animó a Eslovaquia a cortar sus lazos con Praga y declararse independiente, al mismo tiempo que la prensa germana aventaba nuevas supuestas agresiones contra alemanes en el país checo y la Wehrmacht se apostaba en la frontera para intervenir en cualquier momento.

El 14 de marzo de 1939, el sucesor de Benes, Emil Hacha, acudía a la Cancillería del Reich para tratar de aplacar a Hitler pero, presionado hasta el límite, incluso con el farol de que Praga iba a ser bombardeada en cuestión de horas, accedió finalmente a entregarle lo que quedaba de Checoslovaquia. Esa misma noche las tropas alemanas ocuparon la capital.



Postal propagandística que identifica a Hitler con la Gran Alemania. Hitler estaba consiguiendo expandir el Reich a todos los territorios con población de origen germano.

Checoslovaquia había dejado de existir, para convertirse en la provincia de Bohemia-Moravia. Las palabras de condena procedentes de Londres y París fueron muy duras; sus gobiernos se sentían engañados y humillados por Hitler, al haberse saltado las garantías de independencia de Checoslovaquia acordadas en el Pacto de Múnich. La maniobra se revelaría como un error en la estrategia de Hitler; a partir de ese momento se le había acabado el crédito para seguir obteniendo concesiones de las potencias occidentales.

Nuevamente, sin haber disparado un solo tiro, Hitler había logrado apoderarse de otro país independiente. El 23 de mayo de 1939 recuperaría la ciudad de Memel, entregada por los lituanos al recibir las primeras amenazas germanas para no correr la misma suerte que austriacos o checos. Hitler parecía invencible; en apenas seis años había logrado crear la Gran Alemania con la que siempre había soñado. Ahora había que pasar a la siguiente fase; la expansión hacia el este en busca del espacio vital que requería el nuevo Reich. Polonia iba a ser la próxima víctima.

El nuevo motivo de conflicto presentado por Alemania sería la antigua ciudad germana de Danzig y su territorio circundante, bajo control polaco desde el final de la Primera Guerra Mundial, que partía el territorio prusiano en dos para permitir a Polonia una salida al mar. El 26 de marzo de 1939, Berlín exigió la entrega de Danzig, pero en este caso los polacos consiguieron una garantía de ayuda de Gran Bretaña, a la que luego se sumó Francia. Con la llegada del verano, la tensión pareció rebajarse, pero en realidad los alemanes estaban maniobrando en secreto para alcanzar un pacto con Stalin, con el fin de poder invadir Polonia sin temor a una respuesta soviética. Hitler, que había hecho de la lucha contra el comunismo una constante a lo largo de toda su vida política, estaba a punto de cerrar un acuerdo con el abanderado mundial del marxismo.

Para sorpresa y consternación de todos, el 23 de agosto de 1939 se firmaba en el Kremlin un pacto entre Alemania y la Unión Soviética por medio de sus respectivos ministros de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop y Viacheslav Molotov. Aunque el tratado contenía cláusulas de no agresión y expresaba el compromiso de solucionar pacíficamente las controversias entre ambas naciones, así como estrechar vínculos económicos y comerciales, la razón de tan antinatural acercamiento era la división de Europa Oriental en áreas de influencia alemanas y soviéticas, lo que incluía el reparto del territorio polaco entre ambas potencias. Hitler, desde Berlín, celebró el triunfo conseguido, al tener las manos libres para la invasión de Polonia. El pacto entre la Alemania nazi y la Unión Soviética sería el preludio de la guerra que estaba a punto de comenzar.



Hitler pasa revista a sus tropas en Praga el 15 de marzo de 1939. Checoslovaquia acababa de ser ocupada y desmembrada.

[15] Los Juegos de 1936 son recordados, curiosamente, por un episodio que nunca tuvo lugar; el supuesto desplante de Hitler al atleta norteamericano de raza negra Jesse Owens tras ganar la medalla de oro en los cien metros lisos. El mismo Owens negaría siempre que Hitler le diese la espalda en público: «Cuando pasé frente a él, se levantó, me saludó con la mano y yo le devolví el saludo». Para conocer en detalle los preparativos y el desarrollo de los Juegos Olímpicos de Berlín, ver: HERNÁNDEZ, J. *El Reich de los Mil Años.* 2010, pp. 215-226 y 331-351.

La guerra de Hitler, septiembre 1939-mayo 1945

Cuando faltaban quince minutos para las cinco de la madrugada del viernes 1 de septiembre de 1939, las tropas alemanas cruzaron la frontera polaca. Si en el caso de la remilitarización de Renania o de las invasiones de Austria o Checoslovaquia, Hitler había logrado sus propósitos sin disparar un solo tiro, en esta ocasión sería diferente. Polonia no había dado su brazo a torcer ante las duras presiones de Berlín y había preferido plantar cara a las exigencias de Hitler, confiada en el apoyo que Gran Bretaña y Francia habían comprometido.

Pese a la determinación polaca, desde el primer momento se vio claramente la diferencia abismal que separaba a ambos ejércitos; mientras el polaco confiaba en la caballería y en un armamento obsoleto, el alemán presentaba una superioridad aplastante en medios y efectivos. Además, la Wehrmacht actuaba siguiendo una innovadora táctica basada en la combinación de las fuerzas blindadas y la aviación que proporcionaba una endiablada velocidad de avance: la *Blitzkrieg o* «guerra relámpago».

El 2 de septiembre, los británicos presentaron un ultimátum a Alemania para que se retirase de Polonia, mientras que Francia, temiendo un ataque germano, se limitó a solicitar una retirada y la apertura de negociaciones. Hitler estaba convencido de que las potencias occidentales no iban a entrar en guerra y que su reacción se iba a limitar a los aspavientos habituales. Pero el *führer* se equivocó en sus previsiones; ante la negativa germana a retirar sus tropas, Gran Bretaña presentó su declaración de guerra a las once de la mañana del domingo 3 de septiembre, siguiéndole Francia seis horas más tarde.

La noticia causó sorpresa y conmoción tanto en Hitler como en los otros jerarcas nazis. Hitler no contaba con provocar una conflagración europea tan pronto. Aún no había podido implantar una economía de guerra, el Ejército no había completado su rearme, la fuerza aérea requería de más aparatos y los planes para dotarse de una potente marina de guerra acababan de iniciarse. Sus cálculos señalaban a 1943 como el año en el que Alemania podría lanzarse a un conflicto generalizado. No obstante, Hitler, que había cumplido ya cincuenta años y tenía el convencimiento de que iba a vivir poco tiempo, se avino con buen ánimo a la nueva situación y se lanzó decidido a esa guerra con la que había soñado desde 1918, dispuesto a vengar la humillación sufrida en el anterior conflicto y expandir las fronteras del Reich en busca del espacio vital que siempre había preconizado. Había comenzado la Guerra de Hitler.



Hitler, en un retrato de 1939. A sus cincuenta años, gozaba de un buen estado físico. La tensión provocada por la guerra y el abuso de sustancias estimulantes deterioraría notablemente su salud.

Queda fuera del alcance de este trabajo la descripción de los episodios bélicos que tendrían lugar entre 1939 y 1945[16]. Pero sí es posible seguir el curso de los acontecimientos a través de las decisiones y estrategias de Hitler, que marcarían decisivamente el curso de la guerra. La concentración de poder en su persona llegaría a tal extremo que sería él el que forzaría esos cambios de rumbo, a menudo contra el parecer del estamento militar y la opinión popular. Los extraordinarios éxitos que habían jalonado su lucha por el poder y los réditos obtenidos por su agresiva política exterior le llevaron a convencerse de su infalibilidad. Los sucesivos e incontestables triunfos obtenidos en la primera fase de la contienda le reafirmarían en ese convencimiento.

Así, Polonia fue derrotada en apenas veintiocho días, sin que británicos ni franceses resolviesen acudir en su auxilio; los esfuerzos de los Aliados se centrarían en conseguir que Hitler aceptase un acuerdo de paz que implicase la retirada de sus tropas de suelo polaco. Pero Hitler no sólo no estaba dispuesto a soltar a su presa, sino que ya estaba pensando en su nuevo objetivo.

Atentado en Múnich

Europa había asistido atónita al incontenible avance de los pánzer y Hitler quería seguir aprovechándose del factor sorpresa, por lo que decidió lanzar un ataque en el oeste, que debía tener

lugar en noviembre. Sus generales se mostraron contrarios a esta ofensiva, pero el *führer* estaba dispuesto a ello, decidido a aprovechar la ventaja momentánea con que contaba sobre los Aliados.



Hitler comparece ante un entregado Reichstag para informar de la aplastante victoria de la Wehrmacht sobre Polonia, el primer éxito de la guerra relámpago.

Ese mes de noviembre estuvo a punto de cambiar el curso de la historia. El 8 de noviembre se celebraba el aniversario anual del fallido *Putsch* de Hitler de 1923, reuniéndose cada año figuras destacadas del régimen junto al propio *führer* y la vieja guardia del partido en la Bürgerbräukeller de Munich. Allí acudió Hitler tal como estaba previsto. La duración habitual del discurso de Hitler era desde las ocho y media de la tarde hasta, aproximadamente, las diez de la noche, para luego permanecer varios minutos más conversando con los antiguos camaradas del partido. Hitler tenía previsto regresar en avión, pero el mal tiempo obligó a cambiar los planes. Su tren personal fue enganchado al expreso Múnich-Berlín, que salía a las nueve y media. Así, Hitler empezó su discurso a las ocho y diez minutos y lo terminó poco después de las nueve. Una vez acabado se dirigió rápidamente hacia la estación para tomar el tren.



Hitler y Goering, en una imagen tomada durante la campaña de Polonia. Goering aseguró que su Luftwaffe pondría de rodillas a Gran Bretaña, pero no pudo cumplir su promesa.

A las 21.20 horas estalló una bomba colocada en el interior de la columna situada detrás del lugar donde había estado Hitler diez minutos antes, derrumbándose parte del techo de la galería superior. El balance fue de ocho personas fallecidas y sesenta y tres heridas, dieciséis de ellas de gravedad. Hitler no supo nada hasta que su tren hizo una parada en la estación de Núremberg.

Las primeras sospechas recayeron sobre los británicos, pero los restos de la bomba permitieron deducir que se trataba de un artefacto artesanal. Las pesquisas sobre el origen de los materiales llevó hasta un hombre cuya descripción coincidía con la de un sospechoso detenido en la frontera suiza cuando trataba de salir de Alemania: un carpintero suabo llamado Georg Elser. Aunque Elser había intentado acabar con Hitler por iniciativa propia, el régimen intentó demostrar que había actuado inducido por los servicios secretos británicos[17].

LA CAMPAÑA DEL OESTE

El atentado frustrado sirvió a Hitler para convencerse aún más de que la Providencia estaba de su parte, reafirmándose en su convencimiento de que tarde o temprano alcanzaría sus objetivos. Unos días después, el ataque inminente en el oeste tuvo que ser aplazado debido al mal tiempo.

Finalmente, Hitler acabó señalando el inicio de la campaña occidental para el 17 de enero de 1940. Pero los planes de invasión llegaron por casualidad a manos aliadas una semana antes de esa fecha, lo que llevó a Hitler a aplazar de nuevo la ofensiva hasta la primavera, para alivio de sus generales, que no veían con buenos ojos esa campaña invernal.

Pero, antes de atacar a Francia, Hitler advirtió la necesidad de hacerse con el control de Noruega, debido a la necesidad de mineral de hierro para la industria de guerra y para mantener despejadas las rutas marítimas hacia el Atlántico. Los Aliados también repararon en el enorme valor estratégico del país escandinavo; mientras los ingleses, urgidos por los franceses, preparaban el envío de un cuerpo expedicionario, los alemanes se adelantaron a sus adversarios. El 9 de abril de 1940, las tropas germanas desembarcaron en varios puntos de la costa noruega. El mismo día, la Wehrmacht entró en Dinamarca para apoyar a las fuerzas que participaban en la invasión. El 14 de abril llegó a Noruega un contingente anglo-francés, tomando Narvik, pero el 10 de mayo tuvo que regresar ante la noticia de que Hitler había lanzado su ofensiva en el oeste.

Ese día, las tropas germanas atacaron Holanda, Bélgica y Luxemburgo. La guerra se acercaba peligrosamente a las islas británicas, lo que llevó a que el pacifista Neville Chamberlain fuera sustituido por el resolutivo Winston Churchill. Franceses y británicos acudieron en socorro de Bélgica, cayendo en la trampa hábilmente tendida por Hitler. Los alemanes penetraron rápidamente por las Ardenas, una región abrupta y boscosa considerada impracticable para los blindados, y procedieron a cortar la cuña de avance francobritánico con un rápido golpe de hoz.

Hitler se vio sorprendido por los éxitos iniciales en la campaña occidental, ya que la gran igualdad existente en esos momentos entre los ejércitos alemán y francés no hacía prever que el equilibrio se rompiese tan fácilmente. Así, Hitler vacilaba en permitir que sus tanques continuasen rodando a tanta velocidad, temeroso de que pudieran dejar los flancos vulnerables. Fruto de ese temor llegaría su primer error cometido durante la guerra; el cuerpo expedicionario británico quedó rodeado en el puerto francés de Dunkerque, pero Hitler ordenó a sus pánzer que se detuvieran, accediendo al ofrecimiento de Göring de aniquilar la bolsa con su Luftwaffe.

Los motivos de esta decisión han sido objeto de controversia; se cree que Hitler no quería arriesgar sus tanques en una región poco propicia para ellos, que él conocía de la Primera Guerra Mundial, reservándolos para el avance por Francia. No obstante, se especula con que Hitler quiso mostrarse magnánimo con los británicos dándoles una oportunidad para escapar, como lo demuestra el que no se mostrase demasiado contrariado al saber que la Luftwaffe estaba siendo incapaz de frenar la evacuación por mar. Finalmente, los británicos pudieron reembarcar trescientos mil hombres, lo que constituiría la columna vertebral de las tropas que desembarcarían cuatro años después en Normandía.

Sin la ayuda británica, la suerte de Francia estaba echada. Los pánzer siguieron avanzando hacia París casi sin oposición. El 14 de junio, la guarnición de la capital gala se retiraba. El 20 de junio, una delegación del gobierno francés salía de Burdeos para encontrarse con los alemanes y acordar los términos del armisticio. Por decisión de Hitler, la firma de la rendición de Francia se celebraría en el mismo vagón de ferrocarril en el que Alemania tuvo que firmar la suya en 1918, que se conservaba como una pieza de museo en el bosque de Compiègne. La delegación francesa firmó allí el armisticio el 22 de junio de 1940; la humillación sufrida en 1918 había sido vengada.



Hitler se retrata como un turista más ante la torre Eiffel de París, durante la visita que realizó el 23 de junio de 1940, cumpliendo así un viejo sueño. A su derecha, el arquitecto Albert Speer y, a su izquierda, el escultor Arno Breker.

Al día siguiente de la firma del armisticio, Hitler decidió cumplir su gran sueño de visitar París. Desde muy joven se había interesado por los bellos edificios que pueden admirarse en la Ciudad de la Luz, estudiando los planos y dibujos que los representaban, conociéndolos al detalle gracias a su prodigiosa memoria. Aquel domingo, al amanecer, su avión llegó al aeródromo de Le Bourget. El *tour* turístico comenzó de inmediato, iniciándose en el edificio de la Ópera y continuando por el Arco de Triunfo y la Torre Eiffel, en donde se fotografió como un turista más, así como Los Inválidos, donde se descubrió ante la tumba de Napoleón. Al iniciar el vuelo de regreso, mientras contemplaba por la ventanilla su ciudad más admirada, confesó a su fiel arquitecto Albert Speer no poder expresar todo lo feliz que se sentía en ese momento. Aquella misma noche, encargó a Speer que redactara el borrador de un decreto para la total reconstrucción de Berlín, una capital del Reich que superase todo lo que había visto ese domingo en París. Tres días más tarde, Hitler firmaba el documento en que se ordenaba que la labor de embellecimiento de Berlín quedara terminada en 1950[18].

El 19 de julio de 1940, las tropas alemanas que habían participado en la campaña occidental desfilaron por la Puerta de Brandeburgo, entre los vítores y el clamor de los berlineses. Ese sería el punto culminante de la gloria de Hitler. A partir de entonces, a pesar de que aún cosecharía algunos éxitos militares y que lograría expandir aún más las fronteras de su imperio, Hitler iría cavando poco a poco la fosa de su soñado Reich de los Mil Años.

Gran Bretaña resiste

En junio de 1940, el único enemigo que resistía ante Hitler era Gran Bretaña. Pero Hitler no aspiraba a derrotar a los británicos; convencido de que ambos pueblos compartían un mismo origen racial, estaba dispuesto a permitirles conservar su poder marítimo y colonial, a cambio de que los alemanes se convirtiesen en los dueños de la Europa continental. Hitler hizo varios ofrecimientos para alcanzar una paz en esos términos, pero Churchill, a quien el dictador nazi odiaba y despreciaba, no estaba dispuesto a ello.

Ante la negativa de Londres a sellar la paz, Hitler se vio ante la disyuntiva de lanzar o no un ataque contra Gran Bretaña. En esos momentos, los británicos no disponían de armas ni munición y las defensas costeras eran muy débiles. Pero Hitler, consciente del poderío de la *Royal Navy,* contemplaba escéptico el asalto a las islas británicas, un plan que se denominaría León Marino *(Seelöwe).* Los preparativos para la operación de desembarco se pusieron en marcha, pero sería el propio Hitler el que se encargaría de diferirlos; probablemente, esperaba que los británicos, atemorizados por la inminencia del asalto, acabasen por sentarse a negociar la paz. Pero el tiempo pasaba y los británicos no daban su brazo a torcer.

Hitler prosiguió con sus planes de invasión, dando luz verde a la primera fase: asegurarse el dominio completo del aire. Esa tarea la dejó en manos de Göring y su Luftwaffe; de este modo no se afrontaba el excesivo riesgo de la operación anfibia y se abría la posibilidad de que Gran Bretaña claudicase ante la superioridad de la aviación germana. Así, Hitler dio la orden a la Luftwaffe de aplastar a la Fuerza Aérea británica *(Royal Air Force,* RAF). Había comenzado la Batalla de Inglaterra.

El duelo que se iba a dirimir en los cielos ingleses en el verano y el otoño de 1940 era muy desigual. La Luftwaffe contaba con 1.200 bombarderos, 300 bombarderos en picado y un millar de cazas. Por el contrario, los ingleses podían oponer tan sólo 600 cazas y medio centenar de aviones de otro tipo, todos ellos anticuados. Rompiendo los pronósticos, los primeros resultados de los combates aéreos no reflejarían esa superioridad, ya que los aparatos germanos debían operar lejos de sus bases; los cazas apenas podían evolucionar unos minutos en cielo británico antes de agotar su combustible. Por su parte, los pilotos de la RAF combatieron sin descanso y con un arrojo encomiable. A mediados de agosto, la ofensiva de la Luftwaffe ofrecía signos de agotamiento.

A partir del 24 de agosto, unos aviones alemanes dejaron caer por error sus bombas sobre una zona habitada de Londres. Los británicos llevaron a cabo una operación de represalia; ochenta bombarderos consiguieron llegar a Berlín, lanzando su carga de bombas sobre la capital del Reich. Aunque los daños fueron mínimos, esa afrenta desató la ira de Hitler, que ordenó la destrucción de las ciudades, aflojando así la presión sobre los aeródromos. La ofensiva de la Luftwaffe contra Londres y otras ciudades inglesas tendría posteriormente graves consecuencias, al justificar la terrible campaña de bombardeos que los Aliados lanzarían tres años después sobre las ciudades germanas.

En el otoño de 1940, mientras la tenaz resistencia británica alejaba la posibilidad de la invasión, Hitler estaba pensando ya en atacar a la Unión Soviética, a quien consideraba el auténtico enemigo, y al que tarde o temprano debería enfrentarse. La Operación León Marino fue aplazada hasta la primavera. Los bombardeos sobre las ciudades británicas continuaron, pero Hitler había decidido

que en 1941 iniciaría la expansión hacia el este que había preconizado en su *Mein Kampf*. No obstante, como el ataque no podría lanzarse hasta el verano siguiente, Hitler centró su atención en el sur de Europa, advirtiendo la importancia estratégica que podía tener la captura de Gibraltar, con vistas a una futura toma del canal de Suez y el consiguiente cierre del Mediterráneo.

El 23 de octubre de 1940, Hitler se reunió con Franco en la población fronteriza francesa de Hendaya. Para sorpresa de Hitler, el dictador español no se mostró impresionado ante el poderío germano. Franco insistió en que España necesitaba ayuda económica y militar para entrar en guerra y exigió ganancias territoriales en África a costa de Francia, como táctica para escapar a su presión, puesto que no quería ligar su destino al de Hitler mientras los británicos no fueran derrotados. Las conversaciones entre ambas delegaciones, que se alargaron nueve horas, apenas lograron arrancar un vago compromiso de Franco. «Antes de pasar otra vez por eso, preferiría que me arrancasen tres o cuatro muelas», le diría posteriormente Hitler a Mussolini.

El *führer* continuó con los preparativos para la invasión de la Unión Soviética, la llamada Operación Barbarroja. Pero en mayo de 1941 Hitler sufriría una enorme decepción personal. Su lugarteniente Rudolf Hess, quien le había ayudado a mecanografiar *Mein Kampf* en la prisión de Landsberg, siendo desde entonces su fiel escudero, había volado en solitario hasta Escocia para tratar de alcanzar un acuerdo de paz con el gobierno británico. Hess, tras arrojarse en paracaídas sobre Escocia, creía que iba a poder entrevistarse con Churchill o incluso el rey Jorge VI, pero tras un breve paso por la Torre de Londres acabó encerrado en un hospital militar.

Operación Barbarroja

Cuando ya había comenzado la cuenta atrás para el ataque a la Unión Soviética, previsto para mayo de 1941, Hitler se vio obligado a intervenir en los Balcanes; en octubre de 1940, Mussolini había invadido Grecia desde Albania, anexionada en abril de 1939, pero la invasión había resultado un desastre. Los británicos habían acudido a apoyar a los griegos y ahora Hitler debía acudir en ayuda de su aliado. El ataque alemán a Grecia se lanzó el 6 de abril de 1941. Yugoslavia, que se negó a colaborar con Alemania, también fue ocupada. La *Blitzkrieg* sería reeditada con resultados nuevamente espectaculares; el 29 de abril, la esvástica ondeaba triunfante sobre el Partenón.

Tras la fulgurante invasión de los Balcanes, parecía que Hitler podría centrarse ya en su ofensiva contra la Unión Soviética en busca del ansiado espacio vital. Pero los griegos y británicos que habían podido escapar de los alemanes se habían trasladado a la isla de Creta para continuar resistiendo desde allí. El *führer* decidió intervenir para eliminar esa amenaza en el flanco mediterráneo, retrasando otra vez la orden de ataque en el este. Para ello, Hitler lanzó el 20 de mayo una gran operación aerotransportada que, aunque se saldó con más bajas de las esperadas, alcanzó su objetivo. Con un mes de retraso, la invasión de la Unión Soviética podía comenzar.

A las cinco de la mañana del domingo 22 de junio, el Ejército alemán atravesó la frontera soviética, en lo que sería el ataque más colosal de todos los tiempos. Las cifras de la invasión no tenían parangón en la historia: en la ofensiva participaban más de tres millones de soldados alemanes, junto a 3.600 tanques y 600.000 vehículos motorizados, además de 7.000 piezas de artillería y 2.500 aviones.

Al día siguiente, Hitler se trasladó a un complejo de máxima seguridad que se había construido en

Rastenburg, en la Prusia Oriental, para seguir más de cerca el curso de las operaciones. Ese recinto, que recibiría el nombre de *Wolfsschanze* (Guarida del Lobo), se convertiría en su cuartel general. A pesar de su ambiente insalubre al ser una zona pantanosa, Hitler pasaría allí la mayor parte del tiempo restante de la guerra, alternándolo con períodos de descanso en el Berghof, en donde se encontraba con Eva Braun[19].

Ese verano, las noticias que llegaban del frente no podían ser más prometedoras. Los soldados rusos caían prisioneros por cientos de miles y en apenas tres semanas las columnas germanas cubrieron setecientos kilómetros. Sin embargo, la buena marcha de la campaña se quebró con una decisión personal de Hitler, tomada en contra de la opinión mayoritaria de sus generales: detener el avance hacia Moscú para que esas tropas acudiesen a reforzar las otras dos líneas de avance, las que se dirigían, en el norte, hacia Leningrado y, en el sur, hacia Kiev. Cuando las unidades desplazadas a esos otros frentes regresaron a la parte central del avance, ya se había entrado en el mes de octubre, a las puertas del temible invierno ruso.



Hitler y Eva Braun en la terraza del Berghof, en Berchtesgaden, con sus respectivas mascotas. Hitler solía mostrarse distendido cuando se encontraba en su refugio alpino en compañía de su amante.

El asalto a Moscú comenzó según lo previsto, pero la llegada de las lluvias otoñales embarró los caminos, ralentizando así el avance. Un inusitado desplome de las temperaturas a principios de noviembre dificultó aún más las operaciones, hasta que estas se vieron detenidas cuando las tropas germanas se hallaban a sólo treinta y cinco kilómetros de Moscú. Los soviéticos lanzaron una gran contraofensiva que a punto estuvo de acabar en desastre total para el ejército germano. El 8 de diciembre Hitler ordenó que los soldados se quedasen en el punto que en ese momento se encontraban, prohibiendo terminantemente cualquier retirada. Ante la resistencia de algunos de sus generales a cumplir esa orden, Hitler llevó a cabo numerosas destituciones y decidió asumir el mando del ejército.

La noticia del ataque japonés a la base estadounidense de Pearl Harbor fue celebrada por Hitler. Después de declarar de forma irresponsable la guerra a Estados Unidos el 11 de diciembre, exclamó: «¡No podemos perder la guerra! Ahora tenemos un socio que no ha sido derrotado en tres mil años». Hitler, que se había mostrado tan hábil en manejar los hilos de la política internacional durante los

años treinta, cometió su mayor error declarando la guerra a Washington. Si hasta ese momento la suerte final de la guerra estaba en el alero, con la irrupción del gigante norteamericano el Reich de Hitler había firmado su sentencia de muerte.

EL FIN DEL SUEÑO

En enero de 1942, Hitler comprendió que el modelo *Blitzkrieg* estaba agotado. La guerra sería larga y Alemania debía prepararse para ello. Con ese fin, Hitler nombró a su arquitecto Albert Speer ministro de Armamento, a pesar de las reticencias de este para aceptar esa responsabilidad. Esa decisión sería un gran acierto de Hitler; Speer lograría racionalizar la industria de guerra, hasta entonces dispersa y sin una dirección centralizada. Los resultados serían espectaculares, logrando en tres años triplicar la producción bélica.



Caricatura soviética de 1942, en la que Hitler envía a sus soldados a una muerte segura en las heladas estepas rusas. El tétrico dibujo tendría su trágica plasmación en el desastre de Stalingrado.

En el verano de 1942, el Tercer Reich alcanzó su máxima expansión territorial. En África del Norte, en donde el Afrika Korps combatía a las órdenes del mariscal Erwin Rommel, los pánzer amenazaban El Cairo. El dominio alemán se extendía también a las aguas del Atlántico, en donde los submarinos germanos habían alcanzado una cifra de tonelaje hundido inasumible para los británicos, que se veían incapaces de aprovisionar a su población. Mientras, en el frente ruso, Hitler había lanzado una ofensiva sobre el Cáucaso, con la vista puesta en sus pozos de petróleo.

Pero todo cambiaría a finales de ese verano de 1942. Rommel fue frenado por Montgomery en El Alamein. En el Atlántico se tomaron medidas de protección que se mostraron útiles en la lucha contra los submarinos. En el frente oriental se comenzó a hablar de una ciudad que marcaría el principio del fin para Hitler y su Reich: Stalingrado. Esta ciudad, situada a orillas del Volga, poseía escaso valor estratégico, pero Hitler se empeñó en su conquista, al igual que Stalin en su defensa, como si se tratase de un duelo personal. El ataque del VI Ejército del general Friedrich Paulus comenzó a finales de agosto; un mes después parecía que la ciudad estaba a punto de caer, pero los rusos habían hecho un fortín de cada casa, cada habitación y cada sótano. Hitler, en un discurso radiado, explicó que lo importante era que la ciudad estaba totalmente rodeada y que se había cortado el tráfico fluvial por el Volga. En su alocución, el *führer* insistió en que la captura de la ciudad podía demorarse, pero que nada podría evitar la victoria alemana.

La llegada continua de refuerzos soviéticos a Stalingrado logró mantener la resistencia, mientras los alemanes se iban desangrando en los sucesivos intentos de tomar la ciudad. El 19 de noviembre, el Ejército Rojo atacó los flancos del avance alemán sobre Stalingrado, estrangulándolo y desgajándolo del resto del frente. Los 300.000 hombres del VI Ejército de Paulus habían quedado cercados. Göring se comprometió a abastecerlos por el aire, pero el plan fracasó, al igual que los desesperados intentos de romper el cerco. El 25 de enero de 1943, el VI Ejército quedó partido en dos, pero Hitler no permitió la rendición, nombrando a Paulus mariscal para forzarle a morir luchando u optar por el suicidio, puesto que nunca antes un mariscal alemán se había rendido. Sin embargo, Paulus y el VI Ejército se rindieron el 2 de febrero. La derrota en Stalingrado supuso un *shock* tanto para Hitler como para toda la población germana, que contempló por primera vez la posibilidad de perder la guerra.



Hitler, con Göring a su derecha y Speer a su izquierda, en una imagen tomada en agosto de 1943. En esos momentos la Wehrmacht acababa de ser derrotada en Kursk y los Aliados habían desembarcado en Sicilia.

Pese a esa debacle a orillas del Volga, Hitler confiaba todavía en dar la vuelta a la situación. La campaña de verano de 1943 se centró en el intento de embolsar las fuerzas soviéticas que formaban un saliente en torno a la ciudad de Kursk. Allí, Alemania tomaría la iniciativa por última vez en el frente oriental, poniendo en juego buena parte de sus reservas. Pero los sucesivos aplazamientos habían permitido a los rusos mejorar las defensas y concentrar sus fuerzas, lo que llevó al fracaso de

la ofensiva. La batalla de Kursk supondría el cambio definitivo de las tornas en Rusia; el sueño de Hitler de expandir el Reich alemán por el este, que tanto había excitado su imaginación, quedaba definitivamente enterrado.

EL ATENTADO DE LAS BOTELLAS

Cuatro meses antes de la batalla de Kursk, Hitler fue objeto de un intento de atentado que estuvo muy cerca de acabar con su vida, pese a que en todo momento fue ajeno al peligro con el que se estaba enfrentando. El 13 de marzo de 1943, el general Henning von Tresckow y el comandante Fabian von Schlabrendorff llevaron a cabo un plan para asesinarle. Hitler acudiría a visitar a las tropas en Smolensk desde la Guarida del Lobo en su avión; ellos se encargarían de introducir un artefacto en el interior del aparato para que hiciera explosión en pleno vuelo. De este modo, su derribo podía ser achacado a un accidente o un ataque de aviones rusos.

Ese día, cuando el *führer* dio por terminada la visita, Von Tresckow entregó a un miembro de su séquito un paquete que supuestamente contenía dos botellas, pidiéndole que, cuando llegasen al cuartel de Hitler en Rastenburg, lo remitiese a un general amigo suyo destinado en Berlín. En realidad, el paquete contenía dos minas adhesivas de las que los británicos solían enviar a la resistencia francesa para sus operaciones de sabotaje y que habían caído en manos en los conspiradores.

A las tres y veinte de la tarde, el avión de Hitler rodó por la pista de despegue y se elevó con la bomba en su interior. El artefacto debía explotar a la media hora, pero el aparato llegó sin novedad a Rastenburg poco después de las cuatro de la tarde. No se sabe por qué falló el temporizador. Se cree que, para evitar las turbulencias de una tormenta, el piloto elevó el avión, provocando que la temperatura descendiese bruscamente en el compartimento en donde estaba el paquete; el descenso de la temperatura heló el ácido que formaba parte del mecanismo, impidiendo que cediese el fino alambre que sujetaba el percutor. Sea como fuere, la realidad es que la fortuna, una vez más, estuvo de parte de Hitler.

LA POLÍTICA DE EXTERMINIO

El estallido de la guerra había supuesto para Hitler la oportunidad de poner en práctica todo aquello que no consideraba prudente llevar a cabo en tiempo de paz. La confusión generalizada inherente a toda contienda le iba a permitir verse libre de los escasos escrúpulos que aún le quedaban. La más terrible consecuencia de esa inhibición fue el lanzamiento de una cruel política de exterminio, que puso en práctica nada más comenzar la guerra.

Así, a mediados de septiembre de 1939, Hitler mantuvo en Danzig una discreta reunión con su círculo próximo de colaboradores a la que asistió el doctor Leonardo Conti, jefe de Sanidad del Reich, en la que anunció que, por necesidades de la guerra, era preciso iniciar inmediatamente un programa para dar muerte sin dolor a los enfermos mentales incurables. Por entonces, los enfermos mentales necesitaban unas 250.000 camas y atención médica especializada, unos medios que Hitler quería canalizar hacia el tratamiento de los heridos de sus próximas campañas. Pero las

motivaciones de Hitler iban más allá; para él, aquellos enfermos constituían una escandalosa impureza genética que adulteraba la pureza de la raza germánica.

Enseguida quedó claro que esa decisión implicaba una serie de dificultades médicas, legales y éticas, por lo que Hitler optó por dictar una orden por la que se concedía «autoridad para ampliar la competencia de ciertos médicos que se determinaran, a fin de que puedan dar a quienes son humanamente incurables, desde todos los puntos de vista, una muerte piadosa, después de haber efectuado el más crítico examen de su estado de salud». De forma significativa, el documento llevaría la fecha atrasada del 1 de septiembre, el día que había comenzado la guerra.

Así, cumpliendo con las órdenes del *führer,* a comienzos de octubre se inició un programa de eutanasia y esterilización denominado «T4» por la dirección de sus oficinas en Berlín, situadas en el número 4 de la Tiergartenstrasse, que tenía como objetivo alcanzar la pureza racial mediante la identificación y eliminación de los discapacitados o bien la esterilización de los individuos que presentaban algún defecto de tipo hereditario. Este programa, que se llevaría a cabo en el mayor de los secretos, estableció una red de centros por toda Alemania en los que tenían lugar los asesinatos, ya fuera por inhalación de monóxido de carbono o inyecciones letales. Los cadáveres eran incinerados en hornos crematorios. A los familiares se les enviaba una carta en la que se les comunicaba el fallecimiento de su pariente por causas naturales.

Los rumores sobre lo que estaba ocurriendo y las protestas de los familiares al no poder obtener informes de las autopsias o de recuperar los cuerpos llevarían a suspender la operación en agosto de 1941 después del asesinato de entre setenta y cien mil personas, pero la experiencia sería decisiva para organizar el exterminio de la población judía de Europa.

También en septiembre de 1939, durante la campaña polaca, comenzaron los asesinatos de población civil. El objetivo era eliminar a la intelectualidad polaca y las clases dirigentes, es decir, la espina dorsal de la sociedad polaca, para quebrarla y garantizar así su sumisión futura. Los llamados *Einsatzgruppen,* unos pelotones de exterminio formados por la Policía de Seguridad y miembros de las SS, eran los encargados de esas ejecuciones, que la Wehrmacht contemplaba con horror pero que no se atrevió a impedir.

Igualmente, el 1 de septiembre de 1939, Hitler mostró su decisión de saldar cuentas definitivamente con los judíos: «He hecho dos declaraciones. La primera, puesto que nos han obligado a entrar en combate, no conseguirán derrotarnos mediante un despliegue de armas ni en el transcurso del tiempo; la segunda, si la judería internacional, dentro y fuera de Europa, consigue precipitar al mundo a la guerra, el resultado no será el dominio bolchevique de la tierra y el consiguiente triunfo de la judería, sino el aniquilamiento de la raza judía en Europa». Una declaración de intenciones similar ya la había formulado públicamente en enero de ese mismo año, en un virulento discurso que sería calificado por la prensa de Goebbels como uno de los más grandes de Hitler, y que daría a un titular que años después adquiriría todo su terrible sentido: «Profética advertencia a los judíos».

Aunque ya durante la invasión de Polonia se produjeron asesinatos de judíos, estos serían sistemáticos en territorio soviético durante la invasión; cuando una localidad caía en manos de los alemanes, se reunía a la población judía, se la conducía a algún paraje cercano y luego era ejecutada y enterrada en zanjas. Pero aún no se había elaborado un plan metódico para eliminarlos; a finales de 1941, Hitler debió dar la orden de exterminar físicamente a todos los judíos europeos, aunque ya había dado los pasos preliminares en un memorándum fechado el 31 de julio de 1941 y dirigido a

Reinhard Heydrich, el jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich: «Además, le ordeno que me someta cuanto antes un plan general demostrativo de las medidas necesarias de organización y acción a desempeñar para la solución final deseada de la cuestión judía».

El 30 de enero de 1942, Hitler alardeó de que «por primera vez estamos aplicando una vieja y genuina ley judía: ojo por ojo y diente por diente». El día 8 de noviembre recordó a sus fieles reunidos en Múnich para conmemorar el *Putsch* aquella «profecía» de 1939, añadiendo con terrible ambigüedad: «Siempre se han reído de mí, como profeta. Pero, entre aquellos que más reían entonces, son incontables los que hoy han dejado de reír. Aquellos que todavía ríen hoy, seguramente, dejarán de reír dentro de un tiempo».

Al igual que muchas otras decisiones del *führer,* la orden de aniquilar a los judíos tampoco figuró en ningún documento. Se cree que esta pudo darse en las frecuentes conversaciones que mantenía con el jefe de las SS Heinrich Himmler, pero no hay duda de que la gigantesca operación de exterminio que iba a ponerse en marcha a partir de ese momento no pudo emprenderse sin su decidido impulso personal. El discurso del jefe de las SS pronunciado en una reunión de generales el 24 de enero de 1944 resulta clarificador: «Al principio, cuando el *führer* me dio la orden de poner en marcha la solución al tema judío, dudé; no estaba seguro de si podía pedir a mis valiosos hombres de las SS la ejecución de tan horrible tarea. Pero era, en definitiva, una orden del *führer;* no podía dudar. Entre tanto la tarea se fue realizando y hoy no hay ya más cuestión judía que solucionar».

La declaración de Rudolf Höss, comandante en jefe de Auschwitz, en los juicios de Nuremberg confirmaría que fue el propio Hitler el que ordenó el exterminio de los judíos: «Himmler me dijo que el *führer* había dado orden de hallar una solución definitiva para la cuestión judía que nosotros, las SS, debíamos ejecutar». La Conferencia de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942, fijó las directrices para proceder para conseguir la eliminación física, calificada eufemísticamente de *tratamiento adecuado,* de los judíos.

Había comenzado la llamada Solución Final, que acabaría con la muerte de unos seis millones de judíos, muchos de ellos en las cámaras de gas. Así, aquellas palabras que había escrito veinte años atrás en *Mein Kampf* adquirían el valor de una escalofriante profecía: «El sacrificio de los soldados alemanes en el frente de la Gran Guerra no hubiese sido necesario si doce o quince mil de estos judíos corruptores del pueblo hubiesen sido sometidos a los gases tóxicos». Además de los judíos, los gitanos se convirtieron también en objeto de esa política de exterminio; entre 250.000 y 500.000 gitanos europeos perecieron fusilados o gaseados.


Prisioneros del campo de concentración de Buchenwald al borde de la muerte por desnutrición, en una estremecedora imagen. La política de exterminio nazi impulsada por Hitler causó millones de muertos.

Los prisioneros soviéticos también murieron masivamente en manos alemanas; entre dos y tres millones pudieron sucumbir a consecuencia del hambre, el frío, las enfermedades o el agotamiento por el trabajo forzoso. El desprecio absoluto de la vida humana alcanzaría sus más altas cotas de iniquidad con la experimentación médica a la que fueron sometidos algunos internos de los campos de concentración; paradójicamente, mientras eso ocurría, seguían vigentes en Alemania las avanzadas leyes contra la vivisección y la experimentación en animales impulsadas por el propio Hitler.

Los campos de exterminio de Auschwitz, Treblinka o Sobibor, o la guerra de exterminio lanzada en el frente ruso se convertirían en la última etapa de la escalada de odio que Hitler había iniciado en aquellos encendidos discursos en las cervecerías de Múnich. Si los que entonces escucharon y aplaudieron sus diatribas hubieran alcanzado a ver a dónde iba a conducir su fanatismo, sin duda le hubieran girado la espalda horrorizados, pero ahora ya era demasiado tarde.

EL PRINCIPIO DEL FIN

En los primeros meses de 1944, el imperio de Hitler se encontraba ya a la defensiva. Las fuerzas aliadas se hallaban firmemente establecidas en la península italiana desde el mes de septiembre de 1943 y los soviéticos hacían retroceder a la Wehrmacht en el frente oriental. Además, la invasión del continente a través del canal de la Mancha, para la que se estaba acumulando hombres y material en la costa inglesa, era ya sólo cuestión de tiempo.

Finalmente, al amanecer del 6 de junio de 1944 tuvo lugar el asalto a la fortaleza europea de Hitler; las playas de Normandía fueron el escenario del mayor desembarco de la historia. Las primeras veinticuatro horas eran decisivas para la suerte de la batalla, pero cuando llegó al Berghof la noticia de que parecía haberse desatado ya la esperada invasión, nadie se atrevió a despertar a

Hitler, quien no alteró su costumbre de levantarse tarde. Al tener conocimiento de lo que allí acontecía, se mostró convencido de que el desembarco en Normandía era un señuelo y que la auténtica invasión se produciría en el paso de Calais, por lo que decidió retener allí a las mejores divisiones. Cuando, con el paso de los días, Hitler se convenció de que no iba a haber otra invasión, ya era tarde; los Aliados se encontraban firmemente asentados en la costa normanda y con la vista puesta en la liberación de París, a donde llegarían el 25 de agosto.

Los soviéticos, por su parte, lanzaron el 22 de junio una gigantesca ofensiva, la Operación Bagration. Este colosal ataque permitiría al Ejército Rojo expulsar a los alemanes de territorio ruso e incluso rebasar la frontera alemana en Prusia Oriental. Las noticias de saqueos y violaciones perpetrados por los soldados rusos provocaron el éxodo de la población hacia el interior del país. El Reich de Hitler comenzaba a luchar por su propia supervivencia.

ATENTADO EN LA GUARIDA DEL LOBO

El 20 de julio de 1944, quien estuvo a punto de sucumbir fue el propio Hitler, al sufrir un atentado mientras celebraba una reunión en la Guarida del Lobo, su cuartel general en el este. El artefacto, que iba alojado en el interior de un maletín, fue colocado bajo la mesa de mapas a escasos centímetros del *führer* por un joven coronel, Claus von Stauffenberg. Sin embargo, pocos segundos antes de que la bomba explotase, uno de los asistentes a la reunión apartó unos centímetros el maletín, que acabó tras una gruesa pata de madera; en el momento de la explosión, a Hitler le sirvió de providencial pantalla protectora, por lo que sólo sufrió heridas leves.



Estado en el que quedó la sala de reuniones del cuartel general de Rastenburg en la que estalló la bomba que pretendía acabar con la vida de Hitler, quien apenas sufrió heridas leves.

Tras dejar el maletín, Stauffenberg había salido a toda prisa del cuartel general y regresado en avión a Berlín, convencido de que Hitler había muerto. Una vez en la capital se puso al frente de una conspiración integrada por militares de alto rango para tomar el poder. Sin embargo, la noticia de que Hitler había sobrevivido resultó fatal para el éxito del golpe, que fue quedándose sin apoyos. Los principales implicados, incluido Stauffenberg, serían detenidos y fusilados antes de que acabase

la jornada.

A partir de ese momento se desató una brutal represión que alcanzó a unas cinco mil personas, descabezando así cualquier tipo de oposición al régimen. El mariscal Rommel, cuya implicación en el golpe era tangencial, se vio obligado a suicidarse para evitar un juicio público y el arresto de su familia. El atentado sirvió para que Hitler se convenciese aún más de que la Providencia que le había acompañado a lo largo de su vida, no lo había abandonado[20].

BERLÍN, CERCADO

En el otoño de 1944, el futuro del Reich no podía ser más negro. Las ciudades alemanas eran bombardeadas a diario sin que la Luftwaffe pudiera hacer nada por evitarlo, mientras los ejércitos aliados iban tomando posiciones alrededor del territorio germano para saltar sobre él. Las bombas volantes V-1 y V-2, en las que Hitler tenía depositadas muchas esperanzas, estaban demostrando ser incapaces de cambiar el curso de la guerra. La derrota de Alemania parecía inevitable, pero Hitler aún confiaba en que un repentino éxito militar pudiera forzar a los aliados occidentales a buscar una paz de compromiso o incluso a unirse a Alemania en su lucha contra los soviéticos. Hitler escogió la región de las Ardenas para romper las defensas aliadas y dirigirse en veloz carrera hacia el mar, en dirección a Bruselas y Amberes, recuperando aquella *Blitzkrieg* que tantos éxitos le había proporcionado al comienzo de la guerra.

Tras mantener en secreto los preparativos, la ofensiva en las Ardenas se lanzó el 16 de diciembre de 1944, logrando tomar por sorpresa a los norteamericanos. Pero el avance se vio finalmente frenado por la falta de combustible y la superioridad aérea aliada. El 20 de enero de 1945, el contragolpe aliado había hecho retroceder a los alemanes al punto de partida, mientras Stalin lanzaba una nueva ofensiva en el este. Hitler, confiando de nuevo en el Destino, se había jugado su última carta en las Ardenas y había perdido.

Hasta mediados de febrero de 1945, Hitler seguiría residiendo en sus estancias privadas de la Cancillería, pero finalmente se vería obligado a vivir día y noche en el interior del búnker, para protegerse de los violentos bombardeos de que era objeto Berlín. El avance de las tropas anglo-norteamericanas por el territorio del Reich se inició a principios de marzo de 1945, en progresión rápida debido a la descomposición generalizada del ejército alemán. Tras romper la defensa del Rin, los aliados ya no encontrarían grandes dificultades para abrirse camino por Alemania. Aunque hubieran podido llegar a Berlín, prefirieron ceder a Stalin el honor de capturar la capital germana.

Mientras el Reich milenario se desmoronaba, Hitler continuaba dirigiendo a sus maltrechos ejércitos desde su búnker. El ambiente allí era claustrofóbico; las pequeñas habitaciones, las estrechas escaleras, las vibraciones producidas por las explosiones, unido al olor de humedad y al omnipresente rumor de los motores diésel que alimentaban la ventilación, conformaban un conjunto opresivo, que afectaba al estado de ánimo de todos los que allí vivían.

Aunque los rusos estaban a las puertas de la ciudad, la población berlinesa aún confiaba en un milagro. Había quien hablaba todavía de las «armas fantásticas» del *führer,* mientras se seguían por la radio las noticias que anunciaban la inminente llegada de dos columnas de socorro, una procedente del Oder y otra del frente occidental.

Desde el búnker, Hitler ordenaba una y otra vez ataques y contraataques con unidades que sólo

conservaban el nombre, pero los informes que recibía hablaban únicamente de derrotas. La última buena noticia llegó al búnker el 12 de abril, al conocerse el fallecimiento del presidente Roosevelt. Unos días antes, Hitler había recuperado un horóscopo en el que se auguraba un éxito en la segunda mitad del mes de abril de 1945, que llevaría a la firma de la paz en agosto. Goebbels convenció a Hitler de que la muerte de Roosevelt iba a suponer una inminente ruptura de los Aliados, lo que hizo a Hitler mostrarse eufórico: «¡Es un milagro!», exclamó. La desaparición de Roosevelt fue celebrada descorchando botellas de champán. Pero la euforia duró sólo un día; las noticias que llegaban del frente indicaban que el cambio de presidente no había afectado a las operaciones militares. La caída de Viena en manos del Ejército Rojo trajo a Hitler de regreso a la trágica realidad.

ESTALLIDO DE CÓLERA

El día 15 de abril de 1945, mientras las tropas soviéticas se hallaban a apenas setenta kilómetros de Berlín, Eva Braun acudió al búnker mostrándose resuelta a acompañar a Hitler hasta el inevitable final, a pesar de que él le insistió en que buscara refugio en Berchtesgaden, en donde estaría más segura.

El 20 de abril, el día en el que cumplió cincuenta y seis años, Hitler recibió las felicitaciones de todos los presentes en el búnker. A pesar de la grave situación, Hitler parecía estar convencido de que los rusos serían derrotados en Berlín. Esa mañana, subió a la superficie para felicitar a un grupo de chicos de las Juventudes Hitlerianas que se habían distinguido en el combate, departiendo con ellos y agradeciéndoles su valentía en la batalla por la capital; esa sería la última vez que Hitler vería la luz del día.

Al día siguiente, Hitler recibió una mala noticia nada más despertarse: Berlín ya estaba al alcance de la artillería soviética. A unos veinte kilómetros de Berlín, una batería pesada estaba disparando sus proyectiles sobre la ciudad. El Ejército Rojo había roto las líneas de defensa y avanzaba con rapidez. Pero Hitler aún no se daba por vencido. Comenzó a estudiar un mapa. Finalmente, levantó la mirada y dijo emocionado: «¡Contraataque!». Sin ser consciente de que sus unidades militares sólo existían sobre el papel, ordenó una contraofensiva general para romper el cerco de Berlín.



Hitler sale de su búnker el 22 de marzo de 1945 para felicitar a estos jóvenes combatientes. Repetiría este gesto por última vez el 20 de abril. La mayoría de estos muchachos caerían bajo el fuego ruso.

A la mañana siguiente, Hitler se reunió con sus generales, impaciente por conocer el resultado del ataque ordenado el día anterior. Uno tras otro, le dijeron que la operación había fracasado, confesando que en la mayor parte del frente ni tan siquiera se había intentado, ante la falta de efectivos. Hitler comenzó a respirar trabajosamente. Ordenó que todos salieran de la habitación, menos Bormann y sus generales. Una vez que la puerta se cerró, Hitler estalló en un terrible acceso de cólera; les insultó, les maldijo, vociferando que había sido traicionado por todos, agitando el brazo descontroladamente. Los generales sufrieron la ira desatada del dictador, que golpeaba furiosamente la mesa. Nunca le habían visto perder la calma de esa forma. En el exterior de la sala, el resto de habitantes del búnker permaneció en silencio, mientras que tan sólo se oían los apagados gritos de Hitler a través de la puerta.

Una vez desahogada toda su airada frustración, el *führer* recobró inesperadamente el sosiego y anunció su intención de permanecer en Berlín. Aunque intentaron convencerle para que escapase de la capital, Hitler estaba decidido a perecer en la ciudad que vio su encumbramiento. Con una angustia profunda dijo: «¡La guerra está perdida!». Luego, con voz trémula, añadió que el Tercer Reich había acabado en fracaso y que todo lo que le quedaba por hacer era morir. Sin duda, en ese momento ya tenía presente la idea del suicidio.

A partir de ese día, Hitler deambularía por el búnker encorvado, arrastrando los pies y con los ojos inyectados en sangre. Los intentos por sacarle de su estado de abatimiento eran inútiles. Cuando alguien le preguntó si no creía en la posibilidad de un milagro, Hitler le contestó amargamente: «El ejército me ha traicionado, mis generales no sirven para nada. No han obedecido mis órdenes. Todo ha terminado. ¡El nacionalsocialismo ha muerto y nunca se levantará!».

Pese a haber cumplido cincuenta y seis años, su aspecto era ya el de un anciano. A la tensión y el estrés causado por la marcha de la guerra había que añadir el lento envenenamiento que estaba sufriendo a manos del doctor Theodor Morell. Las pastillas contra los gases que este le proporcionaba contenían dos venenos, estricnina y adropina, lo que explicaba sus ataques de ira, su creciente debilidad y su irritabilidad. Además, durante los últimos años, cada día le había estado inyectando sustancias vigorizantes a las que se había vuelto adicto, minando progresivamente su salud. Por otro lado, su mano izquierda le temblaba cada vez más, lo que hace pensar que tal vez sufría la enfermedad de Parkinson. Ante la conmiseración de sus secretarias, encontraba deleite engullendo chocolate y pasteles que le dejaban manchas y migajas en su raído uniforme. Hablar con él cara a cara no era muy agradable por culpa de la halitosis causada por el mal estado de la dentadura y la saliva que discurría por la comisura de los labios. Ahora era difícil ver en aquel espectro el líder que, gracias a sus inflamantes discursos, se había apoderado de la voluntad del pueblo alemán.

BODA EN EL BÚNKER

La visión del abismo que tenían ante sí hizo reaccionar a los jerarcas nazis, que temían ya por su vida. Göring, desde el sur de Alemania, envió un telegrama a Hitler tanteando la posibilidad de sucederle al frente del Reich, mientras que la BBC revelaba las conversaciones de paz iniciadas en

secreto por Himmler. En la noche del 28 de abril, ambos fueron destituidos por Hitler. Tan sólo Bormann y Goebbels permanecerían leales hasta el último momento.

Esa noche, Hitler dictó su testamento político a su secretaria Traudl Junge. En él se reafirmaba en sus inalterables planteamientos, responsabilizando a los judíos del estallido de la guerra. Hitler animaba a las tropas alemanas a seguir combatiendo y expresaba su deseo de morir en Berlín. En el documento nombraba, a su muerte, al almirante Karl Dönitz como presidente del Reich y a Goebbels como canciller.

Alrededor de la medianoche del 28 al 29 de abril, el búnker asistiría a un episodio tan inesperado como irreal. Un funcionario municipal que estaba luchando en la trinchera de una calle próxima, Walter Wagner, fue reclamado en el refugio para oficiar la boda de Hitler con Eva Braun. Hasta entonces, Hitler siempre había dicho que, como *führer* de Alemania, no podía asumir la responsabilidad del matrimonio. Pero el inminente final del Reich le permitía ahora tomar esa decisión.

Al principio de su testamento privado, que acababa también de dictar a su secretaria, Hitler afirmaba: «Durante mis años de lucha creí que no debía contraer matrimonio, pero ahora mi vida toca a su fin y he decidido tomar por esposa a la mujer que vino a esta ciudad cuando ya se encontraba virtualmente sitiada, después de largos años de verdadera amistad, para unir su destino al mío. Es su deseo morir juntamente conmigo, como mi esposa. Esto compensará cuanto no pude darle por causa de mi trabajo en interés de mi pueblo». Eva, feliz porque por fin iba a poder presentarse como la esposa de Hitler, iba de negro, con un vestido largo de seda de ese color. Hitler llevaba uniforme. La ceremonia fue breve y Goebbels y Bormann firmaron como testigos.

Del brazo de la novia, Hitler guió a los invitados hacia el estudio, donde todo estaba dispuesto para el banquete. Allí Hitler bromeó y hasta bebió un poco de vino húngaro. Se puso un disco en el gramófono y Eva, radiante y feliz, salió al pasillo para recibir las felicitaciones del personal. En todo el búnker reinaba una atmósfera de alegría.

Mientras continuaba la fiesta posterior a la boda, Hitler iba y venía al despacho en el que su secretaria estaba pasando a máquina el testamento, del que se harían tres copias. En el documento, Hitler hacía también referencia a sus bienes personales, que los legaba al partido y, en caso de que este dejara de existir, al Estado. Con claro sentido realista añadió que, en caso de que también el Estado quedara destruido, las «ulteriores disposiciones que pueda hacer serán superfluas».

El último acto

El 29 de abril discurriría en una extraña calma. Eva no se levantó hasta el mediodía y cuando lo hizo comenzó a repartir algunas de sus pertenencias entre la doncella y las secretarias. Los habitantes del búnker poco podían hacer, además de charlar y fumar discretamente, ya que Hitler lo tenía prohibido. Al búnker llegó la noticia de que Mussolini y su amante, Clara Petacci, habían muerto a manos de los partisanos y sus cuerpos habían sido expuestos a la ira popular en una gasolinera de Milán, lo que reafirmó a Hitler en su deseo de que sus cadáveres fueran quemados.

Todo parecía irremediablemente perdido. Sin embargo, todavía existía un destello de esperanza. El motivo era el desesperado intento que estaba llevando a cabo el general Walther Wenck para acudir con sus fuerzas en socorro de Berlín. Sus tropas estaban combatiendo duramente para abrirse

paso en dirección a la capital. Pero las noticias que llegaron del frente a lo largo de la tarde no movían al optimismo.

Hitler repartió entre su círculo próximo ampollas que contenían cianuro y anunció que él y su mujer se quitarían la vida. Para comprobar si el veneno conservaba su efecto mortal, un médico de las SS propuso que probaran una con la perra alsaciana de Hitler, *Blondi.* Así lo hizo y el animal murió.

Cerca de la medianoche llegaría un telegrama al búnker en el que se informaba de que las tropas de Wenck no habían logrado proseguir su avance hacia Berlín y que se habían visto obligadas a replegarse hacia el Elba. Eso significaba que cualquier esperanza de auxilio quedaba definitivamente extinguida. Ya se estaba combatiendo a los soviéticos en la estación de Postdam; ante la falta de armamento y munición, la lucha no podría prolongarse más allá de veinticuatro horas.

Sobre las tres de la madrugada, Hitler se despidió de un grupo de unos veinte oficiales y de las secretarias en el comedor principal. Pasó frente a la fila dando la mano a cada uno y luego se retiró a dormir. En el piso superior del búnker se organizó espontáneamente una fiesta; las reservas de vino y licor eran vaciadas ávidamente mientras se bailaba la estridente música que surgía de un gramófono y hombres y mujeres se mostraban febrilmente desinhibidos. Aunque Bormann envió a un oficial a imponer silencio para no alterar el descanso del *führer,* sus órdenes fueron ignoradas.

A las diez de la mañana del nuevo día, 30 de abril de 1945, se informó a Hitler de que ya había tiradores soviéticos a trescientos metros del búnker, por lo que su decisión de quitarse la vida no podía demorarse más, si no quería correr el riesgo de ser capturado. Los proyectiles procedentes de la cada vez más cercana artillería soviética estallaban sobre la superficie del búnker, haciéndolo retemblar. A mediodía, Hitler se dispuso a tomar su último almuerzo; junto a sus secretarias, ausente Eva Braun, comió un plato de pasta con salsa de tomate. Al terminar, les obsequió con varias cápsulas de veneno.

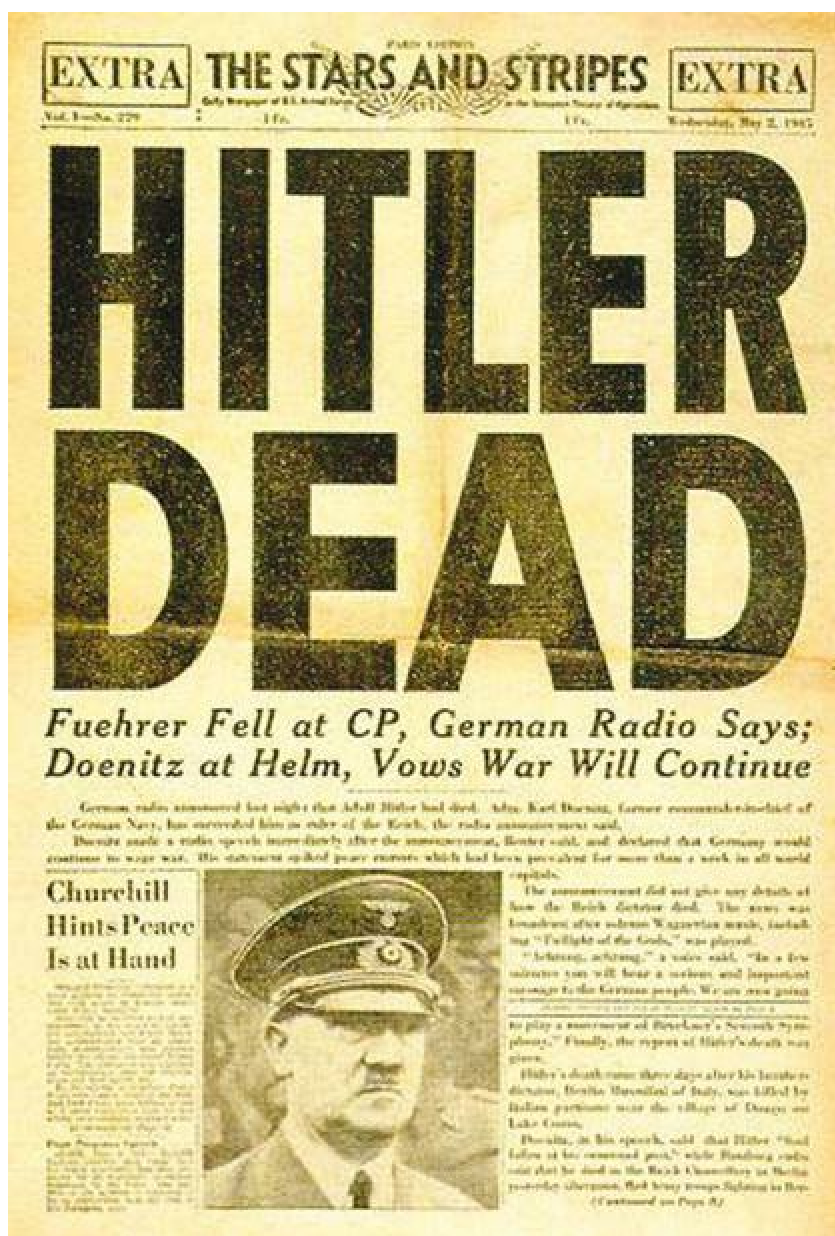
A las dos y media de la tarde, Hitler convocó a todos los miembros de su círculo próximo. Apareció en el pasillo de conferencias con su habitual uniforme mientras Eva lucía un elegante vestido azul. Ambos comenzaron a estrechar las manos de los presentes para despedirse. Hitler murmuró en voz apenas audible unas palabras a cada uno. Al cabo de unos minutos, más pálido y encorvado que nunca, se retiró a su habitación. Eva Braun desapareció junto a la mujer de Goebbels, Magda, que no podía contener el llanto.

A cabo de unos minutos, ambas mujeres regresaron y Magda Goebbels, con el fin de disuadir a Hitler de su intención de suicidarse, consiguió que saliera de su habitación para pedirle que intentase escapar de Berlín. Su empeño fue inútil y al final el *führer* volvió a entrar en sus aposentos, en este caso acompañado de Eva. La puerta se cerró. Los presentes acababan de verlos con vida por última vez.

Entonces pasaron diez interminables minutos. Alguien dijo haber oído un disparo ahogado, pero otros aseguraban no haber escuchado nada. Las bombas rusas seguían estallando en el exterior. El reducido grupo que permanecía impaciente a la puerta ya no podía soportar más la tensión y abrieron con cuidado la puerta.

Hitler se encontraba sentado en un pequeño sofá, reclinado, con la mandíbula colgando. A sus pies había una pequeña pistola. Le goteaba sangre de las sienes. La cabeza de Eva Braun descansaba en el hombro de su esposo. Su pistola se encontraba en una mesa baja que había delante de ellos. No la había disparado, pero tenía los labios contraídos por el efecto del veneno. Un jarrón con flores había

caído al suelo.



EXTRA THE STARS AND STRIPES EXTRA

HITLER DEAD

Fuehrer Fell at CP, German Radio Says; Doenitz at Helm, Vows War Will Continue

Churchill Hints Peace Is at Hand

Portada del diario norteamericano *Star and Stripes* del 2 de mayo de 1945 anunciando la muerte de Hitler, quien se había suicidado junto a Eva Braun el 30 de abril.

El cuerpo de Hitler fue envuelto en una manta militar y subido al jardín de la Cancillería. Poco después llegó también el cadáver de Eva y ambos fueron colocados en el interior de un cráter, cerca de la salida de emergencia. Los obuses rusos explotaban en los alrededores, por lo que los escasos testigos que subieron a la superficie estaban más deseosos de regresar al interior que de oficiar las exequias por el *führer*. Los cuerpos fueron cubiertos con gasolina y Goebbels arrojó un fósforo, pero el combustible no se encendió. Alguien hizo arder un trapo empapado de gasolina, lo arrojó a los cuerpos y estos quedaron envueltos en una gran llamarada. Los asistentes al improvisado funeral exclamaron un apresurado «Heil Hitler!» y entraron de nuevo en el refugio. Llegaron más bidones de gasolina y, durante las tres horas siguientes, se continuó vertiendo combustible sobre los cuerpos.



Un camión cargado de cadáveres esqueléticos en el recién liberado campo de concentración de Buchenwald. Hitler pasó por la historia dejando tras de sí un rastro de muerte y destrucción.

Con la desaparición de Hitler, la atmósfera del búnker se volvió menos opresiva; la mayoría de sus habitantes se encendieron un cigarrillo y comenzaron a pensar en cómo escapar de aquella trampa que estaba a punto de cerrarse en torno a ellos. Esa noche, los restos carbonizados de Hitler y Eva Braun fueron recogidos en una lona y depositados en el cráter de un obús, cerca de la salida del búnker. Los cubrieron de tierra y la apretaron con un pisón de madera. Con Hitler quedaba enterrado también el nacionalsocialismo y el Reich que debía durar mil años. Una semana después, el 7 de mayo de 1945, Alemania firmaba su rendición.

Tal como Hitler había asegurado el 30 de enero de 1933, cuando alcanzó el poder, nada ni nadie había conseguido expulsarle con vida de la Cancillería. Pero ahora su Alemania, arrasada hasta los cimientos y ocupada por los ejércitos enemigos, era muy diferente de la que él había soñado. Dos millones y medio de compatriotas habían perdido la vida por seguirle en ese camino de autodestrucción, un camino sembrado por los cadáveres de otras decenas de millones de muertos que habían provocado el enloquecido rumbo que Hitler había imprimido a la nación que había dicho amar por encima de todo.

[16]Para una visión completa del conflicto, ver HERNÁNDEZ, J. *Todo lo que debe saber sobre la Segunda Guerra Mundial.* Madrid: Nowtilus, 2007.

[17]Georg Elser permanecería encarcelado en Berlín hasta 1941. Tras comenzar la invasión de la Unión Soviética fue trasladado al campo de concentración de Sachsenhausen, para ser enviado en 1944 al campo de Dachau. En ambos lugares recibió trato de prisionero privilegiado; tal vez Hitler esperaba el momento propicio para organizar un juicio destinado a demostrar que Elser formaba parte de una conspiración organizada por los servicios secretos británicos y quería mantenerlo con vida. El 5 de abril de 1945 Hitler ordenó que fueran ejecutados los prisioneros especiales de Dachau, entre los que se encontraban el almirante Wilhelm Canaris y Georg Elser. Cuatro días más tarde, Elser fue ejecutado con un tiro en la nuca. El 8 de noviembre de 2011 se inauguró en Berlín un monumento de 17 metros de altura para homenajear su figura.

[18]La remodelación de Berlín incluía una gran avenida de cinco kilómetros de largo y 120 metros de ancho, un arco del triunfo de

117 metros de altura y la denominada *Grosse Halle* o Gran Sala, un gigantesco edificio de granito y mármol de 320 metros de altura, capaz de contener hasta dieciséis veces la basílica de San Pedro en el Vaticano. Para conocer los megalómanos proyectos de Hitler para la capital berlinesa, ver HERNÁNDEZ, J. *El Reich de los Mil Años.* Madrid: La Esfera de los Libros, 2010, págs 393-418.

[19]La relación entre ambos se había consolidado a partir de 1936, logrando Eva convertirse en la amante oficiosa de Hitler. Pero él no contemplaba la posibilidad de tomarla por esposa, al considerar que eso podía perjudicarle políticamente. En una ocasión, Hitler confesó a su secretaria, Christa Schröder: «Eva es muy agradable, pero en toda mi vida solamente Geli ha despertado en mí auténtica pasión. No puedo pensar en casarme con Eva. La única mujer a la que me habría unido de por vida era Geli». Eva acabaría resignándose a ser su amante, aunque sintiéndose muy frustrada. Al no poseer la condición de esposa del *führer,* no podía participar en las fiestas y reuniones de los jerarcas nazis. Hitler intentaría paliar el descontento de su amante con regalos, como joyas, zapatos o abrigos de piel, o con viajes a Italia junto a su familia en uno de sus aviones oficiales, pero eso no sería suficiente para colmar sus aspiraciones.

[20]Para conocer el desarrollo del atentado, ver HERNÁNDEZ, J. *Operación Valkiria.* Madrid: Nowtilus, 2008.

Los escenarios

El paso de Hitler por la historia ha dejado una huella indeleble en la memoria de la humanidad, como el gran protagonista de uno de sus capítulos más execrables. Sin embargo, no es fácil encontrar en la actualidad las huellas físicas de su trayectoria vital. La destrucción causada por la guerra que él provocó se llevó consigo buena parte de esos testimonios históricos y, en otros casos, la posterior voluntad de borrar su ominoso recuerdo ha hecho que esos vestigios hayan sido abandonados, con su consiguiente deterioro, o incluso desmantelados. De todos modos, aún es posible recuperar los escenarios en los que se desarrolló su vida.

Austria

Como se ha indicado en la obra, se conserva su **casa natal** en la localidad austriaca de Braunau am Inn, utilizada en la actualidad con fines sociales. La **iglesia de San Esteban,** en la que fue bautizado, también permanece. En cambio, el puente de acero sobre el río Inn por el que entró en Braunau en 1938, en la que sería su primera y única visita a su ciudad natal, fue sustituido tras la guerra por uno nuevo de hormigón.



En 1938, coincidiendo con la anexión de Austria al Reich, Hitler regresó a Braunau por este punto, atravesando el río Inn desde la orilla alemana. El actual puente de hormigón sustituyó tras la guerra al puente de acero que había entonces.

En la ciudad austriaca de Linz se pueden encontrar varios lugares que fueron testigo de la adolescencia de Hitler. La **Realschule** (Steingasse, 6) a la que acudió sigue siendo en la actualidad una escuela, y conserva el mismo aspecto. La casa a la que se mudó su madre tras la venta de la casa de Leonding, en el tercer piso del número 31 de la **Humboldtstrasse,** está muy bien conservada.

La **Landstrasse** fue el escenario favorito de los paseos de Hitler y Kubizek, así como el

Landestheater (Teatro Provincial), al que ambos acudían frecuentemente a ver representaciones de ópera.

En el barrio de Urfhart se encuentra la siguiente casa en la que residió la familia Hitler, en el número 46 de la **Hauptstrasse.** La madre de Hitler se mudó seguidamente al número 9 de la **Blüttenstrasse;** la casa se demolió en 2008.

En la cercana localidad de Leonding, situada a cinco kilómetros de Linz, Hitler pasó los mejores años de su infancia; de ella guardaría muy buenos recuerdos. Allí, en el número 16 de la **Michaelsbergstrasse,** se encuentra la casa, comprada por su padre, en la que Hitler vivió entre 1898 y 1905. Tras la muerte de Alois, su madre la vendió, y la familia se trasladó a Linz. En 2002 la casa se rehabilitó por completo, aunque manteniendo su aspecto original, y se ha convertido en la oficina administrativa del cementerio que se halla al otro lado de la calle. El camposanto acoge la tumba de Alois y Klara, visitada por Hitler el 12 de marzo de 1938 y que habitualmente aparece muy cuidada. En la misma calle, en el número 29, se encuentra la **escuela** a la que asistió Hitler en Leonding, que hoy acoge un museo de historia local.

Viena sería el escenario de la juventud de Hitler. En el número 29 de la calle **Stumpergasse** de la capital austriaca, Hitler y su amigo August Kubizek compartieron una habitación. En la actualidad, la planta baja del edificio acoge una tienda de reptiles.

Tras abandonar ese alojamiento sin decir nada a su amigo, Hitler se trasladó a otra habitación más barata, en el número 22 de la **Felberstrasse,** cuya fachada fue remodelada después de la guerra. En 1909 Hitler se mudó a una habitación más modesta aún, en el número 58 de la **Sechshauserstrasse.** La residencia masculina en la que residió entre 1910 y 1912, en **Meldemannstrasse** ya no existe.

Múnich

Hitler se trasladó a Múnich en 1913, alquilando una habitación en el número 34 de la **Schleissheimerstrasse.** En 1933 se colocó allí una placa que decía: «En este edificio vivió Adolf Hitler desde la primavera de 1913 hasta su ingreso voluntario al servicio militar en agosto de 1914». La fachada del edificio fue remodelada tras la guerra.

Al regresar a Múnich tras la Primera Guerra Mundial, Hitler residió en una habitación del número 14 de la **Thierschstrasse.** Este segundo domicilio en la capital bávara, en el que residía una viuda, la señora Reichert, era tan sólo un poco más confortable que el anterior. Desde julio de 1936, una placa colocada por el ayuntamiento de la ciudad recordaba: «En este edificio vivió Adolf Hitler desde el 1 de mayo de 1920 hasta el 5 de octubre de 1929». La inscripción desapareció al acabar la guerra, pero el edificio se encuentra perfectamente conservado. Su fachada muestra una hornacina con una virgen de porcelana.

Las cervecerías de Múnich fueron el escenario de numerosos mítines del partido nazi. El histórico edificio de la **Hofbräuhaus,** en Platz 9, es un punto de obligada visita para todos los turistas que visitan la ciudad. El salón de banquetes de la primera planta fue en su época uno de los más grandes de Múnich. El 24 de febrero de 1924 se celebró aquí la primera gran asamblea del Partido Obrero Alemán, en el que Hitler expuso el programa de veinticinco puntos del partido. Este acto fue más tarde proclamado por los nazis como el acto fundacional del movimiento. En la fachada se colocó una gran placa de bronce, con el perfil de Hitler en relieve, recordando su legendario discurso. La

observación de las pinturas murales del techo revela todavía hoy la presencia de la bandera regional de Baviera en forma de esvástica, encima de algunas lámparas.

La **Sterneckerbräu,** situada en el número 38 de la calle Tal, fue la cervecería en la que el Partido Obrero Alemán celebró la reunión a la que Hitler acudió por primera vez como informante. La primera oficina del partido también se instalaría aquí, en una habitación lateral del establecimiento. A partir de noviembre de 1933 hubo en ese tradicional mesón un museo del partido. En la actualidad, aunque los arcos de la fachada se han respetado, el edificio acoge varios locales comerciales.

La **Bürgerbräukeller,** escenario principal del *Putsch* de 1923, se levantaba en el número 29 de la calle Rosenheimer. Esta cervecería constituía para los nazis un lugar de peregrinación, no sólo por ser el punto de partida de aquella intentona golpista, sino porque aquí fue fundado de nuevo el NSDAP en febrero de 1925, una vez levantada su prohibición temporal. Fue también en este lugar en donde se produjo el fallido atentado contra Hitler del 8 de noviembre de 1939. La bomba colocada por el carpintero Georg Elser estalló, pero el *führer* había abandonado el lugar poco antes. El histórico edificio fue demolido en 1979 y se levantó otro que acoge varias instituciones oficiales. Desde 1989, una placa recuerda a Elser y su acto de resistencia.

La habitación en la Thierschstrasse fue el domicilio de Hitler hasta 1929, cuando se trasladó a un apartamento de más de trescientos metros cuadrados y nueve habitaciones en el primer piso del número 16 de la **Prinzregentenplatz,** una zona distinguida de la capital bávara. El coste del alquiler de la lujosa vivienda, el equivalente a unos 3.500 euros mensuales, era costeado por el editor Hugo Bruckmann, uno de sus benefactores. Hasta su muerte, «Prinzregentenplatz, 16» siguió siendo la dirección privada de Hitler. Poco después de mudarse, acogió en el piso a su sobrina Geli Raubal, y fue aquí donde ella se suicidó. En 1939, todo el edificio pasó a ser propiedad de Hitler con el apoyo financiero de los amigos del partido. En noviembre de 1942 se instaló un refugio antiaéreo en el sótano, para el que se emplearon casi cinco toneladas de acero. El ejército estadounidense ocupó el edificio el 1 de mayo de 1945, y muchos de los objetos personales de Hitler y de la decoración del piso fueron saqueados por los hombres de la división Rainbow y enviados a sus familiares de Estados Unidos como *souvenirs.* Buena parte de los volúmenes de la colección privada de Hitler se encuentran hoy en la Biblioteca del Congreso de Washington. Después de la guerra, el edificio pasó a ser propiedad del ejecutor testamentario oficial de Hitler: el Estado Libre de Baviera. Actualmente, la policía utiliza el edificio con fines administrativos y no está abierto al público. El antiguo dormitorio de Hitler hace las funciones de archivo, al igual que la habitación de Geli Raubal. El enorme salón es la sala de reuniones, mientras que en las estanterías de la biblioteca empotrada de Hitler pueden verse hoy las copas conquistadas por el equipo de fútbol de la policía muniquesa.

El histórico lugar en el que el 30 de septiembre de 1938 se firmó el Pacto de Múnich sobrevivió intacto a la guerra. El **Führerbau** (Edificio del *führer),* en el número 10 de la Meiserstrasse, albergaba la oficina de Hitler en Múnich, aunque su carácter era representativo, ya que su despacho de trabajo se hallaba en la vecina **Casa Parda,** que resultó destruida tras la guerra.



El primer piso del número 16 de la Prinzregentenplatz sería el domicilio particular de Hitler desde 1929 hasta su muerte. En la actualidad, el edificio acoge una sede de la policía de Múnich.

El despacho del dictador en el Führerbau, junto al «balcón del *führer»,* se encontraba en la primera planta. Diseñado por el arquitecto Paul Ludwig Troost, su construcción comenzó en septiembre de 1933, y se inauguró cuatro años después. En el refugio antiaéreo del sótano se guardaban las obras de arte que Hitler tenía pensado destinar al planeado museo de arte de Linz, la ciudad en la que transcurrió su juventud. Tras la guerra, en el edificio tuvo su sede la llamada Casa de Estados Unidos, encargada de transmitir a los habitantes de Múnich los valores de la democracia occidental; los nuevos ocupantes sustituyeron las águilas del Reich con la esvástica que destacaban sobre los dos portales de entrada por las águilas estadounidenses. En la actualidad, el Führerbau es la sede de la Escuela Superior de Música y Teatro. La sala de reuniones en la que se rubricó el acuerdo se encuentra en la entrada sur del edificio, que hoy es la entrada principal.

A unos sesenta kilómetros al sudoeste de Múnich se encuentra la fortaleza prisión de **Landsberg**, en donde Hitler cumplió condena por el *Putsch* de 1923. El edificio se encuentra perfectamente conservado, aunque los norteamericanos hicieron desaparecer la celda en la que estuvo Hitler —un lugar de peregrinación durante la época nazi—, redistribuyendo ese ala de la prisión. El edificio acoge hoy un reformatorio y no se permiten las visitas.

Núremberg

Para comprender el concepto totalitario del poder que tenía Hitler, así como su visión del Reich de los Mil Años que pretendía implantar, no hay nada más ilustrativo que una visita al **Reichsparteitagsgelände,** o 'Terreno de las convenciones del partido', a las afueras de Núremberg. En esta área de unos dieciséis kilómetros cuadrados se extiende una serie de construcciones que sirvieron de escenario para los congresos anuales del partido, que reunían a cientos de miles de personas.

El **Kongresshalle** o Palacio de Congresos, es una de las más grandes construcciones nazis que se conservan. Inspirado en el Coliseo romano, debía ser una amplia sala con capacidad para cincuenta mil asistentes. Hoy se conserva intacta la fachada exterior de granito, mientras que las gradas interiores no llegaron a construirse. En 1998 se instaló en el ala norte un Centro de documentación.

El eje principal del terreno era la **Grosse Strasse,** o Gran Avenida, que tenía una longitud de dos kilómetros y una anchura de sesenta metros, sólo diez menos que los Campos Elíseos de París, y que debía servir como pista de desfiles militares. La obra no se terminó. En la actualidad, la avenida se utiliza como aparcamiento de vehículos. Los restos de las pequeñas gradas dispuestas a los lados de la avenida para que los espectadores pudieran ver mejor los desfiles son todavía claramente visibles.

El edificio más grande del complejo iba a ser el colosal **Deutsche Stadion** o Estadio Alemán, diseñado por Albert Speer. Con forma de herradura y con capacidad para cuatrocientos mil espectadores, de haberse llegado a construir su volumen hubiera sido el triple de la pirámide de Keops. Estaba previsto que los espectadores de las gradas más altas contemplasen el espectáculo correspondiente dotados de prismáticos. Hitler gustaba de acudir a comprobar el desarrollo de las obras. Sólo llegarían a excavarse los cimientos, que quedaron inundados tras la guerra, formando un lago.

El escenario de los actos más importantes de las convenciones del partido sería el **Zeppelinwiese,** o Campo de Zeppelin. En julio de 1936 se completó la construcción de la espectacular tribuna principal, de veinticinco metros de altura y cuatrocientos de longitud. El arquitecto Albert Speer la diseñó tomando como modelo el Altar de Zeus de Pérgamo. Las gradas circundantes podían acoger a cien mil espectadores. En la actualidad, la tribuna no conserva su aspecto original; las hileras de columnas a los lados de la tribuna, así como los extremos de sus pebeteros, fueron derruidos a finales de los sesenta. El llamado Púlpito del *führer* conserva el mismo aspecto que tenía entonces, pero las baldosas que cubren el punto desde el que hablaba son regularmente arrancadas por los cazadores de *souvenirs.*

Buena parte de las fotografías y filmaciones que muestran a Hitler ante sus seguidores fueron tomadas en otro recinto, el **Luitpoldarena.** Este parque, construido durante la República de Weimar, fue escogido por Hitler como lugar de reunión para las SA y las SS durante los congresos del partido. Las espectaculares imágenes del documental *Triumph des Willens* (El triunfo de la voluntad), fueron rodadas aquí por la cineasta Leni Riefensthal.

Berchtesgaden

Entre 1936 y 1941, Hitler acudió con frecuencia al **Berghof,** la residencia de montaña que poseía en la localidad de Berchtesgaden, en los Alpes bávaros, junto a la frontera con Austria. Como se ha indicado anteriormente, Hitler solía visitar la zona desde 1925, alojándose en un hotel, hasta que en 1928 alquiló una casa de campo situada en la ladera de una montaña cercana, el Obersalzberg. Tras comprarla, realizó obras de ampliación. Allí, en compañía de Eva Braun, se rodearía de su círculo personal, aunque la casa haría las funciones de centro alternativo de gobierno. En ella recibiría también a los líderes políticos extranjeros. El 25 de abril de 1945, el edificio resultó dañado por la explosión de dos bombas lanzadas por la aviación británica, y el 4 de mayo las tropas de las SS en retirada pegaron fuego al edificio. La estructura permaneció en pie, y tras la guerra fue recibiendo cada vez más visitas de curiosos que acudían a contemplar lo que quedaba de la casa alpina de Hitler. Para evitar que se convirtiese en una atracción turística o en un centro de peregrinación, los restos fueron dinamitados en 1952 por orden del gobierno de Baviera. Hoy el lugar está cubierto por un bosque, en el que apenas se pueden apreciar algunos restos de los cimientos.



Imagen del Berghof, la casa alpina de Hitler. En 1945 resultó muy dañada en un bombardeo y sus restos fueron volados en 1952. Hoy sólo se advierten algunos restos de los cimientos entre el bosque.

La **Casa de Té** de Hitler, a la que solía acudir dando un paseo después de comer en compañía de su círculo privado, era un pequeño pabellón que se encontraba a unos veinte minutos caminando hacia el norte desde el Berghof, por un sendero desde el que se contemplaba una extraordinaria vista del valle de Berchstesgaden, y que en parte desapareció posteriormente bajo un campo de golf. La casa, construida en 1937, disponía de calefacción bajo el suelo y presentaba una curiosa planta en la que se combinaba una parte rectangular y otra circular, en la que se hallaba el salón. Una vez llegados allí desde el Berghof, se iniciaba una tertulia en dicho salón, en cuya mesa cabían ocho personas sentadas en cómodos sillones, durante la que Hitler se quedaba indefectiblemente dormido. Después se servía la merienda. Ya caída la tarde, se solía regresar al Berghof en los vehículos que se ponían a disposición de Hitler y sus acompañantes. Durante la guerra, Albert Speer y otros dirigentes se exasperaban durante esas largas y tediosas sobremesas, al restarles tiempo para quehaceres más apremiantes. La casa no resultó dañada por los bombardeos, pero en 1952 fue derruida por su asociación con la figura de Hitler. En 2006 una excavadora retiró todos los restos de la casa, incluidos los cimientos. Hoy no queda nada de ella.

La presencia de Hitler en la zona obligó a la construcción de numerosos edificios auxiliares, cuyos restos, mejor o peor conservados, se extienden por toda la montaña y por el pueblo de Berchtesgaden. Además, al convertirse el Berghof en un nuevo centro de poder, los jerarcas nazis se decidieron a construirse sus propias casas en los alrededores. En la meseta que se halla por encima del emplazamiento del Berghof se levantó en 1999 un Centro de documentación. Desde allí, parte de la red de refugios antiaéreos que se extendía por la zona es accesible para los visitantes.

Uno de los escasos edificios que sobrevivió intacto a la guerra fue el **Kehlsteinhaus,** también conocido como El nido del águila, que se ha convertido en uno de los puntos de interés turístico más importantes de la región. Desde la cercana ciudad austriaca de Salzburgo parten regularmente excursiones a este lugar que destaca, tanto por la belleza del paisaje, como por su interés histórico, al ser uno de los pocos vestigios de la época nazi que se conservan en perfecto estado.

La construcción de granito se levanta sobre un risco de 1.837 metros de altura, y se accede a ella por un lujoso ascensor que atraviesa el interior de la montaña. A la entrada del elevador se llega tras ascender unos seis kilómetros por una empinada carretera que fue excavada en la roca viva, y por la que sólo se puede circular en los autobuses especiales destinados a cubrir este trayecto. La casa fue encargada por Martin Bormann, entonces administrador de las finanzas de Hitler, y entregada al *führer* como regalo por su quinquagésimo cumpleaños.



El Kehlsteinhaus, o Nido del Águila, sobrevivió intacto a la guerra. Se accede a él por un lujoso ascensor excavado en la montaña. Hoy es una atracción turística que recibe miles de visitantes.

Aunque también se la conoce de manera errónea como la Casa de Té de Hitler, el dictador la visitó sólo en contadas ocasiones, y nunca se quedó allí más de media hora. En la actualidad, el edificio alberga un restaurante, cuya sala está dominada por una chimenea de mármol italiano rojo, regalo de Mussolini. El pequeño estudio de Hitler es ahora una bodega para la cafetería, mientras que la estancia que servía de sala de estar para Eva Braun permanece sin uso definido. Desde el Kehlsteinhaus se pueden contemplar en los días claros unas vistas espectaculares del valle y las otras montañas, una circunstancia que sólo suele darse en verano, ya que el resto del año es habitual que el risco esté rodeado de niebla.

Con el inicio de la invasión de la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, Hitler trasladó su cuartel general a Prusia oriental, para conducir las operaciones desde ese punto más próximo al frente. Hitler había ordenado construir en secreto un complejo de barracones y búnkeres de hormigón en una zona boscosa a cinco kilómetros de la entonces localidad germana de Rastenburg, que tras su incorporación a Polonia se convirtió en Kertrzyn. El lugar sería conocido como **Wolfschanze** o Guarida del Lobo.

Hasta finales de 1944, Hitler pasaría largas temporadas en la Guarida del Lobo, alternándolas con períodos de descanso en el Berghof. Los dos lugares en los que Hitler pasó la mayor parte del tiempo durante la contienda contrastan poderosamente; mientras que en Berchtesgaden disfrutaba de aire puro, luminosidad y un paisaje majestuoso, en Rastenburg se sumía en la penumbra de un denso bosque que se extendía sobre una zona pantanosa. Mientras que él se sentía a gusto en ese ambiente tenebroso, el personal que debía residir allí se quejaba amargamente del frío, la humedad y, especialmente, de la voracidad de los mosquitos.

Fue aquí donde Hitler sufrió el atentado con bomba del 20 de julio de 1944, del que salió ileso. Del barracón en el que estalló la bomba dejada por Von Stauffenberg queda su base de hormigón. El punto exacto en el que se produjo la explosión, situado al principio del recorrido por el recinto, está señalado por una placa.



El autor, señalando el punto exacto en el que estalló la bomba dejada por el coronel Von Stauffenberg en la Guarida del Lobo el 20 de julio de 1944.

Del resto de construcciones, unas ochenta, una parte aún se mantiene en pie, a pesar de los intentos de demolición emprendidos por los alemanes en su retirada, y por los soviéticos tras la guerra; el extraordinario grosor de las paredes de los búnkeres lo impidió. Es posible pernoctar en un pequeño hotel emplazado en el edificio de la guardia de las SS. Aunque el complejo recibe visitantes, el Estado polaco, como propietario de las instalaciones, proyecta convertirlo en un importante punto de atracción turística para la región, rehabilitando los edificios, y dotándolo de restaurantes y un nuevo hotel.

Más al este, en Ucrania, se hallaba el otro cuartel general de Hitler en el este, el de **Vinnitza,** acabado de construir en junio de 1942 para coordinar desde allí la ofensiva de verano de aquel año. Sería conocido con el nombre de **Wehrwolf** ('Hombre Lobo'). Hitler regresaría cortos períodos de tiempo hasta agosto de 1943. De este complejo conformado por casas de madera y cuatro búnkeres apenas quedan algunos bloques de hormigón, así como una piscina, ya que fue destruido por los alemanes en retirada. Las autoridades ucranianas también tienen proyectado convertirlo en un centro de atracción turística.

Al quedar devastada por la guerra, en la capital germana es difícil encontrar vestigios del paso de Hitler como líder del Tercer Reich. Por ejemplo, nada queda del histórico edificio de la **Cancillería,** que cumplía esa función desde 1878, y desde donde Hitler saludó a sus partidarios tras alcanzar el poder el 30 de enero de 1933. Los restos del edificio, que había resultado dañado por los bombardeos, fueron demolidos en 1949. Por su emplazamiento pasa hoy la calle Kolonnade.

El **Krolloper,** o teatro de la ópera Kroll, fue el lugar en el que se celebraron las sesiones parlamentarias tras el incendio del Reichstag en 1933. Aquí fue donde Hitler fue nombrado *führer* del Reich a la muerte de Hindenburg y en donde anunció la invasión de Polonia. El teatro quedó destruido por los bombardeos y no fue reconstruido. En su lugar hay un parque.

Nada queda en pie tampoco de la espectacular **Nueva Cancillería,** diseñada por Albert Speer, construida entre 1935 y 1939. El edificio, de casi medio kilómetro de largo, pretendía reflejar el poder de la nueva Alemania e intimidar a los que acudían a visitar al *führer;* para encontrarse con él debían recorrer un pasillo de trescientos metros antes de acceder a su despacho, que tenía a su vez cuatrocientos metros cuadrados y una altura hasta el techo de diez metros. En octubre de 1948, los soviéticos decidieron derruir el edificio para borrar esa huella del dominio nazi. Los bloques de granito y el mármol rosa empleados en la Nueva Cancillería se utilizaron para adornar la vecina estación de metro de Mohrenstrasse, en donde todavía se pueden ver. El solar permanece sin edificar.

Los restos del búnker en el que Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945 se hallan junto al lugar en el que se levantaba la antigua Cancillería. El **Führerbunker** estaba excavado a doce metros de profundidad y sus muros de hormigón tenían un espesor de cuatro metros. En 1947 los rusos lo intentaron dinamitar, pero sólo lograron destruir el búnker superior, desde el que se descendía al refugio de Hitler. El inferior salió a la superficie durante unas obras en 1988. Fue tapado con tierra y sobre él se construyó un pequeño aparcamiento de superficie para dar servicio a un bloque de apartamentos de ocho pisos que las autoridades de Berlín Oriental edificaron justo al lado. La afluencia de turistas en busca del emplazamiento del búnker obligó en 2005 al ayuntamiento de Berlín a señalar ese punto con un panel informativo.



Este panel informativo colocado en 2005 señala el lugar bajo el que se hallan los restos del búnker de Hitler en Berlín, en donde se suicidó junto a Eva Braun el 30 de abril de 1945.

Cronología

1889 Adolf Hitler nace a las 6.30 de la mañana del 20 de abril en Braunau am Inn (Austria).

1882 La familia Hitler se traslada a la localidad germana de Passau, iniciando una serie de cambios de residencia que les llevarían a Leonding, localidad próxima a Linz, Lambach y nuevamente a Leonding. Su rendimiento escolar es bueno.

1900 Hitler acude a la *Realschule* de Linz, en donde se ve obligado a repetir curso.

1903 El 3 de enero fallece su padre, Alois, en Leonding.

1904 Es invitado a abandonar la *Realschule* de Linz y continúa sus estudios en Steyr.

1905 Hitler abandona la escuela alegando una enfermedad pulmonar, para llevar una vida bohemia en Linz.

1907 Se traslada a Viena, donde es rechazado por la Academia de Bellas Artes. El 21 de diciembre fallece su madre, Klara.

1913 Hitler se traslada a Múnich para eludir el servicio militar. Es localizado pero se le declara inútil tras comparecer en Salzburgo.

1914 Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, se alista en el ejército alemán. Es enviado al frente occidental. El 1 de noviembre es ascendido a cabo y el 2 diciembre logra la Cruz de Hierro de segunda clase.

1915 A mediados de marzo combate en Neuve Chapelle. En julio lucha en Arras.

1916 En julio combate en Fromelles. En septiembre participa en la batalla del Somme. El 5 de octubre es herido en el muslo izquierdo y es evacuado a Alemania.

1917 El 1 de marzo regresa al frente y en abril participa en la batalla de Arras. El 17 de septiembre es distinguido con la Cruz del Servicio Militar de tercera clase con espadas.

1918 En mayo recibe un diploma por el valor demostrado en Fontaine y la Orden Negra por heridas de guerra. El 4 de agosto obtiene la Cruz de Hierro de primera clase. El 15 de octubre sufre un ataque con gas y es evacuado a Alemania. El 11 de noviembre recibe la noticia del final de la guerra.

1919 Se convierte en espía militar e instructor ideológico de las tropas. Es enviado a investigar una pequeña formación, el Partido Obrero Alemán. Se afilia a él.

1920 Hitler se pone al frente del aparato de propaganda del partido. El 1 de abril pasa a llamarse Partido Nacionalsocialista Alemán (NSDAP). Sus mítines tienen un éxito creciente.

1921 Tras un intento de los antiguos dirigentes de limitar su poder, Hitler se hace con el poder total en el partido.

1923 El 8 de noviembre, Hitler y sus hombres intentan derrocar al gobierno bávaro, pero a la mañana siguiente el *Putsch* fracasa tras un tiroteo con la policía. Hitler es enviado a la prisión de Landsberg.

1924 Hitler es juzgado y condenado a cinco años de prisión, pero sólo cumpliría nueve meses antes de ser indultado, tras un cómodo cautiverio en Landsberg en el que escribe *Mein Kampf*. Una coalición nacionalista que incluía el NSDAP consigue 12 diputados en los comicios del 7 de diciembre.

1925 Hitler se encuentra con un partido dividido. Comienza el ascenso al poder, pero esta vez por los cauces legales.

1926 El 14 de febrero Hitler completa la unificación del partido bajo su indiscutida autoridad.

1928 En las elecciones del 20 de mayo, el NSDAP consigue 12 escaños.

1929 El partido nazi consigue 107 representantes en los comicios celebrados el 14 de septiembre. En octubre conoce a Eva Braun en el estudio de su fotógrafo personal.

1931 El 17 de septiembre, su sobrina Geli, con quien mantenía una ambigua relación, se suicida.

1932 El 13 de marzo Hitler compite con Hindenburg por la presidencia; su derrota es confirmada en la segunda vuelta, celebrada el 10 de abril. En las elecciones del 31 de julio, los nazis consiguen 230 diputados, pero desciende a 196 en los comicios del 6 de noviembre. Crece la inestabilidad política.

1933 El presidente Hindenburg acaba encargando a Hitler formar gobierno. Es nombrado canciller el 30 de enero. Hitler convoca elecciones para marzo. El 27 de febrero el Reichstag es incendiado y se desata una fuerte represión. El 6 de marzo el NSDAP consigue 288 diputados. Hitler consigue que el parlamento le otorgue plenos poderes el 23 de marzo. El 14 de julio el partido nazi es declarado el único legal. En octubre, Alemania abandona la Sociedad de Naciones.

1934 El 30 de junio Hitler lanza una purga contra las SA: La «Noche de los cuchillos largos». Hindenburg muere el 2 de agosto y Hitler asume también la presidencia, convirtiéndose en *führer,* además de jefe de las fuerzas armadas. La medida es aprobada en plebiscito.

1935 En enero la región del Sarre se reincorpora a Alemania. El 15 de septiembre se aprueban las Leyes de Núremberg, por las que los judíos son despojados de sus derechos.

1936 En agosto se celebran los Juegos Olímpicos en Berlín. Alemania interviene en la guerra civil española apoyando al general Franco. El 25 de octubre nace el Eje Berlín-Roma.

1938 El 12 de marzo las tropas alemanas entran en Austria, que es anexionada. El 29 de septiembre se firma el Pacto de Múnich para resolver la crisis de los Sudetes, región que pasa a Alemania.

1939 El 15 de marzo, el resto de Checoslovaquia es ocupada y deja de existir como estado independiente. El 23 de agosto Alemania firma un pacto de no agresión con la Unión Soviética. El 1 de septiembre la Wehrmacht ataca Polonia, que es derrotada en 28 días. El 8 de septiembre, Hitler escapa milagrosamente de un atentado en Múnich.

1940 El 9 de abril los alemanes invaden Noruega y Dinamarca, y el 10 de mayo, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El 22 de mayo Francia firma el armisticio. Al día siguiente Hitler visita París. En julio comienza la Batalla de Inglaterra. El 23 de octubre Hitler se reúne con Franco en Hendaya.

1941 Alemania invade Yugoslavia y Grecia el 6 de abril. El 22 de junio Alemania se lanza contra la Unión Soviética, pero la Wehrmacht quedará detenida a las puertas de Moscú. El 11 de diciembre Hitler declara la guerra a Estados Unidos.

1942 El 28 de junio se inicia la ofensiva alemana de verano en el frente oriental. Stalingrado resiste el ataque germano. En octubre, Rommel es derrotado en El Alamein.

1943 El 2 de febrero los alemanes se rinden en Stalingrado. El 13 de marzo fracasa el «atentado de las botellas» que pretendía acabar con Hitler en pleno vuelo. En julio fracasa la ofensiva alemana en Kursk.

1944 El 6 de junio los aliados desembarcan en Normandía. El 20 de julio Hitler sale ileso de un atentado en Rastenburg y desata una implacable represión. Hitler lanza una ofensiva en las Ardenas el 17 de diciembre, que fracasa, dejando abiertas las puertas del Reich.

1945 El 16 de enero Hitler se traslada al búnker de la Cancillería. El 16 de abril comienza la ofensiva soviética sobre Berlín. Hitler se casa con Eva Braun la noche del 28 de abril. El 30 de abril Hitler se suicida junto a Eva Braun y sus cuerpos son quemados con gasolina.

Bibliografía

ALY, Götz. *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes.* Barcelona: Crítica, 2006.

BOURLEIGH, Michael. *El Tercer Reich. Una nueva historia.* Madrid: Taurus, 2002.

EVANS, Richard J. *La llegada del III Reich.* Barcelona: Península, 2005.

—, *El III Reich en el poder, 1933-1939.* Barcelona: Península, 2007.

FEST, Joachim. *Hitler. Una biografía.* Barcelona: Planeta, 2005.

FRITZSCHE, Peter. *Vida y muerte en el Tercer Reich.* Barcelona: Crítica, 2008.

GALLEGO, Ferran. *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo. 1919-1945.* Barcelona: Plaza & Janés, 2001.

—, *Todos los hombres del führer.* Barcelona: Random House Mondadori, 2006.

GARRIGA, Ramón. *El ocaso de los dioses nazis. Un periodista español en el III Reich.* Barcelona: Áltera, 2005.

GOEBBELS, Joseph. *Diario.* Barcelona: Plaza & Janés, 1979.

GOLDENSHON, Leon. *Las entrevistas de Núremberg.* Barcelona: Taurus, 2004.

GRUNBERGER, Richard. *Historia social del Tercer Reich.* Barcelona: Ariel, 2007.

KERSHAW, Ian. *Hitler, los alemanes y la Solución Final.* Madrid: La Esfera de los Libros, 2009.

HEGNER, H. S. *El Tercer Reich.* Barcelona: Plaza & Janés, 1962.

HEIBER, Helmut, ed. *Hitler y sus generales.* Barcelona: Crítica, 2004.

JUNGE, Traudl. *Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida.* Barcelona: Península, 2003.

KERSHAW, Ian. *Hitler, 1936-1945.* Barcelona: Península, 2000.

LOZANO, Álvaro. *La Alemania Nazi (1933-1945).* Barcelona: Marcial Pons, 2008.

NEITZEL, Sonke. *Los generales de Hitler.* Barcelona: Tempus, 2008.

OVERY, Richard. *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo.* Barcelona: Tusquets, 2003.

SCHROEDER, Christa. *Doce años al lado de Hitler.* Lérida: Milenio, 2005.

SHIRER, William. *Auge y caída del III Reich.* 2 volúmenes. Barcelona: Luis de Caralt, 1962.

SIMPSON, William. *Hitler y Alemania.* Madrid: Akal, 1994.

SOLAR, David. *1939: La venganza de Hitler.* Madrid: La Esfera de los Libros, 2009.

SPEER, Albert. *Memorias.* Barcelona: Círculo de Lectores, 1970.

TOLAND, John. *Adolf Hitler. Una biografía narrativa.* Barcelona: Ediciones B, 2009.

TREVOR-ROPER, Hugh. *Los últimos días de Hitler.* Barcelona: Los libros de nuestro tiempo, 1947.

—, *Las conversaciones privadas de Hitler.* Barcelona: Crítica, 2004.

VV. AA., *El III Reich. Historia total de una época decisiva.* 4 volúmenes. Barcelona: Noguer, 1974.

El autor agradecerá que se le haga llegar cualquier comentario, crítica o sugerencia a las siguientes direcciones de correo electrónico:

jhermar@hotmail.com

jesus.hernandez.martinez@gmail.com

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de...
HITLER

Jesús Hernández

La vida del *Führer* del Tercer Reich, el dirigente más controvertido y complejo del siglo xx, que acabó dejando tras de sí un terrible rastro de muerte y destrucción. Descubra su personalidad y la irresistible habilidad política que le llevó al poder liderando la revolución nazi.

Con esta Breve Historia el lector conocerá la vida de Hitler pasando por todas sus etapas, su infancia y juventud, el ascenso al poder y su política e ideas totalitarias.

Jesús Hernández consigue que, a través de las páginas de este libro, el lector pueda entender el ascenso al poder de Adolf Hitler, cómo pudo imponer una política basada en el odio y por qué la mayoría de los alemanes le siguieron en su camino hacia la revolución nazi. La obra contiene información personal y datos poco conocidos de la biografía del *Führer*.

Breve historia de Hitler descubre la polémica figura de Adolf Hitler respondiendo a las preguntas que giran en torno a su personalidad y a su ideología, surgida de prejuicios y odios particulares.

